ANNA GARCIA

Una novela que te hace soñar con que a veces la vida te regala una segunda oportunidad

UNA VENTANA A LAS ESTRELLAS

Harper f

ANNA GARCIA

UNA VENTANA A LAS ESTRELLAS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Una ventana a las estrellas
© 2021 Anna García
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio
Imágenes de cubierta: Shutterstock

ISBN: 978-84-18976-12-4

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
1998
1
2
3
4
5
6
7
8
2017
9
2021
10
11
12
13
14
Epílogo
Agradecimientos

A todos aquellos que se toman unos segundos al día para mirar las estrellas. No dejéis de soñar jamás.

1998

1

Ava

—Recordad que este año, entre otras tantas cosas, participaremos en el mercadillo navideño del instituto vendiendo galletas, pasteles o cualquier dulce que queráis —nos explica el señor Oliver, nuestro profesor—. Con lo que recaudemos, financiaremos parte del viaje de fin de curso.

Todos estallamos en aplausos y vítores, y nos ponemos a hablar entre nosotros.

—¿A dónde crees que nos llevarán este año? —me pregunta Andrea, sentada en el pupitre delante del mío.

—No lo sé, pero espero que sea un sitio mejor que el del año pasado…

—Psss… Ava… Eh, Ava…

—¿Qué quieres, Jackson? —le pregunto mientras me doy la vuelta para mirarle.

—¿Querrás compartir habitación conmigo? —Jackson mueve las cejas arriba y abajo, con una sonrisa socarrona dibujada en los labios. Yo me limito a chascar la lengua mientras niego con la cabeza mostrándole una mueca de asco, justo antes de volver a mirar hacia delante—. Sé que te gusto. No lo puedes negar…

—Por favor, chicos… —El señor Oliver intenta llamarnos la atención, aunque le está resultando complicado—. Ahora, abrid el libro de lectura por donde lo dejamos, que vamos a hacer lectura conjunta.

Jackson sigue insistiendo, esta vez tirándome del pelo.

—¡Ah! ¡So bruto! ¡Tócame de nuevo y te rompo el dedo!

—Ava y Jackson, por favor, parad u os tendré que pedir que salgáis.

—¡Pero es él que…!

El señor Oliver levanta un dedo para pedirme que me calle y yo, resignada, resoplo hastiada y recuesto la espalda en la silla. Detrás de mí, oigo la risa socarrona de Jackson.

—La tengo en el bote… —se pavonea frente a alguno de sus amigotes.

Estoy a punto de volver a darme la vuelta para plantarle cara de nuevo cuando alguien llama a la puerta del aula. El señor Oliver está unos minutos fuera, lo que provoca la anarquía total en clase. El volumen de las conversaciones sube varios decibelios hasta que él vuelve a entrar, esta vez acompañado por un chico. De repente, nos vamos callando de forma progresiva mientras les seguimos con la mirada hasta que se detienen frente a la pizarra.

—Chicos, él es…

—¡Bruce Lee! —grita Clark desde la primera fila, poniendo los brazos como si estuviera haciendo una llave de kárate.

El chico, automáticamente, agacha la cabeza aún más e incluso encoge los hombros, tratando de esconderse.

—Clark, por favor. No voy a tolerar ni una falta de respeto —dice, justo antes de dirigirse a todos, agarrándole de los hombros para intentar darle algo de confianza—. Él es Samuel, y hoy es su primer día. ¿Prefieres que te llamemos Samuel o Sam?

El chico agacha la cabeza y clava la vista en el suelo mientras treinta pares de ojos le miran de arriba abajo. Pronto empiezan los cuchicheos.

—Me… da igual… —susurra con un hilo de voz.

—¿Quién es? —le pregunto a Andrea, inclinándome hacia ella.

—No le había visto jamás —contesta, encogiéndose de hombros.

—Creo que vive en esa cabaña ruinosa cerca del pantano —interviene Joshua a su lado.

—¿Qué dices? Ahí es imposible que viva alguien… —contesta ella.

—Que sí… Te lo digo yo. Mi padre le vendió la camioneta a su padre el año pasado, y le vi allí cuando le acompañé a llevársela. El sitio está hecho un asco y parece que se vaya a caer en cualquier momento…

—Él también da asco —interviene entonces Jackson con un tono de voz lo suficientemente alto como para que toda la clase lo oiga, incluido Sam.

—¿Cómo va a ser ese su padre? Si es chino…

—Chicos, basta… —nos pide el señor Oliver, cada vez más enfadado.

Frunzo el ceño y miro fijamente a ese chico cuyo aspecto sí parece bastante dejado. Su ropa es vieja, seguro que salida del cajón de las donaciones de la iglesia. Sus zapatillas de deporte están sucias y con los cordones rotos, y lleva el pelo bastante largo y despeinado, tapándole la frente y los ojos.

—Sam, ¿quieres contar algo de ti para presentarte al resto de la clase? —Niega con la cabeza levemente, aún sin levantar la vista del

suelo—. Está bien. No hay prisa. Tómate todo el tiempo que necesites. Te puedes sentar en ese pupitre libre de ahí.

Y el destino quiere que ese pupitre esté justo a mi lado. Sam camina hacia él sin cruzar la mirada con nadie y se sienta encogido, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Ava, ¿puedes acercar tu pupitre al suyo y así compartís el libro?

Lo arrastro hasta pegar mi mesa a la suya y pongo el libro entre los dos. Le miro sonriendo con timidez, aunque él ni siquiera me mira.

—Robin, ¿empiezas tú? —prosigue el señor Oliver.

Robin empieza a leer y yo me inclino hacia el libro, esperando que Sam haga lo mismo, pero él sigue inmóvil en la misma posición. Señalo la línea que está leyendo para que sepa por dónde vamos, pero él sigue sin fijarse. Entonces agacho la cabeza e intento buscar su mirada, pero él me rehúye, escondiendo su cara con el pelo. Nos tiramos un buen rato jugando al gato y al ratón, hasta que me canso y decido centrarme en el libro.

—Es extraño…

—Y huele raro…

—Cierto. No entiendo cómo Ava no se ha desmayado…

—¿Y ese pelo? Apuesto a que no ha pisado una peluquería en su vida.

—Dicen que no había ido nunca al colegio ni al instituto, y que no sabe leer ni escribir.

—Dice Joshua que es el hijo de ese borracho… Wilkins. No recuerdo su nombre…

—Pero si el chaval tiene los ojos rasgados… No puede ser.

—Su madre será china. ¿Alguien la conoce?

—Mi madre me contó que ese tal Wilkins mató a una tía. ¿Sería ella?

—¿Su padre mató a su madre? Joder. ¿Y él lo vio? El noventa por ciento de los asesinos en serie han presenciado actos violentos al menos una vez en su vida. Yo no me acercaría mucho. Ava, ¿por qué no le pides al señor Oliver que le siente lejos de ti?

—¿Para qué? ¿Para que lo siente cerca de alguna de las demás? Ni hablar. Que lo aguante ella.

—Él no vivía en casa de sus padres —interviene Joshua—. Creo que vivía con su abuela, en Brooklyn.

—¿Dónde está eso?

—En Nueva York, idiota.

—¿Y por qué no come nada?

—Porque su padre se habrá gastado todo el dinero en el bar de Bronson.

Mientras todos hablan de él, yo le observo en silencio. Está sentado

en el suelo, en un lateral del patio, con las rodillas encogidas, agarrándose las piernas. El pelo le cae sobre la cara, como si se estuviera escondiendo. De repente, movida por un impulso, empiezo a caminar hacia él.

—¿Ava…? ¿A dónde vas? —escucho que me preguntan a mi espalda.

—¿Estás loca?

—¿Qué hace? ¿No me digáis que va hacia el apestoso?

—¡Te va a contagiar la peste! —grita entonces Joshua, desatando las risas de los demás.

—Hola —le saludo de forma resuelta—. Soy Ava, la que se sienta a tu lado.

Sorprendido, levanta la cabeza y entonces, por primera vez, nuestras miradas se encuentran. Tiene los ojos algo rasgados y pequeños, de color negro.

—¿Qué quieres? —me pregunta después de mirar más allá de mi espalda, seguramente hacia mis amigos, que nos observan detenidamente.

En realidad, no sé qué responder. No sé qué pretendía al acercarme. Es como si una fuerza magnética me atrajera hacia él. Me humedezco los labios varias veces, pero no sé qué decirle, así que abro y cierro la boca varias veces mientras le observo ladeando la cabeza. Con el ceño fruncido, confundido, él imita mi gesto.

—¿Es cierto que no sabes leer? —suelto entonces, sin pensar.

A mi espalda oigo risas y aplausos, mientras yo, arrepentida de mis palabras, cierro los ojos con fuerza y aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Los abro lentamente cuando le oigo moverse. Se levanta y se aleja, caminando cabizbajo, con las manos en los bolsillos mientras yo me siento una miserable.

—¡Eso ha sido la hostia…! —me arenga Jackson, pasando su brazo por encima de mis hombros.

—¿Habéis visto la cara con la que se iba? Acojonante, Ava —añade Zack.

—Pero no me ha quedado claro, ¿sabe o no sabe leer? —pregunta Edith, desatando las carcajadas de todos los demás.

Durante unos segundos le observo alejarse e incluso valoro seguirle, pero no lo hago. Incluso pienso que podría gritarle para pedirle perdón, pero, en vez de eso, me quedo callada.

—¿Qué tal ha ido el instituto, chicas?

—Bien. Hoy la señora Brown no ha venido, y las dos primeras horas no hemos hecho nada. Luego han enviado al profesor de gimnasia y se nos ha acabado el chollo. —Siento los ojos de mi madre clavados en mí, esperando que intervenga, pero yo sigo en mi mundo,

pensando en ese chico nuevo—. El examen de Cálculo me ha ido bastante bien. No creo que saque menos de un siete.

—¿Tú no tienes nada que contarme, Ava? —me pregunta entonces mi madre mientras yo remuevo los guisantes de un lado a otro del plato, con el codo apoyado en la mesa y aguantándome la cabeza con la mano.

Levanto la vista del plato y la miro, dudando si hablarle de Sam o no.

—¿Qué le pasó a la mujer de Frank Wilkins?

Mi madre me mira con la boca abierta, dejando el tenedor a medio camino de la boca. Los guisantes, como cabía esperar, caen del mismo, unos al plato, otros al suelo.

—¿Frank… Wilkins…? —No sé si se está haciendo la tonta o realmente está sorprendida, pero parece que intenta evitar responderme—. ¿A qué viene eso ahora…?

Niego con la cabeza, encogiéndome de hombros.

—No sé… Por… saberlo.

—¿De qué conoces a Frank Wilkins? —insiste ella.

—De nada. Era solo… curiosidad.

—Hay un chico nuevo en su clase —interviene de repente Alice, regalándome una sonrisa diabólica, moviendo incluso las cejas arriba y abajo.

—¿Un chico nuevo? —se interesa mi madre con un claro gesto de alivio en el rostro ante el que ella cree que es un cambio de tema—. ¿Es nuevo en el pueblo?

—Eh… No sé… —contesto mientras remuevo los guisantes de mi plato.

—Es el hijo de Frank Wilkins.

Suelto el tenedor con fuerza sobre el plato y miro a Alice cruzando los brazos sobre el pecho mientras los ojos de mi madre se abren como platos y me miran fijamente.

—¿Es eso cierto? ¿Ava? ¿Me estás escuchando? Te estoy hablando. ¿Es cierto? ¿El hijo de Frank Wilkins es tu nuevo compañero de clase?

—Supongo… No lo sé… Eso es lo que dicen los demás.

—No entiendo cómo no se nos ha informado a los padres de ello.

—¿En serio crees que el director debería haber informado al resto de padres de que iba a empezar un niño nuevo? —le pregunto a mi madre, realmente sorprendida.

—Si es el hijo de Frank Wilkins, sí. Es problemático. No puede traer nada bueno.

En ese momento, oímos la puerta principal abrirse.

—¡Hola, chicas! ¡Siento llegar tan tarde! —dice a mi padre desde el recibidor.

En cuanto llega al comedor, nos da un beso a las tres, pero

entonces se percata de la cara de preocupación de mi madre.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunta.

—El hijo de Frank Wilkins ha empezado hoy en el instituto. Va a clase con Ava.

—Aléjate de él —me pide enseguida mi padre, en un tono severo y con gesto serio.

—¿Por…? —Carraspeo para aclararme la voz—. ¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—Pero… —intento replicar—. Él no… No lo entiendo…

—Ava, haz lo que te decimos —vuelve a intervenir entonces mi madre. Ella y mi padre se miran durante unos segundos, hasta que ella le dice—: Deberías llamar al director del instituto para pedirle explicaciones.

—¿Explicaciones? ¿Por qué? No entiendo nada…

Confundida, miro a uno y a otro hasta que por fin mi padre abre la boca.

—Frank Wilkins no es de fiar. No es trigo limpio. Bebe y dicen que trafica con droga. Dicen que la madre de su hijo, una camarera de la zona, se suicidó por su culpa…

—Dicen, dicen, dicen… ¿Acaso estáis seguros de algo? ¿O todo son comidillas y cotilleos que cuentan las viejas del pueblo? —pregunto alzando la voz y poniéndome en pie, enfrentándome de algún modo a ellos.

—¡Todo el mundo sabe que ese hombre no es de fiar! —grita desesperada mi madre.

—¡Vale! ¿Y qué tiene que ver todo eso con Sam? —Me descubro ya gritando, totalmente enloquecida—. ¡Además, en caso de ser verdad, lo hizo su padre, no él…!

—De tal palo, tal astilla —asevera de nuevo mi madre, muy seria.

—¿Te ha dicho algo? ¿Ha hecho algo raro? —me pregunta mi padre.

—¡¿Pero qué va a hacer…?! ¡No…! —Chasco la lengua, contrariada, rebajando el tono de mi voz—. Es… bastante tímido, parece. No ha abierto la boca en todo el día…

—Pues yo te he visto hablar con él durante el recreo —interviene entonces Alice, a la que fulmino de nuevo con la mirada mientras mis padres me dedican más o menos la misma expresión.

—¡¿Ava?! ¡¿Qué parte de «mantente alejada de él» no entiendes?!

—Primero, no sabía que me tenía que mantener… alejada de él. Y segundo, ahora que lo sé, tampoco entiendo muy bien los motivos por los que tengo que hacerlo.

—Porque da bastante grima y pena. No me extrañaría que tuviera hasta piojos.

—¡Cállate, Alice! ¡Eso no es verdad! ¡Y tampoco huele mal! —

grito, apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo.

Los tres me miran sorprendidos, hasta que Alice empieza a sonreír con malicia.

—¿Te gusta Sam el piojoso? ¿En serio? ¡Te pone Sam el piojoso! —repite una y otra vez mientras mis padres parecen estar a punto de sufrir un ataque al corazón.

—¡Alice, modera tu lenguaje! —interviene mi madre—. ¡Y tú, Ava…! ¡Aléjate de ese chico!

—¡¿Pero, por qué?! ¡¿Qué os pasa?! ¡Esto es… ilógico! ¡Y tú, madura de una vez, que tienes catorce años, no cuatro! —le grito a mi hermana, justo antes de darme la vuelta y empezar correr hacia mi habitación.

—¡Ava! ¡Ava, espera! —grita mi padre.

—¡Dejadme en paz!

—¡Ava, no hables así a tu padre! ¡No hemos acabado!

—¡¿No?! ¡Pues vosotros parece que ya le habéis sentenciado hace tiempo!

Cuando cierro de un portazo, me apoyo contra la puerta mientras escucho a mis padres hablar en el piso de abajo, decididos a ponerse en pie de guerra contra el instituto por lo que ellos consideran una temeridad. Todos se creen con derecho a hablar acerca de Sam. Todos parecen tener una opinión de él sin haberse molestado en conocerle. Incluso puede que yo misma me comportara antes con él como una estúpida, sin pretenderlo realmente. Y eso, no sé aún por qué, me cabrea.

Sam

Sentado en la silla, escucho al director hablando por teléfono mientras la mujer de detrás del mostrador no deja de observarme, como si no se fiara de mí y no quisiera perderme de vista. Mantengo la cabeza agachada, mirándome las manos, que reposan en mi regazo. Entonces me doy cuenta de lo sucios que llevo los vaqueros. Quizá debería haber hecho la colada al saber que tenía que empezar a venir al instituto, pienso.

En cuanto la puerta se abre, levanto la vista y miro al director.

—Samuel, ¿estás listo?

No le contesto, pero él lo entiende como una afirmación. Al fin y al cabo, no es algo que yo pueda elegir, así que, simplemente, me resigno. Caminamos por los pasillos en silencio, hasta que le oigo carraspear. ¿Por qué la gente tiene siempre la necesidad de romper el silencio? ¿Por qué nadie es capaz de valorar ese tiempo? ¿Cómo no se dan cuenta de que la mayoría de veces rompen ese momento con

palabras banales y sin sentido?

—Siento mucho lo de tu abuela… —dice, y al ver que yo no contesto, se ve obligado a llenar el silencio. Otra vez—. Así que estás viviendo con tu padre…

Asiento sin levantar la cabeza, tragando saliva. Espero que no me pregunte mucho más acerca del tema, aunque soy consciente de que, viviendo en un pueblo pequeño, somos los protagonistas de la mayoría de las conversaciones.

Cuando el director llama a la puerta del aula y el profesor sale al pasillo, miro de reojo, muy nervioso, a través del cristal detrás del cual están los que serán mis nuevos compañeros de clase. Hablan y ríen de forma escandalosa, todos tan seguros de sí mismos, tan felices y despreocupados…

—¿Él es Samuel?

—Sí. Este es su anterior expediente escolar, aunque hay varias lagunas… Se ha mudado varias veces…

—¿Vive con su padre…?

Levanto la vista y los miro de reojo. El director asiente con una expresión compungida en la cara mientras el profesor lo hace de forma solemne, justo antes de dirigirse a mí.

—Hola, Samuel. Soy el señor Oliver, tu tutor a partir de hoy mismo. ¿Estás listo?

Me encojo de hombros al tiempo que él abre la puerta y entramos. Enseguida me convierto en el centro de todas las miradas y el motivo del silencio que se va creando poco a poco en el aula.

—Chicos, él es…

—¡Bruce Lee!

Resoplo al oír la broma, encogiéndome en el sitio, deseando desaparecer.

—Clark, por favor. No voy a tolerar ni una falta de respeto —dice el profesor antes de continuar—. Él es Samuel, y hoy es su primer día. ¿Prefieres que te llamemos Samuel o Sam?

Agacho la cabeza para que el pelo me cubra la cara. Así parezco ser inmune a sus miradas, aunque no a sus comentarios. Paulatinamente, los murmullos van subiendo de volumen, y soy capaz de escuchar algunos comentarios, no demasiado amables…

—Chicos, basta… —interviene el señor Oliver.

Sin que ellos me vean, muevo los ojos y les observo. Todos bien vestidos, con su pelo bien peinado, sus libros y cuadernos sobre los pupitres y las chaquetas colgadas en el respaldo de las sillas. Mientras yo… Miro mis viejas y sucias zapatillas, que intento limpiar frotándolas contra el vaquero.

—Sam, ¿quieres contar algo de ti para presentarte al resto de la clase? —Ni por asomo, pienso mientras niego con la cabeza—. Está

bien. No hay prisa. Tómate todo el tiempo que necesites. Te puedes sentar en ese pupitre libre de ahí.

Sin levantar la cabeza, arrastro los pies hacia el pupitre que me ha indicado y me encojo cuando me siento. Me encantaría ser invisible ahora mismo, o esconderme hasta que las decenas de ojos que me observan dejasen de hacerlo.

—Ava, ¿puedes acercar tu pupitre al suyo y compartís el libro?

La veo acercarse y poner el libro entre las dos mesas. Me mira y, mientras un chico empieza a leer, señala la página con un dedo para indicarme por dónde van. Se inclina algo más para acercarse a mí. Huele bien, como a… naranja, y su pelo cae en cascada a ambos lados de su cara. Sus enormes ojos buscan los míos con insistencia mientras yo intento respirar con normalidad, sin que se dé cuenta de lo nervioso que estoy.

Cuando parece cansarse de intentar llamar mi atención y se centra en el libro, me relajo un poco y aprovecho para mirar alrededor con disimulo. La clase es muy similar a la del anterior instituto donde estuve, en Brooklyn, con todos esos carteles colgados en las paredes, las estanterías llenas de libros y el mapa del mundo al lado de la pizarra. La diferencia es que aquí todos conocen a Frank, y se creen con el derecho de inventarse mi vida a su antojo.

Cuando ha sonado el timbre para salir al recreo, todos han salido despavoridos de clase. Yo no tengo libros que guardar ni chaqueta que ponerme pero, aun así, me las he arreglado para ser el último en salir.

—Sam, espera un momento… —me llama el señor Oliver—. Esta es la lista de libros del curso…

Cojo el papel que me tiende y lo miro con el ceño fruncido. Es una lista larga y no creo que Frank vaya a comprármelos, pero eso no le incumbe a nadie, así que asiento con la cabeza, justo antes de empezar a alejarme.

—No hagas caso de los comentarios. Son buenos chicos, pero eres la novedad… —Me paro y le escucho sin girarme, rezando para que no se dé cuenta de que estoy conteniendo la respiración—. Nos vemos después del recreo.

Aliviado, salgo al pasillo y saco del bolsillo mi pequeño reproductor de música. Me coloco los auriculares en las orejas y empiezo a caminar sin rumbo y algo perdido hasta que doy con el patio exterior. Dudo si salir o no, pero la necesidad de respirar aire fresco es mayor que la de permanecer oculto a los ojos de los demás. Además, espero que mantenerme apartado me ayude a pasar desapercibido. Consigo sentarme en el suelo, en el lateral del enorme patio, con la espalda apoyada en la valla. Encojo las rodillas y agacho la cabeza, protegiéndome. Miro alrededor durante unos segundos y,

aunque algunos me observan, parece que paso bastante desapercibido, así que me permito el lujo de cerrar los ojos, respirar profundamente y dejarme invadir por la música que suena en mi pequeño y viejo reproductor. Era de mi madre, y es lo único que conservo de ella, ya que ni siquiera guardo su recuerdo. Yo era muy pequeño cuando murió. En realidad, tampoco me acuerdo de Frank ni de haber vivido nunca aquí, en Asheville, Carolina del Norte. Mi abuela se hizo cargo de mí cuando ella murió y lo único que repetía es que mi madre se enamoró tan perdidamente de Frank, que no pudo soportar perderle. Cuando yo le preguntaba, escurría el bulto como podía y compró mi silencio regalándome este reproductor que encontré en la caja que le enviaron los de la funeraria con todas las posesiones de mi madre. Desde ese momento, se convirtió en mi tesoro más preciado. Nunca añadí ni borré ninguna canción. Decidí dejarlo tal cual estaba, como si pudiera ponerme en su piel, saber lo que pensaba y sentir lo que sentía cada vez que le daba al *play*.

Ya más relajado, abro los ojos y le echo otro vistazo a la lista de libros. Quizá pueda apañármelas consultándolos en la biblioteca… O a lo mejor puedo ir comprándolos poco a poco de segunda mano si consigo algún trabajo…

De repente, alguien me tapa el sol. Una sombra se queda parada sobre mí, así que levanto la cabeza. Y entonces veo a Ava, la chica con la que he compartido pupitre. La chica que buscaba mi mirada con insistencia. La única persona que no ha cuchicheado a mi costa. La preciosa chica de ojos enormes y azules que me ha dejado sin aliento durante gran parte de la mañana.

Me mira como si me estuviera estudiando, justo antes de saludarme con una mano.

—Hola. Soy Ava, la que se sienta a tu lado.

Sorprendido, yo también levanto la palma y, durante unos segundos, nos miramos a los ojos fijamente. Puede que sea mi oportunidad para conocer a alguien. Me encantaría encontrar a esa persona con quien poder hablar, reír o, simplemente, tumbarme cerca del pantano para ver las nubes pasar. Hacer cosas sin ser juzgado. Y ella es, posiblemente, la más firme candidata.

—¿Qué quieres? —le pregunto, intentando decidir si rompo la coraza a mi alrededor y la dejo entrar o sigo mostrándome distante.

—¿Es cierto que no sabes leer? —suelta ella pocos segundos después, dejándome helado.

Oigo risas y vítores, mientras yo siento cómo se esfuma mi esperanza. La miro como si quisiera pedirle explicaciones y la veo con los ojos cerrados con fuerza y los puños apretados. Roto por dentro, me pongo en pie y empiezo a alejarme. Arrastro los pies hacia el interior del edificio y camino por el pasillo principal hacia la salida. El

director está hablando con alguien en la puerta de su despacho y me sigue con la mirada hasta que se da cuenta de mis intenciones.

—¡¿Sam…?! ¡Eh, Sam! ¡¿A dónde vas?! ¡No puedes salir del recinto en horario lectivo!

Nada más traspasar la puerta, empiezo a correr todo lo rápido que puedo. Sus gritos se van acallando conforme me alejo, y la vista se me va nublando conforme mis ojos se llenan de lágrimas.

Corro hasta salir del pueblo, adentrándome en la zona boscosa que lo rodea, y sigo hasta que llego al lago. Cuando llego al final de uno de los embarcaderos de madera, me freno en seco y, con el corazón a punto de salírseme del pecho y la respiración errática, aprieto los puños y grito con todas mis fuerzas. Me siento tan vacío, tan ligero de repente, que lo hago de nuevo, con todas mis fuerzas, girando a la vez sobre mí mismo. Resulta liberador. Muchos pájaros se asustan y echan a volar, alejándose del lugar. Como todo el mundo. Todos se van. Todos me dejan.

Cuando llego a la cabaña al atardecer, aparte de la furgoneta de Frank, hay otro coche aparcado. Extrañado, subo los dos escalones del porche antes de agarrar el rudimentario picaporte de la puerta y abrirla. Nada más traspasarla, los ojos de Frank y del director del instituto se clavan en mí. Me quedo inmóvil, tragando saliva.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Frank, muy serio aunque guardando las formas.

Si no estuviera el director delante, la pregunta habría ido acompañada de un manotazo o una colleja. Como mínimo.

—Por ahí… —respondo, agachando la cabeza.

—El director ha venido para contarme que te has marchado del instituto sin permiso.

—Bueno… yo…

—Sé que los inicios son duros, Sam. Y si necesitas ayuda, todo el equipo de profesores estamos allí para echarte una mano. Si te sientes agobiado o sobrepasado, solo tienes que venir a decírnoslo. Pero eres menor y no te puedes ir sin el consentimiento de un adulto. Por eso me he visto obligado a informar a tu padre…

Asiento sin levantar la vista, consciente de que Frank me está mirando fijamente y está muy cabreado. No se preocupa porque haya faltado al instituto, ni mucho menos. En realidad, creo que busca cualquier excusa para descargar su frustración conmigo.

—No volverá a pasar. Se lo aseguro. Me encargaré personalmente de ello —dice Frank con ese tono de voz que me hiela la sangre y que consigue que cada una de sus frases suenen a amenaza.

—Está bien. Nos vemos mañana, ¿verdad, Sam?

—Sí, señor… —susurro, intentando evitar que vea cómo me

tiembla el labio inferior, consciente de lo que pasará en cuanto se marche y nos quedemos solos.

2

Ava

—Hola —me saluda Lisa, apoyándose en una taquilla.

—Hola…

—¿Qué te pasa?

Me humedezco los labios antes de decidirme a confesarle el motivo de mi preocupación.

—Mis padres se pusieron ayer muy pesados… Quieren venir a hablar para hacerle saber al director lo preocupados que están porque su hija comparta aula con Sam Wilkins.

—No me extraña.

—Pero él no ha hecho nada, en realidad… —me atrevo a decir, incapaz de creer que ellos opinen como los adultos.

—Él quizá no, pero lo lleva en los genes. Ayer mi madre me contó que Wilkins pegaba tanto a su mujer que ella se suicidó. —La miro con los ojos muy abiertos, tragando saliva con dificultad—. Para dejar de sufrir.

—¿Y…? ¿Y Sam…?

Lisa se encoge de hombros, justo antes de contestar.

—Ni idea. Pero yo no le había visto antes por aquí. ¿Y tú? —Niego con la cabeza—. Mi padre también quería venir a quejarse.

—¿A quejarse de quién? —pregunta entonces Zack, cuya taquilla está al lado de la mía.

—De Sam. Los padres de Ava y los míos quieren hablar con el director —le aclara Lisa.

—Ah, ya… Mis padres se pusieron frenéticos ayer.

Los escucho sin poder creer a qué viene tanto revuelo. Sam no ha abierto la boca. No ha molestado a nadie. Él no ha pedido estar aquí, frente a todos nosotros, que no hacemos otra cosa que juzgarle por algo que no tiene nada que ver con él.

—Yo pienso pasar de él, y me negaré si me toca hacer algún trabajo con él…

—Bien hecho. Yo haré lo mismo.

—Nos tendríamos que poner todos de acuerdo.

—Eh, callad. Que viene por ahí.

—¿Qué le pasa en la pierna? ¿Va cojo?

—Habrá pillado la lepra… Como dicen que no se lava…

Fulmino a Jackson con la mirada, mientras él, sorprendido, se encoge de hombros. Enseguida dejo de prestarle atención para mirar a Sam, que se acerca a nosotros por el pasillo, cojeando de forma ostensible. Camina con la vista fija en el suelo, aunque puedo ver su expresión contenida, apretando los labios con fuerza mientras mantiene el ceño fruncido. Creo que, a ratos, intenta disimular la cojera, aunque la verdad es que no lo logra realmente. Lleva unos auriculares en las orejas y agarra con fuerza un pequeño reproductor de música con una mano mientras en la otra lleva una maltrecha libreta de apuntes. Cuando pasa por nuestro lado, manteniendo la distancia, puedo ver su tez pálida, casi cadavérica, a excepción de unas ojeras oscuras bajo los ojos.

—Parece un puto zombi… —oigo murmurar a mi espalda, seguido por unas risas algo contenidas.

Sé que él lo ha oído también, porque veo su expresión contraerse un poco más, tragando saliva. Quiero hacer algo, necesito hacerlo. Quiero encararme con esta panda de idiotas que se creen con el poder de meterse con cualquiera que no se ciña a sus estándares. Quiero decirle a Sam que no estoy de acuerdo con nada de lo que dicen. Así que, aunque ya ha pasado de largo, abro la boca con la intención de llamar su atención.

—Chicos, entrad en clase —interviene entonces el director, acercándose por nuestra espalda, justo antes de dirigirse a Sam—. Señor Wilkins, ¿me acompaña un momento?

Todos le hacemos caso poco a poco, entrando en clase arrastrando los pies, sentándonos en nuestros pupitres y sacando nuestro libro. Mi mesa sigue estando pegada a la de Sam, que permanece vacía. La señora Brown entra y nos pide que bajemos la voz y prestemos atención mientras yo lo único que soy capaz de hacer es mirar hacia su asiento vacío. Hoy tampoco llevaba ningún libro, solo esa libreta vieja, así que debo mantener mi pupitre pegado al suyo, ¿verdad?

—Chicos… Necesito un favor… ¿Alguien puede ir al despacho de dirección a por unos impresos de consentimiento que me he dejado allí?

En cuanto lo oigo, me apresuro a reaccionar. Muchos levantan la mano, ya que hacer este tipo de recados es la excusa perfecta para escaquearse de clase un rato, pero esta vez soy yo más rápida, poniéndome en pie de un salto, alzando la mano y ya caminando hacia la puerta.

—Eh… De acuerdo, Ava… Gracias… —balbucea extrañada la

señora Brown.

Una vez en el pasillo, miro a un lado y a otro y empiezo a caminar sigilosamente, buscándole. ¿Por qué? Ni yo misma lo sé en realidad. Creo que necesito disculparme por mi comentario de ayer, aunque en realidad no era mi intención ofenderle. Creo que quiero hacerle saber que no todos hacemos caso de las habladurías. Creo que quiero… acercarme a él y aún no sé por qué. Y he pensado que este es un buen momento… ajeno a las miradas de los demás.

Corro por los pasillos hacia el despacho de dirección y me planto frente a la puerta justo en el momento en el que Sam se dispone a salir. Sorprendidos, nos miramos a través de la ventana, apostados cada uno en su lado. Sam parpadea y frunce el ceño mientras yo me quedo inmóvil y con la boca abierta. El director está a su espalda y nos mira con curiosidad hasta que estira el brazo y abre la puerta que nos separa.

—¿Necesitas algo, Ava? —me pregunta.

—Eh… No —balbuceo mientras miro de reojo a Sam que pasa por mi lado y sale al pasillo.

—¿Y a qué debemos tu visita…? —insiste el director, abriendo los brazos.

—¡Sí! Quería decir que sí necesito algo… —sigo, intentando no perder a Sam de vista—. La señora Brown me ha mandado a por… ¡Espera, Sam!

Se detiene al instante y se da la vuelta lentamente, mirándome extrañado. Una vez he conseguido que no se marche, vuelvo a mirar al director.

—¿A por estos impresos, por casualidad? —interviene entonces la secretaria, salvándome de un ridículo asegurado.

—¡Sí, sí! ¡Eso era! —contesto con quizá demasiado entusiasmo, quitándoselos de las manos.

—Bien. Entonces, volved a clase los dos.

—Sí, señor. Por supuesto. Adiós. Y gracias —me despido con una pizca de euforia de más, ilusionada por el simple hecho de conseguir, al fin, ese rato a solas que perseguía con esta pequeña excursión.

Sam me mira entre sorprendido y asustado, apartándose incluso unos centímetros cuando me coloco a su lado. Agarro los impresos contra mi pecho y sonrío abiertamente.

—¿Qué… quieres? —me pregunta mirando a un lado y a otro del pasillo.

—Eh… Nada. Que me esperaras para volver juntos a clase.

Frunce el ceño y luego clava la vista en el suelo. Al rato, empieza a caminar cabizbajo, con los auriculares colgando del cuello y las manos metidas en los bolsillos del vaquero. Sigue cojeando, aunque no ceja en su empeño de disimularlo.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —le pregunto.

—Me di un golpe —me contesta sin mirarme.

Carraspea y aligera el paso.

—¿Tienes prisa por volver a clase o por huir de mí? —Sam no me contesta pero enseguida parece aminorar el ritmo. Intento contener una sonrisa mordiéndome el labio inferior—. Siento lo de ayer.

—¿Lo de ayer…?

—Sí… Ya sabes… Cuando te pregunté si sabías leer… O sea… es obvio que debes saber, si no, no estarías en el instituto… —Río de forma nerviosa, colocándome algunos mechones de pelo detrás de la oreja—. Era un rumor tonto al que no sé siquiera por qué le hice caso…

Sam asiente con la cabeza, apretando los labios con fuerza, justo en el momento en el que llegamos a nuestra aula. Ambos nos detenemos frente a la puerta y nos quedamos callados.

—Será mejor que esperes un poco antes de entrar. No vaya a ser que se piensen que venimos juntos —susurra entonces, dejándome totalmente helada y con la boca abierta.

Sin más, sin siquiera mirarme, abre la puerta y, cuando esta se cierra a su espalda, todo se sume en un silencio sepulcral, incluso dentro de mi cabeza.

—¿Por qué le miras? —La voz de Jackson me sobresalta. Me pongo una mano en el pecho y me doy la vuelta para encararle. Él, lejos de apiadarse de mí, con gesto serio, señala hacia Sam con un movimiento del mentón, e insiste—: ¿Tan interesante te parece?

—No estaba mirándole…

—¿Ah, no?

—¡No! Estaba… pensando en mis cosas.

—¿Qué cosas?

—Unas que no son de tu incumbencia.

—¿Voy luego a tu casa? —Por el rabillo del ojo veo cómo Sam baja las escaleras, poniéndose los auriculares en las orejas, y empieza a caminar calle abajo—. He pensado que podríamos ver una peli… o quedarnos en tu habitación…

Estoy a punto de perderle de vista, y eso, no sé bien por qué, me está poniendo muy nerviosa.

—No —digo de forma cortante.

—¿No, qué? Espera… ¿No…? ¿No quieres que vaya a tu casa…?

—Es que… no puedo. Lo siento.

Empiezo a bajar las escaleras a toda prisa hasta que siento que me agarran del brazo. Cuando me doy la vuelta, descubro a Jackson mirándome extrañado.

—¿No? ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—Le prometí a mi padre que le ayudaría en la tienda.

Jackson frunce el ceño durante unos segundos hasta que me suelta, no demasiado convencido. Me doy la vuelta y empiezo a caminar a toda prisa para seguir a Sam hasta que le oigo llamarme.

—Ava. —Me doy la vuelta intentando que no se dé cuenta de lo molesta que estoy—. La tienda de tu padre está por allí.

Sigo su dedo con la mirada, que apunta en la dirección contraria hacia la que yo me dirigía y por la que Sam se ha perdido hace ya un rato. Fuerzo la sonrisa y entonces, haciéndome la despistada, doy media vuelta y, a regañadientes, empiezo a caminar hacia el otro lado.

Sam

Camino cabizbajo y con decisión hasta que logro salir del pueblo. Solo entonces me relajo, levanto la cabeza y me permito coger aire profundamente. Con los ojos cerrados, subo el volumen del reproductor y dejo que la música me invada por completo. Rodeado de árboles, con una suave brisa meciendo sus ramas, cierro los ojos y abro los brazos. Tras unos segundos, empiezo a caminar entre los enormes troncos, acariciando su corteza con las yemas de los dedos, sorteando algunas ramas caídas y enormes raíces que sobresalen del suelo.

Esto es muy distinto de Nueva York. No hay prácticamente coches, y nada de polución. Tampoco hay suciedad en las calles, grandes centros comerciales, ni alcantarillas por las que sale humo o franquicias de cafeterías. No hay demasiadas tiendas, en realidad. Al menos, que yo haya visto. Por la noche aparece un manto de estrellas sobre mi cabeza, y por la mañana me despierto acompañado del canto de los pájaros y no del ruido de los coches o las sirenas de las ambulancias.

Este sitio encaja mucho más conmigo que Brooklyn. Además, aquí me siento mucho más cerca de mi madre. Sé que ella amaba este lugar y siempre soñó con formar una familia aquí, pero supongo que eligió al tipo incorrecto. Ella, una camarera de apenas dieciocho años, se enamoró perdidamente de ese tipo callado y solitario que se sentaba cada día en la mesa más apartada de la cafetería. Un tipo que nunca quiso nada serio con ella, que no le prometió amor eterno ni formar una familia, y no cambió de opinión ni siquiera cuando ella se quedó embarazada.

Llego al lago Holiday y lo bordeo hasta pisar el viejo embarcadero. La madera cruje bajo mis pies y no parece muy estable, pero no me importa arriesgarme. Cuando llego al final, me siento con algo de esfuerzo por culpa de la patada de Frank. Me subo la pernera del

pantalón, apretando los dientes con fuerza.

—Joder… —susurro, tocando con cuidado la hinchazón, ya de un color morado bastante feo.

Chasco la lengua y empiezo a tumbarme, cuando oigo ruido a mi espalda. Me incorporo de un salto sin tener en cuenta el dolor de la rodilla. Intentando disimular la mueca de dolor, descubro a Ava a unos metros de mí. Ninguno de los dos nos movemos, tampoco abrimos la boca, hasta que sus ojos descienden hasta mi rodilla y con un movimiento rápido y algo torpe me pongo bien el pantalón para intentar ocultarla.

—Menudo golpe, ¿no?

Agacho la cabeza y clavo la vista en la madera.

—Sí… —contesto con el ceño fruncido—. ¿Me has seguido?

—Qué va. Estaba paseando.

—Mientes.

—Me parece que tú también —dice, señalándome la pierna con un movimiento de cabeza—, así que estamos en paz.

—¿Qué haces aquí?

—Respirar aire puro.

—Mientes de nuevo.

Ava se encoge de hombros justo antes de volver a la carga.

—¿Y tú?

—Me gusta estar aquí.

—¿Vienes mucho?

—A veces —contesto, encogiéndome de hombros.

—¿Por qué?

Frunzo el ceño y valoro mi respuesta durante unos segundos.

—Porque… quiero respirar aire puro.

Nos miramos muy serios durante unos segundos, hasta que ella tuerce las comisuras de los labios hacia arriba y sonríe agachando la cabeza.

—¿Puedo hacerte compañía? —Miro detrás de ella, esperando encontrar a su grupo de amigos dispuestos a mofarse de mí, pero ella parece leer mis pensamientos y se apresura a aclararme—: Vengo sola. Lo juro.

Sin esperar mi respuesta, camina hacia mí y se sienta a mi lado. Entonces se descalza y sumerge los pies en el agua, chapoteando en ella. Me quedo hipnotizado mirando sus largas piernas, las formas que sus pies dibujan en el agua, las uñas pintadas de color rojo contrastando con la palidez de su piel. Parece suave, como… terciopelo. Subo por su cintura y su vientre y me fijo entonces en la forma de sus pechos, que se intuyen a través de la camiseta blanca de tirantes que lleva y que se le ciñe al torso.

—¿Qué escuchas?

Su pregunta me devuelve a la realidad de sopetón. Deslumbrada por el sol, sonríe mientras me mira cerrando un ojo. Trago saliva e intento desviar la mirada, pero, simplemente, soy incapaz de hacerlo. Ella me provoca un cúmulo de sensaciones difíciles de clasificar… siento como un pellizco en la barriga, un nudo en la garganta, una extraña flojera en las rodillas y un cosquilleo en la entrepierna.

Me maldigo al notar una erección creciendo dentro de mis pantalones. Últimamente, hay ciertas partes de mi cuerpo que cobran vida propia muy a menudo y me pasaría el día… tocándome.

—¿Te encuentras bien? —Me mira ladeando la cabeza, incluso parece que preocupada. Se pone en pie y se acerca a mí sin dejar de mirarme a los ojos. Incluso alarga las manos hacia mi cara. Me aparto rápidamente de un salto, tragando saliva y casi jadeando.

¿Qué pretende? ¿Por qué es tan… amable conmigo? Una chica como ella no se acerca a alguien como yo a no ser que tenga un motivo de peso como… reírse de mí. Es eso. Es una apuesta, seguro. Ha apostado que es capaz de hacerse mi amiga, engatusarme y hacer que me enamore de ella, pero, en cuanto tenga la más mínima oportunidad, me ridiculizará y todos se reirán de mí. Así que, aunque me haya dicho que ha venido sola, seguro que sus amigos están por aquí cerca, observando. Lleno de rabia, apretando los puños y los dientes, empiezo a alejarme. Poco después, escucho sus pasos sobre la vieja madera, siguiéndome.

—¿Te vas? ¿Estás bien? —insiste—. ¿He hecho algo?

—¡Déjame en paz!

—Pero… Sam, yo… Solo quiero…

—¡Deja de fingir! ¡Deja de hacer ver que quieres ser simpática conmigo! —Me doy la vuelta y la encaro. Resoplo con fuerza y me quedo callado mientras intento encontrar las palabras adecuadas—. ¡Ya sé qué pretendéis, ¿vale?!

—¿Lo que pretendemos…? ¿Quiénes? —me pregunta ella.

—¡Todos!

Y empiezo a correr ignorando el dolor de la rodilla con el único objetivo de alejarme de ella lo antes posible. Últimamente, parece que es lo único que hago. Huir.

Cuando llego a la cabaña de Frank, su furgoneta no está aparcada fuera, así que me invade una sensación de alivio importante. Es curioso las cosas que me hacen sentir bien últimamente. Cosas como poder entrar en casa sin miedo, caminar por el pueblo sin sentirme observado o poder cerrar los ojos tranquilamente mientras escucho música.

También me encanta pasar horas solo en el lago. Me relaja y me hace sentir libre. Adoro la paz interior en soledad, aunque hoy se me

han truncado los planes. Y, por unos segundos, creí que sería capaz de compartir ese lugar con alguien. Con Ava. Su imagen se forma en mi cabeza. Su cuerpo, su sonrisa, su pelo, su piel…

—Mierda… —susurro.

Me llevo una mano a la entrepierna al volver a notarla abultada. Trago saliva, temeroso, mirando hacia la puerta. Estoy indeciso porque, aunque estoy solo, él puede volver en cualquier momento, pero…

Totalmente fuera de mí, sudando y respirando con dificultad, me meto en mi habitación con prisa. Es un cuartucho en el que solo hay un colchón que seguro que Frank recogió de un contenedor y que yo he cubierto con unas sábanas viejas que encontré en el armario. Sin más. Por no tener, no tiene ni cortinas, así que suelo despertarme en cuanto sale el sol y entra la claridad del alba. La ropa que traje sigue dentro de la maleta con la que vine, ya que no tengo donde guardarla. Aunque no me importa porque, de algún modo, verla ahí me hace creer que solo estoy de paso y me marcharé pronto.

Apoyo la espalda contra la puerta, desabrocho el botón del vaquero y, sin bajarme la cremallera, meto mi mano por dentro del calzoncillo. El simple calor del contacto me hace estremecer, así que, llevado por la lujuria, empiezo a acariciarme con prisa, como un animal que intenta saciar sus instintos más primitivos. Al cerrar los ojos, la imagino sobre el embarcadero, arqueando la espalda y mordiéndose el labio inferior, sus ojos mirándome justo después de gritar mi nombre. Soy consciente de que he tergiversado el recuerdo de esta tarde a mi antojo, pero no me importa.

Pero entonces unos golpes me sobresaltan. Me quedo muy quieto, expectante, hasta que oigo los inequívocos jadeos de Frank. Le escucho trastabillar y golpearse con los pocos muebles que hay, riendo a carcajadas.

«Borracho de nuevo… Menuda novedad…», pienso.

Me abrocho los pantalones, limpiando mi mano en la manta de la cama, cuando golpea la puerta con fuerza.

—¡Eh, tú! ¿Qué cojones haces ahí dentro?

Sin darme tiempo a contestar, atina a girar el picaporte y a abrir la puerta. Le miro con miedo, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada.

—¿Qué hacías?

—Nada —balbuceo.

Trago saliva y me seco el sudor de la frente con el antebrazo. Frank entorna los ojos y mira alrededor de la habitación. Yo permanezco en guardia, consciente de su inestabilidad y de que puede abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—¿Seguro…? —Asiento nervioso—. ¿No me estarías robando?

—¿Qué? ¡No! Yo no… ¡Además, ¿qué te iba a robar?!

—¡Porque te advierto que, si te pillo haciendo algo, te cojo del cuello y te echo de casa!

—¡Pues hazlo! —grito, totalmente fuera de mí.

—¡No tengo por qué aguantarte! ¡No eres mi obligación! ¡Tu madre solo me trajo problemas!

Preso de una furia incontrolable, pensando que su estado de embriaguez puede mermar sus reflejos, me abalanzo sobre él. Mi reacción le pilla por sorpresa, aunque solo por unos segundos. Enseguida consigue hacer valer su fuerza y envergadura y me aplaca. Agarra mi cuello con ambas manos, apretando cada vez con más fuerza. Intento deshacerme de su agarre, tirando de sus muñecas, pero, aun ebrio, él es mucho más fuerte que yo. Pronto empiezo a sentir que me falta el aire, y pataleo como un loco hasta que consigo impactar con mi rodilla en su entrepierna. Me suelta enseguida, doblándose de dolor. Yo me quedo paralizado, tragando saliva y con los ojos muy abiertos, muerto de miedo. Frank aprovecha mi momento de indecisión para cerrar el puño e intentar golpearme. Afortunadamente, consigo reaccionar a tiempo y esquivarle para que no me dé de lleno, solo llega a rozarme el labio. Le veo perder la verticalidad, así que aprovecho para salir de la habitación, cerrando la puerta a mi espalda, y correr hacia el exterior de la cabaña. Tropiezo con los maltrechos escalones del viejo porche, cayendo de rodillas al suelo. Me tomo un par de segundos para coger aire, intentando no aullar de dolor. Cierro las manos, estrujando unos puñados de tierra entre mis dedos. De mi boca manan unas gotas de sangre que tiñen el suelo de rojo. Oigo los gritos de Frank dentro de la casa y giro la cabeza asustado. No puedo perder más tiempo. Tengo que huir y mantenerme alejado mientras se le pasa la borrachera. Solo así conseguiré salir más o menos ileso, así que me pongo en pie y, justo cuando voy a empezar a correr, veo a Ava a unos metros de mí. Está apoyada en un árbol, paseando la vista de mí a la cabaña a mi espalda, con expresión asustada.

«Qué cojones hace ella aquí…», pienso, frunciendo el ceño.

Vuelvo a escuchar los gritos de Frank, así que actúo con prisa y casi sin pensar. Corro hacia ella con dificultad y, agarrándola de la mano, tiro de ella para alejarnos. Poco a poco, los gritos se acallan y solo se oyen nuestros jadeos y nuestras pisadas sobre las hojas y ramas.

—Sam… Sam, por favor…

—No. Corre. Corre, por favor.

—Es que… no puedo más…

Me detengo al escuchar su tono de súplica y la miro con preocupación. Se agacha para recuperar el aliento, apoyando las

manos en las rodillas. Cuando se incorpora, veo cómo sus ojos se desvían hacia mis labios. Yo los toco e intento limpiar la sangre.

—Sam, yo…

—¿Qué hacías allí?

—Te fuiste antes del embarcadero y yo…

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? No te entiendo…

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me sigues? ¿Por qué… quieres estar conmigo?

—¿Por qué no?

Confundido y, por qué no admitirlo, algo ilusionado, frunzo el ceño y miro alrededor.

—¿Cómo sabías dónde vivo?

—Todo el mundo lo sabe… —me responde.

—Todo el mundo… —susurro.

—Bueno… la gente habla… —Frunzo el ceño al tiempo que aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo—. Pero yo solo quiero… ayudarte…

—¿Ayudarme? ¿Te he pedido yo algo? ¿Qué pretendes? ¡¿Acaso quieres… salvarme?! ¡No soy una puta misión humanitaria! ¡No hace falta que fundes una ONG por mí!

Ava chasca la lengua y da un paso para acercarse a mí de nuevo. Alarga un brazo con intención de tocarme el labio.

—Sam, ¿quieres que te acompañe al médico…? —me dice mientras lo hace.

—No —la corto, dándole un manotazo para apartar su mano—. Déjame en paz.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. ¿Qué te crees que puedo hacer?

—¿Y si… volvemos al embarcadero? Podemos quedarnos un rato allí y…

—¡¿Eres sorda o qué te pasa?! —la corto—. ¡Que me dejes! ¡Que me olvides! ¡Vete!

—Pero es que tengo la sensación de que necesitas hablar con alguien…

—¿Hablar con alguien? ¿De qué?

—De… eso que… —balbucea, señalando un punto cualquiera a mi espalda, en dirección a la cabaña de Frank.

—No necesito hablar con nadie. No necesito a nadie.

—Te equivocas.

—¡¿Qué sabrás tú?! ¡¿Acaso te crees que es la primera vez que pasa?! ¡No! ¡Y todo sigue igual después! ¡Sin médicos y sin metomentodos que se inmiscuyan! ¡Así que vete a tu puta casa con tu idílica familia!

Sin pensarlo, la empujo para apartarla de mí de una vez por todas. Necesito que me deje, que se aleje de mí por si Frank me ha seguido y nos encuentra. Ava cae de espaldas, entre la maleza.

—¡Ay! —se queja enseguida, agarrándose el brazo.

Trago saliva y la miro impaciente, arrepentido por mi gesto y rezando para que se ponga en pie de inmediato y se marche a su casa. Y que lo haga sin derramar una lágrima, porque no creo que sea capaz de soportar verla llorar por mi culpa.

«Vete. Vete. Vete, por favor…», repito en mi cabeza una y otra vez.

Se pone en pie lentamente, limpiándose los restos de hojas y ramas de la ropa y mirándose el brazo, lleno de arañazos. Mientras, yo me debato entre abrazarla y pedirle perdón, echarme a llorar mientras le agarro el brazo para intentar curarla o mantenerme imperturbable. Incomprensiblemente, hago lo tercero mientras veo cómo le tiembla el labio y se le humedecen los ojos.

—Creía que no era cierto todo lo que decían de ti. Quise creer que no lo era… —susurra con la voz tomada por la emoción, con la vista fija en el suelo.

Cuando por fin reúne las fuerzas necesarias para mirarme, lo hace llena de rabia, sorbiendo por la nariz para no darme el gusto de verla llorar. Su mirada me congela la sangre y el aliento hasta que se da la vuelta y se aleja. Lo extraño es que, ahora que he conseguido que lo haga, no sé si es lo que quiero realmente.

3

Ava

—Ava, siéntate a desayunar.

—No puedo. Me llevo una manzana para el camino.

—Ava, por favor. Anoche no bajaste a cenar. Siéntate y cómete un par de tostadas.

—No tengo tiempo, mamá. Voy tarde.

—Mira. A mí no me vengas con tonterías con la comida, ¿eh? Te lo advierto. Que cojo un embudo y te meto la comida por el gaznate a la fuerza.

Arrastro los pies hasta la mesa y me dejo caer en una de las sillas, resoplando contrariada.

—Me voy a comer una, solo una tostada.

Al levantar el brazo con un dedo alzado, dejo a la vista los arañazos que anoche me esmeré en curar a escondidas en el baño, y mi madre enseguida se fija en ellos.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—¿Qué? —Intento hacerme la despistada—. Ah, ¿esto? No es nada… Me caí en la clase de gimnasia…

—¿Ayer te tocaba gimnasia? —me pregunta Alice, frunciendo el ceño, extrañada.

—No me lo hice ayer.

—Ayer por la mañana no lo tenías…

—¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? —les pregunto, poniéndome en pie de un salto.

Indignada, bajo la atenta mirada de ambas, le doy un último bocado a la tostada y la suelto en la mesa. Me giro de golpe, cojo una manzana y salgo a toda prisa de casa, antes de que descubran la verdad.

—¡Ava! ¡Espérame! —me llaman en cuanto pongo un pie en la calle.

—Hola, Lisa —la saludo cuando se planta a mi lado, agarrando las asas de su mochila y chocando su hombro con el mío.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde? —me pregunta.

—En la tienda, ayudando a mi padre.

—Pues Jackson estaba un poco enfadado…

—¿Por?

—Porque pasó por la tienda y no te vio.

—Es que… estuve poco rato… Fui a llevar algunos encargos…

—Ah… —No sé si se lo ha creído, pero asiente con la cabeza, hasta que se fija en mi brazo—. ¿Qué te ha pasado ahí?

—¿Eh? Ah… Me caí de la bicicleta mientras iba a llevar los encargos.

Consigo escabullirme del interrogatorio y continuamos hablando de cosas sin importancia hasta que llegamos a la puerta del instituto. Allí se nos unen Andrea, Zack y Jackson, que aún parece algo molesto por el plantón de ayer. Les saludo a todos, intentando esquivar a Jackson, hasta que llegamos a las taquillas.

—Fui a la tienda de tu padre —me suelta en cuanto apoya el hombro en la de al lado de la mía.

—Me lo ha dicho Lisa. Estuve haciendo unos repartos con la bicicleta.

—Tu padre me dijo que no te había visto.

Aprieto los labios con fuerza, aún escondiendo la cabeza dentro de la taquilla, pensando rápidamente una excusa creíble para no ser descubierta. Cuando creo encontrarla, cierro la taquilla e, intentando parecer muy segura de mí misma, digo:

—Porque estuve muy poco rato. Entré por la trastienda, cogí los encargos, los cargué en la bicicleta y me fui. Mira, incluso me hice esto en uno de los viajes…

Le muestro mi brazo lleno de rasguños acompañada de la mejor de mis sonrisas inocentes, pero él no parece satisfecho.

—Creía que… —Mueve la cabeza a un lado y a otro, pensativo—. Ayer pensé que te habías ido con él…

Sé perfectamente a quién se refiere pero, aun así, me hago la tonta.

—¿Con él…? ¿Con quién?

En ese momento, Sam pasa por nuestro lado con la cabeza agachada. Me mira de reojo, hecho que no pasa desapercibido para Jackson, que se mueve hasta ponerse en medio. La demostración de testosterona acaba en cuanto Sam entra en el aula. Solo entonces Jackson vuelve a centrarse en mí y me mira, aún esperando una respuesta por mi parte.

—¿Con Sam? ¿Por qué iba yo a pasar la tarde con él?

—Porque parecías muy interesada en él cuando salíamos del instituto.

—Pues te equivocas —contesto resuelta mientras empiezo a caminar hacia el aula—. No estoy interesada en él, ni en nadie.

Entro en el aula con decisión, con la mochila colgada del hombro. Sam ya está sentado en su pupitre, aún pegado al mío, pero no le miro.

—Ava, espera… —escucho a Jackson a mi espalda, pero no le hago caso. En vez de eso, dispuesta a demostrarle que digo la verdad, agarro mi mesa y tiro de ella para separarla de la de Sam, que me mira sorprendido.

Las patas hacen el suficiente ruido contra el suelo como para llamar la atención de todos. En ese momento, el señor Oliver entra en el aula y asiste a la escena.

—Ava, ¿qué haces? —Sin contestarle, me siento en la silla y apoyo los brazos sobre la mesa—. Sam, ¿ya tienes los libros?

Él agacha la cabeza y niega de forma casi imperceptible. A nuestro alrededor empiezan a oírse algunos comentarios de burla mientras el señor Oliver se acerca a nosotros.

—No quiero estar a su lado —digo con sequedad antes de que él abra la boca, impidiéndole reaccionar.

Jackson parece por fin satisfecho, y aplaude mientras sonríe de medio lado.

—Jackson, por favor… —le pide el señor Oliver, resoplando, antes de volver a centrarse en mí. Me mira algo sorprendido, ya que no es un comportamiento habitual en mí—. Ava… ¿ha pasado algo…?

—No —contesto sin inmutarme.

—¿Sam…? —le pregunta a él entonces, que vuelve a negar de forma casi imperceptible. Resoplando mientras se aprieta el puente de la nariz, prosigue—: Empezamos bien la mañana… Veamos, Ava, por favor… hasta que Sam tenga los libros, sería fantástico que siguieras pegada a él…

El resto de la clase estalla en carcajadas y él se arrepiente enseguida de sus palabras. Mientras, yo intento disimular el calor que me sube por el cuello con intención de teñir mis mejillas de rojo.

—¿Cómo de pegados deben estar? —pregunta a voz en grito Robin desde el final de la clase.

—Él no me quiere cerca y yo no quiero estar con él —digo mientras saco el libro de texto de la mochila y lo dejo caer sobre la mesa.

—Está bien… Veamos… —El profesor levanta la cabeza y mira alrededor, buscando una alternativa, pero entonces Sam mueve su mesa hasta pegarla a la mía. Yo le miro con la boca abierta y las cejas levantadas mientras él me mira de reojo durante unos segundos, justo antes de volver a clavar la vista en su regazo—. Gracias, Sam. Y, ahora, vamos a ver si podemos empezar la clase de una vez por todas. Abrid todos el libro por la página cuarenta y dos.

Resoplando, cruzo los brazos sobre el pecho y recuesto la espalda

en la silla. En vez de prestarle atención al libro, rehúyo la mirada constantemente, intentando demostrarle que sigo enfadada. Él parece incómodo, y me mira de reojo. En ocasiones, abre la boca como si fuera a decirme algo, pero enseguida la cierra de nuevo.

—Quiero que me entreguéis el trabajo la semana que viene. Lo haréis en parejas. —Empieza a haber cierto revuelo en el aula, todos mirándonos unos a otros, pero el señor Oliver enseguida añade—: Las parejas las elijo yo. Riley y John. Jackson y Zoe. Phil y Wendy. Lisa y Zack. Andrea y Oliver. Ava y Sam…

En cuanto oigo nuestros nombres, chasco la lengua y, contrariada, levanto la mano. El señor Oliver me ve, pero me dice que no con un dedo. Sabe perfectamente que me voy a quejar de mi pareja y no está dispuesto a darme opción a réplica.

—Joder… —resoplo mientras dejo caer el brazo.

A mi lado, por el rabillo del ojo, veo a Sam apretar los labios con fuerza mientras agacha la cabeza. Justo después, los mueve aunque sin emitir ningún sonido. A pesar de ello, puedo adivinar lo que dice:

—Lo siento.

Sam

Con los auriculares en las orejas y la libreta enrollada y guardada en el bolsillo trasero del vaquero, camino a través del bosque para dirigirme al lago. Bajo las suelas de mis zapatos, las hojas y las ramas crujen. De vez en cuando, me agacho para contemplar de cerca alguna flor o para seguir a alguna lagartija. El sol de la tarde aún se cuela entre las ramas de los árboles, cegándome cuando miro hacia arriba, reconfortándome cuando acaricia mi piel.

Me hace sentir bien. Casi tanto como los ojos de Ava. Su mirada azul, llena de vida, llena de curiosidad, una mirada que no esconde nada, sin intención de hacer daño. Parece inocente, aunque no frágil. Parece obstinada, aunque sabe escuchar. Parece… preciosa, demasiado para alguien como yo. Me tendré que conformar con soñar con ella, con tocarme mientras la imagino besándome.

El bosque se abre entonces y el lago aparece frente a mí. Respiro profundamente, sonriendo mientras cierro los ojos. Camino por la orilla, agachándome para recoger alguna piedra y lanzarla al agua, haciéndola rebotar sobre la superficie. Las ondas que provocan las piedras sobre el agua me resultan hipnóticas, y me encanta ver cómo se distorsiona el reflejo del paisaje de alrededor: los árboles, la pared de la montaña de la izquierda y el viejo embarcadero de madera. Esta vez, reflejada sobre el agua, hay una figura que me mira. Me quedo quieto mientras levanto la vista lentamente y la miro. Ava se mantiene

de pie sobre el embarcadero, agarrando las asas de su mochila, mirándome fijamente. La música sigue sonando en mis auriculares, completando la mágica visión que tengo frente a mí: ella en mi lugar favorito del mundo. Empiezo a caminar hacia ella sin ser plenamente consciente de ello. Simplemente, mis piernas han decidido actuar por su cuenta, atraídas por ese magnetismo al que intento resistirme. Me detengo a varios metros, sobre la pasarela, y nos mantenemos la mirada durante unos segundos. Al rato miro alrededor, incapaz de creer que siga buscándome sin ninguna intención oculta, como convertirme en la diversión de su grupo de amigos. Chasca la lengua y cruza los brazos sobre el pecho, un gesto que repite mucho cuando está conmigo. Parece molesta, yo, en cambio, la encuentro adorable. La estoy mirando con la cabeza ladeada, intentando contener la sonrisa boba que se me empieza a dibujar cuando la veo mover los labios y gesticular a la vez.

—¿Qué? —le pregunto cuando me quito los auriculares de las orejas.

—¡Que te largaste sin que pudiéramos hablar del trabajo!

—Llámame perspicaz, pero me dio la impresión de que hoy no te apetecía demasiado hablar conmigo.

—¡No solemos hacerlo demasiado porque tú insistes en intentar… ahuyentarme! —grita, haciendo aspavientos con las manos.

—Porque tú insistes en… seguirme.

—¡Pues mira tú por dónde que, ahora que no quiero, tengo que hacerlo por obligación!

Pisa con fuerza sobre la vieja madera, que cruje bajo sus pies y, de repente, se rompe. Ava pierde el equilibrio y se tambalea hacia atrás. Veo el miedo reflejado en sus ojos durante una décima de segundo, hasta que cae al agua. Sin pensármelo, me quito la camiseta y las zapatillas, las dejo junto a mi reproductor de música y la libreta de apuntes, y corro hasta el final del embarcadero, lanzándome al agua de cabeza. Aguantando la respiración, muevo los brazos y piernas para impulsarme mientras buceo, mirando a un lado y a otro hasta que doy con ella. Nado rápidamente y me quedo quieto parado frente a ella. Nos miramos a los ojos de nuevo, esta vez a escasos centímetros de distancia, sin ninguna intención de subir a la superficie. Incluso aquí abajo, el azul de sus ojos es más intenso que el del agua que nos rodea. Sueño que permanecemos así porque ambos queremos estar a salvo de las miradas de los demás. Solos, los dos. A Ava se le escapan una burbujas de la boca y entonces rodeo su cintura con un brazo y me impulso con los pies para emerger a la superficie mientras ella rodea mi cuello con ambos brazos. Cuando salimos, los dos abrimos la boca y cogemos una gran bocanada de aire. Después de recuperar el aliento, sin despegarnos un centímetro, con el pelo pegado a nuestra

frente, nos miramos de una forma muy intensa.

—Sé nadar —me suelta de sopetón, soltándose de mi cuello y apartándose un poco—. No necesitaba que me rescatases.

Me quedo quieto mientras la observo nadar hasta salir del agua. Ya de pie sobre las inestables maderas, se recoge el pelo con ambas manos y lo estruja para intentar secárselo, peinándolo luego con los dedos. Al rato consigo salir a la superficie y me quedo de pie, muy quieto, con las gotas de agua resbalando por mi pelo, mi piel y mis vaqueros, sin poder apartar la vista de su camiseta empapada y pegada a sus pechos. Cuando ella se da cuenta, intenta taparse con las manos y solo entonces yo consigo reaccionar. Tratando de no mirarla, cojo mi camiseta y se la tiendo.

—Póntela. Esta seca —le digo mientras, dándole la espalda para darle algo de intimidad, empiezo a comprobar el estado de las lamas de madera rotas.

—Gracias —la oigo susurrar a mi espalda.

Me doy la vuelta y la descubro ya con mi camiseta puesta, que le viene enorme, comprobando el estado de las cosas de su mochila. Asiento con la cabeza y empiezo a alejarme de nuevo hacia la orilla del lago.

—Será mejor que nos alejemos… —digo mientras lo hago—. Ya hemos visto que no es muy estable.

Camino hasta la orilla empedrada del lago y me siento sobre un viejo tronco. Mientras compruebo que mi reproductor de música no ha sufrido ningún daño ella se sienta a mi lado.

—Lo siento —susurra.

—¿Por…? —le pregunto, quitándome uno de los auriculares.

—Por haberme cargado tu lugar para respirar aire puro.

Sonrío dejando escapar el aire por la nariz, con la vista fija en el viejo embarcadero.

—No pasa nada. Puedo intentar arreglarlo.

—¿Cómo?

—Ya se me ocurrirá algo —contesto, encogiéndome de hombros, justo antes de señalar su mochila con un movimiento del mentón—. Lo de los libros tendrá peor arreglo, seguro.

—Bueno… por suerte, llevaba poca cosa. Mis padres me los comprarán de nuevo. —Yo levanto las cejas al ver lo sencillo que es todo en su mundo, y ella parece darse cuenta de ello porque, algo avergonzada, desvía la mirada y se muerde los labios.

Nos quedamos callados unos segundos, mirando el horizonte. La luz del atardecer tiñe de color anaranjado las pocas nubes que hay en el cielo, así como la superficie, ahora en calma, del lago. Ava se acerca un poco más a mí, coge el auricular que cuelga de mi cuello y se lo pone en la oreja. Con las piernas encogidas, se abraza las rodillas

mientras apoya la barbilla en ellas, escuchando la música con atención. Me fijo entonces en los arañazos de su brazo, ahora que lo tengo cerca. Alguno de ellos parece profundo.

—Es bonita —dice sin mirarme—, aunque algo triste.

Asiento con la cabeza, totalmente de acuerdo con ella. En realidad, todas las canciones grabadas en el reproductor lo son. A menudo intento imaginar qué sentía mi madre mientras las escuchaba, los momentos por los que estaba pasando y, sobre todo, si era Frank quién la hacía sentir así.

—No te pega —insiste ella al cabo de un rato cuando suena otra de las canciones.

—¿Quieres decir que no parezco triste?

—Sí lo pareces. Triste, solitario, e incluso herido, me atrevería a añadir. Me refería a que no tienes pinta de ponerte a buscar este tipo de canciones para grabarlas ahí dentro.

La miro apretando los labios y ella me mantiene la mirada todo el rato, valiente, como siempre.

—No es mía. Es de mi madre. Fue ella las que las buscó y las grabó aquí dentro —le confieso, enseñándole el pequeño reproductor—. Es lo único que guardo de ella. No tengo nada más, ni una simple fotografía, ni una imagen en mi cabeza.

Ava me mira muy seria durante un buen rato hasta que, poco a poco, su expresión se suaviza conforme una sonrisa aparece en sus labios. Asiente con la cabeza, justo antes de volver a hablar.

—Ella debió de enamorarse perdidamente de alguien para escuchar estas canciones. —Ahora soy yo el que asiente con la cabeza—. Así que ya sabes algo de ella: que, al menos una vez en su vida, que tú sepas, se enamoró perdidamente de alguien. ¿No crees?

—Supongo…

—Y también que tenía los ojos rasgados, ¿no? Porque de alguien los debes haber heredado tú, por mucho que trates de esconderlos detrás del flequillo.

—También —afirmo mientras una sonrisa se empieza a formar en mis labios.

—Ya son dos cosas más que sabes de ella. Seguro que alguien más de por aquí se acuerda de ella y te puede contar algo.

—¿Algo que sea verdad, quieres decir? Porque mentiras, parece que saben muchas…

Ava agacha la mirada y tuerce la boca.

—Lo sé —dice—. Pero no debes dar importancia a las mentiras que se cuentan.

—Es complicado cuando esas mentiras condicionan lo que la gente piensa de mí.

—No todos lo hacemos —me contesta guiñándome un ojo.

Se levanta algo de brisa mientras el sol ya se ha escondido detrás de las copas de los árboles. Veo cómo se estremece y se frota la piel de los brazos con ambas manos.

—Será mejor que nos vayamos antes de que cojas frío —digo, poniéndome en pie—. Llévate mi camiseta.

Le tiendo una mano para ayudarla a levantarse y ella la coge enseguida. Solo cuando la aprieto con firmeza me doy cuenta del gesto, que había hecho sin pensar. Y a ella parece ocurrirle lo mismo, inmóvil, mirando fijamente nuestros dedos entrelazados.

—¿Y tú? ¿Irás… así a casa? —me pregunta al rato algo incómoda, soltando mi mano. Yo asiento con la cabeza—. ¿No te dirá nada tu padre?

Se me escapa la risa.

—No. No te preocupes.

—Vale. Gracias. Te la… devolveré. —Empezamos a caminar para adentrarnos de nuevo en el bosque y ella vuelve a hablar—: En cuanto al trabajo… ¿Qué te parece si quedamos mañana después de clase para empezar a hacerlo?

—Está bien.

—¿Vamos juntos a la biblioteca cuando salgamos del instituto?

—¿Y exponerte a que te vean conmigo?

—Pensaba que había quedado claro que no todos en el pueblo nos creemos las mentiras que se cuentan…

La miro de reojo, incapaz de disimular la sonrisa, así que asiento con la cabeza.

4

Ava

Con la mesa pegada a la suya, sentada a su lado, le miro de reojo mientras ambos tomamos apuntes. En un arrebato, escribo una nota al pie de mi libreta, arranco el trozo de papel y se lo tiendo.

Tengo algunas ideas para el trabajo. Luego las comentamos.

Sorprendido, mira el papel que le tiendo. Con el ceño fruncido, lo coge y lo lee. Veo cómo las comisuras de los labios se le tuercen hacia arriba levemente y cómo asiente con la cabeza.

Esperaba, ahora veo que en vano, que él me siguiera el juego y contestara mi nota.

—Psss… Sam —le llamo.

—¿Qué?

—Ava y Sam, por favor… —nos avisa la profesora.

Los dos volvemos a centrar nuestros ojos en nuestras libretas de apuntes, aunque yo, poco después, vuelvo a coger el papel y le escribo de nuevo.

¿No me contestas?

Cuando se lo tiendo, Sam lo lee con el ceño fruncido y entonces me mira encogiéndose de hombros. Resoplando contrariada, le señalo el papel con el bolígrafo, dando algunos golpecitos en él.

—Ava, por favor —me vuelve a reprender la profesora, que no se distingue por tener un alto nivel de paciencia.

Algo confundido, coge el papel y, por fin, veo que me hace caso y empieza a escribir.

No sé qué quieres que te diga.

Cuando lo leo, contrariada, hago una pelota con el papel y se la

lanzo a la cara, con tanta mala suerte que la señora Carroll me vuelve a pillar.

—Ava, por favor, recoge ese papel que has tirado y salid los dos de clase.

—¡Pero si solo estábamos hablando del trabajo de Geografía…! —me excuso.

—Fantástico, pero resulta que estamos en Historia, así que, por favor, salid de clase e id al aula de castigo. Los dos.

Sam se levanta resignado, cerrando la libreta y poniéndose el bolígrafo detrás de la oreja mientras yo lo hago arrastrando la silla hacia atrás y pisando con fuerza, demostrando mi disconformidad con su decisión.

—Estarás contento… —le digo, con la libreta apretada contra el pecho, empezando a caminar pasillo arriba hacia el aula de castigo.

—¿Yo? ¿Se puede saber qué he hecho?

—Nos han castigado por tu culpa.

—Pero si has sido tú la que me ha tirado el papel.

—Porque tú no me contestabas…

—¡Es que no sé qué querías que dijera! —dice él alzando la voz en el momento en que giramos la esquina del pasillo.

—¿Ava?

Al oír la voz de mi madre giro la cabeza de sopetón. La descubro en la puerta del despacho del director, parece que despidiéndose de él.

—Eh… ¿Mamá…? ¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —le pregunto balbuceando mientras miro de reojo a Sam, plantado a mi lado con la cabeza agachada.

Mi madre no aparta los ojos de él, y se la ve nerviosa.

—¿No deberías estar en clase? —me pregunta, mirándome durante solo una fracción de segundo, volviendo a Sam enseguida.

—Sí… Pero… es que… vamos a la sala de… castigo… —balbuceo cerrando los ojos, temiéndome desatar la furia de mi madre.

—¡¿Qué?! —pregunta ella con la cara encendida—. ¡Ava, ¿se puede saber de qué estás hablando?!

—Ella no ha hecho nada. Me han castigado solo a mí —interviene entonces Sam justo cuando yo abría la boca de nuevo para contestar a mi madre—. Soy nuevo y no sé dónde está… La señora Carroll le ha pedido a Ava que me acompañara.

Sorprendida, miro a Sam con la boca abierta mientras que él mira a mi madre, tragando saliva.

—Ah. Bien. Vale —dice mi madre, de repente muy aliviada.

—Ava, entonces, acompáñale y no tardes en volver a clase —me pide entonces el director, aunque yo, aún en shock, no consigo moverme del sitio.

—Ava. —Sam se planta frente a mí, mirándome de frente. Entorna

los ojos durante una fracción de segundo para intentar hacerme reaccionar—. ¿Vamos?

Cuando por fin lo logro, camino a grandes zancadas para intentar alejarme lo antes posible de allí, rehuyendo la mirada de mi madre, cuyos ojos siento clavados en mí y en Sam. Giramos el pasillo y, a pesar de que ya no nos ve, sigo caminando de forma atropellada.

—Ava. Ava. Espera… —Oigo la voz de Sam a mi espalda, pero mi meta está fija en la puerta del aula de castigo, que ya veo al final del pasillo—. Ava. No corras.

Abro la puerta con ímpetu, sobresaltando al señor Oliver, al que parece haberle tocado estar de guardia. Al verme, levanta las cejas confundido, y entonces se fija en Sam, al que ya siento a mi espalda.

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta—. ¿Os han castigado?

Sam aprieta los labios con fuerza mientras me mira de reojo.

—Bueno… Sí… Nosotros… —balbuceo al principio, hasta que me envalentono al encontrar una posible salida—. Estábamos hablando del trabajo que usted nos mandó.

—Aunque admiro vuestro entusiasmo con respecto a mi asignatura, no estabais hablando de ello en el momento adecuado.

—Porque estábamos ansiosos por comentarlo —digo, y Sam automáticamente gira la cabeza para mirarme con el ceño fruncido, muy extrañado.

El señor Oliver resopla por la nariz, agachando la cabeza. Con un dedo, nos pide que nos acerquemos, así que empiezo a hacerlo. Al ver que Sam no se mueve, le agarro de la camiseta y tiro de él.

—¿Qué habíais pensado hacer?

—Había pensado… ¡habíamos! Los dos… Habíamos… pensado en hacer un mapa de las minas abandonadas de Asheville… He leído que hay varias repartidas por el Parque Nacional Pisgah… Y Sam se conoce muy bien la zona… Es un experto. —Cuando le miro, le descubro observándome con la boca abierta y las cejas levantadas—. No me mires así. Sí lo eres.

—Yo solo… —carraspea y agacha la cabeza—, paseo por la zona.

—Me parece una muy buena propuesta —interviene el señor Oliver, sonriendo mientras asiente con la cabeza.

Sonrío orgullosa y le doy un codazo a Sam, que se encoge de forma instintiva. Trato de contener la emoción, aunque a duras penas lo consigo.

—Lo sabía —susurro.

—¿Tenéis alguna idea…?

-El señor Oliver empieza a reír negando con la cabeza y agarrándose el puente de la nariz.

—Eres una encantadora de serpientes, Ava… Podrías plantearte realizar la carrera de Derecho…

—Ni hablar. No me veo vistiendo de traje chaqueta todos los días de mi vida. Menudo aburrimiento —contesto, atreviéndome incluso a guiñar un ojo.

—Está bien. Os libráis esta vez. —Aprieto la mano en un puño y a Sam se le dibuja una sonrisa, aunque parece más contento por mí que por él realmente—. Pero… esto no se puede repetir. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —responde Sam mientras yo sonrío.

Sam

—Te he librado de una buena esta mañana, ¿eh? —dice, caminando delante de mí con el mapa abierto frente a ella.

—Técnicamente, tú me metiste en ello, así que fue justo que me sacaras… —Ella parece no estar escuchándome y, después de mirar el mapa durante un buen rato, levanta la cabeza y mira a un lado y a otro—. ¿Nos has perdido?

—Ni hablar. Sé perfectamente dónde estamos.

—Ajá. ¿Y dónde es eso exactamente? —le pregunto colocándome a su espalda y mirando el mapa por encima de su hombro.

Ella gira la cabeza y me mira. Durante unos segundos me quedo estancado en sus enormes ojos azules y en sus labios, algo cortados. Durante esos segundos, me imagino agarrándola del codo para darle la vuelta y obligarla a encararme, cogiendo su cara entre mis manos y besando esos labios, acariciándolos. Veo sus mejillas sonrojarse y entonces, como si hubiera recuperado la conciencia de golpe, mueve la cabeza y rehúye mi mirada.

—Pues aquí. ¿Dónde va a ser? —dice, abriendo los brazos, evidentemente muy perdida.

Yo chasco la lengua y la adelanto, quitándole el mapa de las manos. Lo levanto frente a mí y trato de orientarme. Me lleva solo unos segundos hacerlo.

—Por ahí —indico con un dedo cuando consigo situarme, caminando hacia donde hace un tiempo creí ver la entrada de una de las minas abandonadas que buscamos.

Cuando llevamos un buen rato caminando por un sendero algo empinado, me detengo y miro hacia atrás. La veo a unos metros de mí, resoplando y apoyando las manos en las rodillas para ayudarse a subir. Me acerco a ella y le tiendo una mano. Ella se detiene y me mira.

—¿Queda mucho? —me pregunta, aún sin coger mi mano.

—No demasiado. Creo.

Hago una mueca con la boca que la pone nerviosa. Abre mucho los ojos y mira alrededor, algo asustada.

—¿Y nos dará tiempo de volver?

—No sé. La verdad es que no tardará en oscurecer… y no sé si sabremos volver… —El rostro de Ava palidece por segundos, volviéndose aún más adorable, mientras yo intento que no se me escape la risa—. A lo mejor tendremos que dormir en la mina…

—¡¿Qué?! ¡No, no, no! ¡Demos la vuelta! —grita, agarrándome del brazo e intentando tirar de mí, aunque yo no me muevo—. ¡¿Qué haces?! ¡Muévete! ¡No puedo llegar tarde a casa! ¡Mis padres me matan si se enteran de que estoy aquí con…!

Deja ahí la frase, pero no hay que ser muy espabilado para saber cómo acaba. Contrariado, aprieto los labios mientras asiento con la cabeza y empiezo a deshacer el camino que hemos hecho hasta ahora.

—Sam. Sam, espera. —Oigo sus pisadas a mi espalda, corriendo para intentar darme alcance—. Sam.

Consigue cogerme del brazo, pero yo me doy la vuelta de forma brusca, deshaciéndome de su agarre y provocando que pierda el equilibrio y caiga al suelo.

—Lo siento… —digo, alargando un brazo aunque sin llegar a tocarla.

Esta vez no se queja, sino que se levanta rápidamente, limpiándose el pantalón con ambas manos.

—No —dice, negando a la vez con la cabeza—. Soy yo la que lo siento… No quería… decir eso… Bueno, en realidad, no quería que sonara como ha sonado…

Asiento con la cabeza y sigo andando, pero ella vuelve a agarrarme del brazo. Esta vez no me doy la vuelta de forma brusca, si no que me quedo quieto, con la cabeza agachada y la vista clavada en el suelo. Su agarre se vuelve más intenso cuando sus brazos rodean mi torso, abrazándome. Apoya la frente en mi espalda mientras sus dedos se agarran con fuerza de mi camiseta. Miro el cielo y dejo escapar un jadeo, cuando la oigo hablar de nuevo.

—No eres tonto… Sabes lo que algunos van diciendo, y mis padres no son una excepción. Pero eso a mí me da igual, porque a mí sí me gustas, Sam Wilkins.

Me doy la vuelta lentamente mientras ella relaja su agarre, aunque sin soltarme.

—¿Por qué? —le pregunto con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? —me pregunta ella a su vez, retrocediendo para poner algo de distancia entre los dos—. Sigo sin entenderlo… ¿Por qué no? En el fondo, eres igual que todos los chismosos del pueblo. Ni siquiera tú mismo confías en ti.

—Porque no me conoces de nada. Porque no entiendo qué has visto en mí para decir que… te gusto.

—No me malinterpretes, no te estoy jurando amor eterno ni sueño

con los nombres que les pondremos a nuestros hijos, pero… me siento bien contigo —dice, encogiéndose de hombros a la vez que ladea la cabeza y hace una mueca con la boca, un gesto cómico que consigue hacerme reír—. ¿Amigos?

Miro la mano que me tiende durante unos segundos sin dejar de sonreír. Al rato, la estrecho y, sin soltarla, empiezo a caminar de nuevo hacia la mina, tirando de ella.

—Ah, pero ¿no volvíamos ya? —me pregunta.

Giro la cabeza.

—Estamos demasiado cerca —contesto, de repente radiante de felicidad.

Yo tampoco sueño con los nombres de nuestros hijos, ni mucho menos, pero estar con ella también me hace sentir bien. Me hace creer que soy alguien mejor, que puedo ser feliz a pesar de todo.

Tal y como creía, tardamos poco más de cinco minutos en llegar a una de las minas abandonadas. La entrada está tapiada con madera y, a pesar de los años que debe llevar en desuso, está bastante bien conservada. Alrededor, aún se pueden encontrar algunos restos de herramientas, como la punta de un pico.

—Tenías razón —dice ella, quitándome el mapa de las manos para marcar el punto exacto en el que nos encontramos. Al verla dudar, chasco la lengua, me acerco y señalo con un dedo—. ¿Lo ves? Nos complementamos perfectamente.

—Cierto. No encontraría una pareja mejor… —empiezo a decir, provocando una sonrisa orgullosa en su rostro que se diluye en cuanto continúo—: Nadie sostiene el mapa tan bien como tú, aunque no sepas usarlo.

—¡Oye! —me reprocha junto con un manotazo en el hombro—. Hago muchas otras cosas bien. Como… librarte de los castigos, por ejemplo.

—Es un mérito discutible.

—Y…

—¿Y…? —insisto al ver que no se le ocurre nada más que decir.

—¡Darte conversación! —grita orgullosa. Negando con la cabeza, empiezo el camino de vuelta—. Si no fuera por mí, esta relación sería muy aburrida. ¿A dónde vas?

—Creía que tenías prisa por volver —contesto sin siquiera girarme.

Corre hasta ponerse a mi lado y me mira de reojo, agarrando las asas de su mochila. Me mira con insistencia, esperando algo que no sé precisar.

—¿Qué? —le pregunto al final.

—¿Lo ves? Si no es por mí, no tendríamos tema de conversación. Así que esa es otra de mis virtudes. Se podría decir que tengo una habilidad increíble con la lengua. —Nada más decirlo, sus mejillas se

sonrojan a la vez que sus ojos se abren como platos—. Vale. Olvida esa última frase. Te lo ordeno.

—Tarde —confieso con una sonrisa de medio lado en mis labios.

—¡Aaaaaaah! ¡Joder, qué vergüenza! —grita mientras se aleja corriendo.

Aún sonriendo como un bobo, me lleva un rato reaccionar, por eso, cuando lo hago, tengo que correr para poder darle alcance, agarrándola de la mochila.

—¡Ava! ¡Ava, espera!

—¡No! ¡No me mires! —me grita, tapándose la cara con ambas manos y girando sobre sí misma para evitarme.

—Está bien. No te miro, pero te recomiendo que me sigas, porque has elegido el camino equivocado.

Empiezo a andar mientras doblo el mapa para guardarlo, comprobando por el rabillo del ojo que me sigue. Cuando la tengo detrás de mí, estiro el brazo hacia atrás.

—Puedes guardarlo si quieres.

Me lo coge sin decir nada, y continuamos en silencio durante un buen rato más, hasta que ella se atreve a romperlo.

—¿Te gusta vivir aquí?

Me encojo de hombros como respuesta.

—No pareces muy convencido.

—Cuando no tienes opción, tus preferencias carecen de importancia.

—¿Vivías en Nueva York con tu abuela?

—Sí.

—¿Y has venido aquí porque ella murió? —Asiento con la cabeza, incapaz de contestar con palabras—. ¿Era la madre de tu madre?

—Sí.

—¿Tu madre también era de Nueva York, entonces?

—Ajá.

—¿Y por qué ella vivía aquí y tú allí?

—Esto parece un interrogatorio —digo, intentando desviar el curso de la conversación, cada vez más comprometida.

—Somos amigos, ¿no? Y los amigos se cuentan cosas y saben el uno del otro… Vamos a hacer una cosa: pregúntame tú a mí lo que quieras y te seré completamente sincera.

Entorno los ojos durante unos segundos hasta que me detengo en seco. Ella tarda en hacerlo, quedándose plantada a mi lado.

—Está bien. Veamos… Tus habilidades con la lengua, ¿se limitan solo a hablar sin parar o sabes hacer otras cosas?

Sin esperarlo, me da un fuerte empujón que consigue moverme un poco del sitio. Riendo a carcajadas y orgulloso por haber conseguido mi cometido, la observo alejarse de nuevo, caminando delante de mí a

grandes zancadas.

—¡Eres idiota perdido! ¡Que lo sepas! —me grita enseñándome el dedo corazón.

—¿Por qué? ¿No querías que nos conociéramos más? Simplemente, intentaba… saciar mi curiosidad —le pregunto siguiéndola, ya no tan sonriente.

—¡Olvídame, Sam! ¡Yo solo intentaba ser amable e interesarme por ti! ¡Y creo que deberías ser menos capullo con la única persona en todo el pueblo que intenta serlo!

Me freno en seco, de repente consciente de la verdad de sus palabras. Yo no tenía intención de hacerle daño. Simplemente intenté cambiar de tema, ser gracioso para tratar de esconderme y no enseñarle nada de mí. Pero ella es la única que se ha interesado por saber la verdad…

—Mi madre se suicidó.

Sus pies se detienen de golpe al oírme, así que me acerco a ella hasta quedarme muy cerca de su espalda. Debatiéndome entre abrirle mi corazón o seguir escondiéndome, observo la piel de su cuello, expuesto gracias a la cola con la que se ha recogido el pelo.

—Ella… no pudo soportar que Frank no la quisiera… Ella… se enamoró de él y… perdió la cabeza. Él nunca quiso nada más que… divertirse algunas noches, pero ella…

Ava se da la vuelta lentamente y levanta la cabeza para mirarme a los ojos. Me humedezco los labios y trago saliva. Consigo deshacerme del embrujo de sus enormes ojos azules, pero entonces me estanco en sus labios. Me obligo a mirar el cielo y tomarme algo de tiempo para recomponerme, pero entonces siento sus manos agarrando las mías. Sorprendido, las miro con los ojos muy abiertos. Durante unos segundos valoro soltarme e incluso salir huyendo, pero ella parece leerme las intenciones y entrelaza sus dedos con los míos, apretando así nuestro agarre.

—Ella me tuvo porque pensó que así él la querría —prosigo. Agacho la cabeza y la miro a través de los mechones de pelo que cubren mi cara, tras los que intento esconderme siempre—. Pero él nunca la quiso, en realidad. Ni a mí, por supuesto. Mi madre se obsesionó tanto con él que se olvidó de mí, y mi abuela se me llevó con ella. Por más que intentó que mi madre viniera con nosotros, no lo consiguió. Ella sabía que acabaría mal, aunque no sé si imaginó que acabaría… quitándose la vida.

—Lo… siento… —susurra.

—Esa es la verdad. Él no la mató. Él no la quería, pero nunca le hizo daño.

—Pero sí te lo hace a ti —se atreve a decir.

La miro muy serio durante largo rato. Luego miro nuestras manos

y muevo los dedos, aunque sin intención de soltarme, solo para sentir su piel bajo las yemas de mis dedos.

—Solo cuando bebe. Y si me pilla —le contesto guiñándole un ojo para intentar quitarle hierro al asunto.

—Pero bebe mucho, ¿no?

—Lo de mi madre también le afectó. Mi abuela me contó que la gente hablaba y… le despidieron y… empezó a beber. Supongo que se le fue de las manos. Y ahora, encima, aparezco yo…

Aprieta con fuerza mis manos y entonces apoya la frente en mi pecho. Parece que mis intentos por tranquilizarla no han servido de mucho, pero no quiero que sienta pena por mí, ni tampoco que sufra por mi culpa. Tampoco quiero que se dé cuenta de lo mucho que me afecta su cercanía. No quiero que note que mi corazón late a mucha velocidad y que parece que vaya a salirse de mi pecho. No quiero que se dé cuenta del temblor de mis rodillas, ni mucho menos del inminente problema en mi entrepierna que su contacto está provocando.

—Ava. —Así que me veo obligado a romper este momento, por más que desee parar el tiempo, abrazarla y besarla. Incluso cuando me mira y veo sus ojos brillar, llenos de lágrimas, me obligo a separarme de ella y emprender el camino de vuelta—. Está oscureciendo. Ahora sí que deberíamos darnos prisa en volver.

5

Ava

Sé de otra mina abandonada algo más lejos que la de ayer, pero de camino pasamos por un lago con una cascada.

Cuando Sam me tiende el papel, lo escondo con la mano y miro hacia delante, para comprobar que el señor Harris sigue dándonos la espalda, escribiendo en la pizarra las interminables ecuaciones matemáticas que pretende que sepamos resolver. Leo rápidamente la nota y se me dibuja una enorme sonrisa que intento esconder mordiéndome el labio inferior. Él me hace señas con las manos para que saque el mapa. Cuando lo hago, mira hacia delante y, cuando está seguro de que el profesor no le mira, centra la atención en el papel y me señala una zona con un dedo.

Cojo rápidamente un bolígrafo y le escribo la respuesta en la misma nota.

Tú lo que quieres es verme en bikini. Confiesa.

Se la tiendo de vuelta e intento prestar atención a la pizarra, disimulando, aunque soy incapaz de resistirme a mirarle por el rabillo del ojo. Así, puedo ver sus ojos abrirse como platos al leerla y cómo, con las mejillas sonrojadas, se remueve incómodo en la silla. Le doy un par de golpecitos en el brazo con un dedo y, cuando me mira, asiento sonriente.

—Me gusta el plan… —susurro escondiendo la cabeza detrás de la espalda de Lisa, sentada frente a mí.

Solo entonces él sigue escribiendo con el mismo gesto ilusionado de antes.

¿Te va bien mañana sábado? Podemos salir temprano y así, para la hora de comer, estás de vuelta en casa.

Prácticamente me abalanzo sobre el papel cuando él me lo pasa. Le miro entornando los ojos mientras se me ocurre una idea.

Perfecto. Quedamos a las diez en el embarcadero. ¿Y si preparo unos bocadillos y comemos por la zona?

No quiero meterte en problemas.

Cuando leo su última respuesta, arrugo el papel y niego con la cabeza, sin perder la sonrisa en ningún momento.

—¿Segura? —susurra él esta vez.

—Segura.

Parece exultante de felicidad, aún con un ligero rubor en las mejillas. Me atrevería a decir que incluso ilusionado, un sentimiento que también empiezo a experimentar yo.

—Vale…

—Vale.

Distraída, miro alrededor y descubro a Jackson mirándonos fijamente con el ceño fruncido. Borro al instante la sonrisa de mis labios y clavo los ojos en la pizarra, intentando hacer ver que me interesa muchísimo lo que el señor Harris está explicando, aunque, en realidad, no me esté enterando de nada. Jackson y yo siempre hemos sido… Jackson y Ava. Siempre nos hemos llevado muy bien y hemos tenido cierta química, aunque yo nunca le he visto como algo más que un amigo, por más que él se empeñe en demostrarme que siente algo más. Quizá por eso tiene algo de envidia de Sam.

—¿Por qué le miras tanto? —me preguntó el otro día cuando me acompañaba a casa.

—No le miro más que a los demás.

—Sí que lo haces. Y hablas mucho con él.

—Porque su mesa está, literalmente, pegada a la mía.

—¿Te gusta?

—¿Qué dices?

Afortunadamente, la conversación no dio más de sí porque enseguida llegamos a mi casa y prácticamente le dejé con la palabra en la boca. No quería que se diera cuenta de que, en realidad, aun sin saber exactamente por qué, me siento atraída de algún modo por Sam. No sé si son sus ojos rasgados, sus rasgos angulosos, su pose desgarbada, el halo de soledad y tristeza que le envuelve o la curiosidad que despierta en mí. Puede que sea una mezcla de todo eso, pero lo siento.

El timbre del colegio me devuelve al presente de un batacazo. Doy un respingo en la silla y, algo descolocada, me lleva un rato saber dónde estoy.

—¿Vamos, Ava? —dice Jackson, de repente sentado en el pupitre contiguo al mío.

Me apresuro a guardar la nota arrugada dentro del estuche, junto con los bolígrafos, y cierro el libro de Matemáticas. De reojo, veo cómo Sam se aleja con su libreta de apuntes debajo del brazo y me pongo en pie.

—Tengo que pasar por la taquilla a dejar esto y coger la toalla y la botella de agua.

—Te acompaño —me responde Jackson, bajando del pupitre de un salto y pasando su brazo por encima de mis hombros—. ¿De qué te reías con el piojoso?

—¿Qué? ¿Reírme…? No sé… —contesto con evasivas, intentando que parezca que no sé de qué me habla.

—Últimamente, os lleváis muy bien.

—¿Últimamente? Solo hace poco más de un mes que le conocemos.

—Por eso mismo. ¿No te parece raro llevarte tan bien con él con lo poco que lleva aquí y, sobre todo, con lo problemático que es?

—Y tú estás un poco obsesionado con Sam, ¿no te parece? —digo, cerrando ya mi taquilla, con la toalla sobre el hombro y la botella de agua en la mano, caminando hacia el exterior para asistir a la siguiente clase, la de Educación Física, mientras esquivamos al resto de alumnos.

Cuando llegamos al patio exterior, el señor Halls ya nos espera con su pose de instructor de los Marines, carpeta bajo el brazo y silbato en la boca. Sopla tan fuerte, que puede llegar a convertirlo en un arma de destrucción masiva para nuestros tímpanos.

—De acuerdo… Vamos a dar una cuantas vueltas para calentar. Sin prisa, pero sin pausa.

Encojo el cuerpo para prepararme al verle llenar los pulmones de aire pero, aun así, el ruido del silbato me hace pegar un brinco.

—¿Ayer por la tarde estuviste con Sam? —me pregunta Andrea, que se ha colocado a mi lado. Le contesto asintiendo con la cabeza—. ¿Y qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué hicisteis?

—El trabajo de Geografía.

—¿Y qué tal?

—Lo avanzamos un poco.

—No me refiero al trabajo. Me refiero a qué tal con él.

—Bien.

—Te mira mucho.

—Estáis un poco pesaditos con el tema, ¿no? —respondo, haciendo ver que su comentario no me afecta, aunque buscándole de reojo para comprobar si es verdad lo que dice.

—¿Estuviste en su casa o le dejaste entrar en la tuya? —insiste ella —. Aunque supongo que tu madre no te dejaría meterle, así que…

Aumento el ritmo de mi zancada y enseguida la dejo atrás, librándome de su acoso. Delante de mí veo entonces a Sam, al que aún le debe de doler algo la rodilla, ya que parece cojear levemente. Corre solo, con la cabeza agachada. Como siempre, el pelo le cubre la cara. El uniforme deportivo del instituto le viene algo grande, ya que él es bastante delgado, aun así no parece débil y tiene unos hombros rectos y anchos. Jackson se coloca a mi lado y me mira. Luego sigue la dirección de mis ojos, hacia Sam. Y entonces, sin más, aumenta el ritmo de la zancada y, cuando pasa por su lado, le da una colleja. Sam levanta la cabeza, pero no hace siquiera el intento de perseguir a Jackson que, sin dejar de correr, echa rápidos vistazos hacia atrás y le mira de forma burlona.

De nuevo, el profesor Halls hace sonar su silbato.

—¡Está bien! ¡Venid! —dice entonces el señor Halls. Mientras nos colocamos a su alrededor, él saca de la bolsa de deporte un puñado de cintas de colores. Jackson sigue mirando fijamente a Sam, como si intentara provocarle—. Hay varias cintas como esta de dos colores distintos: rojas y azules. Os voy a dividir en dos equipos y cada uno de vosotros llevará una tira de estas colgando del pantalón. Así —dice, colocándose una de las tiras colgando de la cintura de goma del pantalón de deporte del instituto. Da vueltas sobre sí mismo para que todos podamos verle—. El juego consiste en intentar quitar la cinta a los componentes del equipo rival. Ojo, mientras lo hacéis, deberéis tener cuidado de que no os quiten la vuestra, así que tan importante es atacar como defenderse. ¿Estamos?

Enseguida empiezan los murmullos comentando con quién quieren ir, otros quejándose por el juego y otros pavoneándose de lo rápidos que son y lo fácilmente que van a ganar. Como Jackson que, mientras el señor Halls empieza a dividirnos en dos equipos, se dedica a hacer el tonto mientras alardea de sus habilidades.

—¡Ava, qué suerte la tuya! ¡Te ha tocado en mi equipo! —dice, pasándome un brazo sobre los hombros y atrayéndome hacia él mientras me arrastra hasta Sam—. Voy a por ti…

Jackson le señala con un dedo de forma amenazante mientras yo intento deshacerme de su abrazo. Se mantienen la mirada durante un buen rato, incluso cuando el señor Halls nos pide a ambos equipos que nos separemos y nos indica algunas normas. Cuando hace sonar su silbato, todos nos miramos tanteando el terreno. Nadie se atreve a moverse al principio, hasta que Jackson empieza a correr directamente hacia Sam y este huye de él. Mientras libran su particular persecución, se las apañan para quitar algunas cintas rivales. Ese parece ser el pistoletazo de salida para el resto, que

empezamos a correr como perros sin cabeza, llegándonos a chocar unos con otros, entre risas y gritos. Los únicos que parecen estar tomándoselo en serio son Jackson y Sam, que se persiguen y se esquivan el uno al otro de forma incansable, olvidándose prácticamente del resto, que vamos cayendo eliminados poco a poco.

La maltrecha rodilla de Sam parece estar inclinando la balanza en favor de Jackson, al que cada vez le cuesta menos acercarse. Y entonces, en uno de los intentos de Sam de esquivar a Jackson, su cara se contrae de dolor y cae al suelo. Ahogo un grito tapándome la boca con ambas manos mientras veo que Sam aprieta la mandíbula con fuerza para no gritar. Jackson se abalanza sobre él, pero Sam reacciona rápidamente y se coloca boca arriba para esconder su cinta a la espalda. Forcejean durante un rato con las manos hasta que Jackson pone su rodilla sobre el pecho de Sam, el cual no tarda en empezar a tener problemas para respirar.

—¡Jackson, para! —grito de repente.

Sam aprovecha el despiste momentáneo para empujar a Jackson y así poder quitárselo de encima. Se arrastra hacia atrás y, cuando cree que está a una distancia prudencial, se pone en pie.

—Estás cagado, ¿eh? ¿Lo habéis visto? Está cagado de miedo… —dice Jackson, tratando de nuevo de provocar a Sam.

—Chicos, por favor… El juego no trata de faltar al respeto a nadie… —interviene el profesor, girándose para intentar prestar atención al resto de alumnos que aún no han sido eliminados.

—Vamos… Ven a por mí… Vamos… —continúa Jackson en un tono lo suficientemente bajo como para que el profesor no le oiga, moviendo las manos para alentar a Sam—. Vamos, hijo de puta…

Enseguida, la mirada de Sam se ensombrece y empieza a correr hacia Jackson hasta abalanzarse sobre él. Le agarra de la camiseta y le asesta un puñetazo en la cara que le desestabiliza. Los dos caen al suelto y forcejean durante un rato hasta que Sam consigue sentarse sobre el pecho de Jackson y empieza a golpearle sin descanso.

—¡Retíralo! ¡Retira lo que has dicho! —le grita a la vez.

El señor Halls tarda unos segundos en reaccionar, así que, cuando consigue separarles, Jackson ya tiene toda la cara ensangrentada.

—Que alguien vaya corriendo al despacho del director y le avise. Que llamen a una ambulancia. Rápido —dice mientras, agarrando a Sam por las axilas e inmovilizando sus brazos, le lleva a un aparte.

Muchos se arremolinan sobre Jackson mientras este se retuerce de dolor en el suelo. Sam no deja de mirarle, jadeando y con la mandíbula desencajada. En sus nudillos se pueden ver restos de sangre de Jackson. Entonces gira la cabeza hacia mí. Con los ojos y la boca muy abiertos, le miro horrorizada y él agacha la cabeza.

A partir de ahí, todo sucede muy rápido. La ambulancia no tarda

en llegar y llevarse a Jackson mientras el señor Halls lleva a Sam al despacho del director. Al resto nos hacen volver a clase con una profesora de guardia, aunque somos incapaces de concentrarnos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—¿Cuándo nos dirán algo de Jackson?

—Os dije que ese tío estaba loco.

Los comentarios se suceden uno tras otro mientras la profesora intenta que mantengamos la calma aunque a duras penas lo consigue ella. El instituto se convierte en un hervidero: todo el mundo comenta lo sucedido y hay movimiento constante por los pasillos, tanto de profesores y del equipo directivo como incluso de la policía.

—No os preocupéis porque no tardarán en echarle. Mis padres vinieron a quejarse. Y la madre de Ava también. ¿A que sí, Ava?

Miro a Andrea, aunque soy incapaz de contestarle porque sigo en shock. Siento como si estuviera bajo el agua, con los oídos taponados y moviéndome lentamente, escuchando los latidos de mi corazón.

—Tendrían que haberle expulsado antes. O, directamente, no haber dejado que se matriculara.

—¿Qué esperabais del hijo de un asesino?

—¡Eso es mentira! —grito apretando los puños con fuerza.

Al instante me convierto en el centro de todas las miradas. Furiosa, respirando con dificultad, miro alrededor y entonces, movida por un impulso, empiezo a correr para salir de clase.

—¡Ava! ¡Ava, no puedes…! —oigo gritar a la profesora, pero yo ya estoy en el pasillo, corriendo hacia el despacho del director, en el que entro sin llamar a la puerta.

—Ava, ¿qué haces aquí? —me pregunta la secretaria.

—¿Dónde está Sam? —le pregunto buscándole.

—Ava, vuelve a clase, por favor.

—¡¿Dónde está?!

—Se… Se lo ha llevado la policía.

—¡Pero él no ha hecho nada! —El rostro de la secretaria palidece al instante—. ¡Jackson lleva tiempo provocándole!

—Ava, vuelve a clase.

En cuanto oigo la voz del director a mi espalda, me doy la vuelta y doy un par de pasos hacia él.

—¡¿Se lo han llevado?! ¡¿A dónde le llevan?! ¡¿Por qué ha llamado a la policía?!

—Ava, tranquilízate y vuelve a clase.

—¡Sam lleva tiempo aguantando las provocaciones de todos, de Jackson el que más! ¡No es justo!

—Ava, por favor… —Me coge de los hombros y entonces, nada más sentir su contacto, se me empiezan a escapar las lágrimas que llevaba un rato reteniendo.

—¿Qué va a pasarle ahora? —insisto en un tono mucho más calmado aunque con las mejillas mojadas.

El director niega con la cabeza a la vez que se encoge de hombros.

—Pueden pasar muchas cosas, Ava, pero no es algo que deba hablar contigo.

—Pero… yo puedo testificar. Yo… sé todo lo que le han dicho y… —En ese momento, el señor Oliver entra en el despacho. Parece haberse enterado ahora de lo sucedido—. ¡Señor Oliver!

Con los ojos muy abiertos, deja que le abrace.

—¿Dónde están? —le pregunta al director.

—A Jackson se lo han llevado al hospital. Parece tener la nariz rota, además de algunos rasguños más… A Sam se lo ha llevado la policía… —Deja ahí la frase, mirándome.

—Ava, vuelve a clase. En un rato voy yo para allá —se dirige a mí el señor Oliver.

—Él solo se ha defendido… —balbuceo.

—De acuerdo. Te creo. Hablaremos del tema, ¿de acuerdo? —Me da un par de palmadas en la espalda mientras me doy la vuelta y empiezo a arrastrar los pies hacia clase—. Ava, me alegra mucho que te preocupes tanto por Sam.

—Seguramente soy la única que lo hace en este maldito pueblo… —susurro sin siquiera girarme.

Sam

—Señor Wilkins, si la familia de Jackson decide denunciarles, seguramente tendrán que pagar los costes médicos…

Los policías que me han traído a casa desde el instituto le explican a Frank lo que ha pasado y las consecuencias que acarrearán mis actos mientras yo, consciente de lo que se me viene encima, me mantengo apartado y con la cabeza agachada, intentando que las rodillas dejen de temblarme.

—El director del instituto nos ha dicho que te ha dado una nota para tu padre, ¿verdad?

—Eh… Sí… —Trago saliva y cojo el sobre que guardé en el bolsillo del pantalón. Sin levantar la cabeza, me acerco a Frank y se lo tiendo. Él lo coge, pero no hace ademán de abrirlo en ningún momento, sino que me mira muy serio—. Me han… expulsado durante un par de semanas…

—Recibirá una carta certificada del juzgado en el caso de que se interponga una denuncia contra su hijo —vuelve a hablar uno de los policías.

Ambos, al ver que Frank no abre la boca, se tocan la gorra y,

mirando alrededor, empiezan a retroceder hacia la puerta. Seguro que ellos tampoco son ajenos a los comentarios que corren por el pueblo. Creo intuir incluso algo de pena en los ojos de uno de ellos al mirarme.

En cuanto nos quedamos solos, cierro los ojos y respiro profundamente, preparándome. Hoy no me escondo. No salgo huyendo. Aceptaré lo que venga porque es lo que merezco. Es lo que vi en los ojos de Ava cuando me miró.

Como un pelele, dejo que me agarre y me zarandee. Que me golpee y me tire al suelo. Que me dé patadas y descargue toda su ira contra mí.

—¡¿De dónde cojones crees que voy a sacar el dinero?! —oigo que me grita justo antes de volver a patearme—. ¡Dejad de joderme la vida!

No sé el tiempo que pasa hasta que dejo de sentir los golpes. Y no sé si dejo de hacerlo porque él se cansa o porque yo me he desmayado. Solo sé que cuando abro los ojos de nuevo siento el sabor metálico de la sangre en mi boca y la oscuridad me rodea por completo. Me llevo una mano al bolsillo para comprobar que sigo teniendo el reproductor de música y entonces me pongo en pie con cierta dificultad. Miro alrededor, totalmente desubicado. Estoy en un sitio totalmente ajeno a mí, en el que no encajo y en el que nadie me quiere. Por inercia, me coloco un auricular en cada oreja y camino hacia el exterior. Levanto la cabeza y veo la luna brillando en el cielo mientras un tipo me canta al oído la historia de un hombre obsesionado con una mujer, que creía que su amor era correspondido, pero que, poco a poco, perdía la fe. Puede que sea eso lo que me haya pasado a mí, que la conexión que parecía tener con Ava haya sido un espejismo producto de mi imaginación. Un bonito sueño en el que una chica preciosa con una vida perfecta se enamora de un fracasado con un futuro incierto.

Y entonces empiezo a caminar sin rumbo fijo, alejándome de la cabaña, alejándome de Asheville, y adentrándome en el bosque con la intención de perderme en él. Seguro que, si lo hiciera realmente, nadie me echaría en falta. Antes, cuando vivía en Nueva York, era distinto. Allí tenía a mi abuela, y ella era mi mundo entero.

No tuvo una vida fácil. Llego a los Estados Unidos desde Corea con mi abuelo, estando embarazada de mi madre. Se asentaron en Nueva York y, con los pocos ahorros que tenían, montaron un restaurante que funcionó muy bien hasta que mi abuelo enfermó y murió. Incapaz de llevarlo ella sola, se vio obligada a vender el negocio en un momento de crisis, obteniendo mucho menos dinero del que creía. Por aquel entonces, mi madre solo tenía dieciocho años y un sueño: convertirse en actriz. No era un trabajo que pagase facturas, pero mi

abuela jamás quiso cortarle las alas, así que mientras su hija recorría Estados Unidos con su pequeña compañía, ella trabajaba de sol a sol limpiando. Pero el destino quiso que mi madre recalara en un pequeño pueblo de Carolina del Norte. Allí se enamoró y eso fue su perdición. Cuando mi abuela vio que mi madre había perdido completamente la cabeza por ese tipo que no la quería, me recogió y me llevó con ella. Yo tenía unos pocos meses, así que no recuerdo la cara de mi madre más que por alguna fotografía que vi en casa de la abuela. Nunca tuve a nadie más, aunque, en realidad, jamás lo necesité.

Pero entonces la perdí y tuve que venirme a vivir aquí. Pasé muchos meses recluido en la cabaña de Frank, perdiéndome por el bosque que rodea el pueblo, sintiéndome solo, hasta que los de servicios sociales intervinieron y obligaron a Frank a matricularme en el instituto. Allí conocí a Ava, a la chica curiosa que no apartaba la mirada al verme y que no me juzgaba al hacerlo. De eso hacía solo unas semanas, pero sentía como si nos conociéramos desde hacía años. Teníamos una especie de conexión, e incluso llegué a pensar que ella podría estar interesada en mí del mismo modo que yo en ella. Como si eso pasara en la vida real…

Llevo horas caminando sin rumbo y hace un buen rato que un sol abrasador me está haciendo sudar la gota gorda. Afortunadamente, escucho el ruido de agua cerca, como si se tratara de una cascada. Entornando los ojos y girando sobre mí mismo intento orientarme. Agudizando el oído, no me cuesta demasiado dar con un lago. Camino solo unos minutos más entre los árboles hasta que el cielo se abre sobre mi cabeza y un enorme lago con una cascada se presenta ante mí.

—Pensé que no vendrías… —En cuanto oigo su voz, todo mi cuerpo se tensa. Me doy la vuelta lentamente hasta descubrirla plantada a unos metros de mí, con una mochila colgada a los hombros, mirándome con los ojos vidriosos—. Llegas tarde.

Giro sobre mí mismo, mirando alrededor, muy confundido.

—¿Qué…? ¿Me has… seguido…? —le pregunto.

—No… —Se acerca con el mapa en la mano, mostrándomelo—. Me dijiste que era aquí, ¿no?

Camina hasta que se queda a escasos centímetros de mí, mirándome con timidez. Sus ojos viajan por todo mi rostro mientras se muerde los labios. También se fija en que llevo la misma ropa que ayer, el uniforme de deporte del instituto.

—En realidad, no… —Carraspeo para aclararme la voz, pero dejo la frase inacabada, sin fuerzas para seguir dando explicaciones.

Ava parece darse cuenta de mi incomodidad, como si tuviera la capacidad de meterse en mi cabeza y saber lo que pienso y lo que

siento, y enseguida dibuja una sonrisa en sus labios.

—Como ves, mis habilidades con el mapa han mejorado considerablemente, ¿eh? —No le desanima ver que yo no reacciono de ningún modo. Sin perder la sonrisa, abre su mochila y empieza a sacar cosas de dentro—. He traído agua y unos bocadillos. También patatas fritas. Y unas golosinas. Y un mantel para el suelo, en plan pícnic. Y una toalla. Por si nos bañamos. Podemos compartirla, si tú no has traído… —Mira a mi alrededor y yo extiendo un poco los brazos para demostrarle que no he traído nada—. ¿Y bien? ¿Qué quieres hacer primero?

La miro fijamente, parpadeando cada pocos segundos mientras siento las lágrimas agolpándose en mis ojos, pugnando por escapar. El corazón me late con fuerza y retumba en mis oídos. De repente me siento débil, como si las fuerzas me abandonaran poco a poco. Agacho la cabeza, dejo caer los brazos inertes a ambos lados del cuerpo y se me escapa un sollozo. Enseguida la siento muy cerca, rodeando mi torso con sus brazos y apoyando la oreja sobre mi pecho. Entonces empiezo a llorar sin consuelo, temblando a la vez.

—Lo siento… Lo siento mucho… —balbuceo sollozando—. Siento haberte decepcionado.

—¿Decepcionarme? —me pregunta ella, despegando la cabeza de mi pecho y alzando los ojos para mirarme.

—Vi cómo me mirabas y… creí que ya no querrías… verme más. No pretendía asustarte.

—No me asusto fácilmente. Y tú solo estabas defendiéndote. Se lo he dicho al director y también al señor Oliver. Tienes que contarlo, Sam. Tienes que contar tu versión.

—¿Para qué? Ya me han expulsado dos semanas…

—Pero los padres de Jackson quieren denunciarte por agresión. Si tú cuentas que él se ha estado metiendo contigo… —La observo mientras habla con una sonrisa de circunstancias dibujada en los labios, ladeando la cabeza a la vez. Cuando ella es consciente de que mis esfuerzos serían en balde, que mi versión no cambiará nada la situación, resopla y agacha los hombros—. Pero no es justo… Ellos tiene que saber la verdad…

—Me sirve con que tú la sepas.

Durante unos segundos nos miramos fijamente a los ojos. La tengo tan cerca… Solo tendría que agacharme levemente para rozar su boca con mis labios. En sus ojos también intuyo cierto brillo intenso y sus mejillas se encienden tímidamente. Ambos tragamos saliva, pero ella rompe el momento. Se agacha para coger la toalla de su mochila y camina hacia la orilla del lago para mojar una de las esquinas. Entonces vuelve a acercarse hasta mí y aproxima el trozo de tela empapado a mis labios. Con sumo cuidado, limpia la zona mientras

sus ojos inspeccionan cada poro de mi piel. Con una mano temblorosa acerca los dedos a mi pómulo y lo roza con las yemas.

—¿Te duele? —me pregunta susurrando. Niego con la cabeza mientras ella sigue cuidando de mí con delicadeza, hasta que, algo incómoda, rehúye mi mirada y se aleja para intentar limpiar los restos de sangre de la toalla.

Me siento sobre el mantel que Ava ha extendido antes sobre el manto de hojas de pino y ramas secas. Encojo las piernas y me abrazo las rodillas. Cuando ella acaba de limpiar la toalla, se acerca y se sienta a mi lado. Saca uno de los bocadillos de la mochila y me lo tiende.

—Toma. Los he hecho yo.

—Gracias.

—No me las des antes de probarlo —me dice mientras yo quito el papel que lo envuelve—. La cocina no se me da demasiado bien.

—No te sabes vender demasiado bien, ¿sabes?

Los dos permanecemos en silencio durante un rato mientras damos los primeros bocados. Hasta este instante, no era consciente del hambre que tenía, y tardo poco en acabármelo.

—¿Qué te parece?

—Sabe mejor de lo que aparenta a simple vista.

—¿Quieres otro? He traído más.

—No. Gracias.

—Para luego, entonces —contesta de forma resuelta y a mí se me escapa una sonrisa porque cualquier palabra que lleve implícita la idea de pasar más tiempo a su lado provoca eso en mí.

Ava mira alrededor, sonriente, e incluso cierra los ojos. Levanta la cabeza y deja que los rayos del sol acaricien su rostro. La oigo suspirar y veo cómo mueve el cuello, como si estuviera remoloneando. Yo la observo embelesado, de repente imaginándomela entre mis brazos, retorciéndose de placer a causa de mis caricias…

—Esto es precioso, ¿no crees? —me pregunta de repente, pillándome totalmente absorto en ella.

—¿Qué? ¿Eh? Ah. Sí —balbuceo nervioso.

—¿Estás bien? Estás… muy rojo de repente…

—Es que… hace calor. Voy a… meterme en el agua.

Y, sin más, me pongo en pie, me quito las zapatillas de deporte y la camiseta, dejo el reproductor de música junto a la ropa y camino decidido hacia el agua. Está bastante fría, pero no pienso hacer ni una sola demostración más de debilidad frente a ella. Aprieto los puños con fuerza y me sumerjo por completo en el agua. Nado un poco para alejarme de ella e intentar calentar los músculos y entonces veo la cascada y decido acercarme. Cuando llego, me pongo debajo de la caída del agua, que golpea mis hombros con fuerza y dejo que me

hunda. Aguantando la respiración, abro los ojos y me quedo muy quieto. A mi alrededor todo parece moverse lentamente, y es una sensación que, no sé por qué, me tranquiliza. Aquí abajo, todo es distinto. Me gusta la sensación de libertad a pesar de ser todo tan desconocido. Nunca sabes qué te vas a encontrar, pero es como… mágico. Y entonces, a lo lejos, veo unos brazos y unas piernas nadando hacia mí. Conforme la tengo más cerca, puedo comprobar que lo hace con mucho estilo, además de poder admirar su cuerpo en bikini. Emerjo impulsándome con las manos y los pies, quedándome a escasos centímetros de distancia de ella.

—¡Me habías asustado! —grita salpicándome agua con ambas manos.

Me protejo con un brazo y me quedo parado durante unos segundos, hasta que consigo hablar.

—Creía que no te asustabas fácilmente.

—Bueno… Pero… Esta vez… Da igual. ¡No lo vuelvas a hacer más y punto!

Siento la necesidad irrefrenable de abrazarla. Por un lado, no quiero hacerla sufrir, pero, por otro, que haya alguien que se preocupe por mí me hace sentir bien. Es una mezcla extraña de sentimientos, lo sé, y todos me los provoca Ava.

—¿Crees que podemos saltar desde allí? —me pregunta señalando un pequeño saliente en la roca. Antes de poder contestarle, ya ha nadado hasta la pared y la está escalando con agilidad. Consigue llegar al saliente con bastante facilidad y me saluda con una mano—. ¡Está bastante alto!

—¡Ten cuidado! —le pido a gritos, juntando las dos manos alrededor de mi boca.

Cuando da el salto se me detiene el corazón. En cuanto se zambulle en el agua nado hacia la zona en la que ha caído, esperando a verla salir a la superficie. Está tardando más de lo normal, así que me sumerjo yo también para empezar a buscarla. En cuanto lo hago, la descubro frente a mí, mirándome con sus enormes ojos azules, y parece que sonriendo. La agarro de la muñeca y tiro de ella para sacarla.

—¿Se puede saber qué hacías?

—Pagarte con la misma moneda. Te toca. —Totalmente descolocado, dejo que me empuje hacia la pared—. ¡Vamos, gallina!

Resignado, niego con la cabeza mientras nado de espaldas, sin dejar de mirarla, viéndola reír. Como ella hizo antes, escalo la pared de piedra y enseguida alcanzo el saliente. Antes de saltar, me acerco al borde y compruebo la altura.

—Joder… —susurro para mí mismo al darme cuenta de que está más alto de lo que yo pensaba.

Veo a Ava saludándome desde abajo, primero con una mano y luego con ambos brazos, animándome a lanzarme. Y, aunque estoy cagado de miedo, sé que lo haré porque por ella sería capaz de lanzarme al vacío. Coloco los pies al filo del saliente y extiendo los brazos. Lleno mis pulmones de aire y luego lo suelto lentamente. Abajo, oigo a Ava reír a carcajadas.

—¡No te lo pienses tanto!

En cuanto lo dice, pego un salto y encojo las piernas, agarrándolas para entrar en el agua en plan bomba. Emerjo a la superficie y muevo la cabeza para apartarme el pelo de la cara, exultante de felicidad y con los niveles de adrenalina por las nubes.

—Vaya… —susurra ella mirándome, asintiendo a la vez con la cabeza.

—¿Vaya? —le pregunto, entornando los ojos.

—Sí. Vaya. No te escondas más, ¿vale?

Sentado en el suelo, con el pantalón aún empapado, la miro de reojo mientras se seca con la toalla. Tiene un cuerpo perfecto, no muy delgado, con curvas… y sus pechos… Me veo obligado a mirar hacia el otro lado mientras cruzo las piernas para intentar que no se note mi creciente erección. Me rasco la nuca e intento pensar en otra cosa. Cierro los ojos para concentrarme mejor pero, de un tiempo a esta parte, cada vez que lo hago solo puedo imaginarla a ella, así que el plan no sale como esperaba.

—¿Quieres secarte? —me pregunta.

Cuando giro la cabeza para mirarla, la descubro sentada a mi lado, escurriéndose el pelo.

—No. Gracias.

—Vas a coger frío —dice entonces, poniendo la toalla sobre mis hombros—. ¿Tienes más hambre? He traído más bocadillos…

—No. Gracias —repito.

—Pues entonces saco las golosinas, que se comen sin hambre —añade resuelta. Abre la bolsa y me la acerca para que coja alguna. Luego se tumba boca arriba y estira los brazos por encima de la cabeza, suspirando—. Si te digo la verdad, no me apetece caminar hasta la mina. ¿Tú sabes dónde está exactamente?

—Sí.

—¿Qué te parece si hacemos algo de trampa y la marcamos sobre el mapa sin que hayamos ido en realidad?

—Pensaba que el motivo de estas excursiones era hacer el trabajo. ¿Qué les vas a decir a tus padres si te preguntan?

—Creía que te había quedado claro que trabajo muy bien bajo presión… —contesta guiñándome un ojo mientras muerde un trozo de gominola.

—Está bien.

—Perfecto.

Cierra los ojos y se queda muy quieta. Sin dejar de sonreír, veo su pecho subir y bajar de forma acompasada al respirar. Carraspeo y giro la cabeza hacia el lago, entreteniéndome lanzando pequeñas piedras al agua.

—¿Quieres que escuchemos algo de música? —me pregunta cerrando un ojo por culpa de los rayos del sol. Sonriendo, asiento con la cabeza y alcanzo el reproductor—. Ven. Túmbate a mi lado y dame un auricular.

Poco después de empezar la canción, Ava la tararea sin despegar los labios, moviendo los brazos en el aire, como si bailara. Hipnotizado, sigo los movimientos de sus manos mientras escucho su dulce murmullo.

—Qué canción más bonita… —susurra cuando acaba, colocándose de lado y mirándome—. ¿No piensas a veces en lo que sentía tu madre al escuchar estas canciones?

—Continuamente —contesto sonriendo sorprendido.

—Si decidió grabarlas en el reproductor es porque eran importantes de algún modo para ella. Creo que, de algún modo, es su manera de contarte su historia. No es difícil averiguar cuándo estaba contenta y cuándo no tanto. Hay algunas canciones que suenan deprimentes e incluso trágicas, pero otras son mucho más optimistas.

—Creo que sufrió mucho por culpa de Frank —susurro.

—Una vez leí que las personas tendemos a enamorarnos de la persona menos indicada y no nos damos cuenta de ello hasta que es demasiado tarde y sufrimos. El amor no tiene que ser tan complicado. Si tienes que esforzarte para gustarle a alguien, es que no le gustas en realidad. Es como esta gominola. Me gusta. Me encanta, en realidad. No me cuesta nada comérmela. En cambio, odio las coles de Bruselas y me tengo que esforzar horrores para comérmelas cuando mi madre las prepara para cenar. —La observo durante unos segundos, parpadeando cada poco, procesando lo que acaba de decir hasta que se me escapa la risa—. ¿De qué te ríes? Yo creo que es un razonamiento de lo más lógico.

Mientras me sigo carcajeando, ella me da algún que otro suave manotazo, riendo también. No puedo dejar de mirarla. Cuando ríe, lo hace con todo su cuerpo. Con sus ojos, que se iluminan convirtiendo su increíble color azul en unos faros a los que amarrarse. Con sus manos, incapaz de dejarlas quietas. Incluso con sus orejas, que se tiñen de color rojo.

—Entonces, ¿Jackson es tu gominola? —me atrevo a preguntarle cuando ambos dejamos de reír.

—¿Cómo?

—Jackson y tú… —Ava me mira frunciendo el ceño y ladeando la cabeza. Yo me incorporo y me siento, mirando fijamente hacia el lago. De alguna manera, prefiero no cruzar la mirada con la suya porque, cuando lo hago, siento que me vuelvo más vulnerable—. Parecéis bastante unidos… No sé si estáis saliendo porque, a veces…

—Jackson y yo solo somos amigos —me corta, incorporándose también. Encoge las piernas y se abraza las rodillas—. Y, en ocasiones, no me cae especialmente bien.

Asiento con la cabeza, inmensamente aliviado aunque intentando que no se me note demasiado. La miro de reojo y trago saliva justo antes de atreverme a seguir interrogándola.

—Pero… ¿no habéis salido juntos nunca? ¿Ni siquiera un beso…? Porque, a menudo, él actúa como si… —Dejo la frase a medias cuando la veo negar con la cabeza—. Vale.

Ava se muerde la parte interna de las mejillas mientras me observa, apoyando la barbilla en sus rodillas. Permanecemos en esa especie de silencio tenso durante un rato más, hasta que ella chasca la lengua.

—En realidad, jamás he besado a nadie. —Levanto las cejas, entre sorprendido, extrañado y, por qué no admitirlo, satisfecho con su confesión—. ¿Tanto te sorprende?

—Un poco. ¿Por qué no? No será por falta de candidatos.

Ava encoge los hombros.

—¿Y tú? —me pregunta a su vez.

—¿Eh?

—No te hagas el sordo —me pide, haciendo chocar su hombro contra el mío—. Me has oído perfectamente.

—Sí… —susurro.

Es curioso. En vez de alardear de mi experiencia, de estar orgulloso de ello, encojo la cabeza como si quisiera esconderla entre mis hombros.

—¿Con tu novia…?

—Nunca he tenido novia.

—¿Y entonces…?

—Con compañeras del instituto.

—¿En plural? ¿Tantas han sido?

—Solo un par. Quizá tres.

—Ajá… —Ava rehúye mi mirada mientras yo intento disimular la sonrisa al intuir una pizca de celos en su comportamiento—. ¿Y… qué tal?

—Normal… No sé… No lo recuerdo demasiado.

—Por eso —dice entonces, mirándome fijamente a los ojos y señalándome con un dedo—. Por eso no he besado a nadie. Porque quiero que sea especial. Quiero recordarlo el resto de mi vida para

que, cuando alguien me pregunte cómo fue, pueda contestar algo mejor que eso.

El chillido de un águila nos sobresalta a ambos, que despegamos los ojos el uno del otro y miramos el cielo para admirar cómo nos sobrevuela de forma elegante, con sus alas totalmente extendidas.

—Guau… —susurra, y entonces agacho la cabeza para mirarla.

Me permito el lujo de observarla detenidamente, como si la estuviera espiando desde lejos, tratando de memorizar cada centímetro de su piel. Es arrebatadoramente hermosa, no solo por sus preciosos ojos azules, su largo cabello oscuro o las curvas de su cuerpo. Tiene la piel pálida aunque hoy, al haberle dado el sol, ha cogido cierto tono rosado y han aparecido algunas pecas en sus mejillas y su nariz, haciendo aún más adorable su rostro. Pero lo que más me atrae de ella es lo que no se ve a simple vista. Me encanta la seguridad en sí misma, la valentía con la que defiende lo que cree, su frescura y la pasión con la que habla, su autenticidad… Pero, sobre todo, lo que más me gusta de ella es que no es realmente consciente de nada de eso. Ava no sabe lo maravillosa que es.

—Creo que debería volver a casa… —dice, poniéndose en pie, limpiándose el pantalón con ambas manos.

Intento hablar, pero tengo la garganta seca, así que me veo obligado a tragar saliva varias veces. Aun así, estoy demasiado afectado como para no quedar como un idiota si lo hago, así que me limito a sonreír y a asentir con la cabeza. Creo que, en el fondo, una parte de mí creía realmente que podía ser yo quien le diera su primer beso, pero el momento ha pasado y ahora siento que he perdido mi oportunidad.

6

Ava

Sentada en mi pupitre miro a mi izquierda, con los ojos fijos en la silla vacía que hasta hace unos días ocupaba Sam. Hace ya tres días que no sé nada de él, desde que nos despedimos tras bañarnos en el lago.

—Mejor me quedo aquí… —me dijo justo antes de entrar en el pueblo—. Me… gustaría acompañarte hasta tu casa, pero creo que no sería buena idea que nos vieran juntos.

Agaché la cabeza y, apretando los labios, asentí con un gesto.

—Lo siento… —susurré.

—Tú no has hecho nada malo —me contestó sonriendo de medio lado y, de nuevo, deseé que me besara.

Lo deseé durante toda la mañana, en realidad. Desde que le vi con los restos de sangre en el labio y en el pómulo. O cuando le vi reír a carcajadas por primera vez. Sus ojos se hicieron aún más pequeños mientras que su boca se agrandaba como nunca la había visto. Incluso mientras hablábamos. Cuando le dije que Jackson y yo solo somos amigos, creí ver una pizca de alivio en su rostro y pensé que se atrevería a dar el paso. O más tarde, cuando mencionamos los primeros besos mientras deseaba que acercara su boca a la mía y me diera uno.

—¿Qué vas a hacer estos días? —le pregunté.

—Ya veré… —contestó encogiéndose de hombros—. Puedo ir adelantando el trabajo si quieres…

—¿Irás de excursión sin mí? —Le miré haciéndome la ofendida, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Bueno, yo… No quiero… —empezó a excusarse mientras a mí se me escapaba la risa.

—Está bien… Aunque te advierto que no te divertirás tanto sin mí…

—Seguro —contestó sonriendo y agachando la cabeza.

Nos quedamos en silencio, él con las manos en los bolsillos del

pantalón, yo agarrando con fuerza las asas de la mochila. Mientras me mordía el labio inferior intentaba decidir cómo demostrarle que estaba preocupada por él.

—¿Quieres que pase por tu casa alguna tarde para llevarte los deberes que nos pongan? —le pregunté.

Él se me quedó mirando durante unos segundos, intentando sonreír, aunque, cuando negó con la cabeza, pude sentir su tristeza.

—Será mejor que no…

—¿Y si nos vemos en la biblioteca?

—Ava… No quiero meterte en problemas…

—Pero ya te he…

—Los dos sabemos qué pasará si tus padres se enteran de que… pasas tiempo conmigo.

—Pero estoy preocupada por ti… No quiero que te pegue…

Ladeando la cabeza, Sam buscó mi mirada y, de nuevo, pude sentir la conexión entre los dos. Vi sus ojos mirando fijamente mis labios, sus mejillas ligeramente sonrosadas y una especie de sonrisa orgullosa en sus labios. Y, de nuevo también, quise que se convirtiera en el protagonista de mi primer beso. Pero, en vez de eso, empezó a alejarse de espaldas, guiñándome un ojo para intentar tranquilizarme.

—¿Ava…? Ava, ¿estás bien? —Cuando vuelvo a la realidad miro alrededor y descubro que la clase se ha acabado y casi todos se han marchado. Consigo enfocar la vista y ver a Andrea junto a mí, mirándome preocupada. Algo avergonzada, empiezo a recoger mis cosas y a meterlas dentro de mi mochila sin demasiado cuidado—. ¡Oye! ¡Espérame! ¡Que yo te he esperado!

Sin hacerle caso, salgo del aula y recorro los pasillos del instituto casi a la carrera hasta que, nada más cruzar las puertas, veo a Jackson rodeado de mucha gente. Con el ojo morado y el labio aún hinchado, parece estar disfrutando por ser el centro de atención, incluso alardeando haciendo gestos con los puños. Entonces me ve y el corro a su alrededor se abre mientras él camina hacia mí. Extiende los brazos y me mira con una sonrisa de medio lado. Supongo que espera que baje corriendo las escaleras y me lance a sus brazos. Por eso, cuando paso por su lado sin ni siquiera mirarle, se gira herido en su orgullo y me grita:

—¡¿Sabes qué te digo?! ¡Que ese fracasado va a pagar por lo que me hizo! ¡Mis padres se van a encargar de hacérselo pagar! ¡Ojalá acaben metiéndole en un reformatorio! ¡O, mejor aún, en un psiquiátrico!

Camino con los ojos llenos de lágrimas, apretando los puños a ambos lados del cuerpo. No voy a darle a Jackson la satisfacción de demostrarle que me importa lo que dice aunque, en el fondo, no sea inmune a sus palabras, cuya única intención es hacerme daño. Siento

sus ojos aún clavados en mi espalda, así como oigo los murmullos de los demás. Soy consciente de que, a partir de ahora, yo también me convertiré en el blanco de sus habladurías y mentiras.

Así que hago lo único que se me ocurre: correr. Corro a pesar de no tener claro mi destino. Corro para huir de todos aunque nadie me persigue. Corro para esquivar sus mentiras aunque ya no los oigo. Corro hasta que me doy cuenta de que he salido del pueblo y me he adentrado en el bosque, y no me detengo hasta que el lago se muestra frente a mí. Solo entonces sé hacia dónde se dirigían mis pasos. O, más bien, hacia quién. Me quedo quieta durante unos segundos mientras le observo, arrodillado al final del embarcadero. Pero entonces siento el mismo impulso de antes y empiezo a correr de nuevo. Sam solo es consciente de mi presencia cuando oye mis pisadas sobre la madera. Cuando se da la vuelta para mirarme, parece muy sorprendido por mi presencia. No le doy tiempo siquiera a ponerse en pie, sino que me agacho frente a él y, agarrándole de la camiseta, poso mis labios sobre los suyos con fuerza. Él pierde el equilibrio levemente y ambos caemos hacia atrás.

—Ava. —Sentados sobre las maderas, Sam me coge por los hombros y me aparta de él unos centímetros, mirándome con gesto preocupado—. Ava, ¿qué pasa?

Niego con la cabeza y vuelvo a juntar nuestros labios con rudeza. Necesito sentirle. Necesito hacer eso que deseé hacer el otro día. Necesito demostrarle que yo no soy como los demás. En realidad, creo que necesito gritarlo a los cuatro vientos para que todo el mundo lo sepa.

Pero Sam vuelve a separarse de mí. Alargando un brazo, toca mi mejilla con dedos temblorosos y, frunciendo el ceño, seca mis lágrimas con delicadeza.

—Ava… —Me da la sensación de que tiene decenas de preguntas en la cabeza pero, en vez de atreverse a hacerlas, sus ojos se mueven inquietos por mi rostro, intentando encontrarlas por sí solos. Al final, parece desistir—. Cuando dijiste que querías que tu primer beso fuera especial, no pensé que te referías a esto…

Sorbiendo por la nariz, agacho la cabeza e intento secar mis mejillas con ambas manos.

—Yo… Quiero que seas tú… —balbuceo mientras continúo sollozando sin control.

—¿Yo? —me pregunta.

—Sí, y no te atrevas a preguntar por qué —contesto justo antes de posar un par de dedos sobre sus labios.

Lentamente me atrevo a mirarle a la cara. Bajo la yema de mis dedos, siento la piel de sus labios cuando sonríe.

—Entonces, será mejor que olvides ese beso de antes… —dice

cogiendo mi cara entre sus manos mientras se acerca lentamente.

Ahogo un grito y abro los ojos como platos conforme le veo acercarse más y más. Mi expresión parece divertirle porque en su cara se dibuja una sonrisa de medio lado. Siento los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos e incluso creo que la cabeza empieza a darme vueltas. Algo asustada y muy nerviosa, me agarro de sus brazos para intentar no perder el equilibrio y cierro los ojos cuando siento el aliento de Sam rozando mis labios.

Mi inexperiencia contrasta con su seguridad. Mantengo los labios juntos y apretados mientras me besa, pero cuando siento su lengua tentándome con cuidado me veo obligada a abrirlos para dejar escapar un jadeo. Entonces siento una especie de calor húmedo introduciéndose dentro de mi boca. Es una sensación nueva para mí, aunque realmente placentera. Poco a poco voy perdiendo el miedo y la vergüenza iniciales y me rindo a su abrazo y sus caricias. Mientras una de sus manos sigue pegada a mi mejilla, entre delicada y firme, rozándome con cuidado y agarrándome por la nuca para impedirme impedir que me aleje, la otra dibuja caminos sinuosos por mi espalda, erizándome la piel. Cuando aparta su boca de la mía siento una desazón indescriptible. Creo incluso que mi expresión refleja la tristeza que siento. Me toco los labios con los dedos y los noto ardiendo. Intento ordenar todos los sentimientos que se agolpan dentro de mi pecho, hasta que levanto la vista y nuestros ojos se encuentran. Veo un brillo intenso en los suyos que parece activar un interruptor en mi interior. De repente, siento que necesito más, que deseo que ese primer beso se repita. Así que me abalanzo sobre él y estampo mis labios sobre los suyos. Sam pierde el equilibrio y cae de espaldas, arrastrándome a mí con él, abrazándome para que no me haga daño. Esta vez no me limito a rozar sus labios, sino que me atrevo a abrir la boca e introducir la lengua en la suya. Sus manos reaccionan al instante, acariciando mi espalda hasta rozar mi trasero. A los dos se nos escapa un largo jadeo que consigue aumentar nuestro deseo e intensificar nuestras caricias, hasta que Sam me agarra por los hombros y me separa bruscamente de él.

—¿Qué pasa…? —le pregunto—. ¿He hecho algo mal?

—No. No… Pero… Es igual.

Veo cómo se remueve incómodo, dándome la espalda. Confusa y, por qué no admitirlo, algo decepcionada, le observo detenidamente durante unos segundos. Se agacha para recoger unos clavos del suelo y mira alrededor.

—¿Buscas esto?

Con el martillo en mi mano, por fin consigo que me mire, aunque solo sea por unos segundos.

—Dámelo —me pide alargando la mano y volviendo a rehuir mi

mirada.

—Te ayudo.

—No hace falta… —contesta moviendo la mano.

—Me da igual.

—¿Serás capaz de usar el martillo sin machacarte los dedos?

—Pues no lo tengo muy claro, pero sería una extraña forma de redimirme. Al fin y al cabo, yo fui la que lo rompí. Llamémosle karma.

A Sam se le dibuja una sonrisa tímida, y suelta el aire por la nariz.

—Prefiero que te redimas de otra forma —asegura quitándome el martillo de las manos y arrodillándose.

En cuanto empieza a dar martillazos, me siento a su lado, con los pies colgando a un lado del embarcadero.

—Me alegro —susurro al cabo de un rato, mordiéndome el labio inferior a la vez.

—¿De qué? —me pregunta.

—De haber esperado. De no haberme besado con cualquiera antes. Ha sido perfecto. Todo. El momento, el sitio, el beso… y tú. —Al mirarle de reojo puedo ver cómo las comisuras de sus labios se empiezan a torcer hacia arriba hasta que, al rato, es incapaz de reprimir la sonrisa, aunque niega con la cabeza—. ¿No? ¿Por qué dices que no?

—Porque no debería haber pasado. Porque yo no soy perfecto. Ni lo soy, ni lo seré jamás.

—Bueno… para mí, sí lo eres. Yo no beso a cualquiera. Creía que había quedado claro —digo, golpeando suavemente su hombro con el mío. Al ver que él no reacciona de la forma que quiero, me enfado y cambio el tono de mi voz—. ¿Qué te pasa, Sam? Por favor, no me ignores. ¿Por qué te pones así de repente? ¿No te ha gustado el beso…? Creía que tú… también querías besarme.

Sam mueve la cabeza a un lado y a otro.

—No es eso…

—¿Y qué es? —le corto, agarrándole del brazo para intentar que me mire.

—No debería haber pasado y punto. No debería habértelo dado, ni…

—¿Por qué te arrepientes? Me gustas, Sam. Y creía que yo te gustaba a ti…

—Claro que… —Niega con la cabeza y chasca la lengua, poniéndose en pie—. Pero no te convengo, Ava. Solo te meteré en problemas.

—¿Otra vez con eso? ¿No crees que la que tiene que decidir si me convienes o no soy yo? —digo, levantándome yo también.

Sam resopla y agacha la cabeza. En realidad, todo su cuerpo parece perder fuerza. Deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo e incluso

el martillo resbala de su mano.

—Me siento como… una bomba a punto de explotar. Y, cuando lo haga, haré daño a aquellos que estén a mi alrededor. Por eso no quiero que estés ahí. No estoy… predestinado a hacer nada bueno. No tengo un buen futuro. No… —Mira al cielo, intentando encontrar las palabras. Entonces, movida por un impulso, me acerco a él y le abrazo por la espalda, juntando las manos alrededor de su pecho—. Te mereces alguien mejor que yo. Alguien que pueda convertir todos tus sueños en realidad.

Siento su mano sobre las mías y, aunque yo intento aferrarme a él con mucha fuerza, consigue liberarse con relativa facilidad. Incapaz de rendirme, le rodeo para plantarme frente a él. Cuando lo hago, él levanta la cabeza para no mirarme.

—Sam. Podemos pasarnos así todo el día…

—Ava, por favor. Deberías alejarte de mí.

—¿Cómo va a funcionar esto? ¿Nos besaremos y segundos después me pedirás que me aleje? Tú me gustas, y yo te gusto a ti. Lo sé. Y…

—¿Y qué? ¿No te das cuenta? —Me mira por fin y veo una mezcla de tristeza y resignación en todo su rostro—. Ava…

—¡¿Qué sabes tú de mis sueños?! —le grito de repente, presa de una ira incontenible, golpeándole el pecho con ambas manos mientras él me mira con las cejas levantadas—. ¡No tienes ni idea! ¡¿Cómo vas a saber que no podrás hacerlos realidad si ni siquiera sabes cuáles son?! ¡Contéstame!

Sam frunce el ceño durante unos segundos. Traga saliva y abre y cierra la boca varias veces, incapaz de escoger entre las decenas de pensamientos que seguro se agolpan en su cabeza.

—Yo… Yo… —balbucea.

—No me conoces, Sam… No sabes nada de mí. No sabes con qué sueño. No sabes lo que quiero. No sabes qué quiero hacer en mi vida, cómo quiero que sea mi futuro. Así que es imposible que sepas que no podrás cumplir mis sueños.

—Tú tampoco me conoces a mí. ¿Cómo puedes estar tan segura de que sí podré hacerlos realidad?

—Porque no creo que el futuro de las personas esté escrito. Porque me da igual tu pasado. Porque no es lo que te está pasando hoy o lo que sucedió en el pasado lo que determinará en quién te convertirás. Tu futuro dependerá de las decisiones que tomes. Y confío en ti.

Me doy la vuelta y miro el horizonte. Cojo aire hasta llenar mis pulmones y lo suelto lentamente. El sol se empieza a esconder por detrás de las ramas de los árboles más altos, proyectando una luz preciosa sobre el agua del lago. Se levanta una suave brisa que, además de mecer las ramas de los árboles, se empeña en despeinar mi pelo, que intento domar colocando algunos mechones detrás de mis

orejas.

—¿Con qué sueñas, Ava?

Cuando giro la cabeza, le descubro a mi lado. El aire también le despeina, apartando el pelo de su cara.

—Con una ventana a las estrellas. —Sam me mira confundido, entornando los ojos y frunciendo el ceño. Sonriendo orgullosa, miro las nubes moverse rápidamente en el cielo y suelto un largo suspiro—. Sueño con no dejar de ver nunca las estrellas, ni siquiera dentro de mi casa. Por eso quiero una ventana en el techo, sobre mi cama, para poder verlas incluso si abro los ojos de madrugada.

Pensativo, Sam me sostiene la mirada durante un buen rato. Incluso asiente con la cabeza en más de una ocasión. Espero no haber sonado demasiado lunática, pero ese es exactamente mi sueño. Así de simple. No sueño con dinero ni grandes lujos. Tampoco con tener un trabajo importante ni viajar mucho. Ni siquiera con comer hasta reventar y mantener una figura perfecta toda la vida.

—Ese es el único sueño que me gustaría ver cumplido. Si lo piensas, es bastante factible… solo necesito un agujero en el techo —añado sonriendo con timidez, juntando ambas manos detrás de la espalda mientras él sigue con gesto pensativo—. Bueno… yo… debería… volver a casa.

Él sigue clavado en el sitio, aún con el ceño fruncido, así que me doy la vuelta y empiezo a caminar por el embarcadero. Mordiéndome el labio inferior con fuerza, intento contener las lágrimas. Le he abierto mi corazón de par en par y él sigue ahí, inmóvil. Supongo que ahora mismo debe pensar que soy una tarada por tener un sueño tan simple como ese.

—Me da igual… —susurro para mí misma.

Sé que he elegido a la persona correcta con la que compartir mi primer beso, pienso. Y tan sumida en mis pensamientos estoy que no me he dado cuenta de que ha corrido hasta mí. Así que, cuando me agarra del brazo y me obliga a detenerme y darme la vuelta, no puedo evitar sobresaltarme y ahogar un pequeño grito. Me mira con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Acerca una mano temblorosa a mi mejilla mientras con la otra sigue agarrándome del brazo. Justo antes de tocarme, duda durante unos segundos, dejando la mano suspendida en el aire. Puedo sentir el debate interno que se está librando en su interior, hasta que por fin acaba con él.

—Puedo hacerlo. Puedo cumplir tu sueño —afirma con rotundidad. Coge mi cara entre sus dos manos y asiente con la cabeza —. Quiero darte las estrellas…

Sam

Sueño con ella. Sueño que agarro su mano, sin soltarla, que camino por delante de ella, girándome continuamente para comprobar cómo está. Siento que necesito hacerlo. Necesito mirarla a los ojos y comprobar que sigue sintiendo todo lo que me ha dicho antes. Necesito ver con mis propios ojos que no se arrepiente de ninguna de sus palabras. Para mi consuelo, cada vez que lo hago, la veo sonreír. Y automáticamente lo hago yo. Hacía mucho que no sonreía así. De hecho, no recuerdo haberlo hecho durante tanto rato jamás.

—¿Podemos vernos de nuevo mañana? —me pregunta—. Podemos vernos en el embarcadero…

—Me encantaría —contesto girando la cabeza y asintiendo a la vez.

—Por las mañanas puedes ir de excursión en busca de las minas con el mapa y por las tardes quedamos en el embarcadero y te ayudo a repararlo.

—¿Eso quiere decir que voy a hacer yo todo el trabajo?

—Puede. Pero te recompensaré por la tarde.

—¿Cómo? ¿Destrozándote los dedos a martillazos?

—No subestimes mis habilidades con las herramientas —dice mientras una sonrisa pícara asoma en sus labios—. Aunque, en realidad, yo había pensado en otro tipo de recompensa…

—Vale. Sí. Eso me gusta más.

A Ava se le escapa una carcajada y yo la miro embelesado, incluso ladeando la cabeza. Me mira radiante de felicidad durante todo el camino del bosque, hasta que llegamos a la entrada del pueblo. Ahí todo cambia: mi sonrisa se esfuma, así como mi buen humor, al tiempo que suelto su mano.

—Sam, yo…

La corto tirando de ella de nuevo para escondernos entre los troncos de los árboles. Poso un par de dedos sobre sus labios y, estrechándola entre mis brazos, vuelvo a besarla. Al principio la acaricio con timidez, pero enseguida necesito más y mis manos recorren su cuerpo con prisa, desde su trasero hasta su nuca, palpando con ansia. Mi respiración se acelera y siento sus pechos apretados contra mí. Entonces se separa unos centímetros de mí y me mira con la boca abierta. Sus labios me tientan, así como su lengua, que asoma entre ellos y los lame. En ese momento, abro los ojos y me incorporo como un resorte. Miro a un lado y a otro, totalmente descolocado, y me descubro en mi habitación, tumbado sobre el colchón. Tengo la camiseta totalmente mojada y el cuerpo empapado en sudor.

—¡Joder…! —maldigo al mirarme la entrepierna, tapándomela con la almohada.

Está claro que mi lasciva mente ha tergiversado un poco el recuerdo de ayer. Es cierto que nos besamos antes de salir del bosque,

pero ni mucho menos fue tan pasional ni yo acabé tocando más de la cuenta.

Me levanto, cojo la toalla y ropa limpia y salgo de la habitación girando el picaporte con sigilo. Aguanto la respiración mientras la puerta chirría al abrirse. Con los ojos cerrados, me quedo muy quieto. Enseguida oigo los ronquidos de Frank, así que doy por hecho que anoche llegó seguramente borracho y no le dio tiempo a llegar a la cama. Con cuidado, asomo primero la cabeza y luego el resto del cuerpo y camino hacia la ducha con la espalda pegada a la pared. En cuanto llego al baño, me encierro en él, echando el pestillo. Abro el grifo del agua, me desvisto y entro en la ducha. No espero a que salga agua caliente porque no tenemos y, ahora mismo, casi que lo agradezco. Apoyando las manos en las baldosas, dejo que el agua helada golpee mi cabeza y mis hombros. Respiro profundamente durante largo rato, con la boca abierta, hasta que por fin consigo ralentizar los latidos de mi corazón. Me froto la cara con ambas manos y me peino el pelo hacia atrás. Luego me doy la vuelta, apoyo la espalda en la pared y me dejo resbalar hasta sentarme en el plato de la ducha.

—¿Qué me estás haciendo…? —me pregunto a mí mismo casi susurrando, tapándome la cara con ambas manos.

Golpeo mi cabeza contra la pared unas cuantas veces para intentar quitármela de la cabeza aunque, muy en el fondo, no sé si realmente quiero hacerlo. Ella es diferente a todos los demás. Ella me mira porque quiere verme, no para burlarse de mí o inventarse historias. Ella sonríe al escucharme hablar. Ella no me juzga. Ella se preocupa por mí de verdad.

¿Y yo…? Yo… A pesar de que me cuesta creer en imposibles, que sé que los cuentos de hadas no son reales, que no es cierto que el amor no entienda de barreras y estereotipos, de repente empiezo a pensar que puedo estar a su lado y hacer realidad su sueño.

Cierro el grifo del agua y me seco con la toalla el cuerpo y la cabeza antes de anudarla alrededor de mi cintura. Con una mano limpio el vaho del espejo y me miro en él durante un rato. Recordando las palabras de Ava, me aparto el pelo de la cara y los ojos, peinándomelo hacia atrás. Sonrío tímidamente para saber qué aspecto tengo cuando lo hago. Quiero saberlo porque es lo que hago siempre que estoy con ella, de forma inconsciente, sin poderlo evitar.

De repente, oigo el ruido de botellas vacías y un quejido procedentes del salón, así que supongo que Frank se ha despertado. Me agarro con fuerza del lavamanos, quedándome muy quieto, intentando adivinar sus movimientos.

—¿Dónde está mi whisky? —le oigo berrear—. ¡Eh, tú, capullo! ¡¿Te has bebido mi whisky?!

Apretando las manos y cerrando los ojos, le oigo aporrear la puerta de mi dormitorio.

—¡¿Dónde cojones estás?! ¡Sé que estás aquí!

Se mueve a trompicones, golpeándose con los pocos muebles que encuentra a su paso, hasta que llega a la puerta del baño. Gira el picaporte unas cuantas veces y entonces empieza a aporrear la puerta con ambas manos.

—¡Sé que estás ahí escondido! ¡Sal! ¡Dime dónde está mi whisky!

—No lo sé —consigo decir.

—¡¿Qué dices?!

—Que no sé dónde está —repito, esta vez con un tono de voz más alto.

—¡¿Qué haces ahí encerrado?!

—Ducharme.

—¡Abre la puerta!

—No… —contesto mientras me visto a toda prisa.

—¡Abre o la tiraré abajo!

Cuando me acabo de poner la camiseta, miro la puerta fijamente. Sé que es capaz de hacer lo que dice y casi que prefiero que siga ahí, como barrera ante otra posible agresión. Así que, tragando saliva y arrastrando los pies, agarro el pestillo y lo abro. Automáticamente me echo hacia atrás presintiendo que él se abalanzará hacia el interior. Afortunadamente, la resaca siempre merma sus reflejos y no tarda en tropezar con el armario y caer al suelo, momento que yo aprovecho para esquivarle y salir corriendo. A la carrera, entro en mi dormitorio, me calzo las zapatillas de deporte, cojo mi reproductor de música, la libreta de apuntes, el bolígrafo y el mapa y huyo a toda prisa antes de que Frank sea capaz de alcanzarme. Sigo corriendo incluso cuando ya me he adentrado en el bosque. Sigo corriendo incluso cuando siento mi pecho arder, hasta que mis fuerzas empiezan a flaquear y las piernas ya no me responden. Entonces caigo al suelo, sobre un manto de hojas y ramas secas. Boca abajo, intento recuperar el aliento, respirando con la boca muy abierta y los ojos cerrados. Mis manos se cierran en forma de puño y entonces grito con todas mis fuerzas hasta desfogarme.

Abro los ojos, pero no me levanto. Permanezco tendido, mirando alrededor. Frente a mí, veo la primera de las casas del pueblo y, al fondo, la altísima torre de agua. A mi derecha, más allá de los troncos de los árboles, puedo ver la carretera que sale del pueblo, aunque no hay prácticamente tráfico. Al mirar hacia la izquierda, unas flores llaman mi atención hasta el punto de obligarme a ponerme en pie y acercarme. Al final de un tallo verde y sin hojas, aparecen unos racimos de flores blancas con seis pétalos.

—Parecen estrellas… —susurro mientras las toco con delicadeza y

automáticamente, al acordarme de Ava, se me dibuja una sonrisa en los labios y se esfuman todas mis preocupaciones.

Arranco una de las flores por la mitad del tallo y la sostengo en la mano con cuidado. Levanto la vista y miro hacia el pueblo y, decidido, empiezo a caminar hacia allí. A pesar de que saltan todas las alarmas en mi cabeza, sé dónde quiero ir y estoy decidido a hacerlo. Si me doy prisa, llegaré antes de que salga hacia el instituto.

De camino, me cruzo con algunos vecinos. Yo no conozco a ninguno, pero ellos sí parecen conocerme a mí porque todos me miran, unos de reojo, otros de forma menos disimulada. Supongo que el rumor de mi pelea con Jackson debe haber corrido como la pólvora, acrecentando mi mala fama. Empiezo a arrepentirme de mi brillante idea, pero ya veo la casa de Ava frente a mí. Me siento en la acera, arranco una de las hojas de mi libreta de apuntes y le escribo un mensaje.

La primera de las estrellas que te daré.

Doblo el papel formando un cono con él y meto la flor dentro. Cuando lo tengo preparado, me pongo en pie y miro a un lado y a otro de la calle. Parezco a salvo de miradas indiscretas, así que corro hacia la casa. Subo los tres escalones que conducen al porche y dejo mi pequeño regalo frente a la puerta, de forma que no lo pisen al salir pero que sea fácilmente visible. Lo coloco en diferentes posiciones, indeciso, hasta que oigo voces en el interior de la casa y salgo corriendo para esconderme. Me agacho entre dos coches aparcados en la calle y saco la cabeza ligeramente. Parece que he conseguido que no me viera nadie, así que respiro algo más tranquilo. Ahora solo me queda esperar a que Ava salga y lo vea.

La puerta se abre entonces y mi corazón se acelera. Veo a la que debe de ser la madre de Ava y a su hermana, con la que me he cruzado alguna vez por los pasillos del instituto. La madre está apoyada en el marco de la puerta mientras la hermana habla con ella, dándome la espalda.

—¿Y Ava? —susurro con la vista fija en la puerta, levantándome un poco más, aunque con cuidado de no ser descubierto. En ese momento, la hermana se da la vuelta y, tras dar un par de pasos, parece ver la flor en el suelo y se agacha para cogerla—. No, no, no, no…

La mira con curiosidad e incluso su madre se acerca. Y, justo en ese momento, Ava aparece por la puerta. Las observa mientras su hermana parece estar leyendo la nota, y se abalanza sobre ella para arrebatársela de las manos. Me parece que está sonriendo ilusionada, aunque no puedo asegurarlo del todo por culpa de la distancia que nos

separa. En un mundo perfecto yo debería estar frente a ella, dándosela en mano, pero ambos sabemos que eso es imposible.

—¡Eh! ¡¿Se puede saber qué mosca te ha picado?! —grita su hermana cuando Ava empieza a bajar los escalones del porche.

—¡Es para mí! —grita Ava mientras cruza el césped delantero de su casa.

—¡Ava! ¡No te creas que esto se ha acabado así! —interviene su madre—. ¡Ya hablaremos luego de ello!

Cuando llega a la acera compruebo que, efectivamente, ni la amenaza de su madre le ha borrado la sonrisa de la cara. Mira a un lado y a otro, buscándome, y aunque me encantaría salir de mi escondite y acercarme a ella, sé que es mejor que nadie nos vea juntos. Me conformo con verla así de feliz y sabiendo que yo soy el causante.

Después de poner el último clavo me pongo en pie y piso con fuerza sobre los nuevos tablones de madera.

—Resistirán bien —digo después de saltar sobre ellos.

Los tablones no son tan rectos y perfectos como los que había, porque los he tenido que cortar con un serrucho de mano, pero harán su servicio. Satisfecho con mi trabajo, miro alrededor con los brazos en jarras, respirando profundamente. Me seco el sudor de la frente con un brazo y luego empiezo a recoger las herramientas.

—¡Sam!

En cuanto oigo su voz llamándome me pongo en pie. Sonriente, corre hacia mí con la mochila cargada a los hombros. Con cara de bobo, la observo mientras se acerca cada vez más, ya pisando los tablones del embarcadero. Veo su pelo danzar a su espalda, sus brazos y piernas moviéndose de forma atlética y, para qué engañarme, también me fijo en sus pechos. Cuando está a pocos centímetros de mí, pega un salto y se cuelga de mi cuello. Al principio me quedo inmóvil, sorprendido, pero ella estrecha aún el agarre en mi cuello y cruza las piernas alrededor de mi cintura, así que yo la abrazo también.

—Gracias. Gracias. Gracias —repite una y otra en mi oreja hasta que se separa levemente y nos miramos a los ojos—. Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida.

—Es una tontería…

—Ni hablar. Es precioso. Tanto por la flor como por el significado de la nota.

Asiento con la cabeza, satisfecho y muy orgulloso. Entonces ella coge mi cara entre sus manos y me besa. La timidez de ayer se ha esfumado. Enseguida introduce la lengua en mi boca y juega con la mía, haciéndome enloquecer. No puedo contenerme y pongo una

mano en su trasero, amasándolo con ansia mientras que con la otra mano agarro su pelo.

Ambos parecemos recuperar la cordura a la vez. Separamos nuestras bocas y dejamos las manos quietas. Nuestras respiraciones aceleradas provocan que nuestros pechos se sigan rozando. La aprieto contra mí para sentir los latidos de su corazón retumbando en mi pecho. Sin soltarla, apoyo la frente en su hombro e intento recuperar el aliento y calmarme.

—Te quiero… —susurro sin pensar, con los ojos cerrados. En cuanto lo digo, los abro de par en par, asustado, y la miro—. Lo siento. No quería… No debí…

Ella posa entonces un dedo sobre mis labios.

—Shhhhh… —me pide, mirándome de muy cerca—. Yo también te quiero.

Aliviado, sonrío de oreja a oreja, desinflándome mientras suelto todo el aire que, sin ser consciente, estaba reteniendo en mis pulmones. Ella apoya los pies en el suelo, pero no se separa de mí, abrazándome y apoyando la oreja en mi pecho. Seguro que mi corazón estará delatándome, contándole al oído todo lo que siento por ella.

—¿Te gustó la flor?

—¿A ti qué te parece? Me encantó.

—La cogí porque parece una estrella… —Ava asiente sonriente—. Y sé lo que te gusta que nos intercambiemos notas…

—He guardado ambas cosas dentro de un libro para poder conservarlas toda la vida.

Ahora soy yo el que asiente exultante de felicidad.

—Me cagué de miedo cuando vi que tu hermana la cogía…

—¿Cómo sabes que…? Espera, ¿estabas ahí?

—Ajá. Escondido entre los coches. La dejé en tu porche segundos antes de que tu madre abriera la puerta.

—Pero… te busqué.

—Lo sé.

—Me hubiera gustado verte…

—No. Es mejor así. Me estoy incluso acostumbrando a la idea. Es algo así como… nuestro secreto. Puede ser divertido.

—Ummm… Una relación a escondidas… —dice ella, pensativa, mirando al cielo. Al rato, se le vuelve a formar esa enorme sonrisa que me tiene atontado y mi corazón vuelve a latir como si quisiera traspasarme el pecho—. Me gusta.

Se separa de mí y me mira, aunque sin soltar mis manos. Asiente con la cabeza, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué miras?

—A ti. Me gustas, Sam Wilkins.

—Y tú a mí, Ava Gibson.

Ava agacha la cabeza y se muerde el labio inferior, hasta que parece acordarse de algo y vuelve a hablar.

—Toma. Te he traído esta mochila. Te la puedes quedar.

—No es necesario… —digo, pero ella de todas formas agarra mi mano y me obliga a cogerla.

—Pesa un poco porque dentro he metido algo de comida, galletas, algunas bolsas de patatas fritas, algún refresco. No demasiado, porque no quería que sospecharan en casa… También he metido unos libros, una libreta de apuntes y algunos bolígrafos. —Ladeo la cabeza mientras la escucho emocionado con un nudo en la garganta—. Espero que no te moleste…

—Eres increíble.

La estrecho de nuevo entre mis brazos, con firmeza, como si quisiera que nuestros cuerpos se fundieran. Hundo los dedos de una de mis manos en su pelo y acerco los labios para besar su cabeza.

—Podríamos quedarnos así para siempre… —dice ella pasado un buen rato, y a mí se me escapa la risa—. ¿Qué? No me digas que no estaría bien… Solos tú y yo. En nuestro lugar favorito en el mundo.

—Ojalá no fuera algo imposible… —añado, incapaz de ocultar el tono deprimente de mi voz.

Siento ser yo el que rompa la magia, pero ambos sabemos que esto es solo un sueño pasajero. A pesar de ello, Ava no se resigna y se las apaña para rebajar la tensión del momento con su optimismo.

—Claro, porque no he traído comida suficiente como para toda la eternidad.

Se separa de mí, rehuyendo mi mirada, escondiendo las lágrimas que intuyo en sus ojos.

—Ava, lo siento… —susurro, pero ella no quiere escucharme.

—Supongo que has adelantado algo del trabajo…

Se sienta con las piernas cruzadas y despliega el mapa sobre sus rodillas.

—Ava… Ava, por favor… —Me siento a su lado pero ella sigue sin mirarme. Entonces veo una lágrima caer sobre el papel. Ella se apresura a secarla y luego se frota ambas mejillas—. Ava, no. Yo no pretendía… Mírame, por favor.

—¿Por qué? ¿Por qué haces siempre lo mismo? ¿Por qué no crees en lo nuestro? ¿Por qué no lo intentas al menos? ¿Por qué te empeñas en darles la razón a todos? ¿Por qué no ves lo que yo veo?

Aparto el mapa y me arrodillo frente a ella. Cojo su cara entre mis manos y la obligo a mirarme.

—De acuerdo. Lo haré. Creeré. Perdóname, por favor.

Y le doy un beso. Y luego otro. Y otro. Son besos cortos, recorriendo sus labios, que ella no me devuelve al principio. Hasta que

levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos son tan expresivos que normalmente me hablan, pero esta vez me gritan y me tiembla hasta el alma. Así que, sin poderme contener, hundo la lengua en su boca y la beso con impaciencia, como si temiera que se esfumara de mis brazos. Lentamente, ella recuesta la espalda en las maderas del embarcadero, arrastrándome a mí a su vez, incapaz de soltarla. Me acomodo entre sus piernas, aguantando el peso de mi cuerpo con los brazos. No soy inmune a su cercanía y sé que ella se ha dado cuenta porque me mira de repente con los ojos muy abiertos.

—Lo siento… —resoplo mientras intento incorporarme, pero ella me lo impide agarrándome por los hombros.

—No te alejes de mí.

—Pero…

—Solo un poco más. —La miro frunciendo el ceño—. No… haremos nada. No sé si estoy preparada, pero sí sé que no es ni el momento ni seguramente el lugar. Solo te pido un rato más…

—De acuerdo… —contesto asintiendo con la cabeza justo antes de volver a hundir la cara en su cuello.

7

Ava

Me levanto de especial buen humor. Después de ducharme y vestirme, echo un último vistazo al mapa que hemos creado entre Sam y yo y que hoy, por fin, podremos presentar los dos porque vuelve a clase después de haber cumplido las dos semanas de castigo. Hemos disfrutado tanto haciéndolo que creo que se refleja en lo bien que nos ha quedado. Ha sido estupendo vernos cada tarde en el embarcadero para hacerlo, después de besarnos durante un buen rato, claro está. Incluso aquella tarde que el cielo se tiñó de negro y empezó a diluviar. Afortunadamente, Sam actuó con rapidez y pudo poner a salvo el mapa.

—¡Corre! ¡Ava, corre! —me pedía a gritos, haciendo aspavientos con las manos, con la mochila que le regalé ya colgada en sus hombros.

Mientras, yo reía y giraba sobre mí misma, con los brazos extendidos y mirando el cielo, dejando que las gotas de lluvia empaparan mi cuerpo. Me sentía radiante de felicidad y, simplemente, me apetecía bailar bajo la lluvia.

Sam corrió hacia mí, me agarró de una mano e intentó tirar de mí para ponerme a cubierto, pero yo me resistí y conseguí soltarme de su agarre. Empecé a bailar a su alrededor con los brazos en alto mientras él daba vueltas sobre sí mismo para poder mirarme. Sonreía divertido al verme tan feliz, pero es que, simplemente, me era imposible ocultar todo lo que estaba sintiendo.

Me acerqué a él y me puse de puntillas para besar sus húmedos labios mientras le peinaba el pelo hacia atrás para descubrir su cara. Con un pequeño salto, me colgué de su cuello y él me agarró del trasero.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —le repetía entre beso y beso.

Sam me miraba embelesado y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Yo levanté los brazos y me dejé llevar. Me sentía flotar, exultante de felicidad al verle a él tan relajado y sonriente.

Corrimos de la mano para resguardarnos bajo los árboles. Aunque seguíamos mojándonos, sus frondosas copas nos servían de paraguas. Nos detuvimos para intentar recuperar el aliento, yo con una mano sobre mi pecho y él con las manos en las rodillas. Aún agachado, levantó la cara y, tras peinarse el pelo hacia atrás, me miró. En su mirada vi enseguida algo distinto. Sus ojos se clavaron en mi pecho y entonces me di cuenta de que mi camiseta blanca y empapada dejaba muy poco trabajo a la imaginación. Tragando saliva, me agarró de la mano y empezó a tirar de mí hacia el pueblo.

—¡Ava! ¡Desayuno! —escucho que me grita mi madre desde la cocina, así que enrollo el mapa y lo meto con cuidado dentro de mi mochila.

—¡Buenos días, mamá! —le digo en cuanto la veo sirviendo los huevos revueltos en cada plato.

Luego le doy un beso a mi padre e incluso le doy un abrazo cariñoso a Alice.

—¡Ah, quita! —se queja esta—. ¿Qué narices te pasa últimamente?

—Estoy contenta, ¿no puedo? —contesto mientras Alice me mira con el gesto torcido.

—Pues yo me alegro mucho de que estés tan contenta, cariño —interviene mi padre, apretando mi brazo en un gesto cariñoso.

Empiezo a devorar el desayuno y me bebo el vaso de leche en un par de tragos.

—¡Ava! Respira, que te va a sentar mal —me regaña mi madre.

—Estaba todo buenísimo —digo ya en pie y besando su mejilla—. Me voy pitando, que tengo prisa.

—¿Tienes prisa por llegar al instituto? —salta Alice—. Os lo dije: algo le pasa.

Hago oídos sordos a las provocaciones de mi hermana y literalmente corro hacia la puerta.

—¡Ava, espera! —oigo a mi madre cuando ya estoy en el porche—. ¡Que te dejas el almuerzo!

La siento a mi lado, hablándome, pero yo ya no la escucho porque miro fijamente a Sam, que camina por delante de mi casa con la mochila que yo le regalé a los hombros. Sé que me está mirando de reojo, aunque camina con la cabeza agachada.

—¿Qué hace ese? ¿No estaba expulsado? —dice Alice, de repente plantada a mi lado—. ¿Eh, Ava?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Ay, chica… Pues porque va a tu clase.

—Pues supongo que ya habrá acabado el castigo. Yo qué sé —digo, justo antes de empezar a bajar los escalones y cruzar el césped delantero.

—¿Tú no tenías una mochila igual que esa? —vuelve a la carga

Alice, de nuevo pegada a mí.

—Supongo. Yo qué sé.

—Hoy no sabes nada de nada, ¿eh?

—Anda, enana. Piérdete y vete con tus amigas.

Afortunadamente, un grupo de chicos de su clase giran la esquina en ese momento y ella corre hacia ellos, así que me quedo sola por fin, caminando unos pasos por detrás de Sam. De vez en cuando, él mira hacia atrás de forma disimulada y, aunque intento contener la sonrisa mordiéndome el labio inferior, mis ojos me delatan.

—¡Ava! —Sam gira la cabeza de golpe al oír que me llaman y vuelve a mirar al frente. Cuando me quiero dar cuenta, ya tengo a Andrea a mi lado, agarrándome del brazo y señalando a Sam con un movimiento del mentón—. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa?

Antes de abrir la boca de nuevo, mira a un lado y a otro. A pesar de haberse asegurado de que nadie nos mira, duda durante un rato.

—El trabajo… —susurra cerca de mi oído—. ¿Lo has hecho con Sam?

—¿Qué? No te entiendo…

—Me refiero a… —Se humedece los labios varias veces, nerviosa, antes de proseguir—: ¿Os habéis estado viendo para hacer el trabajo juntos?

La miro frunciendo el ceño, dudando qué responder. ¿Debería ser sincera con ella o mejor le miento? Sé que decir la verdad nos metería en problemas a los dos, pero no me parece justo mentir. No es justo para Sam, porque nadie le conoce en realidad. Ni siquiera se molestan en hacerlo y, puede que, si saben que está conmigo, le den una oportunidad y puedan ver lo que yo veo en él.

Levanto la vista y miro a Sam, que sigue caminando con la cabeza agachada, completamente solo, acaparando las miradas de la gente. Al fondo ya veo el edificio del instituto… y a Jackson y los demás apostados en la puerta. Le miran amenazantes y temo que estén planeando algo contra él, así que hago lo único que se me ocurre. Dejando a Andrea atrás, corro hasta Jackson y me planto frente a él. Le miro con una sonrisa que consigue distraerle, que es precisamente lo que quería conseguir. Cuando Sam pasa por nuestro lado, creo que incluso aguanto la respiración hasta que le veo entrar en el instituto por el rabillo del ojo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jackson, algo reticente.

—Nada.

—¿Y por qué pareces tan… contenta de verme?

—¿Contenta? Estoy normal… —digo mientras me alejo para empezar a subir la rampa que conduce a la puerta principal.

Cuando entro y empiezo a recorrer los pasillos, me doy cuenta de

que muchos me miran y cuchichean a mi alrededor. Extrañada, llego hasta mi taquilla y guardo mis cosas dentro. Cojo el mapa y la carpeta con los apuntes y camino hasta el aula. Tengo que hacer un esfuerzo enorme por contener la emoción de ver a Sam sentado en su pupitre, pegado aún al mío. Él, como siempre, mantiene la cabeza agachada y ni siquiera me mira de reojo cuando me siento a su lado. Pongo el mapa sobre los pupitres, entre los dos, mientras a nuestro alrededor nadie nos pierde de vista y siguen cuchicheando. Los miro, intentando encontrar una explicación y, cuando estoy a punto de levantarme e ir a hablar con Lisa, el señor Oliver entra en el aula.

—Buenos días, chicos —dice nada más entrar, dejando su mochila a un lado de su mesa y colocándose de espaldas a nosotros para escribir en la pizarra—. Ha llegado el momento que todos estábamos esperando: las presentaciones de vuestros trabajos sobre Asheville. No os especifiqué sobre qué teníais que hablar, os di vía libre, pero, evidentemente, estamos en clase de Geografía, así que espero que no me habléis de la fauna y la flora ni de la trayectoria deportiva del equipo de fútbol.

Su comentario desata las risas de algunos de nosotros mientras que otros parecen algo apurados.

—Pero usted no especificó… —dice Rick desde el fondo de la clase.

—Me lo temía… —Se frota el puente de la nariz y luego, resignado, se acerca al borde de su mesa y se sienta en ella. Hace un barrido visual por toda el aula y entonces repara en Sam, al que sonríe sinceramente—. Bienvenido de nuevo, Sam.

—Gracias, señor Oliver —susurra Sam tan bajito que creo que solo yo he podido escucharlo.

—Espero que hayas aprovechado bien estos días. —Esta vez agachamos los dos la cabeza. Siento calor en mis mejillas y sé que me estoy sonrojando, así que intento disimular haciendo ver que busco algo en mi carpeta—. Y vamos a comprobarlo ahora mismo, porque vais a ser los primeros en exponer vuestro trabajo.

Ambos tardamos un poco en reaccionar y hasta que el señor Oliver no nos apremia moviendo las manos no nos ponemos en pie y empezamos a caminar hacia su mesa. Cuando nos colocamos de frente a la clase y veo todos los ojos clavados en nosotros, empiezo a sudar. Miro al profesor y, de paso, aprovecho para mirar a Sam, que parece aún más incómodo que yo.

—Explicadle al resto de la clase de qué trata vuestro trabajo.

Sé que Sam no se va a atrever a hablar, así que carraspeo para aclararme la voz y me dispongo a hacerlo yo.

—Bueno… pensamos en hacer algo diferente sin alejarnos de la Geografía. Quisimos hacer un mapa que explicase algo distinto al

resto. Así que hemos creado un mapa de las diferentes minas abandonadas que hay repartidas por la zona, centrándonos en el Parque Nacional. Algunas de esas minas podrían restaurarse algún día y ser un reclamo turístico, y este mapa podría ser un punto de partida.

El señor Oliver asiente y parece satisfecho mientras yo abro el mapa y lo sostengo para que el resto de la clase lo vea.

—¿Y lo habéis hecho vosotros? ¿A mano?

—Sí, señor.

—¿Los dos?

—Sí, señor. Nos… hemos repartido el trabajo.

—Sam, explícanos un poco cómo lo habéis hecho.

Miro al señor Oliver y luego a Sam, que sigue con la cabeza agachada. Se humedece los labios y frota las palmas de sus manos en el pantalón.

—Bueno… Ava fotocopió un mapa real de la zona y…

—Al fondo de la clase también te tienen que oír, Sam —le corta el profesor—. Levanta la cabeza y habla sin miedo.

Carraspea para intentar aclararse la voz y entonces levanta la cabeza lentamente.

—Decía que Ava fotocopió un mapa de la zona y me lo dio. Por las mañanas yo iba por la zona y marcaba dónde están situadas las entradas de las minas.

—¿Conoces bien la zona?

—Suelo… ir a menudo.

—Está muy completo —dice el señor Oliver, mirando el mapa que sostengo—. ¿Y luego lo poníais en común?

Sam y yo nos miramos. Él niega con la cabeza de forma casi imperceptible, aunque su gesto no me pasa desapercibido. Sé que decir que sí, que nos veíamos por las tardes, sería meterme en problemas porque todo el mundo empezaría a hablar de ello y el rumor llegaría hasta mis padres. Pero teníamos que hacer este trabajo, así que era lógico que nos viéramos, ¿no?

—Hemos quedado algunas tardes para dibujar el mapa —acabo confesando, y veo a Sam cerrar los ojos con fuerza.

—Muy bien —empieza a decir el señor Oliver—. ¿Alguien tiene alguna pregunta?

Jackson enseguida levanta la mano y me temo lo peor, ya que él jamás interviene por iniciativa propia. Además, su mirada de suficiencia empieza a ponerme nerviosa.

—¿Quedabais en el viejo embarcadero del lago por algún motivo concreto? —pregunta cuando el señor Oliver le señala con el dedo, dándole permiso.

¿Cómo sabe Jackson que nos veíamos en el lago? ¿Acaso nos ha visto? ¿Y, si es así, nos habrá visto besarnos?

—Eh… —Mientras decido qué contestar miro a Sam, que frunce el ceño con fuerza—. No sé… Supongo que buscamos un lugar tranquilo…

Es lo único que se me ocurre decir, aunque parece que mi respuesta suscita miradas y comentarios.

—¿Tranquilo para hacer el trabajo o para besaros? —insiste de nuevo Jackson.

—¿Qué? No… Nosotros… —balbuceo, incapaz de articular una frase comprensible.

—Jackson, no sé qué tiene que ver eso con el trabajo… Chicos, vamos a centrarnos, por favor —interviene el señor Oliver, aunque ya es demasiado tarde porque los murmullos han subido de tono y la clase se ha descontrolado totalmente.

En ese momento, Jackson saca su teléfono móvil y me lo muestra mientras mueve las cejas arriba y abajo. Al instante, aparecen decenas de teléfonos. Los que no lo tienen en las manos se acercan a los que sí para mirar algo en sus pantallas.

—Por favor. Guardad vuestros teléfonos móviles o me veré obligado a requisarlos…

—Si queréis, os imprimo alguna de las fotos y las incluís en vuestro trabajo —se mofa Jackson mientras algunos de sus amigos se ponen en pie y empiezan a hacer ver que se besan y se acarician.

El señor Oliver intenta reconducir la situación, aunque parece que se le está yendo de las manos.

—Chicos, podéis volver a vuestro sitio. Me quedo con el mapa para mirarlo con calma. Os lo devolveré en unos días. Lo habéis hecho fenomenal —nos dice, justo antes de volver a levantar la cabeza y, mostrando las palmas de sus manos, suplicar calma—. Os doy cinco segundos para callaros o empiezo a mandaros a la sala de castigo con una nota a vuestros padres de regalo.

Incapaz de contenerme, en vez de caminar hasta mi sitio, me acerco a Jackson, que ríe distraído, incluso pavoneándose frente a los que le ríen siempre las gracias y, de un manotazo, le arrebato el teléfono de la mano.

—¡¿Pero qué haces, loca?! —me grita al ver que su teléfono ha salido disparado de su mano y se ha estrellado contra la pared.

—¿Te crees muy gracioso? —le grito yo también.

Cuando pasa por mi lado para recoger el teléfono, le doy un empujón.

—¡Chicos! ¡Por favor! —interviene el señor Oliver, separándonos al ponerse entre los dos—. Jackson y Ava, al pasillo conmigo.

—¡¿Yo?! ¡Pero si me ha roto el móvil! —se queja Jackson.

—¡¿Quién eres tú para hacerme fotos sin permiso?!

—Yo solo estaba paseando y decidí fotografiar el paisaje. Varias

veces —me dice mientras me mira con aires de superioridad.

—¡Bórralas ahora mismo!

—Como quieras, pero ya las tiene medio instituto.

Mi cara palidece al instante. Por eso me miraban todos. Por eso Andrea me preguntó antes de entrar. Entonces me doy cuenta de que, si las fotos han empezado a circular, no tardarán en llegar a mi hermana, si es que no las tiene ya, y por consiguiente a mis padres.

—Lisa, por favor, te dejo al mando hasta que mande a un profesor de guardia. Y vosotros, Ava y Jackson, venid conmigo al despacho del director.

Sam

Cuando por fin suena el timbre indicando el final de las clases resoplo aliviado. Empiezo a recoger mis cosas, consciente de las miradas de todos. Han estado observándome y cuchicheando todo el día. Sabía que besar a Ava era una mala idea, pero, simplemente, no me pude contener. Ella me hace sonreír, me hace feliz… Quiero ser mejor para ella. Miro entonces hacia su pupitre, vacío desde el incidente con Jackson. Su libreta de apuntes y sus bolígrafos siguen en su mesa, así que lo recojo todo y lo guardo en mi mochila.

Me aseguro de salir de clase el último para darles tiempo a todos a salir del edificio. De esa manera, me aseguro de no cruzarme con alguien que busque pelea, que imagino serán muchos. Agarrando el pomo de la puerta, cojo aire hasta llenar mis pulmones y lo suelto mientras abro con decisión. Tal y como pensaba, los pasillos están prácticamente vacíos, y los alumnos que quedan están más preocupados por darse prisa en salir que por mirarme. Así que aprovecho para huir a toda prisa hacia la puerta principal con la vista fija en mis pies. Al girar la última esquina, cuando ya prácticamente he conseguido salir, me choco con alguien y salgo despedido. Ya en el suelo, me arrastro hacia atrás.

—Sam, ¿te has hecho daño? Sam, espera… —me dice el señor Oliver mientras alarga ambos brazos para intentar ayudarme, mirándome con gesto preocupado—. Sam, tranquilo…

Algo avergonzado me pongo en pie.

—Lo… siento… —digo, intentando esquivarle para irme.

—Espera, Sam. ¿Va todo bien? —insiste, agarrándome del brazo.

Apretando los labios y rehuyendo su mirada, me lo pienso un rato antes de hablar.

—¿Dónde está Ava?

—En su casa. Llamamos tanto a sus padres como a los de Jackson para explicarles lo sucedido y…

Mientras habla cierro los ojos con fuerza, temiéndome lo peor. Si le han contado lo sucedido a los padres de Ava, no tardarán en enterarse de la existencia de las fotos que han desencadenado todo. Y lo último que quería era causarle problemas.

—Tengo que hacer algo… —susurro para mí mismo—. Yo soy el problema…

—Sam, ¿va todo bien…? ¿Quieres que hablemos?

El señor Oliver intenta cogerme de nuevo, pero logro escabullirme y empiezo a correr. Y sigo haciéndolo incluso cuando ya estoy lejos del instituto, pero estoy decidido a arreglarlo todo. Cuando estoy a punto de llegar a casa de Ava, aminoro la marcha e, intentando recuperar el aliento, miro alrededor. A simple vista, no hay nadie alrededor, así que me escondo entre dos coches, saco su libreta y empiezo a escribir.

Ava, tengo que decirte adiós aunque soy incapaz de hacerlo en persona. Solo quiero que sepas que me has hecho querer ser mejor, aunque solo fuera para que tú me vieras y te sintieras orgullosa. En el fondo, no me arrepiento de nada de lo que hemos hecho, nos hemos dicho o hemos sentido, pero soy consciente de que soy un problema para ti.

Sam

Doblo la punta de la hoja para asegurarme de que Ava lea la nota y me doy la vuelta para mirar de frente a la casa. Giro la cabeza a un lado y a otro de la acera y, tras comprobar que no viene nadie, cruzo el jardín delantero a la carrera y subo los tres escalones de un salto. Pongo sobre la tarima del porche la libreta y el resto de las cosas que se había dejado en clase y llamo al timbre un par de veces. Antes siquiera de obtener respuesta, me doy la vuelta y salgo huyendo.

Mientras corro las lágrimas empiezan a enturbiar mi visión. Echo un par de vistazos hacia atrás para ver la casa por última vez, quizá con la esperanza de ver a Ava.

Me adentro en el bosque, mi refugio del resto de la gente, pero aun así, no dejo de correr. Tengo que asegurarme de llegar a la cabaña antes de que Frank vuelva del bar donde esté dilapidando el poco dinero que gana haciendo chapuzas varias, a pesar de que voy sobrado de tiempo. Necesito meter en la maleta las pocas pertenencias que traje, además de lo que me queda de la comida que me trajo Ava el otro día.

Cuando visualizo la cabaña, respiro aliviado al no ver la furgoneta. Corro hacia mi dormitorio y levanto la tabla suelta del suelo, donde escondo el poco dinero que me queda de lo que me dejó la abuela y me lo meto en el bolsillo del vaquero. Con lo que me queda,

conseguiré a duras penas llegar a Nueva York, luego me tendré que buscar la vida. Empiezo a meter mi ropa en la maleta, sin molestarme en doblarla, y a guardar la comida en la mochila cuando escucho unos golpes en la puerta que me paralizan por completo.

—¡Sam! ¡Sam, por favor! —Giro la cabeza hacia la puerta cuando oigo la voz de Ava. ¿Qué hace aquí?—. ¡Sam, ábreme! ¡Soy yo!

Con la boca abierta y los ojos clavados en la puerta, tardo unos segundos en reaccionar. Ava vuelve a golpear la puerta, esta vez con más fuerza, suplicándome que la abra. Nervioso, corro hacia ella.

—¿Qué…? ¿Qué haces…? —balbuceo, pero me callo cuando me planta mi nota frente a mis ojos.

—¿Qué significa esto? —me pregunta con la cara mojada por culpa de las lágrimas—. ¿Se acabó? ¿Te rindes? ¿Te… rajas? ¿No piensas luchar? Creía que yo significaba algo más…

—Ava…

Miro por encima de su hombro para comprobar que nadie la haya seguido. La agarro de una mano y tiro de ella para meterla dentro de la cabaña. Cuando cierro la puerta, ella da un tirón de brazo para soltarse. Mira alrededor, entre sorprendida y compungida, aunque no dice nada hasta que se fija en mi maleta al lado de la puerta del dormitorio. Entonces me mira con los ojos muy abiertos, señalándola con un dedo.

—¿Qué…? ¿Te largas? ¿Pensabas… irte sin más?

—Ava… Es lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Lo mejor para quién?

—Para los dos.

—¡Para mí, no! ¡Yo quiero…! —Entonces se abalanza sobre mí, agarrándome de la camiseta—. Llévame contigo.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—¿No quieres?

—¡Por supuesto que no! —Ava parece realmente dolida, e incluso le tiembla el labio inferior—. No puedo dejar que arruines tu vida por mí. No voy a permitir que te alejes de tu familia y de tus amigos por mí.

—Pero yo con quien quiero estar es contigo.

—Ava… —resoplo, negando con la cabeza.

En ese momento oigo el inconfundible sonido del motor de la furgoneta de Frank. Agarro a Ava del brazo y tiro de ella hacia mi habitación. Cierro la puerta y le tapo la boca, poniéndome un dedo sobre los labios para pedirle que no haga ruido. La puerta principal se abre de golpe y, de forma instintiva, protejo a Ava colocándola detrás de mí. Oímos a Frank tropezar con los pocos muebles del salón, jadeando y quejándose y Ava, asustada, rodea mi cintura con sus brazos. Poso mi mano sobre las suyas para intentar tranquilizarla

aunque yo estoy igual de nervioso.

—¡¿Dónde estás?! ¡Eh, mierdecilla!

Ava se abraza a mí con más fuerza cuando oímos los pasos de Frank acercándose. Me deshago de su agarre y corro hacia la puerta para agarrar el picaporte y tirar hacia mí, tratando de impedirle que abra la puerta.

—Sam, no…

Alarmado, giro la cabeza y miro a Ava con los ojos muy abiertos, aguantando la respiración mientras rezo para que Frank no la haya oído. Ava se tapa la boca con ambas manos, temblando, intentando acallar sus sollozos.

—¿Quién anda ahí?

—Sam… —repite Ava, muy asustada.

—La ventana… —susurro moviendo la cabeza en esa dirección, sin soltar el pomo de la puerta—. Sal por la ventana…

—No… No puedo…

—¡Pero bueno…! ¡Te has traído a una putita…!

—Ava, por favor. Sal por la ventana.

—No te dejaré aquí.

—Me las apañaré. Vete.

Ella niega de nuevo con la cabeza y entonces, en décimas de segundo, tomo la decisión de protegerla a ella en vez de intentar atrancar la puerta. Suelto el pomo, corro hacia Ava y tiro de ella hacia la ventana. La abro justo en el momento en el que Frank abre la puerta. Rápidamente, cojo en volandas a Ava para ayudarla a saltar pero enseguida siento unas manos agarrándome.

—¡Ava, vete! —grito mientras caigo hacia atrás.

—Bueno, bueno, bueno… No tienes mal gusto, ¿eh?

Frank se acerca a ella, que se queda paralizada, incapaz de moverse, así que me pongo en pie y corro para interponerme entre ambos, abriendo los brazos. Le empujo con todas mis fuerzas, aunque a duras penas consigo que retroceda un par de pasos. Extiendo un brazo a mi espalda para alejar a Ava, pero ella se agarra a él.

—Vámonos, Sam. No me voy a ir sin ti —me suplica—. No me dejes.

Respirando por la boca, miro a un lado y a otro de la habitación, intentando encontrar algo que me dé la ventaja que necesito para salir huyendo los dos. De repente me acuerdo del tablón suelto del suelo, bajo el cual yo guardaba el dinero. Está en la punta opuesta de la habitación, y para alcanzarlo tendré que dejar a Ava desprotegida durante unos segundos, pero es lo único medianamente contundente con lo que hacerle frente a Frank, así que decido arriesgarme. Le esquivo con un rápido movimiento y corro para coger el tablón mientras oigo los gritos de Ava. Ya con la madera en las manos, me

doy la vuelta y veo a Frank agarrándola por los hombros. Sin pensármelo, me abalanzo sobre él y le asesto un golpe en la espalda con la tabla, descargando toda mi ira sobre él. Consigo que suelte a Ava y que caiga al suelo de rodillas, retorciéndose de dolor. No contento con ello, vuelvo a golpearle, esta vez en un costado.

—¡Ava, corre hacia la puerta! —le grito mientras le sigo golpeando una y otra vez.

Preso de la ira, cierro los ojos y descargo todo mi resentimiento. Grito para intentar desquitarme, para intentar olvidar todos los meses de maltrato. Descargo sobre él toda la impotencia que siento cuando oigo todas las mentiras que se dicen sobre mí.

—Sam. Sam. —Siento unos brazos rodeándome, inmovilizándome. Con los ojos muy abiertos y apretando los dientes, miro alrededor, de repente consciente de dónde estoy—. Sam. Vámonos.

Me miro las manos y las descubro llenas de sangre. Se me resbala la madera, también llena de sangre, de las manos y cae al suelo. Levanto un poco la cabeza y veo a Frank tirado en el suelo, inmóvil.

—¿Qué he hecho? —susurro mientras Ava intenta tirar de mí.

—Corre, Sam.

Me dejo llevar como una marioneta. Corro por inercia, mirando hacia atrás cada pocos pasos mientras nos alejamos de la cabaña. Ava tira de mí con todas sus fuerzas, mirándome y alentándome a seguirla. A lo lejos se oye la sirena de un coche de policía y ella se detiene, muy asustada.

—Mierda. Mis padres deben de haberse dado cuenta de que me he escapado… —dice, mirando a un lado y a otro—. Vamos hacia el bosque. Podemos intentar escondernos cerca del lago.

Empieza a correr de nuevo, tirando de mí, apremiándome para darme prisa. Cuando miro nuestras manos entrelazadas, veo la sangre cubriéndolas por completo. La estoy manchando. Estoy asustándola. Estoy haciéndola llorar. Estoy haciéndole pasar por situaciones por las que nadie debería pasar.

Entonces me paro en seco y nuestras manos se separan. Ava se detiene unos pasos más allá y me mira alarmada.

—¡Sam, corre! ¡Sam! —Extiendo mis manos temblorosas y manchadas frente a mí, dándome cuenta de repente de lo que he hecho. La imagen de Frank inerte en el suelo y cubierto de sangre me asalta de repente—. ¡Sam!

—¡Ava! ¡Sam! —Además de la sirena de la policía, oigo otras voces aproximándose—. ¡Ava!

—¡Ava, cariño! ¡Soy mamá! ¡Vuelve!

—Sam… —Con los ojos llenos de lágrimas, Ava se acerca hasta mí. Alarga los brazos y acaricia mi cara con sus dedos mientras me mira suplicante. Negando con la cabeza, agarro sus manos y las acaricia.

Las acerco a mi boca y las beso—. Sam, vámonos…

—No.

—Por favor…

Intenta tirar de mí, pero yo me resisto hasta que, llorando, se da por vencida. La acerco y la estrecho entre mis brazos.

—No puedo arrastrarte conmigo —le susurro en la oreja.

En ese momento, varias personas nos rodean. Sus padres tiran de ella para arrebatármela de los brazos mientras me miran horrorizados. Un policía agarra mis brazos y los inmoviliza a mi espalda. Me da una patada con la que me obliga a arrodillarme en el suelo, y justo después me tumba boca abajo. Siento una fuerte presión en la espalda que me impide moverme y prácticamente respirar.

—¡No! ¡Dejadle! ¡Él no ha hecho nada malo! —oigo gritar a Ava.

Ya con las muñecas esposadas me obligan a ponerme en pie. Mucha gente habla a mi alrededor, pero soy incapaz de escuchar nada. Cuando levanto la vista, veo a Ava gritando desesperada mientras sus padres la retienen. Incapaz de verla sufrir, vuelvo a agachar la cabeza. Un par de policías empiezan a tirar de mí, conduciéndome seguramente hacia el coche patrulla.

A partir de ese momento, todo lo que sucede a mi alrededor parece como un sueño confuso. No soy capaz de entender ni la mitad de lo que me dicen y tampoco de abrir la boca en ningún momento a pesar de que me hacen decenas de preguntas. Me conducen de un lado a otro sin que yo oponga resistencia. Los primeros días los paso en una fría celda de la comisaría, pero después me llevan a un centro de menores donde, según creo entender, pasaré algún tiempo. Vivo esos días como si formaran parte de un sueño confuso hasta que alguien entra en mi habitación una mañana.

—Hola, Samuel.

La mujer me mira sonriendo y ladeando la cabeza mientras me habla, pero yo solo puedo prestar atención a lo que lleva en las manos: mi mochila. Por primera vez en muchos días, actúo por iniciativa propia. Me pongo en pie de un salto y se la arrebato de las manos. Abro las cremalleras y miro en el interior. Lo primero que encuentro es mi reproductor de música, que aprieto contra mi pecho, respirando aliviado y con una sonrisa en los labios. Empiezo a reír como un loco y ella me mira algo preocupada. Entonces vuelvo a mirar dentro y saco la libreta de apuntes. En cuanto lo hago, veo un doblez en una de las páginas. La abro por ahí y no tardo en reconocer la letra, momento en el que el corazón me da un vuelco.

8

Ava

—¡No me podéis hacer esto…! ¡No voy a ir! ¡Me niego!

—Ava, hija, ni que te estuviéramos mandando a un campo de trabajos forzados… Tu madre y yo hemos pensado que lo mejor para ti será enviarte a Nueva York a estudiar… Allí tendrás más oportunidades. Y vivirás con la tía Maude.

—¿Dónde está Sam? ¿A dónde le han llevado?

—Acabarás allí el último año de instituto y así podrás optar a una buena universidad y…

—No pienso ir.

—Ava, allí podrás tener muchas más oportunidades, y…

—Fue en defensa propia. Su padre llevaba tiempo maltratándole. Se lo dije a la policía. Eso ha tenido que contar, ¿no? Quiero decir, no está en la cárcel, ¿no? No es mayor de edad. No puede ir a la cárcel…

—No lo sé, Ava. No es nuestro problema.

—Pero sí sabéis dónde le han llevado. El otro día estuvo aquí el jefe de policía, y sé que hablasteis de Sam.

—Ava, te lo ruego… —resopla mi padre, agarrándose el puente de la nariz.

—Lo único que quiero es saber dónde está Sam —digo mientras me remuevo inquieta.

—¿Para qué?

—Para ir a verle, para…

—¡Ava, basta! —grita entonces mi madre, dándome una bofetada. La miro con la boca abierta y los ojos llenos de lágrimas acumuladas, pugnando por salir, mientras me toco la mejilla—. ¡Olvídate de ese delincuente que lo único que te ha causado han sido problemas!

Cuando siento que ya no puedo contener más las lágrimas, incapaz de darle el gusto de verme llorar, salgo corriendo. De camino a la puerta me cruzo con Alice, que me mira con una mezcla de lástima y miedo.

—¿A dónde…? —empieza a preguntarme, pero yo paso de largo

sin hacerle caso.

—¡Ni se te ocurra irte…! —grita mi madre a la desesperada, justo antes de que yo cierre de un portazo y salga corriendo calle abajo.

A duras penas consigo ver por culpa de las lágrimas, pero me da igual. Sé a dónde me quiero dirigir. Sé que es un intento desesperado y que no encontraré las respuestas que busco, pero necesito hacerlo. Cuando me adentro en el bosque, mis lágrimas han dado paso a un llanto incontenible, lleno de sollozos y gritos. Tropiezo en más de una ocasión, arañándome las piernas e incluso desollándome las rodillas.

—¡Sam! ¡Saaaaaam! —grito, aunque sé perfectamente que no recibiré respuesta por su parte.

Al llegar a la cabaña veo el coche patrulla del jefe de policía y una furgoneta aparcados en el exterior. Un par de hombres están sacando algunas cosas del interior bajo la atenta mirada del jefe Carter. Me acerco sigilosa, intentando no hacer ruido, hasta que veo que uno de los hombres lleva la mochila de Sam en la mano.

—¡No, esperen! —grito entonces.

—¡Ava! ¿Qué haces aquí? —me pregunta el jefe de policía, aún con las manos en el cinturón—. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—Esa es la mochila de Sam. ¿Qué van a hacer con ella?

Tanto los hombres de la furgoneta como los dos policías me miran con la boca abierta mientras me acerco.

—Estamos cumpliendo con el protocolo… Vaciando el interior de la cabaña… Frank Wilkins no tenía testamento, así que no existe un legítimo heredero de todo esto, con lo que tanto el terreno como la casa y todo lo que hay en su interior pasa a ser propiedad del condado.

—¡Pero esa mochila no es del señor Wilkins! ¡Es de Sam!

El hombre que la porta parece no querer tener problemas y sí mucho trabajo por delante, así que se desentiende de ella y se la tiende al jefe de policía, soltando el resto de trastos que lleva dentro de la parte trasera de la furgoneta.

El jefe Carter se acerca a mí y me mira con expresión comprensiva.

—Ava, no deberías estar aquí.

—Por favor… No es justo —digo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—No creo que tus padres estén muy de acuerdo con que estés aquí…

—Necesita esa mochila…

—¿Por qué es tan importante, Ava? —me pregunta, y entonces yo, con manos temblorosas, abro la cremallera y empiezo a rebuscar en el interior.

Dentro, además de algo de comida, está su libreta de apuntes, algunos bolígrafos y los libros que le presté. Pero yo lo que busco es

otra cosa… y entonces abro la cremallera del bolsillo pequeño y lo encuentro. Cuando saco el reproductor de música, se lo muestro al jefe de policía.

—Por esto. Lo necesita. Es el único recuerdo que tiene de su madre. —El jefe Carter me mira durante largo rato, apretando los labios y frunciendo el ceño. Al final, resopla y me quita el reproductor de las manos, guardándolo dentro de la mochila—. Chicos, la mochila me la quedo yo, ¿de acuerdo? Quitadla del inventario.

—Gracias, gracias, gracias… —digo mientras le sigo hasta el coche patrulla—. ¿A dónde le han llevado?

—No te lo puedo decir.

—Pero no le han metido en la cárcel, ¿no? —Gira la cabeza y me mira con el ceño fruncido—. Fue en defensa propia. Él no… No quería, pero él le pegaba y…

—No está en la cárcel, pero va a estar un tiempo encerrado.

—¿Dónde?

—Ava, no puedo darte ese tipo de información.

—¿Por qué? Por favor… Necesito verle. Hay muchas cosas que quiero decirle.

—Porque no puedo. Porque aunque te lo dijera no podrías ir a verle. Porque, aunque pudieras ir a verle, tus padres no lo permitirían. ¿Necesitas más razones?

Me humedezco los labios mientras pienso qué puedo hacer para hacerle saber que estoy aquí y que jamás le olvidaré.

—¿Y si…?

—Ava, vete a casa. Te prometo que le haré llegar la mochila.

—¡Espere! ¿Puedo escribirle una nota en la libreta? —El jefe Carter me mira entornando los ojos y chasca la lengua. A la desesperada, temiendo su negativa, le agarro de la camisa y le suplico—: Por favor. Será solo una nota. La escribiré delante de usted si quiere.

Al rato, mueve la cabeza y, emocionada, le veo abrir la cremallera de la mochila.

—Tienes cinco minutos —me dice con la libreta en la mano antes de dármela.

—Gracias. Sí, sí. —Meto la mano dentro de la mochila—. Cojo un bolígrafo…

Enseguida me siento en el suelo y empiezo a escribir de forma precipitada. Puede que la nota no sea tan clara como me gustaría, pero no tengo demasiado tiempo, así que prefiero escupirlo todo y no guardarme nada.

Hola, Sam. Solo me han concedido unos minutos para escribirte, así que voy a escupir todo lo que tengo en mi cabeza. Me gustaría ir a verte donde estés y darte la mochila en persona, pero el jefe Carter me ha

prometido que lo hará por mí.

Estaba tan enfada contigo por tu carta… Pero ya no. Te perdono. Me da igual. Puedo olvidarlo todo. Voy a hacer como si nunca hubieras querido alejarte de mí. Prefiero creer que vamos a separarnos porque nos han obligado. Mis padres me envían a Nueva York a estudiar. Viviré en casa de mi tía. Creen que alejándome de aquí, me alejarán de ti, pero eso es imposible.

¿Podrás venir cuando salgas de dónde estés? ¿Me buscarás?

Quiero que sepas que yo tampoco me arrepiento de nada de lo que hemos hecho. Tampoco me importa que todos se hayan enterado de lo nuestro porque no me avergüenzo. Te lo repito, Sam Wilkins: NO ME AVERGÜENZO DE TI, TE QUIERO Y QUIERO ESTAR CONTIGO.

Por favor, no me olvides, porque yo no lo haré. Jamás.

Te quiero,

Ava

En cuanto escribo mi nombre, acaricio el papel. Doblo la punta de la página para asegurarme de que vea la nota si se le ocurre usar la libreta. Una lágrima cae sobre el papel, corriendo un poco la tinta, así que, antes de emborronar el resto, cierro la libreta y se la tiendo al jefe Carter. Cuando él la coge, me apresuro a secar mis mejillas con ambas manos y sorbo incluso por la nariz.

—Ava, ve a casa… —me pide con suavidad, mirándome de forma comprensiva, ladeando la cabeza. Me pongo en pie totalmente abatida, incapaz de levantar la cabeza—. Él estará bien. Es un chico fuerte.

—No sabes lo que te envidio… Nueva York… —Me encojo de hombros mientras acabo de guardar las últimas cosas que me llevaré en la maleta—. Tiendas abiertas hasta las tantas, gente por todos lados, el metro, los rascacielos, papá y mamá a kilómetros de distancia…

Doy una vuelta sobre mí misma, mirando alrededor para comprobar si me dejo algo. No sería ninguna catástrofe, ya que papá y mamá me lo podrán enviar por correo, así que tampoco me esfuerzo demasiado.

—Ava, ahora que te vas y no la vas a utilizar, ¿me podré quedar con tu habitación? —me pregunta Alice, sentada en mi cama—. Es más grande, con mejores vistas y con una cama más mullida.

—Haz lo que quieras —contesto resoplando.

—¿No te enfadas? ¿Ni siquiera me gritas? —Miro a Alice con apatía, encogiéndome de hombros de nuevo—. Desde que estás deprimida, esto no es lo mismo, ¿eh? Chica, dime algo. Enfádate conmigo al menos.

—No me apetece.

Alice me mira fijamente durante unos segundos, hasta que agacha la cabeza y clava la vista en su regazo, en el que sus manos reposan.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —me pregunta entonces. Cojo de la estantería un libro que tengo pendiente de leer y lo sostengo en las manos durante un rato. Lo palpo, echo un vistazo a alguna de sus páginas y trago saliva para intentar deshacer el nudo de mi garganta. Al final, lo meto dentro de la mochila que llevaré como equipaje de mano y sigo dando vueltas por la habitación—. ¿Cómo es?

Me giro y la miro con el ceño fruncido mientras ella lo hace expectante. Parece interesada de verdad, es la primera persona en todo el pueblo que lo hace. Así que, incapaz de contener la emoción, empiezo a llorar. Intento contestar en más de una ocasión, pero cada vez que abro la boca me falta el aire y soy incapaz de hacerlo. Entonces Alice se pone en pie, se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos. No nos movemos, tampoco hablamos. Simplemente, ella espera a que me calme, algo que consigo un buen rato después. Caminamos hasta mi cama y nos sentamos en ella.

—Ni siquiera él mismo se da cuenta de lo maravilloso que es, Alice. No se ha permitido siquiera soñar. No tiene ninguna meta en la vida más que sobrevivir. No ve lo cariñoso y bueno que es. Es divertido, aunque no de los que intenta hacerse el gracioso. Tiene una mirada triste, pero preciosa a la vez. Me cautivó… No podía creer que algo tan triste fuera a la vez tan bonito… Y, cuando me miraba, lo hacía con tanta intensidad… como si me estuviera memorizando. Jamás le he visto quejarse de dolor, pero en cambio era incapaz de ver mis rodillas peladas y con un poco de sangre. Se apresuraba a limpiarme la herida y me miraba preocupado como si fuera algo realmente grave.

Se me forma una sonrisa en los labios al recordar su preocupación. Incluso me cogió en brazos y cargó conmigo una buena parte del camino mientras yo no podía dejar de mirarle.

—¿Y besa bien? —me pregunta entonces Alice, sonriendo de forma pícara mientras hace chocar su hombro contra el mío.

Mordiéndome el labio inferior, alzo la vista hacia el techo y echo la vista atrás a aquella tarde en la que corrí hacia él, me lancé a sus brazos con los ojos llenos de lágrimas y le besé. Y recuerdo también el siguiente, el que él quiso que fuera realmente el primero, en el que sentí como si algo explotara dentro de mí. Y recuerdo todos los besos que vinieron después, todas las caricias, todas las miradas… incluso me acuerdo de aquellos momentos en los que tuvimos que echar el freno para no ir demasiado deprisa. Me toco los labios con los dedos de una mano, convencida de que jamás lo olvidaré.

—¿Tan bien? —insiste Alice, haciéndome sonreír de nuevo.

—Él ha sido el primero y me ha hecho sentir demasiadas cosas. Tantas, que será imposible olvidarle jamás, por más kilómetros que papá y mamá quieran poner entre los dos.

—¿Sabes? Me encantaría que vuestra historia acabara con final feliz.

—En el fondo, yo me conformo con tener una historia con él que no tenga final…

Alice rodea mi cuello con sus brazos y apoya la frente en mi cabeza. Con cariño, doy unas palmadas en su brazo, suspirando a la vez.

—Esto va a ser una mierda sin ti… —susurra.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Sam

Camino cabizbajo, con la bandeja de la comida en las manos, intentando no cruzar la mirada con nadie. El barullo que se oía desde fuera se va acallando conforme los ojos del resto de internos se posan en mí. Busco un sitio para sentarme lo más alejado y solitario posible. No conozco a nadie aquí y la mayoría no tienen aspecto de ser amigables. Me siento a una mesa en la esquina del comedor. Remuevo el puré con el tenedor sin perder de vista nada de lo que sucede a mi alrededor.

Entonces veo cómo tres tipos se acercan a mi mesa. Frunzo el ceño y aprieto con fuerza la cuchara. Por algún motivo que no me cuesta adivinar, los cuchillos y los tenedores están prohibidos en el comedor. Toda la comida nos la sirven ya cortada y se puede comer con un solo cubierto. Uno de los tipos se sienta a mi lado y los otros dos delante. Los tres parecen tener más o menos mi edad. No abren la boca, pero tampoco me quitan los ojos de encima. Al final, supongo que, cansados de esperar, apartan mi bandeja de comida y el tipo que tengo delante me agarra de la camiseta y me obliga a mirarle.

—¿Es cierto lo que dicen? —Sin levantar la cabeza, trago saliva mientras estrujo la tela del pantalón del chándal entre mis manos. Mi falta de respuesta les pone nerviosos y, mientras uno de ellos da un fuerte golpe en la mesa con la mano, el que tengo a mi lado me agarra por el pelo y me obliga a levantar la cabeza—. Me parece que no te han explicado las normas… En este sitio, mandamos nosotros. Y, si te hablamos, nos contestas. Tienes suerte de que hoy me haya levantado de buen humor y te vaya a conceder una segunda oportunidad. ¿Es cierto lo que dicen?

Afortunadamente, uno de los monitores nos ve y se acerca rápidamente.

—Rick, Bastian y Raoul, os quiero a dos sillas de distancia. Como poco —les dice.

—Pero ¿por quién nos tomas? —se excusa uno de ellos.

—Solo estábamos conociéndonos un poco más —dice otro.

—Y explicándole las normas del centro —afirma el tercero.

—De eso nos encargamos nosotros. Muchas gracias —replica el monitor sin separarse de la mesa, esperando a que los tres hagan lo que les ha pedido.

Se levantan a regañadientes y se sientan a otra mesa donde parece que sus amigos les esperan para comentar la jugada. Les observo hacerlo de reojo, aún con la cabeza agachada y las manos debajo de la mesa, inmóvil. Aun así, puedo comprobar que el resto de chicos los miran con respeto.

—Si tienes cualquier problema, no dudes en buscar nuestra ayuda. —El monitor mee acerca la bandeja de comida y se agacha buscando mi mirada—. Lo digo en serio. Este sitio puede parecer muy… intimidante al principio, pero estamos aquí para ayudaros. ¿De acuerdo?

Me mira fijamente y no se rinde hasta que asiento levemente con la cabeza. Solo entonces se aleja y empieza a hablar con otros críos. Miro alrededor sin levantar la cabeza y veo a uno de los tres tipos de antes mirándome con una sonrisa de medio lado. Me guiña el ojo cuando nuestras miradas se encuentran, un gesto que puede parecer amigable, pero que me hace estremecer de pies a cabeza. A pesar de que solo llevo aquí un par de semanas y he pasado la mayoría de los días encerrado en mi habitación y en la enfermería mientras me hacían decenas de test médicos y psicológicos, me he dado cuenta de que ese tipo es el que manda aquí entre los internos. Todos le respetan y le temen a partes iguales.

Me doy prisa en acabar la comida y así volver a recluirme en mi habitación. Con la bandeja en las manos, camino hacia los carros metálicos para recogerlo todo cuando siento una presencia a mi espalda.

—Vente al gimnasio. Vamos a… jugar un partido —susurra en mi oído sin perder la sonrisa en ningún momento. Incluso pone una mano en mi hombro y me lo aprieta.

—No… me… apetece…

—No me has entendido. No es opcional.

Antes de poder responderle, ya se ha alejado. Me doy la vuelta lentamente, mirando alrededor con timidez. Nadie parece haber estado pendiente de nuestra conversación, ni siquiera los monitores, que se supone que deben de tenernos controlados. Dudo si acercarme a ellos para comentarles la particular «invitación» que me han hecho, aunque, en realidad, no es que haya sido una amenaza en toda regla,

así que solo me quedan dos opciones: encerrarme en mi habitación como un cobarde y más adelante atenerme a las represalias o armarme de valor y presentarme en el gimnasio.

Llegar me cuesta un poco porque aún ando algo perdido por el recinto. Por eso, cuando entro, veo a varios chicos jugando a baloncesto. A simple vista, parece algo inofensivo, así que puede que me haya montado una película yo solito. Me acerco con timidez, arrastrando las suelas de las zapatillas y con las manos en los bolsillos. Algunos de los chicos son realmente buenos, otros lo son porque nadie se atreve a quitarles la pelota. De hecho, en alguna ocasión, ni siquiera les obstaculizan el paso.

—¡Eh, has venido! —dice uno de los tres tipos que se ha sentado antes a mi mesa del comedor—. ¡Mira, Rick! ¡El nuevo!

El tal Rick, el mismo que me susurró antes su invitación al oído, el que parece el cabecilla de todos, se acerca con una expresión de superioridad dibujada en el rostro. No lleva camiseta, así que puedo ver claramente toda su trabajada musculatura. Entiendo que muchos de los chicos no se atrevan a plantarle cara, ni en la cancha ni fuera, ya que es muy probable que salgan perdiendo.

—¿Sabes jugar? —me pregunta mientras se acerca botando la pelota. Antes de poder contestarle, mientras decido mi respuesta, Rick me lanza el esférico con toda su fuerza. Afortunadamente, consigo atraparla a tiempo, aunque tengo que hacer un esfuerzo enorme para disimular una mueca de dolor—. Parece que tienes buenos reflejos… Vas con el otro equipo. Todos los que llevan camiseta son de tu equipo. Sacáis de fondo.

En cuanto me sitúo detrás de la línea de fondo, todos empiezan a moverse. Los de mi equipo se desmarcan mientras que el resto les siguen, empleando en ocasiones algunos empujones que rozan la falta personal. Le paso el balón a uno de los chicos que parece más desmarcado, aunque me mira suplicándome que no lo haga. Enseguida le rodean un par de tipos, así que decido actuar.

—¡Aquí! —le grito.

El chico me mira como si le estuviera salvando la vida, así que me la pasa como si estuviera quitándose de encima una bomba. En cuanto la tengo en las manos, empiezo a correr y a botarla. Parece que les he cogido a todos por sorpresa y tardan tanto en reaccionar que no consiguen atraparme a tiempo de evitar que enceste. Cuando la pelota se cuela por la canasta, bota unas cuantas veces mientras todos se quedan quietos. Creo que alguno incluso aguanta la respiración.

—Catorce a dos —dice entonces Rick, que se acerca a mí y golpea mi hombro con el suyo.

Le pasa la pelota a uno de sus compañeros de equipo para que saque de fondo. Este se la devuelve y, en cuanto la vuelve a tener en

las manos, se da la vuelta y me encara. Se pasa la pelota de una mano a otra, botándola mientras me reta con la mirada. Me agacho levemente mientras espero a que se decida a atacar. Aprieta los dientes con fuerza y se abalanza sobre mí. Intenta hacer un finta para esquivarme, pero yo también me muevo con rapidez y le bloqueo. Escucho su respiración y veo en sus ojos una pizca de sorpresa y puede que incluso de miedo. Supongo que no se esperaba que alguien se atreviera a oponerle resistencia, y puede que yo también esté un poco sorprendido de mí mismo. Entonces, alza el brazo y me da un fuerte codazo que impacta directamente en mi boca. Me tambaleo hacia atrás, tocándome el labio, comprobando que sangra un poco, momento en el que Rick aprovecha para escabullirse corriendo y, tras recorrer toda la cancha, encestar sin ninguna oposición. Pavoneándose, abre los brazos y me mira fijamente, retándome de nuevo. Como si esto fuera un duelo entre los dos en vez de un partido en equipos.

Esta vez es otro compañero el que saca de fondo, pero enseguida me la pasa a mí. Los demás, tanto compañeros como contrarios, se apartan, excepto Rick, al que enseguida siento pegado a mi espalda, empujándome incluso. Tras tres empellones, me revuelvo echando un brazo hacia atrás que logra rozar el rostro de Rick. Aprovecho el espacio que me deja para darme la vuelta. Él se limpia el labio con un brazo y escupe. Luego da un par de palmadas y mueve las manos, instándome a atacar. Botando la pelota, me acerco lentamente. De repente, siento un par de brazos agarrándome por la espalda. Mientras intento comprender qué sucede, la pelota se aleja botando, así como el resto de chicos. Todos menos Rick. Él se acerca a mí sin dejar de mirarme, sonriendo de medio lado. Y entonces comprendo qué va a suceder. Enseguida empiezan a lloverme los puñetazos, aunque yo consigo asestarle alguna patada.

—¡Rápido, Rick! —grita entonces uno de los tipos sin camiseta, apostado al lado de la puerta del gimnasio—. ¡Agua!

Parece ser un tipo de señal entre ellos, porque después de darme otro puñetazo en el ojo, Rick se aleja. Coge la pelota y empieza a botarla. Automáticamente, el resto de chicos vuelven a jugar, como si todos supieran qué hacer. Cuando el monitor entra, todos corren por la cancha menos yo que, con una mano sobre la ceja, estoy quieto en mitad de la pista.

—¿Sam? ¿Estás bien? —me pregunta mientras me aparta la mano para ver el alcance de la herida—. ¿Qué ha pasado? Chicos, ¿alguien me explica qué ha pasado?

—Ha sido solo un lance del juego. Sin querer, Miller le ha dado un codazo —dice uno de los amigos de Rick.

—¿Lance del juego? Esto parece más un puñetazo… —afirma el

monitor—. ¿Miller?

—Yo… No… Ha sido sin querer… —susurra este, realmente muerto de miedo. Prefiere el posible castigo antes que las represalias de Rick y sus colegas.

—¿Sam…?

Y yo, por supuesto, no quiero que él pague por algo que no ha hecho, aunque tampoco quiero convertir mi estancia aquí en un infierno.

—Ha sido algo fortuito, señor.

El monitor nos mira durante un rato más antes de resoplar y acompañarme a la enfermería.

—¿Cómo estás, Sam? —me pregunta el señor Oliver, que me ha sorprendido con una visita. Al ver que no le respondo, busca mi mirada de forma insistente—. ¿Tienes… problemas…?

Niego con la cabeza levemente pero a él no parece convencerle mi gesto y me mira fijamente. Después de un buen rato esperando mi respuesta, se resigna y empieza a sacar cosas de la mochila que ha traído consigo. Parece haber optado por un cambio de táctica para ver si así me muestro más abierto con él.

—Me dijeron que podía traerte libros y algunos apuntes. No es que vaya a venir a hacerte exámenes ni eso… —Incluso sonríe, rascándose la nuca, pero mi actitud no cambia—. He pensado que podrías entretenerte. Los libros están bien, de verdad. Échales un ojo… Supongo que aquí tienes bastante tiempo libre, ¿no? ¿Qué sueles hacer?

Con los brazos apoyados en la mesa, agacha la cabeza e intenta que nuestras miradas se encuentren de nuevo.

—¿Por qué no hablas conmigo, Sam? Yo… Sabes que te creo. Hablé en tu favor. Sé lo que tu padre te hacía. Ava me lo contó y… —En cuanto oigo su nombre levanto la cabeza. Sorprendido, abre mucho los ojos y repite—: Ava… Ella, ¿verdad? Sam… Ava…

—¿Se ha ido ya? A Nueva York…

—¿Cómo lo sabes? —Meto la mano en mi bolsillo y saco la nota que me escribió en mi libreta, la cual arranqué y llevo siempre conmigo. Después de leerla por encima, vuelve a mirarme—. ¿Cómo te hizo llegar…?

—¿Se ha ido ya?

—Se marcha hoy. —Comprueba la hora en su reloj de pulsera—. Su avión sale en unas horas… Ayer se despidió de todos en clase. Realmente, el curso ha prácticamente acabado y…

—Necesito verla.

—Sabes que sus padres no dejarán que…

—Ayúdeme. Ayúdeme a salir un rato. —Me incorporo y echo el

cuerpo hacia delante, agarrando sus brazos—. Solo necesito verla unos minutos, y luego vuelvo.

—Pero… No puedo… No sé si… —Mira a un lado y a otro, algo incómodo—. Sam, no sé si puedo hacer eso.

—No voy a cometer ninguna locura. Se lo prometo. Solo necesito verla para… despedirme.

—Sus padres no dejarán que te acerques a ella.

—Tengo que intentarlo. O, al menos, que ella sepa que estoy ahí. Que no la olvido.

—Pero…

—Por favor. Pregúntelo… —Con la boca abierta, niega con la cabeza mientras yo le suplico con la mirada—. Por favor…

—Joder… —resopla hundiendo los dedos en su pelo—. No prometo que lo consiga, ¿de acuerdo?

—Sam, te lo pido. No me la líes, ¿de acuerdo? No intentes nada extraño como escaparte, enfrentarte a nadie…

—Tranquilo. Lo prometo. ¿Cuánto falta?

—Eh… —El señor Oliver despega la vista del asfalto para mirar el reloj de su coche—. El avión sale en un par de horas, creo… No sé si estarán aún en casa. Puede que lleguemos tarde…

—¡Pues acelere!

—¡Está lloviendo a cántaros, Sam! Me gustaría devolverte al centro de una pieza.

—¡Joder…! —maldigo pegándome en las piernas con los puños—. ¡Es que ha tardado demasiado!

—¡A mí no me eches la culpa! ¡No sabes la de papeles que he tenido que firmar para conseguir sacarte! Creo que incluso he donado un riñón sin saberlo. Me la estoy jugando por ti, chaval.

Aprieto los labios y agacho la cabeza. Miro mis manos, entre las cuales agarro con fuerza mi reproductor de música.

—Gracias, señor Oliver…

Él chasca la lengua y se queja antes de decir:

—No pasa nada, Sam. Ojalá hubiera podido ayudarte antes… Ojalá… me hubiera dado cuenta antes.

—No pasa nada, señor Oliver.

—Sí pasa. Debí haberlo visto… —Intento sonreír para quitarle hierro al asunto mientras niego con la cabeza—. Ava lo vio. Ella lo vio y yo no. En el fondo, forma parte de mi trabajo y…

—Señor Oliver —le corto—, esto que está haciendo significa un mundo para mí. Estamos en paz. Le puedo asegurar que…

Pero, en ese momento, el señor Oliver para el coche delante de la casa de Ava y salgo antes de terminar la frase. Sigue lloviendo a cántaros, y no tardo en empaparme.

—¡Sam! —grita el señor Oliver, colocándose enseguida a mi lado.

—Creo que hemos llegado tarde… —susurro al ver todas las luces de la casa apagadas.

Él mira también y corre incluso hacia la puerta principal. Llama al timbre y golpea la puerta con las palmas de las manos, pero nada sucede. Totalmente derrotado, agacho la cabeza y siento mis piernas flaquear. Incapaz de mantenerme en pie, doblo las rodillas y me agacho, haciéndome un ovillo y agarrándome la cabeza.

—No nos vamos a rendir, Sam. Si hace falta, te llevo al aeropuerto —. Levanto la cabeza y le miro frunciendo el ceño—. ¡Vamos! ¡No me mires así y no perdamos más tiempo!

Me cuesta un par de segundos reaccionar, pero, cuando le veo correr hacia el coche de nuevo, me doy cuenta de que va en serio. Ilusionado, incapaz de reprimir la sonrisa, le miro mientras conduce. Los cristales de sus gafas están llenos de gotas y tiene el pelo pegado a su frente.

—Señor Oliver… ¿Cuántas películas románticas ha visto usted?

Gira la cabeza para mirarme, primero algo enojado, aunque enseguida se le escapa la risa.

—Unas cuantas. Así que, como cuando lleguemos no te pegues una carrera saltándote incluso los controles de seguridad, te dejo ahí tirado, en manos de la policía.

—Lo tendré en cuenta… —contesto, aún sonriendo.

—Pero me parece que no va a hacer falta… —dice entonces—. Ahí delante está el coche del padre de Ava.

Me abalanzo hacia delante, agarrándome al salpicadero del coche mientras el señor Oliver acelera. Le miro con la boca abierta y le descubro totalmente concentrado y casi pegado al volante. Enseguida adelanta al coche del padre de Ava y yo me pego al cristal de mi ventana, aunque por culpa de la lluvia no consigo ver nada.

—¿Qué está haciendo? ¡Va tan rápido que les ha dejado atrás!

—Tranquilo. Esa es la idea. —Le miro como si se hubiera vuelto loco, abriendo los brazos—. Déjamelo a mí. Confía.

Me giro y miro hacia atrás, agarrándome al asiento, hasta que los faros del coche no son más que unos pequeños puntos.

—Señor Oliver… —empiezo a decir de nuevo, pero entonces él detiene el coche y pulsa las luces de emergencia.

—Tenía que darles distancia para que pudieran frenar sin chocar con nosotros. Sal y haz todo lo posible para que te vea. —Al ver que no reacciono, incluso me empuja con una mano—. ¡Corre!

En cuanto salgo, aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo. Llueve incluso más que antes, pero, aun así, veo cómo las luces se van acercando cada vez más. Movido por un impulso, camino hasta colocarme entre los dos coches y empiezo a mover los brazos para

hacerme ver.

—¡Por favor! ¡Pare, por favor! —grito, aunque sé perfectamente que no me van a oír, pero no dejo de intentarlo mientras las luces se acercan.

La velocidad no parece aminorar, y empiezo a tener verdadero miedo de morir aplastado entre los dos coches cuando oigo gritar al señor Oliver a mi espalda.

—¡Pare! ¡Pare! —grita mientras mueve su teléfono en el aire, de un lado a otro, con la linterna activada—. ¡Pare, por favor!

Milagrosamente, el coche del padre de Ava parece estar aminorando la velocidad hasta que se detiene a unos metros de distancia. Con el agua resbalando por mi pelo y mi cara y la ropa totalmente pegada al cuerpo, doy un par de pasos para acercarme.

—¿Ava? ¿Ava…?

Siento un nudo en mi garganta que me impide seguir hablando y las lágrimas empiezan a camuflarse con el agua de la lluvia. Como antes, frente a su casa, empiezo a derrumbarme pensando que no voy a volverla a ver y que la última imagen que ella tendrá de mí será esposado por la policía.

Pero una de las puertas se abre lentamente. Al hacerlo, oigo una voz que grita en el interior.

—¡Ava, no! ¡Vuelve dentro!

Una figura se empieza a acercar a mí. Cegado por los faros, me intento tapar con un brazo mientras muevo la cabeza para poder ver si es ella.

—¿Sam?

Oír su voz disipa todas mis dudas y con las fuerzas renovadas doy un par de pasos más hasta que por fin puedo abrazarla. Siento su respiración entrecortada por los sollozos en mi oreja y los latidos de su corazón retumbando en mi propio pecho. Estoy tan emocionado que soy incapaz de dejar de sonreír, de llorar, de temblar, de sollozar… y todo a la vez. Es tal el cúmulo de sentimientos que tengo miedo de colapsar y no poder decirle todo lo que necesito, así que me separo unos centímetros, agarrándola por los hombros y la miro embelesado.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Ava, escúchame… —le pido agarrando su mano.

—Pero ¿qué te ha pasado en la cara?

—No es nada. No te preocupes. Necesito darte una cosa antes de que te vayas…

Meto la mano en el bolsillo de mi vaquero y pongo mi reproductor de música en la palma de la suya, obligándola a cerrar los dedos alrededor.

—¿Qué…? ¡Sam, no…!

Poso un dedo en su labios y trago saliva antes de hablar.

—Quiero que te lo quedes.

—Pero no puedo aceptarlo. Era de tu madre… Es el único recuerdo que tienes de ella…

—Prefiero que sirva para que tú te acuerdes de mí. Necesito que olvides nuestros últimos momentos juntos. Necesito que escuches esta música y te acuerdes de ti y de mí en el embarcadero…

—Jamás me olvidaré de ti —me dice acariciando mi cara—. Te lo prometo.

Y entonces nos besamos, aunque ambos somos incapaces de dejar de llorar. Nuestros sollozos y nuestra respiración errática nos lo pone difícil, pero me da igual. Me conformo con poder acariciarla y sentirla entre mis brazos, con poder consolarla por unos segundos, con imaginarme que es mía por un rato.

Apoyando mi frente en la suya, con los ojos cerrados, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para separarme de ella y dejarla marchar. Agarro su mano y la acompaño hasta el coche, hacia la puerta que sigue abierta. Ella se aferra a mi sudadera mientras yo la miro destrozado.

—Te quiero —me dice pegando sus labios a los míos mientras sus manos se intentan agarrar a mi cabeza.

—Y yo —le contesto justo antes de empujarla con suavidad hacia el interior del coche.

Sus padres y su hermana me miran entre asustados y confundidos. No les culpo. Me limito a hacerles una tímida reverencia con la cabeza mientras empiezo a cerrar la puerta del coche.

—Sam… —solloza Ava sin soltarme la mano.

Muy a mi pesar, me deshago de su agarre y cierro con suavidad, quedándome plantado al lado de la puerta, totalmente derrotado. Cierro los ojos para no ver su cara alejarse porque sé que no podré soportarlo, y solo los abro cuando oigo que el coche arranca. Mientras veo cómo se aleja, me quedo muy quieto, con la vista clavada en el cristal trasero, hasta que su imagen se pierde en el horizonte.

2017

9

Ava

Eric me mira mientras yo acaricio su pecho con un dedo. Oímos voces de algunos agentes que bajan hacia los vestuarios y él enseguida me agarra de la muñeca y tira de mí hacia el interior de uno de ellos. Con autoridad, me lleva hasta uno de los cubículos y nos encierra dentro. Con el pestillo ya echado, me tapa la boca con la palma de la mano.

Tengo que reconocer que, aunque estoy algo cansada de tener que escondernos de los demás, la situación me excita bastante. Recorro con los ojos su cuello, su mentón, sus labios firmes y su nariz perfilada hasta llegar a sus ojos. Mira al frente, como si intentara traspasar la puerta, escuchando con atención lo que sucede al otro lado.

Me agarro con ambas manos de la cintura de su pantalón de traje y muerdo su mano. Ahoga un quejido mientras me mira con el ceño fruncido. Le sonrío justo antes de ponerme de puntillas y acercar mi boca a la suya. Le muerdo el labio inferior y tiro de él. Eric me aparta agarrándome con fuerza del pelo mientras se toca el labio con un dedo.

Las voces al otro lado de la puerta se acallan y nos volvemos a quedar solos.

—¿Qué quieres que me ponga esta noche? —susurro con una sonrisa pícara en los labios que se esfuma en cuanto oigo su respuesta.

—Por eso mismo te buscaba… Lo de esta noche no va a poder ser.

—Pero creía que…

—Tengo que estar con mi mujer.

—Pero era nuestra noche. Íbamos a…

—Nena… A nadie le jode más que a mí. Créeme.

—Permíteme que lo dude.

—Vamos… No digas eso. No hay nada que me apetezca más que estar contigo… —dice, y entonces empieza a dibujar un camino descendente con sus labios por mi cuello.

Incapaz de resistirme a sus «encantos», echo la cabeza hacia atrás y

le dejo vía libre. Sus caricias con los dedos y los labios son, simplemente, irresistibles, y merman mi capacidad de raciocinio y, sobre todo, mi amor propio.

—Podemos buscar un hueco mañana por la tarde… —consigo decir al rato.

—Ya te diré algo. Te llamaré —contesta él sin despegar los labios de mi piel.

—O por la noche… —insisto.

Eric se aparta de mí con brusquedad y resopla apoyando los puños en la puerta del cubículo, a ambos lados de mi cara.

—No lo sé, Ava. Te repito que te llamaré.

Conscientes ambos de que el momento íntimo se ha roto por completo, cruzo los brazos sobre el pecho y él apoya la espalda contra la pared contraria, mirándome con la cabeza ladeada.

—A veces me da la sensación de que solo me llamas cuando necesitas compañía.

—Ava, no me lo pongas más difícil.

—Soy el recurso al que acudir cuando se te acaban las opciones.

—No es verdad. Yo… Ava… Te quiero, nena. Pero es complicado.

—Ya. Tienes a tu mujer.

—Sabías en dónde te metías —me suelta.

—Sí. Lo sé. Soy así de idiota. Ya ves —contesto enfurecida mientras abro la puerta para salir.

—No, no… Pero me refiero a que jamás te he mentido —dice detrás de mí.

—¿En serio? ¿Seguro? —Me doy la vuelta de sopetón para encararle, señalándole con un dedo—. ¿Ni siquiera cuando me prometes que vas a dejarla?

—Ava, no es tan fácil. Tengo que planearlo bien.

—Quiero dejar de esconderme. De todos. Incluso aquí.

Abro los brazos y él se frota la frente con los dedos de una mano.

—Es… muy complicado. Este trabajo es muy importante… Está en juego mi ascenso, y no sé si complicarlo ahora sería…

—¿Perdona? —grito, haciéndole enmudecer—. Me has dejado muy claro lo importante que tu trabajo es para ti. Lo que ya no tengo tan claro es lo importante que soy yo para ti.

Sin esperar respuesta, salgo del vestuario y prácticamente corro para subir las escaleras. Me acerco a mi mesa con paso decidido y los ojos humedecidos. Greg Torres está plantado al lado de la máquina del café y no me quita ojo de encima. Por más que intento esquivar su mirada, nuestros ojos acaban encontrándose y no tarda en adivinar quién es el culpable de mis lágrimas contenidas. Él es el único en la comisaría que conoce nuestra relación y, aunque la desaprueba totalmente, sé que puedo contar con él para desahogarme.

—No tienes por qué ser plato de segunda mesa, Ava. Jamás dejará a su mujer. Te está mintiendo —me ha ido aconsejando a lo largo de este tiempo—. Te mereces a alguien que te dedique el cien por cien de su tiempo.

Me dejo caer en mi silla y me tapo la cara con ambas manos. Poco después, el inequívoco aroma a café me invade por completo. Destapo un poco mis dedos y descubro un vaso de plástico frente a mí.

—¿Problemas en el paraíso? —me pregunta.

Resoplo al tiempo que apoyo la espalda en la silla. Me encojo de hombros porque no sé qué contestar. Últimamente, Eric y yo discutimos mucho, y todas nuestras peleas giran entorno a lo mismo: él tiene cada vez menos tiempo para mí y yo cada vez más celos por culpa de ello.

—Torres, Gibson. Tenéis trabajo. —El capitán Conrad aparece con una carpeta en la mano que deja caer en mi mesa—. Tres víctimas. Posible ajuste de cuentas entre bandas que se disputan el control de la venta de drogas en el barrio.

—¿Ahora que nos íbamos a tomar el café? —se queja Torres.

—Siento importunaros de esta manera —contesta el jefe con sorna.

Mi compañero coge la carpeta y hojea los papeles por encima.

—¿En North Riverdale? ¿En serio? ¿Tan lejos?

—Mira, si tenéis algún problema, me lo decís y os envío a poner multas a turistas borrachos en Times Square.

—Tenemos curro, princesa —se apresura a decir entonces Greg, poniéndose en pie de un salto—. ¿En dónde ibas tú a encontrar unos detectives mejores? Los niñatos que salen de la academia se cagarían en los calzoncillos si entraran en ese barrio…

—Pero acatarían mis órdenes sin rechistar.

Greg se lleva una mano al lateral de la frente y le dedica un saludo militar justo antes de que ambos empecemos a caminar hacia la salida.

Nos metemos en uno de los coches y él enseguida arranca, poniendo la sirena en marcha para abrirse camino entre el tráfico de la ciudad.

—Aquí unidad dos cero uno. Nos dirigimos a North Riverdale. ¿Hay alguna unidad por la zona?

Empieza a hablar por la radio mientras yo pierdo la vista a través de la ventanilla. De forma disimulada, la bajo hasta mi vientre. Me hice la prueba cuando me di cuenta de que llevaba un retraso de un par de semanas. Me apresuro a secar las lágrimas que ruedan por mis mejillas, pero está resultando ser un trabajo muy ingrato porque estas no dejan de brotar de mis ojos.

—¡Joder! ¡Mierda! —grito presa de la impotencia, llegando a golpear el salpicadero del coche con ambas manos.

—¿Mejor? —me pregunta Greg al rato.

Aunque es consciente de mi relación con Eric y de la mayoría de nuestras discusiones, nadie sabe lo de nuestro pequeño accidente, ni siquiera Eric, así que decido disimular.

—Sí. ¿Qué tenemos?

Necesito aparentar no estar demasiado agobiada y mantener la calma, pero a veces me resulta muy difícil. Ser agente de policía en la ciudad de Nueva York es una profesión complicada. Ser detective de homicidios es aún más exigente. Además, soy una de las pocas mujeres del departamento, y hacerse respetar en esta profesión, rodeada de hombres, es un arduo trabajo que me ha llevado años. Por eso no puedo mostrarme vulnerable ni dar signos de flaqueza. Y es injusto, porque me siento constantemente juzgada por el simple hecho de ser mujer.

Cerca de veinte minutos más tarde, después de habernos saltado varios semáforos e infringido el límite de velocidad, aparcamos el coche frente al edificio en el que se han notificado los homicidios. Tenemos que apartar a varios curiosos conforme entramos. Greg se acerca al policía apostado en la puerta para preguntarle mientras yo echo un vistazo al interior del oscuro portal.

—No han encontrado a los autores materiales… —oigo al policía en cuanto me acerco a ellos—. Algunos testigos dicen que los vieron salir, otros que no vieron nada… Hay vecinos que afirman no haber oído ni siquiera los disparos…

Los tres nos miramos entornando los ojos, conscientes de la problemática en estos barrios. La mayoría afirman no haber visto nada, el resto mentirán, así que encontrar a alguien que quiera decirnos la verdad es como buscar una aguja en un pajar.

—Subamos a mirar —me dice Greg, adentrándose en el portal mientras yo le sigo de cerca.

Las paredes están llenas de pintadas y no queda ni un buzón en condiciones. Parece que han robado todas las bombillas y tiene pinta de que nadie se ocupa de hacer la limpieza. Encendemos nuestras linternas y empezamos a subir las escaleras mientras oímos gritos y peleas procedentes de muchos de los apartamentos. En el segundo piso hay una puerta abierta y vemos asomar la cabeza de un niño pequeño.

—Hola, pequeño —le saluda Greg, pero el chaval le mira entornando los ojos y, simulando que su mano es una pistola, le apunta.

—Pum, pum —dice mientras a mí me mira como si me odiara profundamente.

—Qué majo, oye… Métete para adentro, anda. Hazme el favor…

Empezamos a subir los tramos de escaleras hacia el tercer piso cuando empieza a sonar mi teléfono. Chascando la lengua, lo saco del bolsillo y, en cuanto veo el nombre de Eric en la pantalla, resoplo

agotada.

—¿Por qué no le mandas a tomar por culo de una vez, Ava? ¿Qué te da ese tío que no te pueda dar cualquier otro? ¿Qué tiene? Si no lo aguantan ni sus compañeros de narcóticos —me sermonea mientras yo cuelgo la llamada sin siquiera contestar—. Debe de follar como Dios para compensar todos los quebraderos de cabeza que da…

—Greg, por favor. Una discusión al día es mi límite —digo mientras cuelgo.

—¿Pero acaso no lo ves? Hace o dice algo que te cabrea y te hace llorar y al rato te da algo de coba para que le perdones. No quiere perderte, pero tampoco quiere estar contigo realmente.

En ese momento, la puerta de uno de los apartamentos se abre de golpe y salen un par de tipos. Empujan a Greg, cogiéndole desprevenido y haciéndole caer al suelo, y a mí me empotran contra la pared. Aún con el teléfono en la mano, tocándome la parte de atrás de la cabeza, tardo un par de segundos en reaccionar, los suficientes como para que ellos cojan algo de ventaja.

—¡Alto, policía! —grito mientras busco el *walkie-talkie* para avisar al resto de agentes. Cuando doy con él, me tiemblan tanto las manos que se me resbala y cae al suelo. Me agacho para recogerlo y entonces Greg me adelanta bajando las escaleras de tres en tres.

—¡Vamos, Ava! ¡Se escapan y fuera está lleno de civiles! —me grita mientras él ya tiene su *walkie* en la mano y empieza a dar instrucciones—. ¡Atención! ¡Dos sospechosos están bajando por las escaleras principales! ¡Despejen la zona de civiles!

Le sigo a trompicones, aún maldiciéndome por haber tardado tanto en reaccionar. Está claro que mi enfado y mi frustración con Eric empiezan a afectar en mi trabajo, y eso no lo puedo permitir.

En el segundo piso, los tipos se cuelan en el apartamento donde antes hemos visto al crío, pero la puerta se cierra en nuestras narices. Greg la golpea con fuerza, pidiendo que la abran, pero no recibimos respuesta del interior. Otro par de agentes llegan en ese momento.

—Necesitamos a dos agentes en la parte de atrás del edificio —les ordeno—, además de los agentes apostados en la entrada. Vayan allí. Pidan refuerzos por si hubiera que perseguirles en coche.

—Sí, señora —contesta uno de ellos, llevándose la radio a la boca.

En ese momento, Greg me mira y asiente con la cabeza. Los dos sacamos nuestra pistola y entonces él se abalanza contra la puerta. Consigue abrirla al segundo intento y nos precipitamos al interior apuntando cada uno en una dirección con nuestro arma. Llevamos mucho tiempo trabajando juntos y nos coordinamos muy bien sin necesidad de hablarnos. No nos pisamos uno al otro y nos entendemos con una simple mirada.

El apartamento está muy sucio y prácticamente no tiene muebles.

Apenas un sofá y unos colchones en el suelo de algunas habitaciones, un horno, un microondas, una mesa de formica y cuatro sillas en la cocina.

—Parece que no hay nadie —dice entonces Greg acercándose a la ventana y descorriendo las raídas cortinas para mirar hacia la calle.

—Atención. Aquí unidad dos cero uno. Hemos perseguido a unos posibles sospechosos y les hemos perdido la pista en el segundo piso…

—Entendido —oigo que un agente nos responde—. Tenemos el edificio rodeado…

Un ruido nos sobresalta entonces a ambos, que nos giramos apuntando con la pistola. Al ver al niño de antes, respiramos aliviados e incluso empezamos a bajar el arma, pero entonces el crío nos enseña las manos, que mantenía escondidas detrás de la espalda y nos deja totalmente helados.

—Pum —dice justo antes de apretar el gatillo.

La bala impacta de lleno en la zona de la cadera de Greg, que cae al suelo de costado. En esos momentos, entra un agente. Consigue reducir al crío de malos modos y quitarle la pistola de las manos mientras que yo me arrodillo al lado de mi compañero. Pongo ambas manos sobre la herida, de la que brota sangre a borbotones y grito con todas mis fuerzas.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Agente herido! —Los ojos de Greg son de puro pánico. Me mira y abre la boca para intentar hablar, pero no consigue emitir ningún sonido. Repite el gesto una y otra vez—. Tranquilo. Ahora vendrán a ayudarnos. Guarda tus fuerzas.

Todo a mi alrededor parece moverse a más velocidad que yo. Es como si mi mundo se hubiera detenido mientras que el del resto siguiera funcionando. Unos agentes se han llevado al crío, otros han comprobado que no quedara nadie en el apartamento, y otros parecen haber atrapado a uno de los sospechosos cuando intentaba huir por la escalera de incendios. El otro parece haber escapado de momento. Mientras todo eso sucede, yo permanezco de rodillas, aún con las manos cubiertas de la sangre de Greg. Un grupo de médicos han llegado hace unos minutos e intentan reanimarle justo a mi lado haciéndole un masaje cardiaco mientras que otro intenta taponar la herida con gasas.

—Está perdiendo mucha sangre… —comenta uno de los paramédicos.

Sentada en el suelo, miro fijamente mis manos llenas de sangre.

—Si no me hubiera distraído la llamada de Eric… —susurro—. Debería haberle atrapado…

Aparecen otros médicos con una camilla y suben a Greg en ella. Le atan, le ponen una mascarilla en la boca y empiezan a insuflarle aire.

—Nos lo tenemos que llevar urgentemente al hospital… —me

dicen, pero soy incapaz de levantarme del suelo.

Miro alrededor y me doy cuenta de que prácticamente me he quedado sola. Froto mis manos con vigor contra el pantalón para intentar limpiarlas, aunque mis intentos son en vano y acabo llorando de impotencia.

—Inspectora… ¿quiere que la acompañe abajo? —me pregunta un agente al que descubro a mi lado, mirándome de forma comprensiva.

No le doy respuesta, pero, aun así, él ya me ha ayudado a ponerme en pie y, agarrándome por los brazos, me está ayudando a bajar. En cuanto salimos a la calle, un par de técnicos sanitarios me acompañan a una ambulancia.

—Estoy bien. La sangre no es mía… —les digo mientras ellos me sientan en una camilla y empiezan a examinarme—. ¿Dónde está Greg?

No me responden porque están demasiado ocupados conmigo. Los veo poner unas gasas en mi cabeza y entonces me acuerdo del golpe que me di contra la pared. Cierran las puertas de la ambulancia y esta se pone en marcha enseguida.

Tardamos pocos minutos en llegar a un hospital, y rápidamente me llevan a un box donde me rodean varias enfermeras y un médico.

—¿Dónde está Greg? —le pregunto.

—¿El agente Torres? Está en quirófano ahora mismo. No le sé decir nada más. —Asiento con la cabeza y trago saliva mientras me recuesto en la camilla y les observo trabajar—. A simple vista, solo es un golpe en la cabeza, pero vamos a hacerle un TAC.

—Estoy… embarazada, pero aún no sé si…

La mirada comprensiva del médico me reconforta. No me juzga y se limita a asentir con la cabeza, así que cierro los ojos mientras una lágrima escapa de mis ojos.

Sam

—Dale tres asaltos. —Dixon me habla al oído mientras me masajea los hombros. Con la vista fija en la enorme jaula, intento aislarme del escándalo montado a mi alrededor—. Tienes que dejarte dar un poco en los dos primeros, y en el tercero le rematas.

Giro la cabeza y miro hacia la esquina del almacén, donde Byron está apostado, siempre protegido por algunos de sus hombres de confianza. Nuestros ojos se encuentran durante una fracción de segundo en el que él asiente levemente con la cabeza.

El rugido de la gente se intensifica y es porque un tipo ha entrado en la jaula y está empezando a explicar las normas del combate. Son fáciles de recordar: todo vale siempre y cuando solo se use el cuerpo

como única arma. Se puede golpear cualquier parte del cuerpo y el árbitro solo intervendrá cuando el tiempo de cada asalto finalice o si uno de los contrincantes cae inconsciente sobre la lona.

—Vamos allá —dice Dixon, palmeando mi espalda.

Mientras caminamos hacia la jaula, el público a ambos lados del pasillo sigue rugiendo. El tipo contra el que me voy a enfrentar hoy tiene cerca de veinte kilos más que yo de puro músculo, así que supongo que la mayoría habrá apostado en mi contra. Y los que no lo hayan hecho ya lo harán durante los dos primeros asaltos. Ese es el plan de Byron. Organiza este tipo de peleas en las que se mueven cantidades enormes de dinero. Él apuesta siempre por mí, porque sabe que siempre gano, por muy grande que sea mi adversario. Aún no me he topado con nadie digno de hacerme sombra. Para aumentar sus ganancias, me pide que les dé algo de tiempo, que me deje pegar durante unos cuantos asaltos, normalmente los dos primeros.

Una vez dentro de la jaula, el árbitro se acerca para comprobar que no llevo nada escondido en la boca. No es una medida exagerada. En una ocasión, un contrario consiguió esconder en ella una pequeña cuchilla, aunque el plan no le salió demasiado bien, porque durante el combate se la vi antes de que tuviera oportunidad de usarla y, desde ese momento, todos mis golpes fueron dirigidos a su boca. Le provoqué tantos cortes que acabó derrumbándose en la lona sobre un charco de sangre. Por esa razón tampoco podemos llevar guantes ni vendas en las manos, y tampoco ningún tipo de calzado. Ni protector bucal ni coquilla para proteger la entrepierna. Lo único que cubre nuestro cuerpo es un pantalón corto, y antes de salir a pelear, en los vestuarios, se encargan de comprobar que no hay nada extraño en él.

En cuanto el árbitro sale, camino hacia el centro de la jaula, mirando fijamente a mi oponente. Él parece bastante confiado en sus posibilidades a tenor de la diferencia de peso existente, y dejo que siga pensando eso en cuanto suena la campana y consigue asestarme un golpe en el labio. Su fuerza es considerable, y ha conseguido hacerme retroceder. Me toco el labio y compruebo que tengo sangre. Le miro ladeando la cabeza y sonriendo de medio lado, justo antes de volver a levantar las manos para ponerme en guardia. El tipo vuelve a abalanzarse sobre mí, pero esta vez decido esquivarle. No voy a permitir que me golpee en cada uno de sus ataques, y también me conviene cansarle un poco de cara al tercer asalto. Él se piensa que estoy huyendo de él y ríe, mofándose de mí, gesticulando hacia el público. Me dejo golpear un par de veces más: uno de los golpes impacta en mi oreja mientras que el otro lo hace de lleno en mis costillas. Reconozco que este último me ha afectado un poco más que el resto, llegándome a dejar durante unos segundos sin respiración.

Los cinco primeros minutos acaban entonces. Él me ha asestado

tres o cuatro golpes y yo me he limitado a esquivarle. Dixon me tiende una botella de agua. Doy un trago para saciar la sed, otro para limpiarme la sangre acumulada en mi boca y el resto del contenido lo vierto por encima de la cabeza. Listo de nuevo, le lanzo la botella vacía y me doy la vuelta mientras paso las manos sobre mi cabeza y siento las puntas de mi pelo rapado rascándome las palmas.

El público ruge a nuestro alrededor, alzando los brazos y animando la mayoría a mi oponente, el cual parece confiado en que no va a tardar mucho en finiquitar el combate. La campana suena y, como en el anterior asalto, él no tarda en efectuar su ataque. Le esquivo con agilidad y consigo que se estampe contra la verja metálica. Cuando se gira para encararme y me descubre sonriendo, puedo ver cómo se enfurece. Aprieta los labios, frunce el ceño y las aletas de su nariz se agrandan. Creo que incluso intuyo el latido de su corazón en la vena que ha aparecido en su cuello, cuyo contorno es casi del mismo tamaño que el de mi pierna.

Supongo que mi mofa le ha dado fuerzas renovadas, porque me lanza una serie de golpes que realmente me está costando esquivar. Tengo que dejarme dar, pero sé que estos conseguirán hacerme bastante daño, así que aprieto los dientes con fuerza, y preparo el cuerpo cuando veo de reojo cómo su pierna se acerca a mis costillas. Esta vez caigo a la lona y el tipo aprovecha para seguir pateándome, así que me tengo que preocupar de protegerme mientras intento recuperar el aliento rápidamente. De reojo, veo la cara de preocupación de Dixon, al que le cuesta mantenerse apartado de la jaula. A lo lejos, la expresión de Byron es mucho más relajada, en parte porque es consciente de mis habilidades, aunque también porque le preocupa bien poco mi integridad física si me topara con un rival más fuerte que yo.

Justo en ese momento, veo el pie del tipo acercarse de nuevo y consigo rodar sobre mí mismo para apartarme. Me pongo en pie de un salto, apretando los dientes, cuando siento un fuerte dolor a la altura de las costillas, y me coloco en posición. El tipo sube y baja los brazos para pedirle al público que le anime y enseguida le hace caso. Estos son los rivales que más me gusta derrotar: los que me infravaloran, los que son tan tontos que no se molestan ni un segundo en observar mis movimientos, los que, cuando reciben mi primer golpe, me miran con los ojos muy abiertos y el terror instalado en su cara.

El tipo sigue con la moral por las nubes cuando suena la campana de nuevo. El público ruge y se apura a hacer las últimas apuestas ya que, en cuanto empiece el tercer asalto, ya no estarán permitidas. Mientras camino hacia la esquina donde está Dixon, miro de reojo a Byron y asiento con la cabeza levemente. Con ese simple gesto, él sabe lo que va a pasar ahora.

—¿Estás bien? ¿Pega fuerte? —Asiento con la cabeza un par de veces mientras él intenta observar más de cerca los cortes de mi cara. Me la moja con agua, con gesto preocupado—. Acábalo rápido, ¿de acuerdo?

Le cojo la botella y le doy un trago largo, mirándole pero sin contestarle, justo en el momento en el que vuelve a sonar la campana. Cuando me doy la vuelta, miro a mi contrincante entornando los ojos, dispuesto a acabar con esto cuanto antes, aunque quiero darle una pequeña lección. Por eso, en cuanto el tipo se abalanza sobre mí con el puño a la altura de mi cara, no tardo en reaccionar. Como experto en Wing Chun[1], no me cuesta neutralizar su intento de ataque y usarlo en su contra. Usando solo los antebrazos y las manos, desvío su golpe agarrando su muñeca a la vez y presionando un punto exacto en la parte interna de su codo izquierdo que al instante le obliga a arrodillarse, gritando de dolor. Relajo un poco la presión en su brazo, lo justo para que él pueda levantar la cabeza y mirarme con una mezcla de miedo y sorpresa en los ojos. Yo le sonrío de medio lado al tiempo que, con un rápido movimiento de la pierna, le asesto un rodillazo en la cara que le noquea al instante. Me aparto un par de pasos, ya con los brazos inertes a ambos lados del cuerpo, mirándole con desprecio. A mi alrededor, todos se han quedado en silencio, con los ojos clavados en ese tipo enorme al que antes animaban vociferando.

Pasan unos segundos hasta que el árbitro se decide a entrar. Se acerca al tipo y, tras comprobar su estado, da por finalizado el combate, alzando mi brazo para nombrarme ganador. Salgo de la jaula sin demostrar ningún tipo de alegría. Para mí, estos combates se han convertido en una manera fácil y rápida de ganar dinero, aunque tengo que reconocer que las heridas cuestan más de curar ahora que tengo treinta y cinco años que cuando empecé con esto hará cosa de quince años.

Aprendí Taekwondo en el centro de menores. Me gustaba y no se me daba nada mal, así que, cuando cumplí la mayoría de edad y ya no me podían retener en él, los asistentes sociales intentaron mantenerme alejado de las calles consiguiéndome trabajo en un gimnasio. El señor Chen, el dueño, jamás me hizo preguntas. Me dejaba dormir allí, me daba de comer a cambio de varias tareas como barrer, fregar y hacer colada de toallas y, además, me enseñó Wing Chun. Gané varios campeonatos y enseguida me convertí en la estrella del gimnasio. Todos me admiraban e incluso yo llegué a sentirme orgulloso de mí mismo. El señor Chen creía que podría llegar a ganar campeonatos mundiales, y estaba decidido a probarlo, pero entonces conocí a Byron. Vino a verme al gimnasio y me ofreció una gran suma de dinero por participar en una pelea organizada por él. Solo tenía que

asegurarme de ganarla. Me dijo que, según lo que había visto en el combate que presenció, no me costaría demasiado lograrlo. Al principio pensé en negarme, pero los combates y campeonatos legales no me daban mucho dinero, y quería compensar al señor Chen por todo lo que estaba haciendo por mí, además de empezar a ahorrar para construirme un hogar para mí solo. No quería pasar el resto de mi vida viviendo en el almacén del gimnasio. Así que acepté… y gané. Cuando tuve los billetes en mis manos, no podía dejar de pensar en lo fácil que había resultado, y solo a cambio de algunos cortes y moratones.

—Aquí tienes tu parte —dice entonces uno de los hombres de confianza de Byron, el cual me mira muy serio desde la distancia, asintiendo con la cabeza. Me pone un fajo de billetes en la mano que yo no me molesto en contar—. Tenemos un trabajo entre manos. Te llamaremos esta semana.

Me visto con un pantalón de chándal y una sudadera. Me pongo la capucha sobre la cabeza y, con el dinero en el bolsillo, camino hacia el exterior. En cuanto me meto en la furgoneta, enciendo el motor y pongo en marcha la radio. Mientras la música suena me recuesto en el asiento y me permito el lujo de cerrar los ojos durante un rato. Respiro profundamente unas cuantas veces, escuchando el sonido de las gotas de lluvia golpeando la carrocería, y me permito el lujo de soñar. Retrocedo varios años en el tiempo, hasta aquella noche… Yo sabía que sería la última vez que la vería, y por eso quise atesorar cada segundo en mi memoria: su mirada, sus gestos, su expresión triste, las lágrimas que se confundían con la lluvia… incluso el sonido de las gotas chocando con la carrocería del coche. El mismo sonido que escucho ahora.

Poco más de una hora después, aparco el coche en el camino de tierra delante de mi casa. La lluvia ha empapado la tierra y ha refrescado el ambiente. Está todo sumido en una completa oscuridad y el silencio de la noche solo es roto por algunos animales nocturnos. Así es como he decidido vivir. Así es como me siento más cómodo. Cuando subo los dos escalones que llevan al porche, me agarro de la barandilla de madera y compruebo que haya quedado bien sujeta. Aún me quedan algunos listones por poner, como también me faltan las contraventanas. Aprovecharé que tengo dinero en efectivo e iré mañana al almacén y compraré los materiales necesarios.

Justo cuando estoy a punto de traspasar la puerta principal, un débil maullido llama mi atención.

—Eh… ¿Ya vuelves a estar aquí? ¿Has venido solo? —Camino con sigilo para no asustarle, aunque el pequeño gatito parece haberse acostumbrado a mi presencia. Es más, parece que me espera y sale de dondequiera que esté cuando llego—. ¿Y tu mamá? Estará preocupada

por ti…

Miro a su alrededor por si atisbo algún movimiento que me conduzca a su familia, pero la verdad es que las veces que le he visto, siempre estaba solo. Acerco la mano y espero con paciencia a que se acerque. No quiero hacer ningún movimiento que le asuste.

—¿Quieres otra lata de atún como la que te saqué el otro día? Creo que aún me queda alguna… —Me pongo en pie y entro en casa. Camino hasta la cocina, abro uno de los armarios colgados encima del fregadero y, efectivamente, ahí veo la lata de atún que me queda. Cuando me doy la vuelta, veo al pequeño animal asomando la cabeza por la puerta—. Vaya… ¿Quieres pasar?

Abro la lata, vierto todo el contenido en un platito y lo pongo en mitad de la estancia. Me siento en el suelo, cruzando las piernas, y espero con paciencia a que se decida. Me mira con alguna reticencia, así que yo me quedo muy quieto hasta que, por fin, empieza a acercarse de forma sigilosa. Agacha la pequeña cabeza y empieza a comer mientras a mí se me dibuja una sonrisa al verlo. Vuelvo a acercar la mano y, aunque me mira de reojo, no se aparta. Le acaricio la cabeza entre las dos orejas mientras le hablo con suavidad.

—Es la última lata, ¿eh? Pero mañana, aprovechando que voy al pueblo, puedo comprar algunas más. ¿Te parece bien? —Ladeo la cabeza y le observo de nuevo—. ¿Tienes sed?

Intento moverme lentamente pero, aun así, cuando lo hago, él deja de comer y da un salto hacia atrás. Me mira con recelo mientras yo camino de puntillas hacia el frigorífico y agarro el brick de leche. Saco un cuenco pequeño de uno de los armarios, vierto algo de leche en él y me vuelvo a acercar con cuidado. Esta vez, en cuanto lo coloco al lado del plato de atún, ya casi limpio, se acerca sin ningún temor y enseguida veo aparecer su pequeña lengua. Acabo tumbándome boca abajo en el suelo, observándole de cerca con una enorme sonrisa dibujada en la cara mientras le acaricio con suavidad.

Ava

La herida de bala seccionó la arteria ilíaca, así que, aunque en un primer momento consiguieron reanimarle, murió poco después de llegar al hospital.

La iglesia está llena de gente. Muchos policías han querido acercarse a mostrar sus respetos a la familia de Greg. De pie en la segunda fila, al lado del capitán Conrad, mantengo la cabeza agachada ante mi incapacidad de hacer frente a las miradas de los demás. Cuando oigo al bebé llorar en brazos de la esposa de Greg, trago saliva con dificultad mientras la visión se me nubla por las lágrimas que

retengo. El capitán me mira de reojo y se inclina levemente hacia mí para susurrarme en la oreja.

—Ava…

No dice nada más, pero no hace falta. Sé lo que quiere decirme, lo mismo que lleva repitiéndome desde aquella noche. Así que yo me limito a asentir con la cabeza, aunque ambos sabemos que lo hago para contentarle y no porque realmente lo sienta. En realidad, nadie ha puesto en duda mi trabajo. Nadie me ha culpado por lo sucedido ni ha creído que no hice bien mi trabajo. Nadie menos yo, claro está. No puedo evitar pensar que debería haberlo previsto, que debería haber hecho las cosas de otra manera. Si hubiera estado más centrada en mi trabajo y menos en mi vida personal, podría haber reaccionado antes y, seguramente, haber atrapado a alguno de los tipos antes de que se escondieran en el apartamento del segundo piso.

Muchos tratan de entender cómo un niño tan pequeño pudo apretar el gatillo y quitarle la vida a un hombre. Yo estoy convencida de que el ambiente en el que ha crecido tiene toda la culpa. Nuestro pasado esculpe nuestra forma de ser desde bien pequeños. Lo que vivimos, lo que sufrimos, modela nuestro carácter y nuestra forma de pensar, puede que incluso lo que sintamos antes de nuestro nacimiento, estando en el vientre de nuestras madres. De forma inconsciente, bajo la vista hasta mi barriga y poso una mano en ella.

El llanto del bebé no se ha acallado. Es más, ahora se escuchan más sollozos desesperados mientras el párroco entona su sermón. La mezcla de su voz pausada y los lamentos me está destrozando por dentro. Cierro los ojos y me tambaleo levemente. Me agarro al respaldo del banco de delante con ambas manos hasta que la cabeza deja de darme vueltas. Siento los ojos del capitán clavados en mí, llenos de preocupación, así que asiento con la cabeza para intentar tranquilizarle, aunque aún estoy algo aturdida.

—¿Estás bien? —me pregunta de todas formas.

—Creo que… necesito…

Señalo un punto cualquiera a mi espalda, indicándole que he de salir.

—Quieres que te acompañe?

—No… No… Tranquilo… Es solo un momento… —balbuceo mientras camino hacia el lateral de la iglesia, esquivando a los asistentes y disculpándome con todo el mundo.

Caminando por el pasillo lateral, giro la cabeza y me encuentro con los ojos de Eric. No puedo evitar culparle a él también de todo. Si cumpliera sus promesas, nuestra relación sería más fácil y yo estaría más relajada y, por consiguiente, centrada en mi trabajo. Así que supongo que por ese motivo he estado esquivándole. Me ha llamado y me ha enviado infinidad de mensajes, pero los he ignorado todos.

Una vez en el exterior, camino hacia un lateral de la iglesia, al amparo de la soledad. Pego la espalda a la fachada y echo la cabeza hacia atrás, mirando al cielo. Intento calmar mi respiración cogiendo aire por la nariz y soltándolo poco a poco por la boca, pero me está resultando más complicado de lo esperado, así que recurro a mi amuleto. Meto la mano en el bolso y palpo todo lo que llevo en su interior hasta dar con él. Sin sacar la mano, lo agarro con fuerza mientras mantengo los ojos cerrados. Está tal cual me lo dio. Me preocupé de comprar un cargador para poder seguir escuchándolo y así sentirme más cerca de él. Y funcionó. De alguna extraña manera, escuchar esas mismas canciones me tranquiliza, me hace sentir bien, igual que le sucedía a él. Es curioso porque, en realidad, no compartimos tanto tiempo juntos, y a lo largo de mi vida he conocido a muchísima gente, muchos han dejado huella en mí, pero nadie me marcó jamás como él.

Con manos temblorosas, lo saco y lo sostengo en mi mano unos segundos antes de ponerme un auricular en cada oreja y darle al *play*. Resoplo de forma prolongada y vuelvo a cerrar los ojos. En cuanto oigo la voz de la cantante, aprieto los labios y me llevo una mano al pecho para sentir los latidos de mi corazón.

Y viajo en el tiempo. Viajo hasta aquellas tardes en las que, tumbados en el viejo embarcadero del lago, sintiendo los rayos de ese sol de tarde tan cálidos, escuchábamos estas mismas canciones. Yo giraba la cabeza y le observaba. Me detenía en esos rasgos tan marcados y esos ojos rasgados que intentaba ocultar detrás del pelo. Viajo a aquellas excursiones por el Parque Nacional, a aquellas caminatas en las que compartíamos confidencias. Viajo a esa cascada. Viajo a ese primer beso, y al segundo que él quiso que contase como el primero. Aún se me dibuja una sonrisa y siento un cosquilleo en la barriga al recordarlo. Viajo hasta ver su labio hinchado y los ojos llenos de pánico, tirando de mí para huir de la cabaña de Frank. Viajo a esa noche bajo la lluvia en la que nos vimos por última vez y puso este reproductor en mi mano.

Abro los ojos y lo miro fijamente durante unos segundos, preguntándome cómo algo tan pequeño puede tener tanto poder en mí. Aún con la mano en el pecho, noto cómo poco a poco mi corazón late a un ritmo cada vez más acompasado y normal.

—Ava.

Levanto la vista de golpe para encontrarme con Eric plantado frente a mí. Me quito los auriculares rápidamente, los enrollo alrededor del reproductor y lo guardo en el bolso. Él, con gesto preocupado, me mira con la cabeza ladeada. Está espectacular, con un traje negro y una corbata a juego, una camisa blanca y sin una arruga, los zapatos negros y brillantes y unas gafas de sol también negras.

—Necesito estar sola —le digo con un hilo de voz.

—Estoy preocupado. No coges mis llamadas ni respondes mis mensajes.

Parece que mi comportamiento esquivo está logrando llamar su atención. Puede que esté asustado y tenga miedo de perderme, pero yo ahora no soporto tenerle cerca.

—Eric, la misa debe de estar a punto de terminar.

—¿Y qué?

—Vete antes de que nos vean juntos.

—¡¿Qué?! ¡No estamos haciendo nada malo!

En ese momento, las puertas de la iglesia se abren y los asistentes a la misa empiezan a salir. No tengo ganas de discutir ni de montar un espectáculo, así que me doy la vuelta para alejarme, pero él me agarra del brazo.

—Ava, por favor… No me hagas esto…

—¿Y qué es exactamente lo que te estoy haciendo? —le pregunto alzando un poco el tono de voz.

—Me estás… ignorando —masculla entre dientes, visiblemente nervioso.

—¿En serio? Pues bienvenido a mi mundo.

—Ava, no es lo mismo. No estamos en la misma situación. Yo tengo a Claire y…

—¡¿Y qué?! ¡¿Y qué, Eric?! —grito, ya totalmente fuera de mí.

La gente a nuestro alrededor nos mira con curiosidad y él se empieza a poner cada vez más nervioso, así que, tras mirar alrededor y convencerse de que esto solo puede ir a peor, se aleja a grandes zancadas.

El capitán le observa mientras se aleja y luego se acerca a mí.

—¿Todo bien? —me pregunta con el ceño fruncido, echando rápidos vistazos hacia Eric, a punto de meterse en su coche. Asiento con la cabeza, intentando sonreír para restarle importancia, y abro la boca para poner una excusa a mi comportamiento, pero él se me adelanta—. ¿Te apetece que nos tomemos algo?

Acabamos en una pequeña taberna irlandesa cercana a la iglesia. En cuanto nos sentamos frente a la barra, el camarero se planta frente a nosotros.

—Dos Guinness —pide él.

—Yo tomaré mejor una cerveza sin alcohol. —Aún no he decidido qué hacer, pero tampoco quiero ponerle en riesgo. El capitán me mira extrañado, así que me apresuro a aclarar—: Estoy medicándome…

Él asiente y da un largo trago a su vaso cuando nos los sirven.

—Ava, mírame —me pide, pero yo sigo empeñada en huir del sermón que sé que se avecina. Al menos, hasta que él pierde la paciencia y hace valer su rango—. Detective Gibson.

—¿Señor…?

—No ha sido culpa tuya.

—Tendría que haber reaccionado antes…

—Puede, eso nunca se sabe, pero en ningún caso actuaste mal.

—Podría haber hecho más. —Chasco la lengua y cierro los ojos, negando con la cabeza—. No puedo olvidar el miedo de sus ojos… Me imploraba que le ayudase, y yo no podía hacer nada. Él confiaba en mí y yo, simplemente, le dejé morir. No puedo… No puedo aguantarlo…

—Sí puedes. Yo sé que puedes.

—Le dejé solo, capitán… —balbuceo.

El capitán me mira atentamente, apretando los labios con fuerza. En su expresión no veo ni una pizca de decepción, pero sí algo de pena. Y yo odio dar pena. Odio parecer débil ante los demás. Y odio llorar por ese mismo motivo. En la academia, en los momentos duros, que los hubo, y muchos, corría a los baños para encerrarme y llorar. Me desahogaba, me lavaba la cara y volvía a salir, a pelear y ganarme un puesto frente a tipos que pensaban que estaría mejor limpiando en casa.

—No tienes la culpa —dice con serenidad.

—Pero debería haber previsto que estarían esperándonos y… Debería haber visto que no podía ser tan fácil.

—No te tortures, Ava.

—Pero… ha muerto por mi culpa…

—No. Por tu culpa, no. Es nuestro trabajo, Ava. Y todos hacemos lo posible para que salga bien, pero a veces…

—Debería haber parado a ese niño… —digo mientras me remuevo en el sitio, nerviosa, hundiendo las manos en mi pelo—. Debería…

Entonces siento sus manos sobre la mía, apretándola con firmeza para hacerme saber que está aquí, apoyándome, como siempre. Levanto la cabeza para mirarle y dejo de retener las lágrimas.

—Ava… Necesito que no te lo tomes como algo personal. Confío en ti para ocupar mi puesto algún día, pero necesito que te deshagas de tus sentimientos en cuanto traspases las puertas de la comisaría. Eres una excelente agente, pero te necesito centrada. No puedes ser tan visceral. Está bien que te preocupes, pero no te lo tienes que tomar como algo personal. Simplemente, asegúrate de dar lo mejor de ti. Como sé que haces siempre. Mírame —me pide en cuanto agacho la cabeza. Cuando logro volver a reunir el valor suficiente, levanto la cabeza y le miro con los ojos aún llenos de lágrimas—. Has hecho un trabajo excelente. La investigación ha sido meticulosa y concienzuda y la operación no ha tenido ninguna fisura. Lamentablemente, hay cosas que no podemos controlar. Así que sigue haciéndolo igual de bien. Vuelve a salir a esas calles y sigue haciendo tu trabajo como hasta

ahora. El resto de agentes te valora y te respeta, y sabes lo difícil que es eso. Nadie regala nada, y lo que tienes, te lo has ganado a pulso. —Sorbo por la nariz y vuelvo a agachar la cabeza, pero él se niega a dejar de mirarme a los ojos, así que me agarra del mentón y me la levanta—. Ava, voy a hablar con la psicóloga del departamento. Es muy buena. Justine te ayudará. Seguro.

—No necesito un loquero. No estoy loca. Necesito… tiempo.

—Está bien. Pues tómate unos días libres. —Pero el simple hecho de imaginarme encerrada en casa con Eric me enferma. No sé si seré capaz de mirarle a la cara y no reprocharle todo lo que ha provocado —. ¿Ava?

—¿Ummm?

—Ya sabes de qué estoy hablando.

—Me temo que estoy un poco ofuscada…

—Tómate unos días de descanso.

—No los necesito. Yo… prefiero seguir trabajando.

—Dices que necesitas tiempo y a la vez quieres seguir trabajando y no aceptas la ayuda que te ofrezco… Ava, estoy preocupado por ti. Últimamente estás… muy nerviosa y… no podemos permitir que esto afecte a tu trabajo.

—Capitán, yo…

—¿Tienes problemas… personales?

Por un momento, juraría que inclina la cabeza hacia atrás, señalando hacia donde Eric se ha marchado, aunque no dice nada más.

—No, no…

No voy a confesarle que estoy enamorada de un tipo casado y que he sido tan ingenua como para creerme sus falsas promesas. No quiero contarle que una mujer como yo, a la que se le presupone una fuerza y una alta autoestima, que tiene cierto poder y se hace respetar en su trabajo, se deja menospreciar por un hombre que la utiliza a su antojo. Me da cierta vergüenza admitir que me conformo con tener a alguien que me abrace de vez en cuando por las noches, alguien con quien sentirme a salvo.

—¿Quieres tomarte unos días de descanso?

—Capitán, lo que menos necesito ahora es encerrarme en casa. De verdad. Necesito trabajar. Necesito seguir ahí y demostrarme que puedo hacerlo. Sé que puedo. Confíe en mí. Le pido tiempo para recomponerme, pero no puede apartarme. Si quiere, iré a ver a la doctora, pero no me aparte.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, coge aire hasta llenar sus pulmones y lo deja ir lentamente. Su aspecto impone, aunque yo siempre le he visto como un segundo padre, alguien que se preocupa por mí y, sobre todo, que confía en mí. Siempre lo ha hecho, y espero

que ahora lo siga haciendo.

—Está bien… —contesta resoplando justo antes de empezar a levantarse del taburete. Deja un billete sobre la barra y me coge de los hombros de una forma paternal, conduciéndome hacia la salida de la taberna—. Pero ahora ha llegado la hora de irnos a casa. Te ordeno que descanses todo lo posible y nos vemos mañana.

Ya en la calle, asiento con la cabeza y entonces él me estrecha entre sus brazos. Cuando los ojos me empiezan a escocer por culpa de las lágrimas que se agolpan pugnando por escapar, antes de montar el espectáculo, me separo y empiezo a alejarme con paso decidido hacia la parada de metro. Solo lo ralentizo cuando ya estoy lo suficientemente lejos, al amparo del anonimato que esta ciudad me regala. Creo que es de las cosas que más me gusta de Nueva York: lo sola que puedes estar a pesar de la multitud que te rodea constantemente. Aquí puedes deambular durante horas, con tus problemas a cuestas, y pasar totalmente desapercibido. Eso jamás pasaría en Asheville. Allí sería imposible dar un paso sin despertar la curiosidad de todos con los que me cruzara. Ambas opciones tienen sus ventajas y desventajas. Pasear sumida en mis pensamientos, gestionando mis sentimientos a mi modo y tomándome todo el tiempo del mundo, es sanador. Aunque la soledad, en ocasiones, puede resultar realmente abrumadora.

Cuando salgo del metro, camino despacio hasta plantarme en la puerta del pequeño edificio en el que vivo desde hace unos años. Levanto la cabeza y miro la fachada gris. En un lado, la escalera de incendios, tan típica de este barrio. Creo que me enamoré de este apartamento por ellas, por la posibilidad de salir a respirar, de levantar la cabeza y poder mirar el cielo oscuro. Además, con mi sueldo y los elevados precios de los alquileres en Nueva York, esto era lo más cerca que podía estar de mi ventana a las estrellas.

Saco las llaves del bolso para abrir la puerta y empiezo a subir las escaleras hasta el tercer piso. Cierro los ojos y respiro profundamente al entrar en mi apartamento. Apoyo la espalda en la madera, al tiempo que dejo que mi bolso resbale de mi hombro y caiga al suelo. Me quito los zapatos y me tomo unos segundos antes de seguir caminando hacia el dormitorio. Allí, sobre el respaldo de la silla, está la camisa que Eric se dejó en su día y que yo uso a menudo para estar por casa. La cojo y me la acerco a la nariz. A pesar de haberla lavado varias veces, sigue oliendo a él.

Hubo un tiempo en el que me encantaba cómo le quedaba esta camisa. La llevaba puesta la primera vez que le vi en la sala de reuniones de la comisaría. Me dejó sin aliento. Era la primera vez que trabajábamos juntos. Desde el principio, su seguridad e inteligencia me abrumaron. Él era consciente de su poder magnético, así que

ninguno de sus movimientos era casual. Le recuerdo quitándose la americana con un movimiento fluido que ceñía la camisa a su pecho. Se arremangó y se inclinó sobre la mesa, a mi lado, para mostrarme unos papeles. Ya en aquel entonces, el olor de esa camisa inundó mi cuerpo.

Recuerdo su pelo rubio y despeinado que mesaba continuamente cuando hundía su manos en él. Llevaba la barba bien cuidada y tenía esa piel blanca y suave que apetecía tocar. Sus ojos negros, profundos y pequeños, eran el contraste a tanta palidez.

Todo en él rezumaba perfección, y yo ya estaba completamente colgada mucho antes de que empezáramos a tontear. En efecto, era perfecto, salvo por un pequeño detalle: estaba casado. A mi favor diré que yo no lo sabía y él tampoco me lo dijo. Me enteré por casualidad cuando oí una conversación en comisaría. Inmediatamente fui a pedirle explicaciones. Eric me dijo que sabía que lo que había hecho estaba mal, pero que lo que sentía por mí era demasiado intenso. Me dijo que tenía miedo de contarme la verdad y que le dejara. Me colmó de piropos y promesas que, en el fondo, yo tampoco creí, pero ya había vuelto a caer en sus redes.

Llena de rabia y con las mejillas mojadas por las lágrimas, camino a grandes zancadas hacia la cocina, abro el cubo de la basura y lanzo la camisa dentro. Incluso lo pateo con rabia hasta tirarlo al suelo, y sigo haciéndolo durante un buen rato, hasta que oigo que alguien trata de abrir la puerta con unas llaves.

Me doy la vuelta de golpe y me quedo inmóvil hasta que veo a Eric frente a mí. Me muestra las palmas de las manos y entonces veo su juego de llaves.

—¿Qué haces en mi…? —empiezo a decir mientras retrocedo un par de pasos.

—Tú me diste este juego de llaves, ¿lo recuerdas?

—Sí, pero… Vete, Eric.

—Pero tenemos que hablar.

—No. Te lo pido por favor. Vete.

—¿Qué ha cambiado, Ava?

Sigo caminando hacia mi dormitorio pero él me sigue y se cuela dentro. Corre hasta colocarse frente a la puerta del baño y cortarme el paso.

—¿Qué ha cambiado? —Me decido a contestarle—. ¿Quieres saberlo de verdad? Yo he cambiado.

—Me pedías más tiempo y aquí estoy. Estoy dispuesto a darte más tiempo.

—Suenas como si me estuvieras haciendo un favor, Eric. Y no quiero eso.

Eric me agarra con fuerza de un brazo. Sus dedos se clavan en mi

piel mientras que sus ojos llenos de rabia me hacen estremecer. De forma inconsciente, levanto el otro brazo para intentar protegerme. Jamás me ha puesto una mano encima, pero últimamente está distinto, y ya no puedo poner la mano en el fuego por él. Eric se da cuenta de ello, y enseguida afloja el agarre en mi mano.

—¿Y qué hay de mí? ¿Te has parado a pensar en lo que yo siento? —La verdad, no. Eso es lo que me gustaría contestarle. No he tenido tiempo de pensar en él, en lo que él siente. Quizá esté siendo una egoísta. ¿Quién sabe? De todos modos, no me da tiempo a contestarle, porque él vuelve a hablar, esta vez con otro tono de voz—. Perdóname, Ava. Tenías razón. Aquí estoy. Aquí me tienes.

—Vete.

La firmeza de mi tono de voz le ha dejado algo descolocado, así que aprovecho para escabullirme dentro del baño. Cierro la puerta y pongo el pestillo. Abro el grifo del agua y me agarro al lavamanos, confiando en que al salir él se haya marchado ya.

Me desvisto rápidamente y, sin esperar a que el agua se caliente, me sitúo debajo del chorro, inmóvil, con los brazos inertes a ambos lados del cuerpo. De alguna manera, tengo la esperanza de que el agua se lleve todo lo malo, que arrastre consigo todas esas impurezas que siento en mi piel: el sentimiento de culpa por la muerte del agente, la rabia al mirarme al espejo y no reconocerme en la imagen que veo reflejada en él, la sensación de que algo está mal en mí desde hace mucho tiempo.

Me froto la cara con ambas manos y luego me peino el pelo hacia atrás, levantando la cabeza para que el agua golpee mi cara. En ese momento, la mampara de la ducha se abre de golpe y, asustada, mis pies resbalan y empiezo a perder la verticalidad. Eric se mete dentro de la ducha y me agarra a tiempo. Levanto la cabeza poco a poco, mirando su camisa empapada y pegada a su piel. Su cara está a escasos centímetros de la mía mientras me sigue agarrando con fuerza. Mantiene la boca abierta muy cerca de la mía, con su aliento ebrio colándose dentro. Apoyando las manos en sus hombros, hago fuerza para intentar separarle un poco de mí, pero él no se mueve ni un centímetro. En vez de eso, se abalanza sobre mí y aprieta sus labios contra los míos. Enseguida siento las frías baldosas en mi espalda y su pecho contra el mío. Me siento acorralada.

—Eric… —consigo decir cuando logro separar mis labios de los suyos. A su espalda, veo la puerta del baño rota y me asusto. Jamás se había mostrado violento—. Eric, por favor…

Sus besos y caricias se vuelven cada vez más violentos. Muerde mis labios, dejando un rastro de su saliva caliente por toda mi boca mientras sus dedos aprietan mis brazos con una fuerza excesiva.

—Eric, por favor… —insisto apartando la cara, pero entonces él

me agarra con fuerza de la barbilla y me obliga a mirarle de nuevo.

Le miro con los ojos muy abiertos, asustada, removiéndome en el sitio, ya sin disimular el forcejeo para intentar escapar de él.

—No te resistas… Te echo de menos… —me dice apretando los dientes, escupiéndome al hablar, lleno de rabia.

—Eric, tú no eres así…

Frunce el ceño y me mira sorprendido justo antes de volver a hablar.

—¿Y cómo soy, Ava? ¿Cómo soy para que huyas de mí? ¿Tan malo te parezco? ¿Qué ha cambiado para que me evites?

—Yo… no te… evito… —consigo decir.

Eric parece desconcertado, así que aprovecho su distracción para escabullirme. Mis pies mojados resbalan sobre las baldosas pero, aun así, consigo recuperar la verticalidad rápidamente hasta llegar al dormitorio. Movida por un impulso, me acerco a la cómoda y abro el primer cajón. Saco la pistola de la funda y me doy la vuelta con ella en las manos, apuntándole justo cuando iba a agarrarme de nuevo. Eric me mira con los ojos muy abiertos, mostrándome las palmas de las manos. Los dos permanecemos en silencio, solo roto por las respiraciones agitadas de ambos y el sonido de las gotas de agua que, tras resbalar por nuestros cuerpos, caen sobre la tarima de madera. Agacho la mirada durante un segundo y luego miro de reojo hacia el cajón aún abierto. Saco una camiseta con la que intento taparme un poco. No quiero que me vea desnuda. Nunca más.

—Ava, ¿qué haces? —me pregunta al fin con cara de espanto.

—Te he pedido varias veces que te vayas.

—Pero… —Se lleva las manos al pelo y hunde los dedos en él. Se remueve en el sitio, mostrando claros signos de desesperación, hasta que me encara y da un paso hacia mí. Quito el seguro del revólver sin apartar los ojos de él, que se queda inmóvil de nuevo—. Ava, ¿en serio serías capaz de…?

—¿No ibas a ser tú capaz de…? —le respondo con otra pregunta.

Eric abre y cierra la boca varias veces, buscando las palabras adecuadas.

—Yo pensaba que tú querías…

—Vete.

—Pero yo te quiero. Y tú a mí también. Estás enamorada de mí. —Me encojo de hombros, dándole a entender que no me importa y, a la vez, intentando aparentar una seguridad que ahora mismo me falta—. Voy a dejar a Claire. Te lo prometo.

—No te creo. Ya no te creo, pero ¿sabes qué? Me da igual.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes echarme por una tontería! —grita a la desesperada, y yo le miro levantando una ceja.

—¿Tontería? ¿En serio?

—¡Me estás apuntando con una pistola!

—¡Y tú ibas a abusar de mí!

—¡¿Abusar?! Pero… Yo no… Soy tu…

—Eric, puedo denunciarte perfectamente.

—¿A mí? ¡A un agente de narcóticos? ¿Y qué ibas a decir? ¿Que quería follar contigo en la ducha? —Él me mira con los brazos extendidos, esperando mi respuesta—. ¿Qué piensas que dirán cuando contemos la historia? ¿Cuándo les enseñe tus mensajes? ¿Cuándo les enseñe las fotos y los vídeos que tengo guardados en mi teléfono? —La expresión de mi cara debe hablar por sí sola porque él ya no parece tan nervioso e incluso se permite el lujo de sonreír—. ¿Te habías olvidado de todo eso? ¿Ya no te acordabas que me pediste grabarnos mientras follábamos?

Empiezo a tener serias dudas, a pensar que quizá no valga la pena denunciar, que a lo mejor no pretendía forzarme, que quizá yo no le dejé las cosas claras, que tampoco es para tanto y que es normal que las relaciones se vuelvan algo más intensas en ciertos momentos.

Entonces, Eric aprovecha que he bajado la guardia e intenta arrebatarme el arma. Agarra mi mano entre las suyas y forcejeamos un rato hasta que esta sale despedida de mi mano. Yo tropiezo y ambos caemos al suelo. Me golpeo la parte de atrás de la cabeza contra el suelo, aunque no lo suficiente como para perder el conocimiento. Eric cae sobre mí y aprovecha el peso de su cuerpo para retenerme. Levanta mis brazos a ambos lados de mi cabeza y los inmoviliza. Acerca su boca y empieza a besarme, aunque yo no se lo pongo fácil y aprieto los labios con fuerza para no abrir la boca.

—¡Basta, Eric! ¡Para! —grito mientras me remuevo debajo de él.

—Tú te lo has buscado. Me tienes desatendido. Y te echo de menos…

Consigo golpear su entrepierna con la rodilla y quitármelo de encima mientras él se retuerce de dolor. Me arrastro hasta alcanzar de nuevo el arma y, además, el teléfono móvil.

—¿Qué haces? ¿A quién llamas? —me pregunta él, aún con ambas manos en la entrepierna.

—¿Central? Soy la detective Gibson. Necesito que envíen una patrulla a mi casa —digo con firmeza justo antes de darles la dirección y añadir—: Tentativa de… agresión sexual.

Al oír mis palabras, Eric se queda inmóvil, mirándome con la boca y los ojos abiertos de par en par.

—Ava… ¿cómo has podido…? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas mientras yo cuelgo la llamada y, apretando la mandíbula, intento contener las mías.

—¡¿Cómo has podido tú?! —consigo decir entre dientes.

—Ava, te lo ruego. No puedes hacerme esto… —Se arrodilla a un

metro de mí, suplicándome, mientras veo el cañón de mi arma temblar. Intento apretar ambas manos para evitarlo, pero, simplemente, me es imposible. Niego con la cabeza, con las mejillas ya mojadas y sollozando—. Ava, por favor. ¿Qué haces? Piénsalo bien…

Logro aguantar todos sus intentos de chantaje emocional hasta que los agentes de policía llaman a mi puerta. Le obligo a salir al salón y no dejo de apuntarle ni le pierdo de vista mientras abro. A partir de ese momento, cuando bajo el arma con mano temblorosa y consigo dejarme caer en el sofá, todo sucede a mi alrededor como si no tuviera nada que ver conmigo. Me siento como la espectadora de una película, la lectora de un libro, mirando alrededor mientras los agentes me hablan a mí, le leen sus derechos a Eric y toman fotografías del apartamento. Antes de que ellos se marchen, el capitán Conrad entra por la puerta.

—Ava.

Mira alrededor hasta que reconoce la cara de mi agresor. Sorprendido, corre hasta sentarse a mi lado en el sofá. Me coge ambas manos y yo levanto la cabeza lentamente hasta mirarle a los ojos. En cuando se encuentran, empieza a temblarme el mentón. Él no dice nada más, sino que se limita a rodear mis hombros y atraerme hacia él.

Sam

Aparco la furgoneta frente al aserradero, paro el motor y me calo la gorra hasta las cejas, tapándome los ojos con la visera. Desde que volví a Asheville hace ya algunos años, después de comprar ese pequeño terreno para construirme mi casa, intento pasar lo más desapercibido posible, sin interactuar con nadie del pueblo. Por eso vivo a las afueras, en mitad de la montaña, sin ningún vecino ni ninguna construcción alrededor. Vestido con un vaquero viejo y algo roto, una simple camiseta de manga corta y mis viejas zapatillas de deporte, camino con la cabeza agachada hasta la puerta.

—Buenos días —me dice el dueño desde detrás del mostrador al que me dirijo, y al que devuelvo el saludo con una ligera inclinación de la cabeza y una tímida sonrisa—. Hacía tiempo que no te veía, hijo.

He venido bastante durante los últimos meses, mientras he estado construyendo mi casa. Él me ha aconsejado en multitud de ocasiones y también se ha interesado mucho por todo lo que le contaba que estaba haciendo, así que se puede decir que hemos cogido cierta confianza. Al menos, hasta donde yo estoy dispuesto a dar.

—He estado algo liado de trabajo… —contesto de forma escueta y sin mostrar mi rostro para que no vea las secuelas de la pelea de

anoche.

—¿Vienes a por más madera? —Asiento con la cabeza—. ¿Aún no la has acabado?

—Casi.

—¿Quedó bien la barandilla?

—Sí, señor —contesto, y le muestro el papel donde he apuntado el número de listones de madera que necesito y las medidas.

—Mis chicos tardarán una media hora en tenerlo todo… —dice mientras lo mira atentamente.

—Lo sé. No se preocupe. Esperaré fuera, en la furgoneta.

Le pago y salgo, y mientras me dirijo hacia la furgoneta oigo de nuevo su voz a mi espalda.

—Hijo, ¿te apetece una cerveza?

Me doy la vuelta y le veo con un botellín en cada mano. Lo valoro durante un par de segundos, hasta que al final asiento con una sonrisa.

—Muchas gracias —digo mientras la cojo.

—Hoy hace un calor de mil demonios —añade él mientras desenrosca la chapa y la lanza al suelo justo antes de dar un largo trago—. ¿Y bien? ¿Qué te queda por hacer?

—Acabar la barandilla del porche y una ventana.

—¿Una ventana? Creí que las tenías ya.

—Es otra. Es… algo que estoy… intentando hacer. —No puedo evitar sonreír de medio lado al hablar—. En el techo de la habitación.

Él me mira levantando las cejas.

—¿Una ventana en el techo? Supongo que soy un antiguo… ¿Y vas a agujerearlo?

—Sí. He comprado aislante y más tejas para acabarlo luego bien. Parte de las maderas que le he pedido son para esa ventana. También tengo ya los cristales…

—Vaya… —susurra, realmente sorprendido, dando un trago de su botella—. Tendrás que mirar el pronóstico del tiempo, porque como agujerees el techo y caiga la tormenta de anoche…

—Sí… —contesto sonriendo de medio lado mientras me rasco el pelo de la nuca.

—Oye, si algún día necesitas trabajo… —Le miro con los ojos entornados—. Te lo comento porque empiezo a estar algo viejo, y un par de manos como las tuyas me vendrían muy bien. Me encargan varios trabajos por la zona, muebles, arreglos en algunas casas o locales…, y cada vez me cuesta más llegar a todo. A veces me llevo a alguno de mis hijos, pero ninguno está muy por la labor y solo lo hacen por hacerme un favor puntual. Y se nota que tú sabes trabajar con las herramientas y tus manos… como en su día tu padre. —Ladeo la cabeza y le miro entornando los ojos, bastante sorprendido por su comentario. Él se da cuenta de ello y asiente con la cabeza mientras

aprieta los labios—. Tu padre estuvo trabajando aquí un tiempo, Sam. —Abro la boca para decir algo y me remuevo en el sitio, pero él pone su mano sobre mi brazo y sigue hablando—: Sí, sé quién eres. No pretendía incomodarte…

—No… me incomoda, pero la gente suele… juzgarme por… —dejo la frase a medias, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—A mí me da igual lo que digan los demás. Yo solo puedo hablar de lo que veo con mis propios ojos. Tu padre fue un buen compañero en su día: trabajador y muy bueno en lo que hacía. Y de ti no tengo ninguna queja tampoco. Lo que pasara entre vosotros no es asunto mío. —Apretando los labios con fuerza, asiento con la cabeza, realmente agradecido—. Así que te lo repito: si alguna vez necesitas un trabajo, no dudes en venir. Te contrataré con los ojos cerrados. Y me tienes que enseñar la cabaña cuando la tengas acabada.

—De acuerdo —consigo decir al final, esbozando una tímida sonrisa.

—Con eso también quiero decirte que, si quieres y lo precisas, puedes venir a verme si necesitas algo… Alguien con quien hablar, por ejemplo. La vida en un pueblo tan pequeño no siempre es fácil y… bueno, que puedes contar conmigo. Sin más. —Los dos nos miramos durante unos segundos, asintiendo con la cabeza, hasta que él señala hacia el almacén—. Voy a echar un vistazo a mis chicos, para ver cómo llevan tu encargo.

Se aleja arrastrando los pies mientras yo no le pierdo de vista. Aparte de Ava, nunca nadie ha hecho el intento de acercarse a mí sin juzgarme, así que me siento casi tan sorprendido como feliz.

Enseguida le veo salir de nuevo junto a dos de sus trabajadores, así que bajo el portón de la parte de atrás de la furgoneta y corro hacia ellos para ayudarles a cargar la madera.

—No va a haber lluvia hasta dentro de ocho días. Lo acabo de mirar en internet. ¿Crees que te dará tiempo? —me pregunta mientras se quita la gorra y se frota el sudor de la frente con una mano.

—Espero que sí. Esta misma tarde empezaré a delimitar la zona y, si me da tiempo, a quitar las tejas. Luego, antes de hacer el agujero, le pondré el marco al cristal y a ver qué tal sale…

—Si me necesitas…

—Sí, señor. Lo tendré en cuenta —le contesto de forma sincera, justo antes de cerrar el portón y estirar el brazo para estrecharle la mano.

Él enseguida lo hace, y me mira como con orgullo, dándome a la vez un par de palmadas en el hombro. Me despido de los otros chicos también, alzando la mano, y me meto en la furgoneta.

En cuanto me pongo en marcha, dirigiéndome hacia casa, me acuerdo de que me quedé sin latas de atún la otra noche.

Normalmente no hago la compra en Asheville para evitar las miradas de la gente, pero, con la hora que es, no me da tiempo a irme tan lejos, así que la única solución posible es comprar en la tienda del pueblo. Está muy bien abastecida y, con el paso del tiempo, casi ha dejado de ser el colmado del pueblo para convertirse en un pequeño supermercado. El problema, además de tener que soportar las miradas de todos, es que el dueño de ese establecimiento es el padre de Ava.

La campana suena cuando abro la puerta y también cuando se cierra a mi espalda. Con la cabeza agachada y la gorra calada hasta los ojos, me muevo entre los pasillos, intentando pasar desapercibido. Enseguida encuentro las latas de atún, y luego decido comprar leche y algo de pan. Me cruzo con un par de clientes más, pero ninguno de ellos parece reparar en mí, así que me dirijo a la caja para pagar con cierto alivio. Dejo los productos en el mostrador en el momento en el que se oye la campana de la puerta y entra un grupo de jóvenes escandalosos. Por el rabillo del ojo veo cómo el padre de Ava les sigue con la mirada, como si temiera que algo va a pasar. Los tipos siguen haciendo mucho ruido, llegando a tirar algunos productos al suelo.

—Disculpe —me dice el padre de Ava antes de salir de detrás del mostrador y adentrarse en los pasillos.

Le oigo llamarles la atención y luego las risas de los tipos, mofándose de él. Me acerco lentamente para echar un vistazo hasta que les encuentro en el pasillo de las bebidas alcohólicas. Los tipos rodean al padre de Ava, tirando al suelo algunas latas para tratar de asustarle mientras este intenta quitarles de las manos las cervezas que han cogido.

—Por favor, marchaos. Os lo pido. No quiero problemas —le escucho decir, pero ellos no parecen estar muy por la labor de hacerle caso.

Camino hacia ellos con sigilo y, justo cuando uno de los tipos va a tirar una botella de cristal al suelo, logro agarrarle de la muñeca para detenerle. Con la otra mano, se la quito y la vuelvo a dejar sobre la estantería. Mantengo la cabeza agachada para que la visera de la gorra tape mis ojos.

—¿Y tú quién cojones eres? —me pregunta otro de los tipos, acercando la mano con la intención de agarrarme de la camiseta, pero le intercepto antes de que lo haga.

Agarrándolos a ambos, ejerzo presión con un dedo en un punto concreto de sus muñecas y ambos se retuercen de dolor al instante. Incluso consigo que se arrodillen mientras me imploran que les suelte. Sus tres amigos presencian la escena con la boca abierta, paseando la vista de mí a los tipos arrodillados a los que se les empiezan a saltar las lágrimas.

—¡Por favor…! ¡Nos marchamos! —me implora uno de ellos.

Lentamente, empiezo a soltarles aunque sin perderles de vista. Les sigo mientras ellos corren hacia la puerta echando rápidos vistazos hacia atrás, hasta que llego de nuevo al mostrador y saco el dinero de mi billetera para pagar mi compra. La campana de la puerta vuelve a sonar cuando esta se cierra y el local vuelve a quedarse en silencio. Sé que soy el blanco de las miradas de los pocos clientes que había en la tienda, así como del padre de Ava, que se planta al otro lado del mostrador. Coge una bolsa de papel y empieza a meter los productos dentro. Cuando acaba, me la tiende y rechaza mi dinero con un movimiento de la mano.

—Es lo menos que puedo hacer…

Niego con la cabeza y dejo el billete sobre el mostrador antes de coger la bolsa de papel, darme la vuelta y caminar hacia la salida. Mientras me subo al coche y dejo la compra a mi lado, echo un último vistazo hacia la tienda. Estoy seguro de que no me ha reconocido. De lo contrario, me hubiera tenido tanto o incluso más miedo que a los tipos de los que le he librado. Me habría gustado poder quitarme la gorra y mostrarme ante él, pero supongo que ahora no soy tan distinto de aquella imagen que tenían de mí.

[1] Arte marcial china en el que se utilizan golpes de puño, golpes de mano abierta, y que no usa bloqueos, sino que neutraliza los golpes del oponente para usarlos en su contra. Las defensas son siempre ataques.

2021

10

Ava

Sentada de lado en el marco de la ventana, me agarro las rodillas y apoyo la frente en el frío cristal mientras observo las gotas de lluvia golpeando con fuerza contra el mismo. Fuera, las luces de la ciudad se reflejan en el asfalto mojado. A pesar de haberme tomado un par de somníferos, soy incapaz de pegar ojo.

Número desconocido: *Ava, necesito verte. Cógeme las llamadas.*

Número desconocido: *Sé que lees mis mensajes. Contéstame.*

Número desconocido: *No puedo vivir sin ti.*

Número desconocido: *Aún no he enseñado todos los vídeos que tengo… ¿Recuerdas aquella vez en la ducha…?*

El primero de los mensajes llegó hace unos meses desde un número desconocido. Después de ese se sucedieron muchos más. Todos del mismo estilo. En todos me imploraba volver a verme o me amenazaba. En ninguno me pedía perdón, como si no le diera la más mínima importancia a lo que hizo, como si no tuviera ningún remordimiento. Bloqueé su número, pero lo cambió, y enseguida se repitió la misma historia. Según pude averiguar, siempre usaba móviles desechables que debía ir cambiando con frecuencia.

Tampoco llegué a contestarle jamás. Primero, porque no quería darle pie a pensar que le voy a dar esa segunda oportunidad por la que no dejaba de suplicarme. Y segundo, porque no me sentía capaz de enfrentarme a él.

A pesar de que los mensajes de acoso se acabaron en cuanto cambié mi número de teléfono, le sigo teniendo miedo y eso me avergüenza. Se supone que una mujer fuerte e independiente como yo no debería permitirlo. Yo, que siempre he tenido mucho sentido de la justicia, que siempre he sabido diferenciar perfectamente lo que está bien de lo que está mal, que siempre he querido perseguir las injusticias, soy víctima de una y no consigo ponerle remedio. Tendría que ser capaz de pararle los pies de una vez por todas, de demostrarle que no me controla y que he pasado página, pero nada de eso es

verdad.

Ni siquiera las sesiones con Justine me han dado la fuerza necesaria para hacerlo. Empecé a verla poco después de saber la sentencia que le habían impuesto a Eric. Su abogado, un amigo suyo que trabaja en uno de los bufetes más prestigiosos de Nueva York, consiguió que el hecho de que yo impidiera la violación jugara en su favor y, por lo tanto, la pena se vio reducida considerablemente al quedarse en un intento. Sacaron a la luz varios de nuestros mensajes, fotos y vídeos, y de esta manera, consiguieron hacer creer a todo el mundo que yo, en el fondo, sí quería acostarme con él esa noche. Como si, por el simple hecho de haber tenido una relación, tuviera que acceder a tener sexo con él siempre.

Así que los poco más de dos años de internamiento en un centro de terapia y la multa que le impusieron me parecieron una broma de mal gusto, algo que no entendí ni llegaré a entender jamás. Me costó digerirlo. Mucho, en realidad.

Acabó con mi carrera, ya que, desde entonces, estoy de baja. No soy capaz de enfrentarme a las miradas de mis antiguos compañeros, a los comentarios que seguro se hacen sobre mí. Y ahí empezó mi espiral de decadencia. Pasé por varias fases, unas más peligrosas que otras. Estuve a punto de caer en un abismo del que hubiera sido muy difícil salir, pero conseguí superarlo gracias a Logan. Tomé la decisión de tirar adelante con mi embarazo, sola, pensando que, de alguna manera, ese bebé era una señal de un nuevo comienzo.

Aun así, de vez en cuando, todavía tengo que echar mano de alguna pastilla que me ayude a dormir o de algún tranquilizante para poder vivir a pesar del miedo constante a que me encuentre.

Algo en la calle llama mi atención. Hay alguien de pie debajo de una farola. Viste de oscuro, con una gorra en la cabeza que le tapa el rostro, así que no puedo asegurar que esté mirando hacia mi ventana, pero me produce escalofríos.

Me pongo en pie y camino hasta la habitación de Logan. Sin hacer ruido, me acerco a su pequeña cama y me arrodillo a su lado para observarle embelesada, como hago a menudo. No puedo creer que hubiera un tiempo en el que dudara si tenerlo o no. No estaba mentalmente preparada para ser madre, y creía que sería un impedimento para mi carrera. Además, mi relación con Eric ya no pasaba por el mejor momento, pero el incidente de esa noche me ayudó a tomar una decisión. Y fue la mejor que he tomado en mucho tiempo. Tiene ya tres años y es un niño muy curioso y risueño. A veces habla demasiado, y no siempre me hace quedar bien, pero, sin duda, es lo mejor que tengo en mi vida.

No llegué a contarle que estaba embarazada, así que no sabe de la existencia de Logan y este, a su vez, jamás ha echado de menos tener

la figura de un padre. Tampoco me ha preguntado nada acerca del tema y, de momento, yo soy todo lo que necesita en este mundo.

Por eso me preocupa tanto fallarle en algún momento. Bajar la guardia y que Eric dé conmigo y nuestro pequeño mundo cerrado se desmorone. Sin él saberlo, se ha convertido en mi dueño, controla mis emociones, mis sentimientos y, si me apuras, mi vida entera. No solo ha destrozado mi carrera en el cuerpo de policía, sino que me obligó a mudarme de apartamento porque estar entre las cuatro paredes donde todo sucedió me consumía. He sido incapaz de volver a acercarme a ningún hombre porque me cuesta mucho confiar en la gente. El simple hecho de salir a la calle se ha convertido en una odisea. Voy intranquila, mirando a un lado y a otro constantemente por si estuviera cerca. Me siento un títere en sus manos, y lo más duro de todo es que no sé cómo cortar esos hilos. Solo saber que está pensando en mí, escribiéndome, insistiendo en verme sin darse por vencido, me pone muy nerviosa.

Vuelvo a centrar toda mi atención en Logan, escuchando su respiración relajada. Sonrío al verle mover la boquita. Le aparto un mechón de la frente con un dedo para poder admirar su expresión relajada. La genética es asombrosa y, gracias a Dios, no se parece nada de nada a su padre. El color de su pelo o sus ojos, la forma de su boca, su pequeña nariz, el tono pálido de piel o incluso su manera de fruncir el ceño y apretar los labios cuando no está de acuerdo con algo, son herencia mía. No tiene nada que ver con Eric, y necesito que siga siendo así.

Sam

Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón en cuanto escucho mi teléfono sonar. En la pantalla iluminada aparece el número de uno de los hombres de confianza de Byron.

—Sí —contesto nada más descolgar.

—Te mando ubicación. Tienes turno doble.

Cuelga sin más, sin esperar respuesta. Sabe que no me negaré. Jamás lo hago.

En sus comunicaciones siempre usan esta jerga para no hablar abiertamente de los combates, por si alguna vez nos pinchasen los teléfonos. Los turnos son los combates y cuando añaden la palabra «doble» quieren decir que el rival es complicado. Como el de hoy, aunque no me preocupa, ya que jamás me he enfrentado a nadie que tuviera opciones reales de ganarme.

Tumbado boca arriba en mi cama, dejo el teléfono a un lado y me permito el lujo de tomarme unos minutos para observar este cielo tan

azul que ni siquiera las tímidas nubes se atreven a teñir de otro color. Yo no tenía un sueño, así que me apropié del suyo. Supongo que intentaba sentirme cerca de ella, aunque, en realidad, me conformo con recordarla. De hecho, vivo de sus recuerdos. Hacerlo, cerrar los ojos y pensar en Ava, consigue cambiar mi estado de ánimo.

De repente, me descubro sonriendo al recordarla sentada a mi lado, mirando el cielo mientras el viento despeina su pelo. Puedo oír el murmullo del agua y sentir la suave brisa zarandeando las ramas de los árboles con delicadeza, rozando mi piel. Puedo recordar su olor, tan fresco, así como afrutado, el tono de su voz e incluso el sonido de su risa. Alza ambas manos y forma un rectángulo con cuatro dedos, como si tratara de enmarcar el cielo. Si estuviera aquí, tumbada a mi lado, no tendría la necesidad de enmarcar el cielo porque yo ya lo he hecho por ella, pienso sin que la sonrisa bobalicona se esfume de mis labios.

Giro la cabeza hacia un lado y alargo la mano para acariciar la colcha con la yema de los dedos. Puede que, en el fondo, sí tenga un sueño: tenerla tumbada a mi lado y poder darle las estrellas. Consciente de que es una utopía, resoplo y extiendo los brazos en cruz. Vuelvo a fijar la vista en el cielo que veo a través de mi ventana justo antes de levantarme de la cama y empezar a prepararme para el combate de esta noche.

—Te quedas al mando —le digo al gato mientras le señalo con un dedo, con la mochila ya colgada al hombro.

Como es habitual, ni se inmuta. Solo reacciona cuando oye que abro una lata. Entonces, el muy interesado, se convierte en el animal más cariñoso del mundo.

Tal y como imaginé, mi rival de hoy no me lo está poniendo nada fácil. Esta vez no me han indicado el asalto en el que tengo que noquearle. Simplemente, me han pedido que gane. Las apuestas están bastante divididas, pero estoy convencido de que Byron se ha asegurado de acabar con un buen puñado de billetes al final de la velada.

Ambos estamos tumbados boca abajo sobre la lona mientras los asistentes, algunos agarrados a los barrotes de la jaula que nos rodea, gritan exaltados. Escupo sangre por la boca mientras intento recuperar el aliento sin perder de vista a mi rival, que parece igual de perjudicado que yo. Consigue ponerse en pie cuando yo aún estoy de rodillas. Se acerca cojeando al tiempo que se agarra la zona de las costillas. Con los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre, se planta frente a mí y alza la pierna para darme un rodillazo. Agarro su pierna con una mano, a tiempo de parar el golpe, y cierro la otra para asestarle un puñetazo en la entrepierna que le obliga a doblarse profiriendo un grito de dolor. No contento con ello, cuando tengo su

cara a tiro, abro el puño y, con la palma de la mano hacia arriba, golpeo su nariz con un movimiento ascendente. El tipo cae al suelo de espaldas con los brazos extendidos mientras la sangre mana a borbotones de su nariz.

Abro y cierro la mano con una mueca de dolor, aunque, si algo he aprendido en esta vida, es a no bajar la guardia jamás y a asegurarme de dar siempre el último golpe. Así que me pongo en guardia de nuevo y le doy una fuerte patada en las costillas. El tipo se encoge de dolor justo antes de que yo vuelva a patearle. Repito la acción hasta que me aseguro de que no se mueve. Solo entonces empiezo a retirarme, caminando de espaldas, sin perderle de vista jamás. Escupo una mezcla de saliva y sangre mientras siento mi labio palpitar. Aparte de eso y de varios moratones y el dolor de la mano, he salido bastante bien parado para lo que podría haber sido. Él, en cambio, sigue inmóvil en el suelo. Sé que no lo he matado, aunque puede que necesite pasar unos días en un hospital.

Enseguida entra dentro de la jaula el tipo que hace de árbitro. Agachado a su lado, comprueba las constantes de mi rival y le habla al oído. Le zarandea incluso, aunque no obtiene respuesta. Entonces hace una señal y entran un par de hombres que cargan con él como pueden y le sacan de la jaula. Luego se acerca a mí, agarra mi muñeca y levanta mi brazo. Algo mareado, miro alrededor. El público grita, algunos eufóricos, otros no tanto. Al fondo, apartado como siempre, está Byron, y me parece ver una tímida sonrisa de satisfacción en su rostro.

Con la cabeza agachada, aún tratando de recuperar el aliento, salgo de la jaula y camino por el estrecho pasillo que la gente forma al apartarse hasta llegar a la habitación que hace las veces de vestuario. Saco de la mochila la botella de agua y, tras dar un largo trago, vierto el resto sobre mi cabeza y mi cara. Trato de limpiar los restos de sangre con la mano y luego la seco con la toalla. Agotado, me dejo caer en la silla y echo la cabeza hacia atrás. Me permito el lujo de cerrar los ojos durante un buen rato, hasta que oigo la puerta.

—Toma. —Dixon me lanza un sobre abultado que cojo al vuelo—. Te necesitaremos esta semana para un trabajo. Espera nuestra llamada.

—¿Otro turno? —susurro.

—No. Tendrás que acompañar a Byron. Solo por protección. Será fácil. —Asiento con la cabeza sin abrir la boca—. Cuídate esa mano.

Cuando la puerta se cierra y me vuelvo a quedar solo, miro el sobre durante unos segundos y luego lo guardo en la mochila. Compruebo de nuevo la mano, abriéndola y cerrándola. La zona de los nudillos empieza a teñirse de un color oscuro bastante feo. No es la primera vez, así que estoy acostumbrado. Esta es una forma de

ganarse la vida bastante peligrosa, aunque me reporta unos ingresos rápidos y, en ocasiones, generosos. No niego que más de una vez haya valorado la idea de encontrar un trabajo más legal e inofensivo. Lo pensé seriamente después del ofrecimiento del señor Mackenzy, pero enseguida me di cuenta de que mi presencia le traería problemas. Nunca he sido bien visto en Asheville y puede que la gente dejase de contratar sus servicios si supieran que yo trabajo con él.

Hubo un tiempo en el que creí que podría tener sueños, que sería capaz de ser quien yo quisiera. Me convencí de que el pasado no tenía por qué tener tanto peso en mi futuro. Ava me hizo creer que yo era el culpable de sus constantes sonrisas, que yo podía hacerla feliz. Nunca pensé que yo tuviera ese poder. Y desde que nuestros caminos se separaron, no lo he vuelto a hacer.

Ava

Estoy sentada en el jardín trasero de la casa de mis padres junto a Alice, ambas con una botella de cerveza en la mano, observando a Logan. Mi hermana no ha dejado de mirarme de reojo, intentando adivinar el verdadero motivo de mi mudanza. Es demasiado lista como para no creerse del todo mi «necesitaba un cambio de aires». Es maestra en el instituto del pueblo desde hace algunos años, así que es complicado engañarla.

—¿Cuánto hace que salió del centro de rehabilitación? —me pregunta sin rodeos.

—No sé —miento mientras me peino el pelo con las manos y me pongo en pie para acercarme a Logan, huyendo por todos los medios de la mirada escrutadora de mi hermana—. ¿Qué te parece, Logan? ¿Te gusta? Qué jardín más grande, ¿verdad? Te prometo que, cuando busque una casa para nosotros dos, tendrá un jardín así de grande. Y columpios. ¿Querrás columpios?

No me contesta porque está muy concentrado mirando algo. Me acerco y me agacho a su lado. Al darse cuenta de mi presencia, me enseña las manos y se me escapa un grito.

—¡Logan! —grito entrando en pánico mientras intento quitarle la enorme cantidad de hormigas que corretean por sus pequeñas manos.

—¡Mamá, no! ¡Les haces daño!

—No, cariño. Son muy fuertes. ¿Acaso no te acuerdas de cuando vimos *Ant Man*?

A sus pies veo el enorme hormiguero donde vivían la mayoría de estos bichos, así que cojo a Logan en volandas y le aparto con rapidez de ahí.

—Pero yo quiero… Me gustan…

—Cariño, no te pueden gustar todos los animales del mundo.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

Logan frunce el ceño y me mira con la cabeza ladeada.

—¿Por qué?

—Porque hay animales más agradables que otros. —Se dispone a abrir la boca de nuevo, así que me apresuro a añadir—: Cuando tengamos nuestra propia casa, adoptaremos un perrito.

—¡Sí! —grita él con los puños en alto, muy ilusionado—. Y gallinas. Me encantan las gallinas. Y conejos. Me encantan los conejos. Y un poni. Me encantan los…

—Vayamos poco a poco, cariño —le corto poniendo un dedo sobre su pequeña boca—. Primero, el perro. El resto de la granja, lo iremos viendo.

—¿Mañana?

—Ya te lo dicho… Primero debemos tener nuestra propia casa.

—¿El día después de mañana?

—No, cariño —resoplo agotada mientras me froto la sien con los dedos—. Tenemos que buscar. Dame tiempo para encontrar la casa perfecta para nosotros.

—Qué rollo. ¿Qué puedo tener ahora? ¿Un pez? Me encantan los peces.

—Lo hablaré con los abuelos, ¿de acuerdo? Ve a jugar con la pelota. Corre.

Por suerte, me hace caso casi sin rechistar.

—Dime que Eric no tiene nada que ver con este repentino cambio de aires —escucho de nuevo la voz de mi hermana pegada a mi espalda y pego un brinco.

—¡Qué susto, mujer! —me quejo, con una mano sobre el corazón —. ¿Me queréis dar un respiro? Que entre Logan y tú, voy apañada.

Alice abre la boca, enfadada. Afortunadamente, mi padre abre la puerta trasera de la casa en ese momento y aparece en el jardín.

—¡¿Dónde está mi niño?! ¡Corre a darle un abrazo al abuelo! —grita emocionado mientras se acerca hasta él a grandes zancadas.

Logan ríe a carcajadas mientras mi padre le levanta y da vueltas sobre sí mismo.

—¡Vuelo! ¡Mamá! ¡Vuelo! —grita.

—Ya veo, ya…

Solo cuando oye mi voz parece que me hago visible a ojos de mi padre. Se acerca muy sonriente y, sin soltar a mi hijo, rodea mis hombros con el otro brazo y me estrecha contra él.

—No sabes la alegría que me llevé cuando tu madre me dijo que os mudabais. —Sonrío mientras, por el rabillo del ojo, veo a Alice con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Has pedido el traslado en el

trabajo? ¿Ya has mirado casa? Ya sabes que aquí os podéis quedar el tiempo que queráis, pero supongo que querréis tener vuestro propio espacio… ¿Dejarás a Logan en la guardería? Porque entre tu madre y yo nos podemos apañar… ¿A qué se debe esta decisión tan repentina?

—Me parece que, de todas las preguntas con las que la has acribillado, has dado con la del millón de dólares… —masculla Alice entre dientes, mirándome de reojo mientras yo hago ver que no la oigo y mi padre la mira confundido.

—¿No ha pasado nada grave, no…?

—No, papá. Tranquilo. Necesitaba un cambio de aires. Y echaba de menos el aire de aquí… y a vosotros. —Repito la misma excusa aunque con un tono sensiblero que consiga tocar la fibra sensible de mi padre y así llevármelo a mi terreno.

Como imaginaba, funciona.

—¡Pues claro que sí! ¡Has tomado la mejor decisión posible! ¿Dónde mejor vas a poder criar a Logan que aquí? —dice justo antes de dirigirse de nuevo a mi hijo—. ¿Tienes hambre? La abuela tiene la cena casi lista. Y me ha dicho que hay tarta de chocolate de postre. ¿Quieres? Vamos dentro, que vuestra madre ya casi tiene la cena lista.

—¿Sabes qué, abuelo? Voy a tener un perrito. Y gallinas. Y conejos. Y un poni. Y una vaca.

—¡Eh, amiguito! ¡De la vaca no habíamos hablado, ¿eh?!

—Bueno, pues los otros animales que te he dicho. Ah, y en tu casa tendré un pez.

—Te he dicho que tenía que hablarlo con los abuelos.

—Pues es lo que estoy haciendo.

Resoplando agotada, consciente de que hay batallas que es mejor no librar, empiezo a caminar para seguirles, pero Alice me agarra del brazo y me retiene.

—Ni por asomo te creas que esto se acaba aquí. —Chasco la lengua y miro hacia el interior de la casa—. No te preocupes, te guardo el secreto. Ya lo sabes. Para ellos, sigues siendo madre soltera por decisión propia, pero no olvides que yo sé tu historia con Eric, y estoy preocupada.

Me muerdo los labios y agacho la cabeza.

—Alice, ¿no vienen los chicos? —pregunta mi madre, asomando la cabeza por la puerta.

—No. Déjales. Necesitaba despegarme de ellos un rato, así que les he dejado dinero para que pidan una pizza.

—Pues te llevarás la comida que sobre.

—Me apetecía verlos… —Aprovecho la interrupción y el cambio de tema para empezar a escabullirme dentro de casa.

—Descuida. Mañana les digo que vengan y que se queden contigo un buen rato. Ya verás qué rápido me los devuelves —me dice

mientras me sigue.

—Porque están en una edad muy mala los tres… —interviene entonces mi padre.

—Siempre están en una edad mala. Tengan los años que tengan.

—¿Ya estás criticando a mis niños? —pregunta entonces mi madre.

—¿Alguna vez han sido papá y mamá tan comprensivos y pacientes con nosotras? —Alice, de brazos cruzados, me mira esperando respuesta—. Porque yo no me acuerdo y, la verdad, estoy algo celosa.

—Os quejaréis…

Los cinco nos sentamos alrededor de la mesa, en los mismos sitios que hemos ocupado siempre sin necesidad de decirnos nada.

—Te voy a poner muchas patatas fritas que ha hecho la abuela… —dice mi padre.

—No te pases —replico, quitándole el cuenco de las manos—. Que luego no come de lo demás.

Logan demuestra su disconformidad fulminándome con la mirada y con el ceño fruncido.

—Tu madre, qué dura es… Luego te doy dos trozos de tarta de chocolate.

—Papá. Estoy aquí y no soy sorda. —Él me saca la lengua y mueve una mano para restarle importancia a sus palabras, dejándome claro que van a consentir e intentar malcriar a Logan todo lo que puedan y más—. ¿Qué tal va la tienda?

—Bueno… ya sabes. Cada vez se vende menos. La gente prefiere coger el coche y hacer unos kilómetros para comprar en unos de esos enormes hipermercados… Así que prácticamente sobrevivimos gracias a las pocas ventas a los ancianos del lugar que no tienen carnet de conducir y de las compras de última hora… Además, de vez en cuanto tengo que soportar la visita de algún grupo de graciosillos que pretenden robarme bebida.

—¿Entran a robar? ¿Aquí? Pero si todos nos conocemos… —afirmo.

—A los jóvenes de hoy en día les da igual… —resopla mi madre a la vez que niega con la cabeza—. No tienen respeto por nada ni nadie.

—Y la mayoría de veces no son del pueblo. Algunos están en los campamentos del Parque Nacional…

—Pues que llamen a la policía —interviene Logan que, hasta ese momento, parecía sumido en su mundo.

—Eso mismo le digo yo siempre —añade mi madre, dándole la razón a Logan, que sonríe con orgullo—. No te enfrentes a ellos. Llama a la policía.

—Nunca lo hago. Nadie se atreve a hacerlo excepto aquella vez… Hará cosa de un año, un cliente les dio su merecido a unos

delincuentes. Sin casi inmutarse, logró inmovilizarles y asustarles hasta que salieron despavoridos.

—¡Vaya…! ¿Tenemos un justiciero en el pueblo y no lo sabemos? ¿Quién era? —pregunta Alice—. A lo mejor puedo contratarle para que recorra los pasillos del instituto y asuste a más de uno…

—Pues, la verdad, no lo sé. No me sonaba del pueblo, aunque llevaba una gorra y no pude verle bien.

Asisto a la conversación con una sonrisa en los labios. Echaba de menos no sentirme sola, y Logan también parece encantado.

—Pero la próxima vez llama a Jackson —dice entonces mi madre —. ¿Te acuerdas de Jackson, Ava?

—¿Ummm? —pregunto, aunque he escuchado su nombre con claridad.

—Jackson. Jackson Forrester.

—Ajá —contesto de forma distraída.

—El que iba contigo a clase…

—Sí.

—¿El hijo de los Forrester, que viven a dos calles de aquí? ¿Que su madre me ayuda los domingos en la iglesia…?

—Mamá —la corto—. Que sí. Que me acuerdo de él perfectamente.

—Pues ahora es el jefe de policía. Le ascendieron hará unos meses. Erais muy amigos, ¿no? Yo creo que siempre le gustaste. —Así ha sido siempre mi madre. Cuando habla, aunque nos pregunte algo a los demás, jamás da opción a contestarle. Ella sigue hablando y hablando sin parar. Menos mal que estamos acostumbrados, y ya ni siquiera hacemos el intento—. ¿No fue él el que tuvo aquel problema con ese chico tan problemático?

Me llevo el tenedor a la boca cuando me doy cuenta que los tres pares de ojos me miran.

—¿Qué? —pregunto, algo descolocada.

—Jackson. ¿No fue él al que pegó ese chico problemático…?

—Supongo… —contesto, aunque recuerdo perfectamente lo que pasó aquel día.

—Ese chico jamás me gustó —prosigue mi madre, hablando sin parar. Así que yo vuelvo a sumirme en mis pensamientos, recordando de nuevo a ese chico del que ella habla. Ese chico al que todos juzgaban sin conocer. Ese chico con el que pasé poco tiempo, pero al que jamás he conseguido olvidar—. Menos mal que te alejamos de él.

—Mamá, por favor… Creo que no es el mejor momento para… — Dejo la frase a medias y miro de reojo a Logan, aunque este parece haber vuelto a su mundo y está jugando a hacer formas con el puré de patata.

Cuando levanto la vista, me encuentro con la mirada de mi hermana. Levanto las cejas y muevo la boca para preguntarle qué

quiere aunque sin emitir ningún sonido. Ella entorna los ojos y mueve la cabeza, hasta que, cansada, me suelta:

—¿Aún tienes eso que te dio aquella noche?

La fulmino con la mirada, pero entonces me doy cuenta de que su pregunta ha conseguido hacer callar a mi madre y que los tres pares de ojos adultos me miran fijamente, esperando mi respuesta.

—¿Ava…?

Mi madre, impaciente, trata de meterme prisa.

—Supongo… —empiezo a decir con un hilo de voz, pero al ver la cara de espanto de mi madre, decido tergiversar la verdad—. No sé dónde está.

Mi madre parece respirar aliviada y Alice, aunque me sigue observando durante unos segundos más, parece convencerse también y se centra en la comida de su plato.

—Pues fíjate qué casualidad, ¿no, Ava?

—¿El qué?

—Lo de Jackson y tú…

—¿Lo de Jackson y yo…?

—Que estuvierais tan unidos de pequeños y que ahora tengáis la misma profesión…

—Ni estuvimos tan unidos ni tampoco tenemos exactamente la misma profesión.

—¿Cómo que no? Los dos sois policías.

—Técnicamente sí, pero no es lo mismo. Él no podría ejercer mi trabajo, por ejemplo.

—Mi niña tiene más rango. ¿A que sí, cariño? —me pregunta mi padre con orgullo mientras yo asiento con la cabeza.

—¿Sabes que se ha separado? —prosigue mi madre, como si nuestros comentarios le hubieran entrado por un oído y le hubieran salido por el otro, sin más.

—No —contesto de forma cortante.

—Su madre me dijo que ella no llevaba nada bien que él pasara tantas horas fuera de casa. Chica, ella ya sabía dónde se metía cuando se casó con él, digo yo, ¿no? —Mientras ella sigue hablando, intento prestarle atención, aunque reconozco que desconecto en algún momento. Al menos, hasta que escucho—: Ya verás cuando se entere de que estás aquí. Querrá quedar contigo, seguro.

—¿Qué? ¿Quién?

—¿Quién va a ser? Jackson.

—Mamá, no voy a quedar con él. ¿Para qué iba a hacerlo?

—No sé, chica… A lo mejor os apetece hablar. Tendréis cosas en común. A lo mejor, el chico se puede desahogar contigo.

—No estábamos tan unidos. Tú, por si acaso, no comentes a nadie que estoy aquí.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Encerrarte en casa? —interviene mi hermana—. Esto es Asheville, no Nueva York. Aquí no puedes ni tirarte un pedo sin que se entere la madre de Jackson.

—Alice, no seas ordinaria —le reprocha mamá, pero ella no se inmuta y sigue hablando.

—De hecho, yo de ti tendría serias dudas de que no lo sepa ya y se lo haya comentado a su hijo.

—Bueno… no… no me encerraré en casa, pero tampoco hace falta que anuncies mi llegada a bombo y platillo. Quiero ir… poco a poco. Necesito asentarme, así que dejaré los reencuentros para más adelante —digo justo antes de centrarme en Logan, que parece muy entretenido llenando su cuchara de guisantes, uno a uno.

Se pone bizco cada vez que acerca la cuchara a su boca y, a pesar de la lentitud de sus movimientos, todos se le acaban cayendo al suelo. A todos se nos escapa la risa al verle, pero la paciencia no es una de las virtudes de mi hijo, así que, enrabietado, empieza a golpear el plato con la cuchara.

—¡Logan, no!

—No pasa nada —dice mi madre.

—Sí pasa. Eso no se hace, Logan. ¿Qué se dice?

—No se me dan bien los guisantes. Quiero tarta. Me encanta la tarta.

De nuevo se nos escapa la risa a todos, pero yo enseguida me recompongo para intentar ejercer de buena madre.

—De acuerdo. Pero ¿no crees que le tienes que decir algo a la abuela?

Logan la mira fijamente, parpadeando cada pocos segundos.

—Te quiero.

—¡Ay, mi niño precioso! —grita mi madre acercando las manos a su cara y acariciándole las mejillas, muy emocionada.

—Madre mía… Es un verdadero embaucador —comenta mi padre mientras yo me levanto y voy a la cocina para coger la escoba y el recogedor.

Al abrir el armario de la despensa, oigo un carraspeo a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, descubro a Alice.

—Eso de no querer ver a nadie… ¿incluye a Sam Wilkins? —Escuchar su nombre le provoca una pequeña arritmia a mi corazón, y Alice se da cuenta de ello porque sabe lo mucho que me gustaba y ahora acaba de comprobar que sigue sin serme indiferente. Ella fue una especie de confidente para mí en su momento. Con ella podía desahogarme y confesarle lo que sentía por ese chico al que todos temían—. Dicen que vive en la montaña, en una cabaña.

Parece oír la cantidad de preguntas que se agolpan en mi cabeza. Miro por encima de su hombro, hacia el salón, para comprobar que

nadie nos está escuchando.

—No saben nada. Tranquila. De hecho, creo que nadie lo sabe, porque no he oído ningún comentario. No se prodiga mucho por el pueblo.

—¿Y entonces tú cómo…? —logro preguntarle después de carraspear para aclararme la voz.

—Rod Mackenzy, uno de los hijos del señor Mackenzy, el del aserradero. Es profesor de Ciencias en el instituto. Su padre le contó que hace un tiempo fue al aserradero varias veces para comprar madera. Parece ser que se estaba construyendo una cabaña con sus propias manos. Dice que incluso su padre le ofreció trabajo, pero no volvió a aparecer más. Aunque de eso hace un tiempo. Puede que ni siquiera siga viviendo por aquí…

—¿Y entonces para qué me lo cuentas? —le pregunto, haciéndome la ofendida.

La esquivo para alejarme de ella y volver al comedor, pero ella me agarra del brazo.

—Aún lo guardas, ¿verdad?

La miro fijamente al tiempo que trago saliva con mucho esfuerzo. Intento que todo lo que siento dentro del pecho no explote de repente. Me conozco lo suficiente como para saber que, cuando eso sucede, soy incapaz de contener las lágrimas e incluso pierdo la dignidad.

Necesito escapar. Quiero empezar a correr y no detenerme hasta cruzar el bosque y llegar al embarcadero. Nadie me asegura que él siga viviendo aquí, pero, si es así, necesito comprobar que él tampoco ha conseguido pasar página. Que ese camino de madera que se adentra en el lago es un sitio especial, y que el tiempo que pasó allí sigue siendo inolvidable.

—Alice… Necesito… —señalo hacia el exterior.

—No. —Agarro su mano e intento que suelte mi brazo—. No sabes dónde vive. ¿Qué vas a hacer? ¿Vagar sin rumbo por el bosque como una loca?

—Sé perfectamente a dónde tengo que ir.

Alice chasca la lengua y, poco a poco, afloja su agarre.

—No puedo creer que después de tantos años…

—Ni yo, pero necesito verle.

—A papá y a mamá les va a dar un ataque al corazón si se enteran.

—Tú lo has dicho. Si se enteran. Guárdame el secreto.

Vuelvo al comedor ignorando sus aspavientos. Cuando me planto allí, mi padre y mi madre me miran fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿No ibas a por la escoba? —me pregunta papá mientras yo, incapaz de contestar, señalo hacia la puerta.

—Cariño, ¿estás bien? —interviene entonces mi madre, mirándome

con gesto preocupado.

—Es que… tengo que… salir un momento.

—¿Ahora? ¿A dónde?

—A…

Soy incapaz de contestar. No puedo confesarles mis intenciones. No puedo desnudarme de esa manera. A ellos, que hicieron todo lo posible por alejarme de él y de todo lo que le rodeaba, no puedo contarles que pretendo correr hacia él sin siquiera saber si le encontraré al final. En lugar de eso, miro a Alice implorándole ayuda y empiezo a caminar hacia la puerta principal.

Sam

Cuando me decidí a construir mi casa aquí, elegí el terreno en venta más cercano al lago a propósito. Me resistía a separarme de ese sitio tan mágico para mí, tan lleno de recuerdos, aunque eso significase seguir viviendo en este pueblo que nunca me acogió con los brazos abiertos.

Camino por el sendero del bosque que lleva hasta el lago con la vista levantada hacia el cielo. Me encanta ver cómo los rayos del sol se las apañan para colarse por entre las ramas de los altísimos pinos mientras su característico olor me invade por completo. Me gusta la sombra y la humedad del suelo y el sonido de mis pisadas sobre el follaje y las ramas. Recuerdo caminar por este mismo sendero con ella, mirándola embelesado mientras ella no paraba de hablar y reír. Recuerdo aquella vez que lo recorrimos cogidos de la mano.

Cuando llego a la amplia orilla del lago, camino sobre las piedras blanquecinas con las manos en los bolsillos del vaquero. Miro a un lado y a otro para comprobar que, como suele ser habitual, estoy completamente solo. Con una sonrisa en los labios, empiezo a recorrer el embarcadero, haciendo crujir los tablones de madera bajo las suelas de mis zapatillas. Cuando llego al final, como siempre, miro esas tablas diferentes del resto que yo arreglé hace veintitrés años. No puedo evitar hacerlo, como tampoco puedo evitar pisarlos con fuerza para comprobar que siguen en buen estado. Es una costumbre que sé que jamás perderé.

Sin sacar las manos de los bolsillos, pierdo la vista en el horizonte y me permito el lujo de cerrar los ojos. No me equivocaba: soy capaz de retroceder en el tiempo y escuchar los mismos sonidos, de oler los mismos aromas e incluso de sentir la misma brisa en mi piel. Hubo un tiempo en el que venía aquí, me ponía los auriculares en las orejas e intentaba imaginarme a mi madre. Ahora intento imaginarme a la mujer en la que se habrá convertido Ava. Sueño con ella, feliz y

risueña, con unos auriculares en las orejas, escuchando nuestra música.

A mi espalda oigo crujir la madera y, extrañado, me doy la vuelta lentamente para mirar quién se acerca. La sonrisa se me congela al instante y creo incluso que se me detiene el corazón. A unos metros de mí, inmóvil, mirándome fijamente con la boca y los ojos muy abiertos, está ella, la protagonista de todos mis sueños y pensamientos. Y sé que es ella porque reconocería esos ojos entre un millón más. La miro de arriba abajo de forma descarada, pero no puedo creer que esté frente a mí después de tantos años y que yo siga sintiendo lo mismo que la primera vez. Esa misma sensación de seguridad, de bienestar, de… confianza. Una sensación de hogar. Eso es lo que ella despierta en mí. Y ya, cuando sonríe, como está haciendo ahora, prende la mecha de decenas de fuegos artificiales dentro de mí. Se tapa la boca con ambas manos y se le humedecen los ojos. Yo, en cambio, sigo mirándola con cara de bobo.

Pasado un rato, aún sin haber intercambiado una sola palabra, se muerde el labio inferior y mete la mano dentro de su bolso. Rebusca dentro hasta que parece dar con algo y su cara se ilumina. Cuando lo saca y me lo muestra, abro los ojos como platos y se me escapa un jadeo. Después de veintitrés años, no solo conserva el pequeño reproductor que le di, si no que además parece llevarlo siempre encima, como yo hacía en su día. Ambos sonreímos con timidez, yo rascándome la nuca mientras ella lo hace encogiéndose de hombros. Entonces empieza a acercarse más, con sigilo y mirando esos mismos tablones que yo arreglé en su día.

—Parece que hiciste un buen trabajo… Siguen aquí. Todo sigue aquí. —susurra mientras arrastra la punta de su sandalia sobre las maderas. Levanta la cabeza y mira alrededor. Parece muy feliz. Su sonrisa melancólica la delata y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír al verla. Al menos hasta que posa sus enormes y preciosos ojos azules en mí y se me detiene el corazón—. Incluso tú.

Separados por medio metro escaso, Ava parece esperar a que yo diga algo, pero, simplemente, soy incapaz de articular palabra. Me observa divertida, sin una pizca de acritud en su mirada, hasta que, como cuando éramos unos críos, decide llevar el peso de la conversación.

—Sigue funcionando perfectamente —me dice mientras me lo tiende. Levanto las palmas de las manos y niego con la cabeza—. Más que como un regalo, me lo tomé como un préstamo. Y ahora que nos hemos vuelto a ver, creo que deberías tenerlo tú. Era de tu madre y…

—No —consigo decir al final, y a Ava se le dibuja una enorme sonrisa al escucharme. Incluso la veo alzar las cejas, puede que sorprendida por mi tono de voz grave y algo áspero. Carraspeo

levemente para poder seguir hablando. Sus ojos miran mis manos fijamente—. No fue un préstamo. Fue un regalo.

Ava asiente con la cabeza, sin dejar de sonreír mientras lo sostiene entre las manos con sumo cuidado. Quiero pensar que lo atesora porque era algo mío, o porque la música que hay en él le recuerda a mí, aunque, en realidad, me conformo con el simple hecho de que aún lo conserve y lo lleve encima. Lo vuelve a guardar dentro del bolso y luego agarra con ambas manos el asa, sin saber bien qué decir o hacer.

—La última vez que nos vimos, también estabas… —susurra dejando la frase a medias mientras señala con un dedo mi cara y luego mi mano.

Trago saliva y la escondo rápidamente en el bolsillo.

—No es nada.

Nos quedamos un rato en un silencio nada incómodo en el que parece que nos conformamos con mirarnos, como si no nos pudiéramos creer estar uno frente al otro. Como si el tiempo no hubiera pasado.

—Vives por aquí, según tengo entendido.

—Sí. Por… —Alargo el brazo y señalo un punto cualquiera entre los árboles, sin molestarme siquiera en mirar dónde.

Intento que no se note lo mucho que me ha afectado su comentario. Si sabe que vivo por aquí cerca, es porque mi nombre ha salido en alguna de sus conversaciones y en este pueblo nadie me tiene en mucha estima, a pesar de que he procurado mantenerme al margen de todo y de todos.

Ava camina hasta el borde del embarcadero. Al pasar por mi lado, cierro los ojos y me dejo invadir por su olor.

—¿Vienes a menudo? —Abro los ojos de golpe y la descubro mirándome. Algo avergonzado, asiento con la cabeza—. Me alegro de que siga siendo un sitio tan especial…

Para mí, seguro. ¿Acaso lo sigue siento también para ella? Durante todo este tiempo, ¿se ha acordado a menudo de este sitio? ¿De los ratos que pasamos aquí juntos? ¿De todas nuestras conversaciones y confesiones? Esa idea produce un estallido en mi interior.

Ava gira la cabeza de golpe y me pilla mirándola de reojo. Enseguida pierdo la vista en el horizonte y trago saliva, nervioso, pero ella no aparta los ojos de mí.

—Realmente, nada ha cambiado… —afirma con cierto tono nostálgico, resoplando. Mira el cielo y luego los árboles a nuestra espalda, justo antes de señalarlos con un dedo y dar un paso, alejándose de mí—. Debería… ir volviendo a casa…

Cuando reúno el valor para girarme y encararla, ella ya me está dando la espalda, caminando decidida hacia la orilla empedrada. Como un bobo, mantengo la mano levantada, diciéndole adiós aunque

ella ya no me esté viendo.

—Date la vuelta, date la vuelta, date la vuelta… —me descubro repitiendo una y otra vez. No sé qué espero ganar si lo hace. Quizá poder soñar con la idea de que le cueste alejarse de mí tanto como a mí de ella.

Y entonces ella se detiene a medio camino. Agacha la cabeza y se mantiene inmóvil durante unos segundos, como si estuviese pensando qué hacer. En mi cabeza sigo repitiendo las mismas palabras hasta que, por fin, se gira.

Me descubre con la mano alzada y sonríe de nuevo, justo antes de imitar mi gesto.

—Nos… vemos —dice con la cabeza ladeada, y yo me tomo sus palabras como una firme promesa y me descubro sonriendo de oreja a oreja mientras asiento con la cabeza.

La observo alejarse a paso ligero, saltando por encima de algunas piedras y troncos, mientras su pelo ondea a su espalda. Hasta que no se pierde por el sendero que discurre entre los árboles, no reacciono. Hasta ese momento, además de inmóvil, estaba conteniendo la respiración sin darme cuenta.

Me han quedado demasiadas cosas por preguntarle y tengo la idea de que debe de haberse marchado con la sensación de que soy un idiota incapaz de hilar cuatro palabras seguidas para formar una frase. Pero ese «nos vemos», ahora mismo me da la vida. Y para conseguir que se cumpla esa especie de promesa escondida en sus palabras, pienso volver cada puñetera tarde. La esperaré el tiempo que haga falta porque necesito asegurarme de que esto que acaba de pasar no ha sido un sueño.

11

Ava

Solo cuando me adentro en el bosque me permito el lujo de detenerme. Apoyo la espalda en el tronco de uno de los grandes árboles y, con las manos en las rodillas, inclinada hacia delante, trato de recuperar el aliento que Sam me ha robado sin siquiera pretenderlo. Verle ahí, en ese mismo sitio, el nuestro, tan diferente y a la vez tan igual, me ha trastocado completamente. Puede que ambos hayamos crecido y cambiado, que nuestras vidas no se asemejen en nada a lo que habíamos planeado, pero en realidad me ha parecido como si todo fuera igual. Solo éramos nosotros dos en nuestro sitio especial, con nuestra música y nuestras miradas.

Él sigue siendo ese chico callado y solitario de ojos rasgados y sonrisa de ensueño que tanto le costaba mostrar. Su cuerpo ha cambiado. Su camiseta blanca dejaba intuir un torso musculado y las mangas ceñidas a sus bíceps, unos brazos fuertes. Ya no es ese chico escuálido que conocí en su día. También ha cambiado su corte de pelo. Parece que me hizo caso y dejó de esconderse detrás de ese largo flequillo, y ahora lo lleva muy corto. De esta manera, he podido admirar su rostro de rasgos marcados y sus ojos almendrados sin problemas.

Me llevo las manos al pecho y compruebo que mi corazón ya casi late a un ritmo normal y constante, así que suspiro aliviada. Necesito tranquilizarme antes de salir del bosque y adentrarme en el pueblo si no quiero ser la protagonista de los rumores y los interrogatorios a la hora del desayuno de mañana. Cuando estoy convencida de haber recuperado mi entereza, empiezo a caminar de nuevo y enseguida llego a la calle que entra en Asheville, a los pies de la torre de agua, visible desde cualquier punto del pueblo.

Mi teléfono empieza a sonar dentro de mi bolso y me doy prisa por sacarlo. Imagino que será mi madre, preocupada por la estampida de antes, así que empiezo a pensar en una excusa creíble cuando leo el nombre de mi psicóloga, Justine. Cuando le comenté acerca de mi

cambio de aires, estuvo muy de acuerdo, aunque insistió en que buscara algún especialista por la zona para poder seguir con mi terapia.

—¡Justine, hola!

—¡Ava! ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—Me alegro. ¿Ya os habéis instalado? Imagino que sí…

—Sí. Bueno, más o menos. De momento, hasta que encuentre un sitio y… me asiente un poco, estamos viviendo en casa de mis padres.

—Fantástico. ¿Cómo están tus padres y tu hermana?

—Muy bien.

—Supongo que estarán muy contentos de tenerte allí con ellos después de tanto tiempo… Y sobre todo de tener a Logan. ¿Cómo lo lleva él?

—Está encantado. Aquí tiene mucho terreno por el que correr y muchos bichos que investigar. Además, ya tiene planes para la futura granja que, por lo que parece, quiere montar en el jardín de nuestra futura casa.

Oigo su carcajada al otro lado de la línea. Se va diluyendo poco a poco hasta que vuelve a hablar.

—¿Se lo has contado a alguien?

—Aún no… Estoy… tanteando el terreno —me apresuro a decir para que no vea que me niego a ello, aunque sé que me va a costar mucho.

—¿Te acuerdas de la mochila que llevamos a nuestra espalda? —Asiento con la cabeza aunque soy consciente de que ella no me está viendo—. Con lo que la llenemos, no depende solo de nosotros. A veces los demás nos imponen cargas. Lo que sí está completamente en nuestra mano es librarnos de ellas. Te quitaste parte de ese peso al compartir con tu hermana los problemas de tu relación con Eric. ¿Cómo te sentiste?

—Bien… Aliviada. Pero mis padres no saben nada de él… y contárselo ahora todo… Además, no quiero añadir más preocupaciones a sus vidas. Ellos están muy contentos con que haya decidido volver a casa… creen que soy feliz y les daría un disgusto…

—Está bien no estar bien, Ava. Y la gente que te quiere lo entenderá y te apoyará.

—Lo sé…

—Prométeme al menos que lo intentarás.

—Lo haré.

—¿Tienes pensado verte con algún amigo de la infancia? Porque a lo mejor te resulta más fácil hablarlo con alguno de ellos…

—Puede… —contesto mientras la imagen de Sam aparece en mi cabeza.

—Doy por hecho que no te ha dado tiempo tampoco a buscar un especialista…

—En cuanto a eso… estaba pensando que podría seguir contigo…

—Pero estamos a muchos kilómetros de distancia.

—Pero podemos hablar por teléfono y…

—¡Ava!

Una voz masculina me llama. Cuando levanto la vista y miro alrededor, me doy cuenta de que estoy al lado de la comisaría de policía. Fuera hay un par de coches patrulla y, apoyado en la puerta abierta de uno de ellos, un tipo me saluda con una mano levantada. Mueve la cabeza para intentar verme mejor al tiempo que empieza a caminar hacia mí—. ¿Ava?

—¿Jackson? ¿Jackson Forrester? —pregunto mientras él se acerca con los brazos abiertos y una sonrisa de medio lado en la cara.

Sin duda, es él. Tan seguro de sí mismo, con su sonrisa algo arrogante, aunque más alto, más atlético y con más pelo en la cara que cuando íbamos al instituto. Sin pensárselo dos veces, intenta estrecharme entre sus brazos, pero yo me aparto prácticamente de un salto.

—Ava Gibson… —Sonríe a la vez que intenta disimular su desconcierto por mi actitud esquiva—. Mi madre me dijo que habías vuelto.

No merece la pena perder el tiempo en sorprenderme por lo rápidamente que ha corrido la noticia.

—Sí…

—¿Y no pensabas llamarme?

Le miro con los ojos muy abiertos.

—No he tenido…

—Es broma —me corta enseguida mostrándome las palmas de las manos, risueño.

—Ah… Eh… Vale…

Yo también sonrío, aunque él enseguida parece percibir algo de incomodidad en mis gestos y se apresura a cambiar de tema.

— ¿De dónde vienes? ¿Has ido a dar un paseo por el bosque?

—Ajá.

—No sabía que lo echaras tanto de menos como para volver. Pensaba que… eras una chica de ciudad.

—Un cambio de aires siempre viene bien…

Él asiente sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué… planes tienes…? Ya sabes… ¿Vas a buscar casa o a vivir con tus padres…? ¿Tienes… trabajo o…?

—Eh… Bueno, no sé. Aún estoy… asentándome. Tengo mucho que hacer y de lo que encargarme y…

—¿Podrías hacerme un hueco en esa agenda? —me corta de

sopetón—. Yo puedo… echarte un cable en lo que necesites. Podríamos quedar… Por los viejos tiempos.

—Claro. Sí. Bueno. Yo…

Quizá me he pasado con el entusiasmo porque las tripas se me revuelven por dentro. En realidad, no me había empezado a plantear mi futuro inmediato. Simplemente, pensaba dejarme mimar durante unos días. Necesito que alguien cuide de mí y de mi hijo. Luego, con el tiempo, supongo que buscaría una casa para ambos y entonces me centraría en encontrar un trabajo. Algo simple y fácil. Sin ningún tipo de responsabilidad.

Puede que desde esta tarde haya añadido a mis planes dar largos paseos por el bosque y pasar muchas horas sentada en ese embarcadero. Quizá incluso alguna visita a la cascada. Y no quiero que Jackson me robe ni un segundo de ese tiempo, pero tengo que disimular.

—¿Y…? ¿Has…? —Se remueve en el sitio, visiblemente incómodo, hasta que por fin parece atreverse a hacer la gran pregunta—. ¿Has venido sola?

Seguro que todo el mundo en el pueblo sabe que soy madre. La versión que conocen es la que les conté a mis padres, que el padre se desentendió del bebé, pero yo quise seguir adelante con el embarazo. Solo mi hermana sabe toda la historia.

Así que, como Jackson seguro que conoce la existencia de Logan, no tengo por qué mentirle.

—Con Logan. Mi hijo.

—Sí. Sabía que habías tenido un hijo. Logan. Bonito nombre. ¿Cuántos años tiene?

—Tres.

—Vaya… ¿Vas a matricularlo en la guardería?

—No lo sé. Ya veré. De momento, no creo que mi madre permita que lo separe de ella durante tantas horas…

—¿Y…? Entonces… ¿no tienes pareja? —En cuanto niego con la cabeza es incapaz de disimular el alivio en su rostro—. Yo estoy divorciado.

Se quita la gorra del uniforme y se rasca la cabeza. Parece algo nervioso, y creo que es la primera vez que le veo así. Cuando íbamos al instituto, jamás había mostrado una pizca de debilidad. Siempre tan arrogante y seguro de sí mismo.

—Ya… Me lo ha dicho mi madre…

—Me lo imaginaba —Alza las cejas y deja escapar el aire por la nariz—. Estoy bien. Cosas de la vida. Ya sabes. O sea, lo he superado. Hace ya casi un año de ello. Me he centrado mucho en el trabajo, y tengo muchos amigos y… Te estoy entreteniendo. Lo siento.

—Tranquilo —digo por educación mientras él se vuelve a poner la

gorra y levanta la mano para despedirse.

Entonces, entorna los ojos y me mira sonriente.

—¿Me apuntas tu número? —me pregunta mientras se acerca de nuevo, tendiéndome su teléfono móvil—. Para no tener que saber el uno del otro por los corrillos en misa.

—Claro…

Mientras sostengo su teléfono en las manos me maldigo por no haberme atrevido a hacer esto mismo con Sam.

—Te llamo y hablamos con más calma. ¿Te parece? —comenta cuando se lo devuelvo.

Camina hacia el lado del conductor del coche patrulla y se apoya en la puerta abierta. Me mira de arriba abajo. No parece tener intención de irse, así que levanto una mano y la muevo para despedirme. Solo entonces él se mete en el coche y arranca el motor. Veo el coche alejarse mientras él saca una mano por la ventanilla para decirme adiós. Cuando lo pierdo de vista, respiro aliviada, aunque entonces me acuerdo de que Justine debe estar aún al otro lado de la línea.

—¿Justine…? —pregunto una vez lo acerco a mi oreja.

—Vaya, vaya, vaya… Parece que ya tienes planes, ¿no? Parece que os conocíais bien…

—Más o menos.

—¿Vas a quedar con él?

—Puede.

—Ava, sabes que no tienes que hacer nada que no te apetezca hacer, pero lo más importante es que te atrevas a expresarlo sin miedo. No debes permitir que nadie te calle. Tienes que dejar de tener miedo a expresar lo que sientes.

—Lo sé, lo sé… Supongo que no me había planteado nada de esto. En realidad… Creo que es a otra persona a la que quiero volver a ver —confieso con un hilo de voz.

—¿Otra persona? —pregunta Justine, sorprendida.

—Sí.

—¿Un amigo de la infancia?

—¿La verdad? Solo estuvimos unos pocos meses juntos, poco antes de que mis padres me enviaran a estudiar a Nueva York. De hecho, él fue el motivo por el que lo hicieron.

—Ajá… ¿Quieres hablarme de él?

Me quedo callada mientras camino por la acera. Al final de la calle veo la casa de mis padres. Me cruzo con varios vecinos que me saludan con la mano, con un movimiento de cabeza o incluso algunos intentan acercarse para darme un abrazo. Afortunadamente, el teléfono en mi oreja les detiene.

—¿Él…? —pregunto al aire para darme algo de tiempo para

encontrar las palabras adecuadas para describirlo—. Él no fue el primer chico que me gustó, pero creo que, en el fondo, fue mi primer amor. Pasamos poco tiempo juntos, pero fue muy… intenso, por llamarlo de alguna manera. Nunca llegamos a decir que salíamos, pero creo que fue así. Yo lo sentí así, de hecho. No sé cómo lo vio él, aunque, en el fondo, me encantaría que fuera así. Ha sido la persona que más feliz me ha hecho en mi vida, y solo por el hecho de estar ahí, escucharme y sonreír cuando más lo necesitaba. Sé que puedo confiar en él a pesar de lo que todo el mundo piensa, y creo que quiero volver a hacerlo.

Sam

—Le juro que no me he llevado nada… —implora el tipo al que tengo inmovilizado con las manos en la espalda.

Poso una mano en su hombro y miro a Byron, que me hace una señal con la cabeza. De inmediato, sumerjo la cabeza del tipo en el fregadero lleno de agua. Se remueve como puede, intentando zafarse, pero ambos sabemos que es imposible.

A mi espalda, su mujer y sus dos hijos pequeños gritan y lloran. Intento no prestarles atención, pero me resulta imposible. Con los ojos cerrados, aprieto los dientes con fuerza cuando siento a alguien agarrándome por la espalda. Giro la cabeza y veo a la mujer, golpeándome incluso mientras me implora, desesperada.

Uno de los tipos de Byron me la quita de encima enseguida, golpeando su cabeza con la culata de una pistola. De forma inconsciente, relajo el agarre y el tipo saca la cabeza del agua y consigue darse la vuelta.

—¡No! —grita—. ¡No les hagan daño! ¡Ellos no tienen nada que ver!

Los gritos de los niños se vuelven cada vez más desesperados y sus caras reflejan un inmenso dolor. Vuelvo a cerrar los ojos durante unos segundos para no verlos. Cuando lo abro, veo que Byron me observa. Asiente con la cabeza y, al instante, alzo el puño y golpeo al tipo en el mentón. Cae a plomo al suelo, inconsciente. Le agarro de las solapas de la chaqueta y le obligo a ponerse en pie. Vuelvo a hundir su cabeza en el agua, como si así pudiera acallar los gritos de los niños y los que resuenan dentro de mi cabeza.

—Suficiente.

Suelto al tipo, que enseguida resbala hasta quedar tumbado en el suelo. Enseguida tose y escupe agua, volviendo en sí lentamente. Lo primero que hace al abrir los ojos es arrastrarse hasta la mujer y comprobar su estado. Los niños también se arrastran hasta sus padres,

sin dejar de llorar en ningún momento. La niña me mira de reojo y puedo ver el terror en sus ojos. Supongo que soy al tipo que más teme en esta habitación, y eso me entristece. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cuánto se convirtieron en esto unas peleas clandestinas?

Supongo que, hasta ahora, todo me daba igual. Mi vida era así de oscura y no tenía que darle explicaciones a nadie. Sabía que todo lo que hacía estaba mal, pero, simplemente, supuse que era mi destino.

Pero desde ayer no lo tengo tan claro. Ava tiene el poder de hacerme querer ser mejor persona. Ella me hizo creer hace años que me merecía soñar, que podía tener a alguien que me quisiera sin condiciones. Dejé de creer en todo eso cuando me la arrebataron, pero entonces, como por arte de magia, vuelve a aparecer frente a mí y su sonrisa me cambia por completo. Su mirada limpia y sincera no me juzga. Le da igual mi historia, aunque no estoy tan seguro de que no le importe mi presente.

—Tienes hasta la semana que viene para darnos el dinero.

Byron les amenaza con un dedo. El hombre asiente enseñando las palmas de las manos y encogiendo el cuerpo. La mujer parece haber recuperado la conciencia, aunque tiene un corte en la ceja que requerirá puntos de sutura. Los niños sollozan y tiemblan. Y todos me miran a mí. Como si yo fuera el tipo más peligroso, al que le tienen más miedo.

Seguramente, por eso me han traído con ellos. Hasta ahora, me he mostrado implacable. No he dudado jamás en golpear hasta ganar. Me daba igual el estado en el que acababa mi contrincante. Ahora me empiezo a plantear si ella me tendrá miedo también. ¿Qué habrá pensado cuando me vio la mano amoratada y los cortes en la cara?

—Buen trabajo —me dice Dixon tendiéndome un abultado sobre que enseguida guardo en el bolsillo interior de la chaqueta—. La semana que viene tendrás la otra mitad. Te llamaremos.

Apretando los labios, asiento una vez y agacho la cabeza. Byron y sus hombres se meten en sus coches mientras yo me quedo plantado al lado de mi furgoneta. Espero hasta que arrancan y se marchan. Cuando les pierdo de vista, miro la puerta del pequeño restaurante durante un rato. Respiro profundamente y empiezo a caminar lentamente hacia ella. La abro con sigilo y me dirijo de nuevo hacia la cocina. En cuanto llego, los cuatro me miran muy asustados, retrocediendo hasta pegarse a la pared contraria.

—Por favor. No nos haga más daño —dice el hombre, poniéndose frente a su familia para protegerla—. Se lo ruego. Pagaremos. Pagaré la deuda. Quiero pagarla.

Al tipo parecen flaquearle las rodillas y cae al suelo. Se arrastra hasta mí y me implora. Cuando me agacho frente a él, la mujer y los niños ahogan un grito.

—No voy a hacerle daño —susurro mientras le agarro del brazo para ayudarle a ponerse en pie.

Cuando lo logro, él me mira con miedo, protegiéndose con los brazos. Meto la mano dentro de la chaqueta y él se encoge. Saco el sobre y se lo tiendo.

—Cójalo —le pido mientras él lo mira con la boca abierta—. No cubre toda la deuda, pero sí la mayor parte.

Al ver que no reacciona, cojo su mano y pongo el sobre en ella. A su espalda, su mujer asiste a la escena sorprendida mientras que los dos niños esconden la cabeza tras ella.

—No quiero problemas —susurra mientras me lo tiende de nuevo —. No voy a aceptarlo. Les prometo que conseguiré el dinero.

—Ambos sabemos que conseguir tanto dinero en tan poco tiempo es imposible. No quiero que haga ninguna tontería para conseguirlo. No quiero que haga pasar por esto a su mujer y no quiero que sus hijos sufran las consecuencias. No haga tonterías. Pague la deuda y no vuelva a pedir favores a quien no debe.

—¿Y cómo sabemos que sí debemos aceptar favores de usted? — me pregunta la mujer.

—Supongo que tendrán que fiarse de mí.

—¿Después de lo que le ha hecho a mi marido?

—Tómeselo como mi manera de pedirles perdón.

Ambos miran el sobre. El tipo lo estruja entre sus dedos hasta que levanta la cabeza y me mira.

—¿Por qué? —me pregunta entonces.

—Porque lo siento —digo negando con la cabeza—. Lo siento mucho.

Miro por última vez a los niños mientras me alejo. La niña me mira desde detrás de las piernas de su madre. Ya no llora, pero aún tiene el miedo reflejado en los ojos. Espero que este gesto haya hecho que no guarde un recuerdo terrorífico de mí. No quiero que lo que han vivido hoy marque el resto de sus vidas. Quiero evitar que un error de sus padres los señale para siempre.

Salgo y camino hasta mi furgoneta, asegurándome de que nadie me haya visto volver a entrar. Conduzco hacia Asheville por las oscuras y poco concurridas carreteras secundarias sumido en mis pensamientos. Soy consciente de que algo ha cambiado en mí y sé con seguridad que Ava es la culpable. De alguna manera, necesito redimirme, o incluso convencerme de que lo que hago no siempre es tan malo. Lo ideal sería dejarlo, pero sé que será complicado alejarme de este mundo. Además, tengo la ligera impresión de que dar golpes es lo único que se me da bien.

Mis pisadas sobre la tierra resuenan en la oscuridad de la noche mientras camino hacia la puerta de entrada de mi casa. Subo los

escalones del porche y abro la puerta. Oigo al gato maullar desde mi dormitorio. Esa es su forma de decirme «hola», aunque jamás viene a saludarme. Sonrío de medio lado mientras cuelgo la chaqueta del perchero del recibidor y me quito las zapatillas de deporte.

—Buenas noches —le saludo cuando entro en el dormitorio, justo antes de dejarme caer en la cama, a su lado. Solo entonces se molesta en acercarse y frotar su cabeza contra mi pecho, exigiendo que le acaricie—. ¿Qué tal estás? ¿Bien? ¿Por qué me miras así? Esta vez, lo he hecho bien, ¿sabes? Les he dado el dinero que me han pagado. A la familia del restaurante. Para que salden su deuda con Byron. ¿Qué te parece?

El animal me mira ladeando la cabeza, como si me entendiera, y se me escapa la risa al verle. Le rasco la cabeza, entre las orejas.

—¿Te confieso una cosa? Creo que voy a intentar dejarlo. Sí. Quiero… hacer algo más normal. —Pongo un brazo detrás de la cabeza y pierdo la vista a través de la ventana. En el cielo oscuro hay muchas estrellas, esas que sueño con regalarle algún día a Ava—. ¿Te acuerdas de la chica esa de la que te hablé? ¿La que soñaba con una ventana como esta? La vi ayer, en el lago. Está aquí, en Asheville. No sé si de visita o… Pero me dijo «nos vemos», así que supongo que se quedará un tiempo. O puede que se haya ido hoy… pero yo no he podido ir al embarcadero y… Supongo que se queda en casa de sus padres… Podría pasar con el coche, por si pudiera verla. Aunque, en realidad, tampoco sé si ha venido con alguien. Su novio o su… marido.

Con el ceño fruncido, vuelvo a recordar todas y cada una de las palabras que intercambiamos. Suelto aire por la boca y niego con la cabeza.

—En realidad, no sé nada de nada. Me comporté como un idiota, mirándola como un bobo, contestando a sus preguntas con simples monosílabos. Di bastante pena, creo. Pero se dio la vuelta. Ella se dio la vuelta. Eso quiere decir que…

Vuelvo a resoplar cuando me doy cuenta de la fragilidad de mis esperanzas. ¿Qué quiere decir? ¿Qué significa el hecho de que se diera la vuelta en ese embarcadero? Nada. No significa nada de nada, aunque yo quiera creer lo contrario. Seguro que fue un gesto casual. O puede que no. Puede que se girara de forma consciente, para mirarme, para echar un vistazo al perdedor que dejó atrás antes de correr a los brazos del tipo que la debía estar esperando en casa.

El gato golpea mi pecho con su cabeza, como si me estuviera recordando que sigue aquí. Lo miro y vuelvo a rascarle la cabeza. Entonces maúlla y vuelve a frotarse contra mí.

—¿Qué quieres? —Me mira fijamente, como si realmente me estuviera entendiendo. Sonrío y, como no tengo nada que perder ni

nadie al que contarle mis penas, decido seguir hablándole—. No puedo hacer nada. Lo sé, soy patético. ¿Qué quieres que haga? ¿Plantarme en el embarcadero a esperarla sin saber siquiera si sigue aquí? Ya. Debería haber ido hoy… ¿Crees que ella ha estado allí, esperándome? Si al menos me hubiera atrevido a pedirle su número de teléfono, ahora podría llamarla y… pedirle disculpas por no haber ido. No. Eso no. Porque a lo mejor no ha ido porque estaba demasiado ocupada con su marido. Seguramente, ni siquiera tenga intención de volver al embarcadero. Es lo más probable, ¿no?

Cuando miro al gato, me doy cuenta de que se ha dormido, así que parece que hemos dado por terminada nuestra conversación.

Me levanto de la cama y me voy quitando la camiseta de camino al baño. Una vez allí, meto la ropa en el cesto para la colada y abro el grifo de la ducha. Mientras espero a que se caliente el agua, me apoyo en el lavamanos y miro mi reflejo fijamente. Me toco la zona de las costillas, aún algo amoratadas por culpa de la última pelea. También me toco la cara y luego miro mi mano. Sin duda, es la parte de mi cuerpo que tiene peor pinta. No creo tener nada roto, de lo contrario, no podría moverla y me dolería muchísimo más. Lo más probable es que algún vaso sanguíneo esté roto o desgarrado, provocando esta hemorragia interna. Nada que el tiempo no cure. Un par de semanas, para ser más exactos.

El vapor de agua inunda ya el baño, así que abro la mampara de la ducha y me coloco debajo del chorro. Me quedo inmóvil durante una eternidad, dejando que las gotas golpeen mi cabeza. Con las manos apoyadas en las frías baldosas y la vista agachada, me quedo hipnotizado viendo cómo las gotas resbalan por mi cara y mi cuerpo.

Cierro los ojos y su imagen vuelve a asaltarme. Sus preciosos ojos azules, mirándome con la misma pureza como hacían hace más de veinte años. Su sonrisa, que me regalaba sin pedirme nada a cambio. Me pregunto si su cuerpo sigue siendo tan cálido como años atrás. Necesito estrecharla entre mis brazos y comprobarlo. Volver a probar sus labios y sentir su lengua en mi boca.

Abro la boca y dejo escapar un jadeo. Lo que sí está claro es que mi cuerpo sigue reaccionando a ella. El pulso se me acelera y el rubor asoma en mis mejillas. Lo sé porque siento mucho calor. Las manos me tiemblan y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo hasta instalarse en mi entrepierna. Trago saliva y me toco sin quitarme su imagen de la cabeza, imaginándola tumbada en mi cama, comprobando que puedo darle lo que ella quiere: su ventana a las estrellas.

Ava

Con la excusa de salir a correr por el bosque, vuelvo a adentrarme en él por tercer día consecutivo. Después de nuestra pequeña charla, volví ayer con la esperanza de encontrarle en el mismo sitio. ¡Qué ilusa…! ¿Qué espero? ¿Que esté plantado a todas horas en el embarcadero, esperándome? La verdad es que sí, pero sé que es algo imposible.

Justine, después de escuchar lo que le conté de Sam, me animó a hablar con él. Así que, en el fondo, estoy siguiendo la terapia.

Mi teléfono empieza a sonar y rápidamente lo saco del bolsillo del pantalón. Leo el nombre de mi hermana en la pantalla y sé que me llama para controlarme, pero también sé que no desistirá en el empeño de hablar conmigo, así que será mejor que acabe con ello cuanto antes.

—Alice —me limito a decir al descolgar.

—Lo sabía.

—Eh… ¿Qué?

—¿Vas otra vez al embarcadero?

—He salido a correr.

—Pues yo te escucho muy serena hablando.

—Porque he parado para contestar tu llamada.

—Lo que tú digas. Vas al embarcadero. No me mientas.

—Puede que pase por ahí, sí. No te lo niego.

—Quieres encontrarte de nuevo con Sam.

—No he quedado con él, si es lo que te preocupa. Pero, si decide ir, yo no se lo puedo impedir. Si tanto te preocupa, haré como que no le he visto y seguiré mi camino.

—No te lo crees ni tú. ¿Dónde has dejado a tu hijo?

—Atado a un árbol a la entrada del bosque. ¿A ti qué te parece? Está con papá en la tienda, echándole una mano. O más bien no, pero ambos están encantados.

En ese momento, el sendero se acaba y llego al lago. Camino sobre la orilla empedrada con la vista fija en el embarcadero. No puedo evitar desilusionarme cuando no le veo allí. Pero le insinué que nos veríamos, y me giré a mirarle antes de marcharme… ¿Y qué? ¿Qué esperaba? Seguramente, haya rehecho su vida. Solo sé de él lo poco que le pude sonsacar. Puede que viva con su novia, o incluso su mujer, en esa cabaña que dicen que él mismo construyó.

Con cuidado para no caerme, me acerco un poco más al lago y miro en el agua, por si estuviera nadando, pero no parece haber nadie.

—Ava. No me mientas —insiste mi hermana en ese momento.

—Mira, si te vas a quedar más tranquila, no está aquí. ¿Contenta? Así que seguiré mi camino y…

En cuanto me doy la vuelta, le veo acercarse corriendo hacia mí. Cuando llega a mi lado, se detiene de golpe. Su pecho sube y baja con

rapidez, como si hubiera venido corriendo todo el camino desde su casa.

¿Me habrá oído? ¿Habrá notado la desilusión en mi tono de voz cuando creía que no nos encontraríamos?

—¿Ava? ¿Se ha cortado? —Oigo la voz de Alice a lo lejos porque ya no tengo el teléfono pegado a la oreja. Poco a poco, he ido bajando la mano hasta dejarla muerta a un lado del cuerpo. Frente a mí, Sam sonríe y enseguida me contagia—. Está ahí, ¿verdad? Ava. Ava, no me ignores.

Cuelgo la llamada sin más y guardo el teléfono en el bolsillo. Nos miramos sin decirnos nada. Yo, mordiéndome los labios y él, frotándose las manos en el vaquero. Entonces empiezo a caminar hacia el embarcadero echando varios vistazos hacia atrás para comprobar que él me sigue. Al principio parece expectante, pero enseguida viene tras de mí. Cuando llegamos al borde, ambos echamos un vistazo a las maderas más nuevas y luego me siento en el borde. Me quito las sandalias y dejo las piernas colgando. Recuerdo con nostalgia cuando no tenía la necesidad de descalzarme porque los pies no me llegaban al agua. Al rato, él me imita y se sienta a mi lado.

—Ayer no pude venir —suelta de sopetón con la vista fija en sus manos, que reposan en su regazo—. Estuve trabajando y se me hizo tarde… Aunque, de hecho, no sé si viniste. Quiero decir… supongo que no lo hiciste, pero te lo comentaba por si… Déjalo. Lo siento.

—Sí vine —suelto de golpe.

Sam gira la cabeza para mirarme y yo sonrío sin despegar los labios. Abre la boca para hablar pero acaba sonriendo como yo, y nos tiramos así un buen rato.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —me pregunta mirándome de reojo.

—Bueno, la idea es mudarme aquí de nuevo.

—¿En serio?

Admito que su expresión entre ilusionada e incrédula me provoca un cosquilleo agradable en la barriga, así que asiento con la cabeza.

—Necesitaba un cambio de aires. Nueva York es genial, pero necesitaba… respirar.

—Genial… ¿Has… dejado tu trabajo…?

—Sí. Bueno, no del todo. He pedido una excedencia.

—¿Pero eso quiere decir que podrías volverte a ir?

—Puede. O no. Podría buscar trabajo por aquí. No sé. —Sam me mira con el ceño fruncido, así que enseguida le aclaro—: Soy policía. Inspectora de homicidios, para ser más exactos. Supongo que podría trabajar en alguna comisaría de la zona, y seguro que estaría mucho más tranquila.

—Vaya… —Sam silba y me mira con los ojos muy abiertos y las

cejas levantadas.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Lo es. Siempre te imaginé en un trabajo de ese estilo. Te va mucho… Siempre has sido una tía dura, con un sentido de la justicia muy alto. Le plantaste cara a muchos por mí…

Le miro durante largo rato antes de atreverme a hablar. Me sigue enamorando la forma rasgada de sus ojos, así como sus pómulos muy marcados. Ahora, sin todo ese pelo cubriéndole, puede que sus rasgos parezcan más ásperos. Menos… dulces. Puede que tenga la culpa todo lo que haya vivido desde que nos separamos.

—Si echo la vista atrás, tengo la sensación de que no hice lo suficiente. Siento mucho lo que pasó.

—No fue culpa tuya —contesta él sin mirarme, con la vista fija en el horizonte y el ceño fruncido.

—Pero, aun así, no fue justo. ¿Qué tal te fue allí?

—No fue tan malo. Sobreviví.

Se encoge de hombros y sonríe de medio lado. Mientras asiento muevo las piernas y dibujo formas en el agua con los dedos de los pies.

—¿A qué te dedicas?

—No tengo un trabajo fijo. Voy… haciendo esto y aquello. Encargos, arreglos… de todo un poco.

Parece incómodo mientras habla, rehuyendo mi mirada aún más que antes.

—¿Te lo siguen poniendo difícil por aquí? —me atrevo a preguntarle.

—No… Bueno… Tampoco me dejo ver demasiado, pero no creo que se sintieran muy cómodos con mi presencia.

En ese momento, mi teléfono vuelve a sonar. En cuanto lo saco y veo un número desconocido en la pantalla, no puedo evitar que me dé un vuelco el corazón. Cuelgo y automáticamente bloqueo el número, como siempre hago, y lo guardo en la *tote bag* de tela que uso como bolso. Sé que no servirá de nada, porque en pocos días se las apañará para acosarme desde otro número, pero así consigo que me deje tranquila un tiempo. Sam me mira de reojo, pero no dice nada.

Al guardar el teléfono veo el pequeño reproductor de música y se me ocurre una idea. Lo saco y se lo muestro, tendiéndole uno de los auriculares. Lo coge y lo mira con una expresión melancólica que me encoge el corazón, pero no hace el ademán de moverse. Así que me tumbo y me coloco el otro auricular en la oreja, esperando que él me imite. Lo hace al rato, clavando la vista en el cielo, tragando saliva.

Le doy a *play* con delicadeza y algo de miedo porque sé los sentimientos que esta acción puede desatar. Escuchar esta música en este mismo reproductor después de tanto tiempo, en este lugar que

tanto significó para él, y hacerlo juntos…

Dejo el reproductor entre los dos y coloco los brazos a ambos lados de mi cuerpo. Cierro los ojos mientras las primeras notas de *Losing my religion*, de R.E.M., empiezan a sonar. Incluso muevo los labios, tarareando la que se ha convertido en una de mis canciones favoritas porque me recuerda a él. Me recuerda a su sonrisa despreocupada cuando nos tirábamos desde lo alto de la cascada. Me recuerda a sus lágrimas cuando intentaba protegerme de su padre. Me recuerda a lo felices que éramos hace más de veinte años, a pesar de todo y de todos. Me doy cuenta de que muchos de mis recuerdos a su lado no son felices, pero me da exactamente igual. Recordarnos juntos, saber que compartimos todos esos momentos, me llena el corazón.

Entonces siento cómo mi dedo meñique roza el suyo. Le miro de reojo, pero él mantiene los ojos cerrados. Su pecho sube y baja mientras las comisuras de sus labios se tuercen hacia arriba. Espero que en su cabeza esté rememorando todos los momentos que pasamos juntos. Todos. Los felices y los que no lo fueron tanto.

Gira la cabeza en ese momento y me pilla mirándole embelesada. Noto cómo el calor sube hasta mis mejillas.

—Gracias —me dice, y de inmediato siento que me derrito.

—Sam, quiero presentarte a alguien. —Lo suelto de sopetón, sin pensarlo. Aunque no necesito hacerlo. Quiero que conozca a Logan y quiero contarle mi historia. Sé que él puede ser mi persona, esa que Justine insiste en que necesito.

Sam

—Podríamos ir a la cascada… ¿Te va bien mañana? No sé cómo lo tienes, pero…

Ella sigue hablando, pero mi cabeza se niega a escucharla.

«¿A quién me quiere presentar? ¿Y tú qué crees? Pues a su novio o a su marido. No sé ni cómo te has permitido soñar con algo distinto…».

—¿Sam? —insiste ella, buscando mi mirada.

—¿Eh?

—¿Mañana? ¿Te va bien?

—Eh… No sé. Eh…

Me siento ridículo, así que, incapaz de permanecer más tiempo a su lado, me pongo en pie y señalo hacia el bosque. Incapaz de quedarme quieto, rehúyo su mirada mientras cambio el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—¿Te vas?

—Eh… Sí. Tengo que… irme.

Soy consciente de que ahora mismo parezco idiota de remate, pero necesito esconderme en casa y gritar bien fuerte por haber sido tan inocente de pensar que una mujer como Ava me estaría esperando.

—Te digo algo, ¿vale?

Le doy la espalda y empiezo a recorrer el embarcadero a grandes zancadas.

—¡Sam! ¡Sam, espera! —Enseguida siento su agarre en mi brazo, así que me detengo. Respiro de forma atropellada, casi jadeando. Entonces sus infinitos ojos azules se cuelan en mi campo de visión—. No tienes mi número.

Agacho la vista y trago saliva para intentar deshacer el nudo que se ha instalado en mi garganta. Veo que sostiene el teléfono entre sus manos y lo enciende de nuevo. Cuando está lista, me mira expectante.

Le dicto mi número con voz temblorosa mientras ella lo graba con actitud resuelta. Cuando acaba, mi teléfono empieza a sonar y me mira sonriente.

—Esa soy yo. —Cuelgo mientras asiento con la cabeza. Trato de esquivarla, pero ella se vuelve a interponer en mi camino—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Está bien —claudica, aunque nada convencida—. Ya me dirás algo.

Esta vez, por fin, consigo darle la espalda y empezar a poner distancia entre los dos. Tengo que hacer un esfuerzo enorme por no arrancar a correr hasta que llego al bosque. Una vez lo hago, empiezo a correr hasta que el pecho me arde y no me detengo hasta traspasar la puerta de mi casa.

—¡Joder! ¡Idiota, idiota, idiota!

Apoyo la espalda en ella, jadeando para intentar recuperar el aliento. Cuando miro mis manos, descubro que aún estoy agarrando mi teléfono, y lo hago con tanto fuerza que tengo los nudillos teñidos de color blanco.

El gato parece haberse dado cuenta de que algo no va bien y asoma la cabeza por la puerta del dormitorio. Caminando lentamente, se acerca y se sienta a una distancia prudencial, como si esperara una explicación por mi parte.

—¡¿Qué?! —le grito—. ¡No me mires así, ¿vale?!

El animal no se inmuta. Al contrario. Levanta una pata delantera y la lame con parsimonia mientras mi pecho sube y baja al tiempo que intento que mis pulsaciones vuelvan a tener un ritmo más calmado y regular.

Mi espalda resbala por la madera hasta que me quedo sentado en el suelo. Encojo las piernas y apoyo los codos en las rodillas mientras me agarro la cabeza con ambas manos. Me siento tan abrumado que

me resulta complicado contenerlo. Siento como si mi pecho y mi cabeza fueran a estallar por culpa de la batalla de sentimientos que se está produciendo en mi interior. He pasado en poco tiempo de la sorpresa a la ilusión, de la felicidad a la euforia, de la alegría a la más absoluta tristeza.

Y todo por su culpa. O por la mía, según se mire. Ava es la culpable de todo desde que la conocí. Ella es todo lo que hago, pienso y siento. Me atrevería a decir que incluso es todo lo que huelo y respiro.

Grito al tiempo que me agarro las orejas para intentar desahogarme y deshacer esta especie de peso que siento en el pecho. Incluso muevo las piernas, como si intentara patear al aire.

Al rato, incapaz de quedarme quieto, me pongo en pie y salgo de casa. Camino hasta la parte trasera y me meto en el cobertizo donde guardo las herramientas. Ahí colgué un saco de boxeo que lleva un tiempo olvidado, pero que ahora me parece el candidato perfecto para pagar mi frustración, así que alzo los puños y empiezo a golpearlo. Aprieto los dientes al sentir un dolor punzante en la mano que tengo amoratada. A pesar de ello y de las lágrimas que escuecen en mis ojos, lanzo un puñetazo tras otro hasta que, cerca de una media hora después, totalmente exhausto, me abrazo al saco.

Aún agitado, me quito la ropa en cuanto entro en casa, me meto en el baño, abro el grifo del agua fría y me coloco debajo, dejando que las gotas se claven en mi piel como cuchillos. Agacho la cabeza y miro mis manos. Las volteo, las froto la una contra la otra, compruebo el estado de los cortes y hematomas… y las cierro hasta que los nudillos se tiñen de blanco. Me he imaginado miles de veces acariciando la piel de Ava, recorriendo su cuerpo con delicadeza, pero ahora me doy cuenta de que no merezco hacerlo. Ella no merece que unas manos como las mías la toquen.

Anudo una toalla a mi cintura y, descalzo y con el cuerpo aún mojado, camino hasta el dormitorio y me tumbo boca arriba en la cama. Pierdo la vista en el cielo estrellado que veo a través de la ventana de Ava cuando llega un mensaje a mi teléfono. No tengo intención de levantarme a cogerlo, hasta que me llegan dos mensajes más, seguidos.

Número desconocido: *Hola. Soy Ava.*

Bajo la mano y me quedo inmóvil. Miro alrededor sin saber qué hacer. El simple hecho de leer su nombre, de saber que puede estar ahora mismo con su teléfono en las manos, pensando en mí para escribirme, altera mi corazón. Y me maldigo por ello, porque no quiero hacerme ilusiones. No me lo puedo permitir.

Antes de volver a atreverme a mirar la pantalla, me siento en la cama. Paso una mano por mi pelo y mi nuca mientras me mezo hacia

delante y hacia atrás. Está claro que jamás podré reponerme del efecto que produce en mí. Con tres simples e inocentes palabras, ha conseguido alterar el ritmo de mi corazón. Es como si el órgano más importante de mi cuerpo hubiera estado funcionando al ralentí desde que nos separamos hace veintitrés años, esperándola, y ha vuelto a revivir, a latir con fuerza de nuevo desde que nos volvimos a encontrar. ¿Seré capaz de ignorarlo?

Trago saliva y acerco mi teléfono para grabar su número en mi agenda de contactos antes de seguir leyendo sus mensajes.

Ava: *¿Estás bien? Antes me ha parecido que… algo había cambiado y… no sé si es por algo que he hecho o dicho…*

De nuevo, leo su nombre y mi corazón se salta un par de latidos.

Ava: *No estaba muy segura de volver, pero… estás aquí.*

Estoy confuso. ¿Está insinuando que el hecho de que yo esté aquí la hace sentirse bien? ¿Que no estaba segura de volver?

En ese momento, mientras intento encontrar sentido a sus palabras y apaciguar el cúmulo de sentimientos contradictorios que me asaltan, recibo otro mensaje.

Ava: *Lo siento. Estoy dándole vueltas y puede que sea mejor así. No hace falta que contestes mis mensajes ni que nos veamos mañana. Puedes borrar mi número de teléfono si lo prefieres.*

No sé qué siento, no sé qué quiere ella, pero sí sé que necesito seguir viéndola, aunque eso signifique verla con otro.

Yo: *Me va bien quedar mañana.*

No soy demasiado hábil con las palabras, así que esto es lo mejor que puedo contestarle para tratar de quitarle esa idea de la cabeza.

Ava: *¿Seguro? No quiero que te sientas forzado… Si tienes trabajo, podemos vernos otro día. O no vernos. No pasa nada.*

Yo: *Seguro.*

Ava: *Genial. ¿Te va bien por la mañana? ¿Sobre las once?*

Yo: *Bien.*

Ava: *No sé si sabré llegar… ¿Nos vemos en algún punto y vamos juntos?*

Yo: *Está bien. A las once en el embarcadero.*

Ava: *Fantástico. Llevaré algo de comida…*

12

Ava

—¿Estás segura? ¿No os perderéis? —me pregunta mi madre mientras me sigue con la mirada.

—Mamá, por favor. No te preocupes. Además, llevo el teléfono. Y, si nos perdemos, me aseguro de llevar comida para poder sobrevivir varios días —bromeo, aunque a mi madre no parece hacerle demasiada gracia y me mira torciendo el gesto con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Vamos de excursión! ¡Vamos de excursión! —Afortunadamente, Logan y su entusiasmo hacen acto de presencia en la cocina cuando yo ya estoy cerrando la mochila—. Abuela, ¿tienes un bote?

—Claro, cariño —le responde ella—. ¿De cristal?

—Quieta. —Me adelanto, agarrándola del brazo para impedir que haga nada—. No tienes por qué acceder a todas sus demandas. ¿Para qué lo quieres, Logan?

—Para los animales.

—¿Qué animales?

—Los que encuentre.

—No necesitas un bote para eso, porque, aunque encuentres animales, no te los vas a traer.

—¿Por qué no?

—Déjale, mujer…

—¿Lo ves? La abuela me deja.

—Pero mamá, no.

—Pero es la casa de la abuela.

Resoplo mientras hundo los dedos en mi pelo, justo antes de claudicar.

—Haz lo que quieras. Pero rápido, que nos vamos.

—¿Tienes prisa? ¿Has quedado con alguien? —me pregunta mi madre al verme mirar el reloj. De repente su cara se ilumina—. ¿Con Jackson? Su madre me dijo que el otro día os encontrasteis.

—¿Qué? ¡No! O sea, sí nos encontramos y quedamos en…

llamarnos, pero no, no he quedado con él. —Antes de que empiece a montarse películas en la cabeza, me apresuro a decir—: Con él ni con nadie. Vamos Logan y yo solos. Solos los dos.

—Está bien. Me ha quedado claro.

—Eso espero. ¿Nos vamos, enano?

No hace falta que le anime demasiado porque él, aún guardando el bote de cristal dentro de su mochila, con la lengua asomando en su boca, corre hasta colocarse frente a mí y empezar a caminar por el pasillo.

—¡Hasta luego, abuela!

—¡Pásatelo muy bien, cielo!

—¡Vale! ¡Y tú no llores por no verme!

Incapaz de contener la risa, meneo la cabeza y le sigo hasta que salimos y bajamos los escalones del porche. Le ayudo a colocarse la mochila a la espalda y le agarro de la mano mientras caminamos calle arriba.

El trayecto hasta el lago es un paseo de no más de quince minutos desde que sales del pueblo. Quince minutos en los que Logan no ha mantenido la boca cerrada en ningún momento: preguntándome cualquier duda que se le pasara por la cabeza, cantando e incluso hablando solo. Quince minutos en los que no he parado de imaginarme diferentes maneras de contarle mi historia a Sam ni de intentar adivinar sus posibles reacciones.

Cuando llegamos al claro del lago, Logan se suelta de mi mano y corre hacia la orilla. Se inclina para recoger algunas piedras y las empieza a lanzar al agua. Cuando miro hacia el embarcadero, descubro la silueta de Sam, mirándonos. Vestido con un pantalón corto de color negro y una camiseta gris de manga corta, con una mochila colgada a los hombros, permanece inmóvil, con las manos en los bolsillos. Levanto una mano con timidez y le saludo mientras Logan intenta tirar de mí hacia la orilla.

—Ven, mami. Ven. Mira qué hago. —Le observo agacharse y lanzar una piedra. Cuando esta salpica y provoca ondas en la superficie, Logan ríe y aplaude. Vuelvo a mirar a Sam, que empieza a caminar hacia nosotros—. ¡Pero mírame!

—Sí… Sí, cariño.

Pero soy incapaz de hacerlo. Soy incapaz de apartar la vista de Sam hasta poder ver la expresión de su cara. Necesito saber qué opina de lo que ve, qué piensa al verme con Logan. Aunque, cuando está lo suficientemente cerca, soy incapaz de dar ninguna respuesta a mis dudas.

—Hola —le saludo—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Sam niega con la cabeza sin dejar de mirar a Logan, que parece reparar ahora en que no estamos solos.

—¿Quién es? —pregunta.

Me agacho a su lado y, colocando bien las asas de su mochila, peino su pelo revuelto con una mano.

—Logan, él es mi amigo Sam. —Me pongo en pie—. Sam… Él es Logan. Mi hijo.

Los dos se miran con la boca abierta mientras yo les observo con el corazón en un puño.

—¿Vas de excursión? —le pregunta Logan al ver la mochila en sus hombros.

Sam no responde. Se limita a mirarle, aún con la boca abierta y el ceño fruncido, como si dentro de su cabeza se estuviera librando una ardua batalla.

—Va a venir con nosotros. Él conoce muy bien la montaña y nos puede enseñar unos sitios muy chulos. ¿Qué te parece?

—Pero dijiste que íbamos solos…

—Ah… Sí. Sí. Es verdad que le dije eso a la abuela, pero… —Intento encontrar la excusa perfecta, pero no pienso bien bajo presión. Los interrogatorios de mi hijo pueden ser más duros que los de cualquier inspector de la policía—. Pensé que sería más divertido si venía él.

Logan no parece muy convencido, y mira a Sam con los ojos entornados y la cabeza ladeada.

—Tengo una lupa —le dice de repente, quitándose la mochila con la clara intención de enseñarle su contenido. Cuando la saca, se la tiende a Sam y espera paciente a que este se decida a cogerla. Afortunadamente, este se agacha a su altura, la agarra con timidez y la observa detenidamente, como si fuera un objeto preciado. A Logan parece gustarle su reacción y enseguida vuelve a meter la mano en la mochila—. También una linterna. Y un bote. Para animales. Me encantan. Ah, y chuches. Me las regaló el abuelo en su tienda. ¿Quieres?

—No. Gracias —contesta por fin Sam, con una media sonrisa apareciendo en sus labios.

—¿No te gustan?

—Sí, pero mejor guárdatelas para ti.

Logan se encoge de hombros mientras vuelve a guardar sus cosas en la mochila. Sam se incorpora y, por fin, me mira. Se humedece los labios y asiente con la cabeza. Creo que le toca a él hablarme, decirme lo que piensa, así que me mantengo expectante.

—Él es… —balbucea mirando de reojo a Logan, que no nos pierde de vista—. ¿A quien querías que conociera?

—Sí. —De repente, su cara se ilumina e incluso se le escapa la risa. Parece aliviado a la vez que feliz—. ¿Quién te…? Espera. Pensabas que te iba a…

—¿Nos vamos? —pregunta ignorando mis preguntas mientras agarra las asas de su mochila.

Logan enseguida se coloca a su lado y levanta la cabeza para mirarle.

—Soy fuerte —le suelta.

—Ah. Perfecto.

—No me canso.

—Mejor.

—¿Está lejos?

—Un poco. Una media hora caminando. Pero es cuesta arriba en la mayor parte del recorrido.

Logan frunce el ceño, pero intenta disimular, así que me apresuro a intervenir.

—No te preocupes. Si te cansas, mamá te llevará a la espalda un rato.

Sam

—¿Por eso parecías molesto? —me pregunta Ava aprovechando que el camino se ha allanado y ensanchado y Logan camina unos metros por delante, observando con curiosidad todo lo que le rodea. Absolutamente todo.

—¿Eh…?

—Ayer, cuando te dije que quería presentarte a alguien, me pareció que… te enfadabas. —La miro de reojo y descubro que ella me mira de la misma forma—. No me malinterpretes. No me las doy de… importante ni nada de eso. Quiero decir… que no pienso que lo que digo influya en tu estado de…

—Pero sí lo hace —la corto en voz baja, casi susurrando, para que Logan no nos escuche—. Sí me enfadé. Pero no contigo, sino conmigo por hacerme… Da igual.

Niego con la cabeza y sonrío, nervioso.

—Lo siento. No era mi intención. No sabía cómo decírtelo. —Ava mira a su hijo, que corre de un lado a otro. Sonríe al verle tan feliz, y yo lo hago al verla a ella—. Él es toda mi vida y… Bueno, quería presentártelo.

—¿Cuántos años tiene?

—Tres. —Asiento con la cabeza y aprieto los labios. Intento formular la pregunta en mi mente antes de dejarla salir por mi boca. Mientras lo hago Ava sigue hablándome de Logan—. Es un niño muy feliz y tiene mucha vitalidad. Siente curiosidad por todo lo que le rodea, como puedes comprobar, y en ocasiones puede llegar a ser muy intenso.

—¡Mamá, mira! —Logan nos interrumpe entonces, parado a unos metros por delante de nosotros, sosteniendo en alto lo que parece ser una pequeña serpiente.

—¡Logan, por favor! ¡Suelta ese bicho!

—¿Me lo puedo quedar?

—¡Por supuesto que no!

—Pero me encanta.

Cuando llegamos a su altura, Ava mira al bicho con recelo, parapetada detrás de mi brazo. Me agacho a la altura de Logan y le cojo la pequeña culebra de las manos.

—Es inofensiva —le informa a Ava para intentar tranquilizarla—. ¿Tienes un terrario para poderla cuidar en condiciones, Logan?

—¿Qué es?

—¿Un terrario? —Él asiente con la cabeza—. Es como… una pecera, pero sin agua. Dentro, recreas las condiciones idóneas para que el animal pueda vivir bien. No puedes, simplemente, meterlo en un bote de cristal, y tampoco puedes dejarlo suelto por casa. No creo que a tu madre le hiciera mucha gracia.

—No —ríe Logan mirando a su madre, justo antes de ponerse en cuclillas a mi lado para ver cómo suelto a la pequeña culebra y esta huye de nosotros—. ¿Falta mucho para llegar?

—No. Está aquí mismo.

—¡Genial! ¡Corre! ¡Vamos! —Logan agarra mi mano y tira de mí con fuerza. No es suficiente como para moverme, pero, aun así, le sigo la corriente y me dejo arrastrar por él. Cuando miro hacia atrás, descubro a Ava observándonos con una enorme sonrisa ilusionada dibujada en la cara—. Estoy un poco cansado ya.

Sin pensármelo dos veces, lo cojo en brazos sin esfuerzo. Logan parece encantado y, con la lupa aún en la mano, me mira sonriendo justo antes de girar la cabeza hacia su madre y saludarla con la mano.

—¿No eras tan fuerte? —le pregunta esta justo en el momento en el que el pequeño lago y la cascada se presentan frente a nosotros.

—Hemos llegado.

Logan lo mira todo con la boca muy abierta, hasta que Ava se planta a nuestro lado.

—Está igual a como lo recordaba… —comenta con expresión nostálgica justo antes de cruzar la mirada conmigo.

—¡Me encanta! —grita Logan levantando los brazos.

Nada más dejarle en el suelo, se quita la mochila a toda prisa e intenta quitarse la camiseta.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —empieza a gritar mientras gira sobre sí mismo.

—Espera, espera. —Ava le ayuda a sacarse la camiseta con cuidado y le peina el pelo con las manos cuando lo logra—. Además, no sé

para qué corres tanto si tengo que ponerte los manguitos y no puedes meterte sin nosotros…

—¿Te bañas? —me pregunta.

—Vale.

—Pues venga. Rápido.

—Y tengo que ponerte crema —dice con el bote ya en la mano. Logan se deja hacer mientras pone los ojos en blanco y mueve los labios, haciéndome reír—. Pues a él también tienes que ponerle.

Los dos nos miramos algo incómodos, pero Ava enseguida reacciona.

—Sam ya se la ha puesto en casa. Y, si no, es mayorcito para ponérsela solo.

Cuando Logan está listo, me mira y empieza a caminar hacia la orilla del lago. Cuando sumerge los pies, un escalofrío recorre su cuerpo y se abraza el torso con ambos brazos.

—Está fría —dice.

Mira a Ava y alza los brazos para que esta le coja en brazos. Ella ya se ha quitado el pantalón y está haciendo lo propio con la camiseta. Me quedo embelesado mirándola hasta que se la quita del todo y nuestros ojos se encuentran. Entonces agacho la vista al suelo y hago ver que busco algo en la mochila. Cuando consigo darme la vuelta, ella ya me está dando la espalda, así que puedo mirarla sin reparo. Sigue teniendo un cuerpo perfecto, con más curvas que cuando la conocí. Ya no está tan delgada, y eso me encanta. Paseo la vista desde sus piernas hasta su cuello, expuesto gracias al moño en el que se ha recogido el pelo.

Les observo durante un rato mientras Logan chapotea a su alrededor y ella ríe divertida mientras le anima.

—¡Sam! ¡Ven! —me grita entonces el crío, agitando las manos en el aire.

Me sumerjo en el agua rápidamente para que el agua fría me espabile un poco y nado hasta llegar a ellos. Cuando me pongo en pie, los dos me miran asombrados, aunque creo que Ava intenta disimularlo. No voy a negar que su reacción me gusta.

—Haz así —me pide Logan, doblando el codo y apretando el puño para enseñar músculo. En cuanto hago lo que me pide, abre los ojos como platos y levanta las cejas—. ¡Ala! ¿Has visto lo fuerte que es, mamá?

Bajo el brazo enseguida, avergonzado, y nado hacia la cascada para alejarme de ellos. Me agarro a la roca y empiezo a subir hasta alcanzar el saliente desde el que nos tirábamos. Hace mucho que no subo aquí arriba. Concretamente, desde la vez que vine con ella y me confesó que jamás había besado a nadie. Nuestros ojos se encuentran y deseo con todas mis fuerzas que ella esté recordando lo mismo que

yo. Que recuerde lo mucho que ambos deseábamos acercarnos, lo mucho que nos divertimos y las confesiones que nos hicimos y que provocaron nuestros primeros besos días después.

Me lanzo al agua con ese deseo en la cabeza. Cuando abro los ojos, como hacía antes, me tomo mi tiempo antes de emerger. Me gusta la paz que reina aquí, el silencio y la tonalidad de colores. Veo los pequeños pies de Logan y las piernas de Ava. Pasado un rato, nado hacia ellos y salgo a la superficie moviendo la cabeza. Cuando lo hago, la miro fijamente, recordando lo que pasó aquella vez.

—Esta vez, ¿no te has asustado? —me atrevo a preguntarle.

Me salpica un poco de agua y yo me protejo con un brazo.

—Ya sabes que no me asusto fácilmente.

—Eso es mentira —interviene entonces Logan—. Te da susto todo.

—¡Oye! ¡No es verdad! —le reprocha Ava, salpicándole agua.

—¡Sí lo es! —replica Logan salpicándonos a ambos.

Empezamos así una guerra, hasta que Ava y yo nos sumergimos bajo el agua para esquivar los ataques. Escuchamos la voz amortiguada de Logan quejándose mientras los dos nos miramos fijamente. Nado hasta quedar muy cerca de ella y la agarro de la cintura para emerger juntos.

—Suéltame, por favor —me pide al oído cuando sacamos la cabeza, removiéndose para escapar de mi agarre.

Confundido, la obedezco al instante, apartándome de ella de inmediato.

—Lo siento… —susurro en voz baja para que Logan no nos escuche.

—No pasa nada. Voy a salir un rato…

—Perdóname —insisto alargando una mano, pero sin atreverme a tocarla.

—No pasa nada. De verdad.

—¿Ya sales, mamá? Jo…

—Sam se queda contigo.

Ava

Llevo un rato sentada en la orilla con una toalla enrollada alrededor del cuerpo, observándoles. Sam y Logan llevan un buen rato jugando y nadando de un lado a otro y, aunque mi hijo está haciendo con él lo que quiere, Sam no ha dejado de mirarme con gesto preocupado.

Parece muy confundido por mi reacción, y no me extraña. Yo también lo estoy. Sentir su brazo rodeándome y su pecho pegado al mío ha sido mágico bajo el agua, pero, cuando hemos salido a la

superficie y he sido plenamente consciente de su contacto, me han asaltado las mismas imágenes de siempre. No quiero que piense que él provoca ese rechazo en mí, así que tendré que contarle la historia, cuanto antes mejor, tal y como tenía pensado hacer.

Los veo acercarse nadando, hasta que Logan se planta a mi lado, tiritando. Enrollo una toalla alrededor de su cuerpo y le quito los manguitos para que esté más cómodo.

—Tengo hambre —me dice.

Abro la mochila y empiezo a sacar varios envases mientras, por el rabillo del ojo, veo a Sam secándose el cuerpo y la cabeza con una toalla. Tiene un cuerpo fuerte y bien definido, musculado aunque no en exceso. De espaldas anchas, cintura estrecha y esos músculos oblicuos en el abdomen que se pierden por la cintura del traje de baño.

—Mamá, he nadado mucho. ¿A que sí?

Me lleva un rato poder despegar los ojos de Sam y contestar a Logan.

—Mucho. Estoy muy orgullosa.

—Creo que pronto podrás quitarme los manguitos.

—Bueno, ya veremos.

Me siento frente a él y le tiendo el sándwich de pollo y mostaza, su favorito.

—Me encanta —dice como siempre cuando lo coge.

Da un gran bocado, manchándose las comisuras de los labios de mostaza, y me sonríe. Sam se sienta cerca de nosotros, ya con la camiseta puesta y, antes de que meta la mano en su mochila, le tiendo otro de los sándwiches.

—¿Acaso te has olvidado de lo buenos que son mis sándwiches a pesar de su aspecto?

Sam me mira durante unos segundos, hasta que empieza a sonreír.

—Están muy buenos —interviene Logan escupiendo algo de comida al hablar, aún con las comisuras manchadas—. Sam, ¿luego te volverás a bañar conmigo?

—Claro.

—¿Y nadaremos hasta la cascada?

—Si tu madre te deja, sí.

—Mamá, ¿podré?

—El agua cae con mucha fuerza… —comento con la vista fija en la cascada—. Puedes hacerte daño.

—Pero voy con Sam. Con él no me pasará nada. ¿A que no? ¿A que tú me cuidarás? ¿A que sí?

Sam le mira fijamente, muy serio, mientras Logan espera su respuesta sin perder una pizca de ilusión.

—Claro. Por supuesto —contesta al fin—. Yo cuidaré de ti…

Logan sonríe satisfecho y entonces se da la vuelta y empieza a tirar piedras al agua con una mano mientras sostiene el sándwich con la otra, ajeno totalmente al estado en el que ha dejado sumido a Sam con sus palabras.

—Lo siento… —susurro inclinándome hacia él. Le sonrío para intentar cambiar su estado de ánimo—. Y gracias.

—No tienes por qué dármelas —consigue decir al cabo de un rato, sin dejar de mirar la pequeña espalda de Logan—. Es un crío estupendo.

Asiento al tiempo que giro la cabeza para mirarlo.

—Lo es.

—¿Dónde estáis viviendo?

—De momento, en casa de mis padres. Pero en cuanto me asiente y me… haga a la idea de que estoy realmente aquí, de vuelta, empezaré a buscar una casa para los dos. No tiene que ser muy grande, aunque sí debe tener un jardín enorme para todos los animales que pretende que tengamos. A ver si no dónde meto a la vaca y al caballo. —Los dos reímos abiertamente y nos quedamos un rato absortos el uno en el otro, mirándonos—. De momento, mis padres están encantados con tenernos con ellos, aunque me gustaría tener algo más de intimidad, la verdad.

—¿Tus padres están bien?

—Sí. Mayores, pero bien. Papá se resiste a jubilarse porque no quiere cerrar la tienda… No es que tenga muchos clientes, solo la gente mayor que no puede desplazarse a los grandes hipermercados. Supongo que es más un tema sentimental que otra cosa…

—Lo imagino.

—Puede que… no sé… Había pensado decirle que yo podría hacerme cargo de ella un tiempo… Quizá darle un lavado de cara, modernizarla y, con el tiempo, incluso contratar a alguien… Ahora solo causa problemas para los pocos ingresos que da. Incluso mi padre tiene que lidiar con grupos de chicos que intentan robar bebida.

—Lo sé —dice Sam, y le miro sorprendida—. Hace un tiempo estaba comprando y entraron unos chicos… Eran unos adolescentes a los que tu padre intentó enfrentarse. Se pusieron algo chulos, tirando algunos productos al suelo, así que les… invité a irse.

—Espera. ¿Tú eras el justiciero?

—¿Justiciero?

—Así te llamó mi hermana cuando mi padre nos lo contó —sonrío tapándome la boca hasta que caigo en la cuenta—. Un momento. Mi padre no te reconoció…

—No. Intenté que no lo hiciera. No suelo ir mucho al pueblo y soy de los que compra en esos grandes hipermercados. No porque lo prefiera, sino porque así no tengo que… Ya sabes.

—Las cosas han cambiado.

—No tanto.

—Mami, tengo un poco de sueño…

Logan se acerca, bostezando. Le tiendo los brazos y él enseguida se sienta en mi regazo.

—No me extraña… Duerme un poco y luego te bañas, ¿vale? —digo mientras le limpio la cara con una servilleta y le peino el pelo con cariño, meciéndole poco a poco.

—Promete que no nos vamos.

—Te lo prometo.

Logan entonces mira a Sam, que enseguida se apresura a intervenir.

—Te lo prometo. No permitiré que tu madre te lleve a casa sin bañarnos de nuevo.

—Genial —Logan vuelve a bostezar mientras sus ojos se cierran poco a poco—. Me encanta. Me encanta este sitio y que estemos aquí…

Cuando me aseguro de que está profundamente dormido, lo tumbo sobre la toalla a mi lado y lo cubro con un pareo que he traído. Acaricio su espalda mientras le observo dormir plácidamente, justo antes de atreverme a confesar mi historia.

—Todo le encanta, ¿sabes? Logan es así de entusiasta y… tiene la capacidad de encontrar siempre el lado bueno de las cosas. Es feliz, y no puedo permitir que alguien cambie eso. Logan es el principal motivo por el que estoy aquí de nuevo. A todos les he dicho que necesitaba un cambio de aires, que necesitaba respirar. Y no es mentira del todo. Supongo que es una verdad a medias. Volví huyendo de su padre. —Mientras hablo, soy incapaz de mirarle. No puedo enfrentarme a sus ojos, aunque estoy convencida de que no me juzgará, como nunca ha hecho. Por eso he decidido confiar en él, así que elijo las palabras adecuadas con mucho tiento y empiezo a contarle mi historia—. Conocí a Eric en el trabajo. Él es inspector de policía también, de narcóticos. No estábamos en el mismo departamento, y no nos hubiéramos conocido de no ser por una misión en la que tuvimos que colaborar. No solo me atrajo físicamente… también congeniamos enseguida. Los dos. Supe enseguida que él también se sentía atraído por mí. Mientras trabajamos codo con codo, no pasó nada, pero, cuando finalizó la misión, nos dimos cuenta de que… bueno… no podíamos dejar de vernos. Así que empezamos una relación a escondidas de todo el mundo, incluso de nuestros propios compañeros.

Levanto la cabeza y le miro de soslayo. Se remueve algo incómodo, aunque no me quita los ojos de encima.

—Cuando llevábamos un tiempo juntos, me enteré de que estaba

casado. Al principio me sentó fatal y corté toda relación, pero él seguía insistiendo, y me regalaba los oídos con infinidad de promesas. Creo que, en el fondo, jamás me las creí realmente, pero quise hacerlo, ¿sabes? Quise creer que dejaría a su mujer por mí y que seríamos felices para siempre. Pero, en realidad sabía que él no tenía intención de cambiar nada. Él vivía la mar de bien teniendo una cama caliente en la que meterse cada noche, con una estabilidad económica proporcionada por la familia de su mujer y… acostándose conmigo siempre que decidía regalarme algo de su tiempo. Era así de tonta, conformándome con ser plato de segunda mesa.

Carraspeo para aclararme la voz y levanto la cabeza para mirar el cielo. Siento cierto escozor en los ojos porque sé que se avecina el momento más complicado de explicar. Sam se remueve y parece querer acercarse a mí, pero se conforma con no perderme de vista. Y eso, de momento, me sirve.

—Pero yo necesitaba más… Y estaba muy celosa, y… Nuestra relación empezó a afectar en mi rendimiento en el trabajo. Estaba desconcentrada y siempre pendiente del teléfono por si me llamaba. Necesitaba más de él porque… descubrí que estaba embarazada. Valoraba cómo decírselo, especulaba con su reacción, soñaba con imposibles, y así día tras día. Hasta que, durante un servicio, mi negligencia causó la muerte de Torres, mi compañero. Nadie me culpó de ello, excepto yo misma. Creo que, si yo hubiera estado más centrada y atenta, podría haber intervenido de algún modo. —Seco las lágrimas que caen por mis mejillas y respiro profundamente para reponerme y seguir hablando, pero me lleva un rato—. Lo siento. Recordarlo me sigue afectando…

—No pasa nada… —susurra con la voz tomada y gesto preocupado.

—Todo el mundo me decía lo mismo, pero yo no podía quitármelo de la cabeza —comento con una sonrisa forzada—. Empecé a distanciarme de Eric. Necesitaba tiempo para procesar lo ocurrido y para poner en perspectiva mi vida y valorarlo todo. Pero Eric empezó a tener miedo de perderme y se volvió cada vez más insistente. Cuanto más me distanciaba, más loco se volvía él. Y una noche… él entró en mi casa y… Discutimos, se puso violento e intentó forzarme.

—¿Le…? ¿Le denunciaste? —me pregunta horrorizado.

Asiento con la cabeza, frotándome las manos, muy nerviosa, antes de seguir hablando.

—Como me resistí y conseguí pararle, no se consideró violación. Se quedó en una tentativa que rebajó mucho la pena. Destrozó mi vida, ¿sabes? De repente me encontré incapaz de trabajar, de mirar a mis compañeros a la cara, de enfrentarme al día a día. Necesité ayuda psicológica. De hecho, aún la necesito. Conseguía dormir un par de

horas al día y levantarme de la cama gracias a los somníferos y antidepresivos que me recetaban. Me cuesta mucho confiar en la gente y, como habrás podido comprobar, no llevo muy bien el contacto físico. Por eso antes me comporté así cuando me… cogiste. —Miro a Logan, que sigue durmiendo tranquilamente, ajeno a todo. Incapaz ya de controlar las lágrimas, las dejo correr por las mejillas mientras cojo fuerzas para seguir hablando—. Me planteé abortar, y estuve a punto de hacerlo. Pero tuve unas pérdidas y fui de urgencias al hospital. Entonces le vi y escuché el latido de su corazón. Era fuerte y rápido, y eso me hizo reaccionar. Tenía tantas ganas de vivir… justo las que a mí me faltaban. Así que decidí tenerlo, pero jamás se lo dije a Eric. Él no sabe de su existencia y quiero que siga siendo así. Por eso nos vinimos, porque, a pesar de que sus llamadas y mensajes cesaron en cuanto cambié de número, siento que mi vida allí está completamente controlada por él. Me mudé de apartamento incluso, pero una noche creí verle en la calle, mirando hacia mi ventana. Sé que es prácticamente imposible, porque él no sabe dónde vivía pero, en ese momento, decidí huir. —Sonrío sin despegar los labios y hundo los hombros con resignación—. Me parecía tan injusto… Él sigue siendo un inspector muy bien considerado dentro de la policía mientras que yo solo soy una loca que está de baja y que toma antidepresivos. Es como si él hubiera vuelto a su anterior vida, como si nada hubiera pasado. A lo mejor tendría que haber seguido peleando, pero no tenía fuerzas. Yo solo quiero que mi hijo siga sonriendo y diciendo que todo le encanta. Sin más.

—Pero no puede salirse con la suya. No puedes permitir que sea… un héroe a los ojos de los demás.

—Lo he superado, ¿sabes? Mientras que mi hijo y yo no le veamos, me dan igual los ojos con los que le miren los demás. Solo quiero… respirar.

Sam se muerde los labios y agacha la cabeza. Parece molesto, como si estuviera lidiando una batalla en su interior. Le veo apretar los puños con fuerza así que, movida por un impulso, poso mi mano sobre uno de ellos. Al sentir el contacto, él levanta la cabeza de sopetón y me mira con el ceño fruncido. Sabe que esto es un enorme paso para mí, así que me observa detenidamente, esperando mi reacción.

—A lo mejor, mi vida allí tampoco era gran cosa… —susurro.

No aparto la mano, sino al contrario. La aprieto y siento su piel caliente. Al rato relaja el puño hasta abrir la mano con la palma hacia arriba y los dedos abiertos. Mi mano reposa sobre la suya durante unos segundos, inmóvil, hasta que me atrevo a entrelazar mis dedos entre los suyos. Se me escapa incluso un pequeño jadeo que llama su atención, pero le sonrío para darle a entender que estoy bien. Estoy

feliz porque, por primera vez en años, me siento cómoda no rehúyo el contacto con alguien.

Lentamente, Sam empieza a cerrar los dedos. Me mira mientras lo hace, como si me pidiera permiso, hasta que agarra mi mano con una mezcla perfecta de firmeza y delicadeza. Siento como si me estuviera mandando un mensaje: no te soltaré jamás y siempre cuidaré de ti.

—Nadie sabe nada de esto —le confieso. Con el pulgar, Sam empieza a dibujar círculos en mi piel con sumo cuidado, siempre pendiente de mi reacción. Su caricia me reconforta a la vez que me ayuda a seguir abriéndole mi corazón—. Mi hermana Alice conoce parte de mi historia con Eric, pero no sabe hasta qué punto llegó a controlar mi vida ni que el miedo que me produce me ha obligado a mudarme. Justine, mi psicóloga, me recomendó contárselo a mi familia, pero he sido incapaz.

Sam agacha la cabeza y mira nuestras manos, aún entrelazadas.

—Creo que deberías contárselo a tus padres. Ellos se preocupan por ti. Siempre lo han hecho. Y jamás te juzgarán.

—Lo sé. Supongo que es más vergüenza por mi confesión que miedo a lo que ellos piensen de mí. No quiero… preocuparlos, aunque también reconozco que lo hago para no tener que decepcionarlos por haber sido tan… patética al haberme enamorado de quien no debía. Y de haber seguido incluso cuando sonaban todas las señales de alarma en mi cabeza.

Entonces se le dibuja una sonrisa de medio lado, entre tímida y pícara, justo antes de levantar la cabeza y mirarme.

—Alguien me dijo una vez que el amor no tenía por qué ser complicado. Que, si tenías que esforzarte para gustarle a alguien, en realidad no era amor. Creo recordar que lo comparó con comerse una gominola, algo que haces sin esfuerzo.

Mi estómago se contrae al escucharle. Ser consciente de que recuerda perfectamente lo que dije me produce una mezcla de alegría y nostalgia abrumadoras, y unas ganas de acurrucarme en su pecho y dejarme mimar difíciles de controlar. Aun así, hago acopio de todas mis fuerzas y logro conservar la dignidad.

—Pues, a la hora de la verdad, no me hice demasiado caso. Mi relación con Eric me… taró de algún modo. Empecé a sentir que ya no podía confiar en mí misma porque no lo vi venir. Aún ahora me siguen atormentando los recuerdos de entonces, pero no los malos, sino los felices. Sigo intentando encontrar algún atisbo, algo que me indicara qué iba a pasar. Y me cambió. Con lo claras que tenía yo las cosas la última vez que estuvimos aquí, ¿verdad?

Pierdo la vista en el lago y en esa cascada. Creo que, si cierro los ojos, puedo vernos saltando y riendo, salpicándonos agua y coqueteando mientras nos cogíamos y tratábamos de hundirnos.

—¿Temes que pueda haceros daño si os encuentra? —me pregunta con un hilo de voz al tiempo que me aprieta la mano, como si quisiera hacerme saber que está aquí.

—No. No tengo miedo por mí. Tampoco de que nos haga daño. No le creo capaz —contesto pensativa—. Pero temo que se entere de la existencia de Logan y pretenda… quitármelo. Sé que está en su derecho al ser el padre, pero… Joder, no. No tiene ningún derecho. No creo que se haya ganado el derecho a ponerse esa etiqueta. Pero, en el fondo, tengo miedo de que intente… quitármelo.

—No quiero que tengas miedo. No permitiré que os haga nada, ni a ti ni a Logan. Si tú me dejas, no permitiré que eso suceda jamás.

Sam

Ava me mira sonriendo y asintiendo con la cabeza. Veo cierto brillo en sus ojos y le maldigo. Maldigo a ese tipo por hacerle daño. Le odio por ser capaz de provocar esas lágrimas, por haber convertido a Ava, esa chica dura que no dudaba en enfrentarse a cualquiera, en alguien tan frágil.

—Gracias —susurra al cabo de un rato cuando logra frenar las lágrimas. Mira nuestras manos y frunce el ceño. Me suelta y revuelve el interior de su mochila hasta que parece encontrar lo que estaba buscando—. Es una crema para los golpes. La llevo siempre encima por Logan, que no es aún muy consciente de sus posibilidades y se empeña en escalarlo todo y subirse a donde le apetece.

Mientras la extiende la miro a los ojos, totalmente embelesado. La veo morderse el labio inferior, concentrada, y cómo este va cambiando de color cuando lo suelta. Su masaje se convierte al rato en una caricia deliciosa que se extiende incluso por mi antebrazo.

—Lo siento mucho, Ava. Perdóname —digo de repente, llamando su atención.

—Tú no tienes la culpa —contesta con el ceño fruncido.

—Me siento en parte responsable. Si tus padres no te hubieran enviado a Nueva York, nada de eso habría pasado. Y ambos sabemos que te mandaron lejos por… mí.

Ava se arrodilla a mi lado, muy cerca de mí, y posa dos dedos sobre mis labios. Sus infinitos ojos azules miran fijamente mi boca. La veo tragar saliva y, algo incómoda, intenta retirarse, pero yo la agarro para impedírselo.

Durante unos segundos, sé que ambos deseamos fundirnos el uno en el otro. Sé que queremos besarnos y tocarnos. Ir más allá de lo que hicimos cuando éramos solo unos críos. Puedo ver el deseo en sus ojos y leerlo en el movimiento de sus labios. Puedo sentir su pulso

acelerado en la muñeca… hasta que veo el color morado de mi mano y la suelto de golpe.

¿Qué pretendo? La apartaron de mí por algo, y nada ha cambiado. Sigo siendo el mismo tipo rodeado de problemas. ¿Qué me diferencia de ese tal Eric? Ella merece alguien mejor.

Ava parece sorprendida por mi cambio repentino de actitud. Afortunadamente, Logan se remueve y abre los ojos. Se incorpora de inmediato, como si tuviera un resorte en la espalda, y enseguida nos mira y se le dibuja una enorme sonrisa en la cara.

—¿Nos bañamos, Sam?

Sin esperar respuesta, se pone en pie, coge sus manguitos y se los tiende a su madre para que le ayude a ponérselos.

—Logan, a lo mejor, a Sam no le apetece bañarse ahora… ¿Por qué no juegas a tirar piedras? ¿O a hacer figuras en equilibrio con ellas?

A Logan no parece entusiasmarle la nueva idea, y me mira haciendo un mohín.

—No pasa nada. Se lo prometí, y yo siempre cumplo mis promesas —digo poniéndome en pie y quitándome la camiseta.

—¡Bien, bien, bien! ¿Vamos hasta la cascada?

—Vamos allá. —Logan enseguida corre hacia mí, pero yo levanto un dedo—. ¿No se te olvida algo primero?

Me mira con los ojos y su pequeña boca muy abierta hasta que su cara se ilumina y se gira hacia Ava. Le rodea el cuello con sus brazos y le da un fuerte beso en la mejilla.

—Te quiero, mami.

—Me refería a la crema solar —digo riendo—. Pero tu madre no creo que se vaya a quejar.

Toda la escena consigue relajar el ambiente tenso que se había creado entre los dos, y ella parece más animada. Logan levanta el brazo y se agarra de mi mano para que le ayude a caminar por encima de las piedras. Parece algo inseguro, así que, acordándome de lo que me contó antes Ava, para que no tengamos que hacer uso de esa crema maravillosa, le cojo en brazos.

—Mejor así. Vamos allá.

—¡Adiós, mami!

—Adiós, cariño. Tened cuidado.

—¡Sí! —grita levantando los brazos en alto—. ¡No te preocupes, mami! ¡Sam me cuida!

Tengo que admitir que sentir sus pequeños brazos alrededor de mi cuello, saber que confía plenamente en mí o que me sonríe sin pedirme nada a cambio, me provoca una presión placentera en el pecho.

—Agárrate a mi espalda si quieres —le digo y, en cuanto lo hace, empiezo a dar brazadas.

—¡Me encanta! —grita exultante de felicidad.

Por el rabillo del ojo miro a Ava que, sentada en la orilla, agarrándose las piernas, no nos pierde de vista en ningún momento.

Cuando estamos a punto de llegar, me detengo y vuelvo a ponerle frente a mí. Él mira el gran salto de agua con la boca abierta.

—¿El agua cae fuerte? —me pregunta cogiendo mi cara entre sus manitas.

—Sí. Mira, si quieres, alarga el brazo y ponemos la mano—. En cuanto lo hacemos, él se sorprende por la fuerza del agua, y enseguida la retira—. ¿Prefieres que nos alejemos un poco? No pasa nada. Ya has sido muy valiente, ¿eh? A pocos niños de tres años he visto nadar hasta aquí.

—¿En serio? ¿A cuántos?

Hago ver que lo pienso un rato, hasta que contesto:

—A uno.

—¿Solo? —me pregunta, hasta que me ve señalarle con un dedo y empieza a reír a carcajadas, volviendo a rodear mi cuello con sus brazos justo antes de preguntarme—: ¿No te pones ahí?

—No. Prefiero quedarme contigo.

—Y yo contigo.

Veo cómo sonríe, realmente emocionado. Y yo también lo estoy. Quiero esto, quiero gustarle. Quiero protegerle y hacerle feliz. Y saber que soy capaz de hacerlo, que alguien tan… oscuro como yo puede hacerlo, me enorgullece. Quiero demostrarle a todo el mundo, y a mí mismo, que puedo ser así.

Giro la cabeza hacia Ava y la observo durante un rato. Antes la aparté de mí bruscamente por miedo a repetir errores del pasado. Pero quizá sí puedo cambiar. Puede que Logan haya visto en mí algo que nadie más ve.

—¿Sabes que sé bucear? —interrumpe mis pensamientos, metiéndose dentro de mi campo de visión con sus enormes ojos azules heredados de su madre.

—¿En serio? —le pregunto, centrando de nuevo toda mi atención en él.

—Sí. Mira.

Al momento, cierra los ojos con fuerza, se tapa la nariz y mete la cara en el agua durante un segundo. Cuando la saca, abre los ojos de par en par y coge aire hasta llenar sus pulmones.

—¡Madre mía! ¡Has estado, por lo menos, un segundo debajo del agua! —comento orgulloso.

—Pues puedo estar dos.

—¡Anda ya!

—Mira.

Repite la acción y, efectivamente, esta vez sumerge la cara algo

más de tiempo que antes. Cuando la saca, tarda algo más en recuperarse, así que le cojo en brazos enseguida y le froto el pecho con cariño.

—Fantástico. Pero ahora vamos a salir para descansar, porque has conseguido un hito histórico, ¿eh? Ahora, cuando salgas, se lo cuentas a mamá, que estará muy orgullosa de ti.

—Vale… —contesta resoplando por la boca, algo cansado. Nado hacia la orilla con una mano mientras con la otra le sostengo. Él no deja de observarme en ningún momento, algo más serio, hasta que me pregunta—: ¿Volveremos?

—Claro. Tenemos que intentar llegar a tres segundos buceando, ¿no?

Logan asiente con la cabeza mientras se le empieza a dibujar de nuevo la sonrisa. Parece incluso aliviado.

—¿Sabes qué? Me encantas.

Cuando llegamos a la orilla, Logan corre hacia su madre y se lanza a sus brazos.

—¿Me has visto? ¡Dos segundos! ¡He buceado dos segundos! —le dice, entusiasmado, mientras ella le quita los manguitos y le seca con una toalla—. Sam dice que volveremos para intentar tres segundos. ¿A que sí, Sam?

Los dos me miran: Logan con una sonrisa ilusionada de oreja a oreja, asintiendo con la cabeza, mientras que Ava se muestra algo más tímida y expectante.

—Sí. Volveremos. Claro que volveremos.

—Este sitio me encanta —comenta Logan, girándose hacia el lago y mirándolo de lado a lado.

—A mí también —comento mirando fijamente a Ava.

13

Ava

—¿Y a dónde vais? —me pregunta Alice.

Las dos estamos en el jardín trasero de casa de mis padres con una cerveza en la mano mientras Logan y sus tres primos juegan con un balón de fútbol.

—No lo sé —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Y a qué se debe esa falta de entusiasmo?

—No es eso… Me apetece ir a cenar con Jackson y recordar viejos tiempos…

—Pero… no es Sam.

—Shhh… —le pido mientras miro alrededor para comprobar que nadie la haya oído.

—Pero no me lo niegas.

—Porque no puedo hacerlo —susurro mientras recuerdo con una sonrisa el día de ayer.

He soñado con nuestros dedos entrelazados y con sus caricias. He vuelto a ver su expresión atenta y preocupada mientras se lo contaba todo, a sentir que me comprendía y que, sobre todo, no me juzgaba. He recordado su cuerpo y sus brazos firmes y su ternura mientras jugaba con Logan.

Cuando salgo de mi ensoñación, descubro a Alice mirándome con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—¿En serio? —me pregunta—. Solo recordándole se te ilumina la cara, Ava.

Sé que es inútil negarlo, así que dejo escapar un largo suspiro y me aparto el pelo de la cara con las manos, peinándomelo hacia atrás.

—Es que… fue increíble, Alice. Me sentí tan cómoda con él… como si no hubiesen pasado más de veinte años. Sigue siendo ese mismo chico increíble que nadie se molestó en conocer. Solo que aún más guapo e interesante. Le sigue rodeando ese halo de misterio, sigue escondiendo cosas, pero no le culpo. ¿Quién en su sano juicio abriría su corazón de par en par a la gente teniendo en cuenta lo mucho que

le han hecho sufrir? Pero no me importa, Alice. Y tendrías que haberle visto con Logan…

Se lleva las manos a la boca y ahoga un grito.

—A mamá y a papá les va a dar un ataque al corazón.

—No, porque no se enterarán. —Alice me mira levantando una ceja—. Al menos, no de momento. Necesito un tiempo. No sé a dónde va a llegar lo… ¿nuestro? Ni siquiera sé si existe un nosotros, o si existirá. Solo sé que nos hemos reencontrado y que nada parece haber cambiado. Y que me gustaría seguir viéndole. Y creo que a él también.

—¿Quedasteis en volver a veros?

—Quedamos en estar en contacto. Él tenía trabajo estos días…

—¿En qué trabaja?

—No lo sé realmente… Me dio a entender que eran trabajos eventuales. —Alice me mira con reticencias, torciendo el gesto—. No le juzgues. No sabes nada.

—Pero no me negarás que parece sospechoso… Con lo fácil que es la respuesta. ¿En qué trabajas? Soy profesor de secundaria. O jardinero. O albañil. O estafador. O asesino a sueldo.

—¿Pero qué narices…? —empiezo a decir, pero entonces oigo el ruido de las bisagras de la puerta que da al jardín.

Mi madre sale al jardín con una bandeja en las manos, así que dibujo la más grande de mis sonrisas para intentar disimular. Le doy un golpe con la rodilla a Alice para que haga lo propio.

—¿Quién tiene hambre? Traigo limonada casera y palitos de queso caseros.

Los cuatro chicos enseguida se acercan corriendo. Mamá les sirve unos vasos y ellos enseguida se abalanzan sobre la comida.

—Cariño, ¿no te cambias? —me pregunta.

—¿Por qué?

—¿Vas a ir así a cenar?

—Pues sí. Pensaba ir así. ¿Qué hay de malo?

—No sé… ¿No tienes un vestido o algo más… elegante?

Mi madre me mira de arriba abajo y yo la imito. Llevo una blusa holgada de color arena, una camiseta de tirantes debajo, unos vaqueros pitillo y unas sandalias planas. Creo que voy bastante más arreglada que en otras ocasiones.

—¿Qué me he perdido? ¿Han abierto un restaurante de lujo en el pueblo y no me he enterado? Pensaba que lo más sofisticado por aquí era la taberna de Suzy.

—¿A dónde vas? —pregunta Logan.

Abro la boca para contestar, pero mi madre se adelanta.

—Mamá va a cenar con un amigo, pero el abuelo va a hacer hamburguesas en la barbacoa. ¿Qué te parece?

—¿Con Sam?

La cara de mi madre en ese momento es difícil de describir. Pasa de la sonrisa a la duda en cuestión de segundos, hasta que de repente parece averiguar a quién se refiere Logan y el terror se instala en sus ojos.

—¿Sam? ¿Qué Sam? ¿Quién es Sam? Espera. ¿Ese Sam?

Para darle más emoción al momento, el timbre de la puerta principal suena en ese momento y Logan sale disparado hacia ella.

—¡Sam! ¡Es Sam! —grita mientras entra en casa corriendo.

—Cariño, ¿de quién habla Logan? ¿Es ese Sam? ¿De qué conoce Logan a ese…?

Me pongo en pie y sigo a mi hijo antes de que la líe más, pero no llego a alcanzarle antes de que abra la puerta.

—¡Sam! —grita al tiempo que abre la puerta y, aunque me está dando la espalda, puedo adivinar su expresión al darse cuenta de que no es él—. No eres Sam. ¿Quién eres?

—Soy Jackson. ¿Y tú?

—¿Y qué quieres?

—Pues… vengo a recoger a Ava…

—¿A mi madre?

—Entonces debes de ser Logan…

Este no le contesta, sino que cruza los brazos sobre el pecho. Entonces me acerco corriendo por el pasillo con el bolso ya colgado al hombro. En cuanto Jackson me ve, sonríe y me saluda con una mano.

—Logan, ve dentro. —Le agarro por los hombros y le obligo a darse la vuelta. Cuando lo hago, descubro a toda mi familia al otro lado del pasillo. Mi madre sigue con la misma expresión horrorizada de antes—. Esto… luego hablamos, ¿vale?

Sin esperar respuesta, cierro la puerta a mi espalda y bajo los escalones del porche. Jackson me sigue, apretando el paso hasta colocarse a mi lado.

—Esto… He venido dando un paseo. He pensado que podríamos ir a donde Suzy…

—Me lo imaginaba. Perfecto. Vamos —digo, agarrando su brazo para obligarle a caminar más deprisa.

—Parece todo un personaje, tu hijo…

—Sí. Lo es.

—¿Quién se creía que…? —Señala hacia atrás con un dedo, hacia la casa de mis padres, dejando la frase a medias—. Cuando ha abierto, dijo…

—A saber. Cosas suyas.

—Se pensaba que era Sam. ¿Qué Sam? ¿Sam Wilkins? ¿Le has visto? Dicen que vive en las montañas, pero no se deja ver mucho por el pueblo. ¿Cómo es que Logan conoce a Sam?

—Lo vi —contesto intentando no darle demasiada importancia—.

De pasada. Lo vimos en… la tienda de mi padre. Un momento solo.

—¿Ah sí? ¿Y… hablasteis mucho?

—No demasiado… Cuatro frases.

Jackson asiente con la cabeza, aunque no parece demasiado convencido con mi respuesta. Afortunadamente, decide cambiar de tema y, mientras caminamos dando un paseo hasta la taberna de Suzy, hablamos de los viejos tiempos.

—Zack se casó y se mudó a Charlotte. Tiene cuatro hijas.

—¿Cuatro? ¡Qué valiente!

—¡Sí! ¿Lo puedes creer? —ríe.

—Joshua sigue viviendo aquí. Lleva el taller mecánico de su padre. Se casó con Carrie. ¿Te acuerdas de ella?

—¿La hermana de Peter? Era un par de cursos más pequeña, ¿no?

—Exacto. Y ya no queda mucha más gente de nuestra quinta por aquí… Los nuevos residentes son familias que huyen de las grandes ciudades o gente mayor que viene a gastarse aquí el dinero de la jubilación.

—¿Y el señor Oliver? ¿Sigue por aquí?

—¿Nuestro tutor?

—Sí. Está jubilado ya. Esta algo mal de la cabeza. Tiene alzhéimer Ya sabes, que se le olvidan cosas y eso… Su mujer le atiende con la ayuda de una cuidadora.

—Vaya… Me gustaría hacerle una visita, pero si no se va a acordar de mí…

Al llegar al bar, Jackson abre la puerta y la sostiene para dejarme entrar. Saluda a varios de los clientes y a Suzy, que se acerca enseguida.

—¡Dichosos los ojos! —dice mientras me abraza.

—Hola, Suzy.

—Me habían dicho que habías vuelto, pero no me lo creía. Tu padre me decía que te iban muy bien las cosas por Nueva York. Siempre que viene presume de su hija, la inspectora de policía.

—Sí… Pero necesitaba un cambio de aires —contesto de inmediato. Lo he repetido tantas veces ya, que parece como un mantra.

—Entonces, ¿es definitivo?

—Puede. ¿Quién sabe? —contesto encogiéndome de hombros.

Y es la verdad. Quizá no estaba muy convencida cuando llegué. Creía realmente que esto sería algo temporal, pero ahora ya no lo tengo tan claro.

—Fantástico. Estaremos encantados de tenerte por aquí. Y seguro que a Jackson no le importaría tenerte como compañera. Sentaos donde queráis. Ahora iré a llevaros un par de cervezas y a tomaros nota.

Jackson me señala una de las mesas del fondo. En cuanto empiezo a caminar hacia allí, siento el contacto de su mano en mi espalda y doy un respingo. Él la aparta de inmediato y yo aprieto el paso y no me relajo hasta que me siento en uno de los bancos. Me quito el bolso y me entretengo buscando dentro el teléfono móvil para dejarlo sobre la mesa y tenerlo cerca por si hay alguna urgencia relacionada con Logan.

Jackson se sienta frente a mí, también algo incómodo. Abre la carta y esconde la cara tras ella mientras yo leo el mensaje que Alice me ha enviado.

Alice: *Ava, mamá está muy nerviosa. Ya se lo ha contado a papá y lleva un buen rato usando sus técnicas de interrogatorio conmigo. No le diré nada, pero vete preparando una buena excusa para cuando vuelvas.*

—¿Todo bien? —escucho que me pregunta Jackson.

Cuando despego la vista de la pantalla del móvil, le veo mirándome con gesto preocupado.

—Sí, tranquilo —digo mientras lo dejo a un lado—. Estaba comprobando si va todo bien con Logan…

Él asiente con la cabeza y mira alrededor de forma distraída. Saluda con la mano a un par de clientes más, sonriendo afable. Parece que ha cambiado mucho desde el instituto. Ya no es ese chico que estaba de vuelta de todo, arrogante y chulo, que miraba a muchos por encima del hombro. Ahora parece mucho más maduro y responsable, respetado por todos, y siempre con una sonrisa amable en los labios.

—¿Y… entonces…? —Tarda un rato en ser capaz de mirarme a los ojos y, cuando lo hace, aún tiene las mejillas algo sonrojadas—. ¿Has pensado ya en el trabajo…? Quiero decir… Lo que decía Suzy era verdad. Estaría encantado si tú quisieras… trabajar en la comisaría. Sé que esto no es Nueva York y… que lo más peligroso que puedes investigar aquí son las acampadas ilegales fuera de las zonas marcadas en el Parque Nacional, pero…

—Gracias —contesto sonriendo.

En ese momento, Suzy se acerca con un par de jarras de cerveza.

—Aquí tenéis. ¿Y bien? ¿Qué vais a tomar? Si me permitís, os puedo recomendar el pan de ajo, las alitas de pollo con salsa picante y las patatas fritas de la casa.

Sonrío al acordarme del comentario de mi madre acerca de mi vestimenta justo antes de asentir con la cabeza.

—Por mí, perfecto.

—Sí, por mí también.

Suzy recoge las cartas que Jackson le tiende y nos mira satisfecha durante un rato antes de dejarnos solos de nuevo.

—Por lo que veo, pocas cosas han cambiado por aquí… —comento mirando alrededor.

Recuerdo venir algún domingo con la familia, después de misa. Puede que ya no conozca algunas de las caras, pero se respira el mismo ambiente que antaño.

—Puede que en eso resida su encanto —añade Jackson—. Me gusta esto. Y, ahora, aún me gusta más.

Nuestros ojos se encuentran y capto enseguida su mensaje. Permanece muy serio, como si hubiera mostrado sus cartas y estuviera esperando mi movimiento.

Sonrío para intentar quitarle solemnidad al momento y relajar el ambiente. Sonrío para protegerme y para no mostrar mis miedos. Sonrío para hacer ver que nada me afecta. Es algo que hago con todo el mundo… menos con él. Con Sam no necesito fingir. Él no me juzga ni trata de ponerse en mi piel. Él simplemente me escucha y me tiende la mano sin esperar nada a cambio, solo para hacerme saber que puedo cogerla cuando me sienta capaz de hacerlo.

—Mi padre me comentó que hace un tiempo un grupo nudista había acampado en el Parque Nacional… —comento riendo—. Y que proclamaban el amor libre mientras se paseaban desnudos por el lugar. Incluso alguno bajó al pueblo a comprar a la tienda.

—¿Eh? Ah, sí —contesta distraído. Intenta sonreír también, pero se queda en un gesto algo patético y triste, hasta que se pone serio de nuevo y me mira fijamente—: Ava, hablo en serio. Yo…

—Jackson, no… —le corto—. No me lo pongas difícil…

—Pero me gustas desde siempre. Y ahora somos adultos y los dos estamos solteros y…

—Jackson…

Empiezo a estar muy agobiada y me remuevo incómoda en la silla.

—Sé que solo nos hemos visto un par de veces después de… mucho tiempo, pero no es como si no nos conociéramos. Y ya sé que en el instituto estabas enamorada de Sam Wilkins, y que yo era un poco cretino, pero he cambiado. ¿Podrías darme una oportunidad a mí y no a Sam?

—¿Pero qué…?

—Es que te vi y despertaste un montón de recuerdos en mí, y me hice ilusiones. Y ahora me entero de que has visto a Sam y… que incluso tu hijo le ha visto y… No quiero que se me adelante y vuelva a quedarse contigo.

—Me parece que esto no ha sido una buena idea… —digo poniéndome en pie.

—Ava, yo puedo hacerte feliz. —Me agarra de una mano e intenta retenerme. De algún modo, su tacto no me produce el mismo efecto placentero que el de Sam, así que enseguida me libro de él con un movimiento algo brusco—. Sam solo te traerá problemas.

Incrédula, le miro negando con la cabeza.

—Realmente, nada ha cambiado —susurro incapaz de disimular el asco que me produce justo antes de colgarme el bolso al hombro y correr hacia la salida.

Sam

Estoy preparando la bolsa para el combate de mañana cuando empieza a sonarme el teléfono. Al leer el nombre de Ava en la pantalla me humedezco los labios y doy vueltas sobre mí mismo, nervioso.

Llevo todo el día pensando en escribirle. De hecho, empecé a hacerlo varias veces, pero siempre acababa borrando el mensaje. Quise escribirle con la excusa de preguntarle cómo estaban ella y Logan, pero me parecía demasiado escueto. Pensé en preguntarles si les apetecería ir otro día al lago o hacer senderismo por el Parque Nacional, pero me pareció que daba la impresión de estar algo ansioso. Ahora que veo que me está llamando ella, me arrepiento de no haberlo hecho yo antes.

—¿Hola? ¿Ava?

—Sam. Sí. Soy yo.

Su voz suena algo agitada, así que enseguida me preocupo.

—¿Va todo bien?

—Sí. Bueno, no. No lo sé.

Ambos nos quedamos callados un rato. Oigo sus pisadas, así que supongo que debe de estar caminando por el pueblo.

—¿Está bien Logan?

—Sí, sí. Es solo que… Nada ha cambiado, ¿sabes? Y me cabrea. Mucho. —La escucho en silencio, tratando de encontrarle sentido a sus palabras, pero soy incapaz—. No quiero estar en la taberna de Suzy, pero tampoco quiero volver a casa y aguantar el interrogatorio de mis padres.

—Está bien… Entonces, ¿quieres…?

—¿Dónde estás?

—En… casa.

—¿Podemos vernos?

—Claro, claro. Pero… no sabes dónde es. ¿Nos vemos en el embarcadero?

—Sí, vale, sí. Voy… corriendo.

—Vale. Salgo para allá.

Ninguno de los dos cuelga la llamada. Escucho su respiración al otro lado de la línea, sus pasos contra el asfalto, incluso me parece intuir algunas lágrimas. Preocupado, hago lo único que soy capaz de hacer, correr a su encuentro.

Llego al embarcadero en poco más de cinco minutos, aún con el

teléfono pegado a la oreja.

—Estoy aquí —digo entonces, mirando a un lado y a otro.

—Estoy en el sendero… —balbucea ella, así que doy media vuelta y corro hacia ella.

—Voy. Voy a tu encuentro.

Salto por encima de algunas piedras y raíces. Esquivo arbustos altos y zigzagueo por entre los troncos de los árboles hasta llegar al sendero. A lo lejos empiezo a oír unas pisadas sobre la tierra y, poco después, la luz de la luna me deja intuir la silueta de una persona que se acerca corriendo. Cuando por fin puedo ver que es Ava, cuelgo la llamada y guardo el teléfono en el bolsillo, todo ello sin dejar de correr. Ella hace lo mismo y se lanza a mis brazos en cuanto estamos lo suficientemente cerca. Esconde su cara en mi pecho, mojando mi camiseta con sus lágrimas mientras yo la abrazo.

Confundido, sin saber qué más puedo hacer, me rompo por dentro al oírla sollozar. Me acuerdo de aquel día en el embarcadero, cuando corrió hacia mí, se lanzó a mis brazos y, con las mejillas llenas de lágrimas como ahora, me besó.

Estrecho el abrazo. Enredo mis dedos en su pelo y acaricio su cabeza a la vez. Sus brazos rodean mi cintura y sus manos tocan mi espalda. Agacho la cabeza y huelo su pelo. Cierro los ojos mientras me dejo invadir por completo por ella.

Cuando por fin dejo de escucharla llorar, me separo un poco para buscar su mirada. Sus increíbles ojos azules parecen tan tristes que consigue encogerme el corazón. Seco sus ojos y mejillas con mis pulgares con sumo cuidado. Sigo con el dedo el camino de una de esas lágrimas hasta sus labios, y pronto me descubro acariciándolos con la yema del dedo. Ladeo la cabeza y la miro. Veo sus ojos recorrer todas las facciones de mi cara y bajar por mi cuello hasta mi pecho. Entonces apoya la frente en él y vuelve a agarrarse con fuerza de mi camiseta.

—¿Estás mejor? —le pregunto. Ella asiente con la cabeza, sorbiendo por la nariz mientras se seca las últimas lágrimas—. ¿Quieres que… demos un paseo?

Vuelve a asentir, así que me separo de ella y me pongo a su lado cuando empieza a caminar. Siento el constante roce de su brazo y de los dedos de su mano, hasta que los entrelaza con los míos. Caminamos en silencio por la orilla del lago. Después, regresamos al embarcadero. Llegamos hasta el final y, como siempre, nos sentamos en el borde.

—Hace poco, estaba leyéndole un cuento a Logan, y una frase llamó mi atención —empieza a decir mientras dibuja formas en el agua con los pies—. Los girasoles siempre buscan la luz del sol, pero en días nublados se miran unos a otros, buscando la energía de cada

uno.

Gira la cabeza para mirarme y sonríe. Coge aire hasta llenar por completo los pulmones y lo suelta lentamente.

—Siempre he intentado buscar la luz, ser optimista e intentar salir adelante. Pero a veces se me hace muy duro y… a menudo estoy cansada de pelear. Me gustaría tumbarme en la cama, bajo las mantas y, simplemente, cerrar los ojos y que alguien cuide de mí. Hubo un tiempo en el que te tenía a ti. Giraba la cabeza en clase o corría hasta aquí, y me sentía mejor. —Se humedece los labios antes de seguir hablando—. Desde que me fui de Asheville, he mirado alrededor cuando necesitaba un respiro, buscando a alguien que me diera la energía que necesitaba, sin éxito. Y de repente vuelvo, y tú sigues aquí. Y te cuento mi oscuridad y… me coges de la mano. Solo con ese gesto consigues lo que no han logrado cientos de horas de terapia. Tú eres mi persona, Sam. Siempre lo has sido. Y quiero pensar que yo soy la tuya y que mirarnos el uno al otro nos hace más fuertes. Porque tú tampoco lo has tenido fácil, pero me gusta pensar que no has olvidado que fuiste el que me dio el primer beso.

Me giro hacia ella y la miro fijamente a los ojos durante unos segundos. Poco a poco, levanto el brazo y llevo la mano hasta su mejilla, que acaricio con sumo cuidado. Con un dedo rozo sus labios, que ella mantiene entreabiertos. No quiero hacerla sentir incómoda, así que me muevo con tiento, atento siempre a sus reacciones.

—Solo si tú quieres… —susurro con mi boca rozando la suya—. Si necesitas que pare…

Pero entonces ella enmarca mi cara con sus manos y pega sus labios a los míos. Cuando introduce la lengua en mi boca, siento como un estallido en el pecho y abro los ojos de golpe. A ella parece pasarle lo mismo y, aunque no nos distanciamos ni un centímetro, permanecemos inmóviles, intentando recuperarnos del shock, bebiéndonos los jadeos del otro.

Cuando la veo sonreír, me atrevo a continuar y dibujo un camino de pequeños y tímidos besos por sus labios. Sus jadeos se vuelven cada vez más intensos, hasta que, movida por una lujuria desenfrenada, acaba sentada encima de mí. Supongo que ha decidido llevar el control de la situación, algo que me parece estupendo porque me quita presión. Ella marcará el ritmo y decidirá hasta donde quiere llegar y yo acataré lo que ella decida.

Rodea mi cuello con sus brazos y se aprieta con fuerza contra mí. Al principio mantengo los brazos en alto, sin saber bien qué hacer con las manos, hasta que por fin me atrevo a posarlas en la parte baja de su espalda. Aprieto mis dedos contra su piel, como si quisiera dejar mi huella en ella.

Entonces posa una mano sobre mi pecho y se separa de mí. Me

mira con los labios rojos y entreabiertos, jadeando para intentar recuperar el control de la respiración.

—Necesito…

Deja la frase a medias y desvía la mirada. Me da unos suaves golpes en el pecho mientras se separa lentamente de mí. Se sienta a mi lado, peinándose el pelo hacia atrás con ambas manos. Luego encoge las piernas y se abraza las rodillas, mirando al horizonte. Carraspeo y cruzo las piernas, dejando las manos sobre mi regazo. Intento averiguar si se arrepiente de lo que acaba de pasar, o si a lo mejor se avergüenza de ello. Tampoco sé por qué me llamó tan agitada y se presentó ante mí llorando, y tengo serias dudas de que me lo quiera explicar.

—Lo siento… Debes de pensar que estoy pirada. Puede que sí lo esté un poco, no lo niego.

Abro la boca para responder, aunque no sé realmente qué decir. Es cierto que todo lo que ha pasado me ha desconcertado un poco, por no decir bastante, pero si algo he aprendido con el tiempo es a no juzgar las acciones de los demás. Todo el mundo lleva una mochila a la espalda y carga con ella de la mejor manera que puede. Así que, al final, opto por sonreír de forma comprensiva y acabo negando con la cabeza.

—Hoy fui a cenar con Jackson Forrester.

La sonrisa me dura lo que tardo en oír ese nombre. Nunca le caí bien y siempre me vio como un rival. Nunca aceptó que Ava me eligiera a mí, aunque, en realidad, ellos no eran nada.

Sé que ahora es el jefe de policía del pueblo y, aunque alguna vez lo he visto cuando pasaba con la furgoneta, nuestros caminos no se han vuelto a cruzar.

—Nos encontramos el otro día… —prosigue Ava—, y me pidió el teléfono para quedar. Me llamó y… Supongo que lo hice por compromiso. No me apetecía quedar con él, pero…

—Ava, no tienes por qué darme explicaciones —la corto al final.

—Pero quiero dártelas. Quiero que lo sepas… lo necesito. —Nos miramos durante unos segundos, hasta que asiento con la cabeza—. Me sentí obligada a quedar con Jackson, supongo que por los viejos tiempos. Quise creer que sería incluso divertido. El caso es que me vino a buscar a casa de mis padres y Logan se pensó que eras tú. Y empezó a llamarte a gritos mientras corría hacia la puerta para abrirla…

—Siento haberte metido en problemas. De nuevo —susurro, consciente del interrogatorio al que su familia la tiene que haber sometido.

—No. Tú no eres el problema, Sam. Nunca lo has sido. No lo eras cuando íbamos al instituto ni tampoco ahora. Y me cabrea que todos

sigan estancados en el pasado. Me cabrea que todo el mundo trate de darme unos consejos que yo no he pedido. Que parezca que todos saben lo que me conviene en la vida cuando, en realidad, nadie sabe nada de ella. Tú eres el único que lo sabe todo de mí, aunque todos se han empeñado siempre en… alejarme de ti.

—Ava, yo…

Con la voz tomada por la emoción y cierto escozor en los ojos, intento lidiar con el peso de su confesión. Ella me ha abierto su corazón de par en par, ha sido totalmente sincera conmigo. En cambio yo me he escondido. Decidí no enseñarle mi verdad por miedo a defraudarla, a que no me aceptara. Me avergüenza pensar que quizá les he dado la razón a todos y me he convertido en ese que dicen que soy.

—Estoy cansada, Sam. Solo quiero… respirar. —Y entonces, lentamente, apoya la cabeza en mi regazo y cierra los ojos. Escucho su respiración, cada vez más relajada, y observo su pecho subir y bajar. Con mucho tiento, llevo la mano hasta su cabeza y acaricio su pelo, enredando los dedos en él. Al rato, se coloca boca arriba y me mira—. No te pido nada, Sam. Solo, esto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contesto susurrando.

Ella levanta entonces los brazos y coloca los dedos para enmarcar el cielo, como hacía siempre.

—Este es mi lugar favorito en el mundo. Aquí. Contigo.

—Ava, necesito enseñarte algo —suelto de repente, prácticamente sin pensar.

—¿Ummm? —me mira con sus profundos ojos azules.

—Quiero enseñarte algo. ¿Vienes conmigo?

Ella asiente con la cabeza, así que la ayudo a ponerse en pie. Agarro su mano y se deja guiar por mí mientras nos alejamos del lago paseando.

Permanecemos en silencio durante el corto trayecto, aunque no dejamos de mirarnos. Sobre todo, no la pierdo de vista mientras entramos en el pequeño sendero que lleva a mi casa. Es la primera vez que traigo a alguien, y me hace especialmente ilusión que sea ella.

Lo mira todo con una mezcla de sorpresa y admiración que me quita el aliento. Cuando subimos los escalones del porche, me adelanto para abrir la puerta y encender las luces del exterior e interior.

—¿Es… tuya? —Asiento con la cabeza mientras ella mira la fachada de madera y da una vuelta sobre sí misma para mirar alrededor—. La… has construido tú, ¿verdad?

—La mayor parte, sí.

—Guau… Es impresionante.

Cierro la puerta después de entrar y me apoyo en ella mientras la

miro. El gato enseguida aparece por la puerta de mi dormitorio y ella se agacha a acariciarlo.

—¿Es tuyo?

—No. En realidad, apareció aquí hace unos años y… supongo que le caí bien. Le compro algunas latas de comida y nos hacemos compañía mutuamente. Es una relación por interés, creo.

—Logan alucinaría —comenta mientras le acaricia la cabeza y el gato se frota contra sus piernas.

—Puedes… venir con él cuando quieras.

Ava levanta la cabeza para mirarme y asiente muy sonriente. Entonces me muerdo los labios y miro hacia el dormitorio. Lo señalo con un dedo y ella sigue la dirección que le marco. No quiero que piense que me quiero aprovechar de ella, así que, con mucho tacto, balbuceo:

—En realidad, lo que te quería enseñar está…

Se pone en pie y, agarrando el asa de su bolso, empieza a caminar hacia el dormitorio. La puerta está entreabierta y ella la empuja con cuidado con una mano. Con la boca abierta, la veo mirar alrededor hasta que ve el reflejo de la luna en la cama y levanta la cabeza. Al instante, se lleva las dos manos a la boca.

Apoyado en el marco de la puerta, la observo con una sensación de orgullo en el pecho.

—Es… —Señala el techo con un dedo—. Es una ventana en el techo… No me lo puedo creer. Era mi sueño cuando era pequeña… ¿Puedo?

—Claro —contesto cuando veo que señala mi cama.

Ella se tumba boca arriba, dejando el bolso a un lado, y fija la vista en el techo. Levanta los brazos y hace el mismo gesto de siempre, enmarcando el cielo, y sonríe de oreja a oreja.

Me acerco lentamente y me tumbo a su lado. Pero yo, en vez de mirar hacia arriba, soy incapaz de apartar los ojos de ella.

—¿Te acordabas? —Asiento con la cabeza y con los labios apretados formando una fina línea—. ¿La… hiciste por mí?

Veo una lágrima escapar de sus ojos y rodar por su mejilla hasta caer en la colcha.

—Es tu ventana a las estrellas —susurro—. Era mi manera de… sentirte cerca. Cada noche, cuando me tumbo, me acuerdo de ti. De cuando hacías eso mismo que has hecho antes, cuando tratabas de enmarcar el cielo. Me acuerdo de ti y de mí tumbados en el embarcadero.

—Es… lo más bonito que alguien ha hecho por mí en toda mi vida.

—Yo solo quería darte tu ventana a las estrellas. Aunque, en realidad, nunca tuve la esperanza de que la vieras. Así que me conformaba con tumbarme aquí y recordar ese tiempo en el que,

gracias a ti, creí ser mejor.

Ava pierde la vista a través del cristal durante largo rato. Quiero pensar que está soñando, exultante de felicidad. Quiero creer que le he acercado eso que tanto ha anhelado siempre. Se muerde el labio inferior en un claro intento de contener la emoción.

—Me podría pasar horas aquí —comenta.

—Yo no te lo voy a impedir… —añado yo.

Ava gira el cuerpo hacia mí y alarga una mano para acariciarme la cara. Sus dedos se deslizan por mi frente, mis cejas, mi nariz y mis pómulos. Cuando los posa en mis labios, me atrevo a besarlos y ella se empieza a acercar lentamente. El corazón me bombea a toda velocidad, ansioso por lo que puede llegar a ocurrir. Me pierdo en sus ojos y en sus labios entreabiertos. Creo que incluso dejo escapar un jadeo cuando siento su cuerpo pegado al mío, pero su teléfono empieza a sonar, interrumpiéndonos.

Ava, sobresaltada, se separa de mí de golpe y empieza a hurgar en su bolso hasta dar con él. Al ver el número en la pantalla, resopla y agacha la cabeza con resignación.

—Dime, mamá —contesta mientras levanta un dedo para pedirme un minuto. En cuanto oigo a su madre gritar al otro lado de la línea, me incorporo hasta quedar sentado en la cama. Con los codos apoyados en las rodillas, me rasco la nuca—. Me da igual, mamá. No, no me apetecía seguir hablando con él. Te repito que me da igual que haya estado en casa.

Y entonces oigo mi nombre. Resignado, me pongo en pie para darle algo más de intimidad para hablar, pero ella me agarra del brazo y me impide irme.

—Ava, no… —susurro, pero ella no me suelta.

—Pues sí. Me he visto con él y ahora mismo estamos juntos. ¿Qué vas a hacer? Ahora no puedes mandarme lejos. No puedes alejarme de él. —Ava se queda callada, escuchando a su madre. Las lágrimas brotan de sus ojos sin control, así que me agacho frente a ella e intento calmarla. Aprieto su mano libre con fuerza, sintiéndome culpable al verla sufrir de esta manera por mi culpa—. No tienes ni idea de lo que me conviene. Ninguno la tenéis.

Ava

Cuelgo el teléfono y lo lanzo a un lado de la cama. Me tapo la cara con las manos y ahogo un grito de rabia. Poco después siento sus manos sobre las mías. Las agarra y las aparta de mi cara, buscando mi mirada.

—Será mejor que vuelvas a casa —susurra.

—Pero no quiero…

—No quiero que te enfades con tu familia por mi culpa.

Abro la boca para contradecirle, para decirle que ya soy mayorcita como para que me prohíban ciertas cosas pero, en el fondo, sé que tiene razón. Quedarme aquí solo conseguiría empeorar más las cosas con mi familia.

Sin soltar sus manos, las miro y las acaricio mientras sorbo por la nariz. Sam busca mi mirada con insistencia, pero me siento demasiado avergonzada como para permitirle ver mi interior a través de mis ojos. Entonces me suelta de una mano, acerca sus dedos a mi barbilla y alza mi cara para obligarme a mirarle.

Coge aire un par de veces para hablar, pero las palabras no acaban de brotar de su garganta. Chasca la lengua y parece contrariado, así que me pongo en pie. Cuelgo el bolso de mi hombro, miro alrededor y finalmente alzo la cabeza para mirar a través de la ventana.

—¿Por qué, ahora que tengo las estrellas aquí mismo, me parecen tan inalcanzables?

Hago la pregunta sin intención de obtener respuesta. Es más una confesión de cómo me siento cuando estoy a su lado. Creí haberle perdido, pero entonces, le encontré en el mismo sitio y el mismo lugar de siempre y creí que ahora, siendo ya ambos adultos, todo sería más fácil. Pero no hay nada fácil en lo que rodea a Sam Wilkins. Todo parece tan complicado siempre con él…

—Lo siento —le oigo susurrar a mi lado, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—No quiero irme, Sam.

—Pero yo necesito que lo hagas. Quiero… hacer las cosas bien por una vez en mi vida.

—¿Me estás… echando?

—No es eso.

—¿Y por qué me suena a despedida, entonces? ¿Por qué, ahora que te he abierto mi corazón de par en par, sigues escondiéndote de mí e incluso apartándome de tu lado?

Exasperada, me doy la vuelta y camino con decisión hacia la salida. Ya en el salón, miro alrededor, como si temiera que esta fuera la última vez que estoy aquí. El gato, tumbado sobre el respaldo del sofá, levanta la cabeza y me mira fijamente.

—Ava, espera —oigo que me dice cuando tengo una mano sobre el pomo de la puerta.

Salgo y empiezo a correr hasta que Sam me alcanza, coge mi mano y me obliga a detenerme.

—Suéltame —le pido con la cabeza agachada.

Entonces él tira de mi mano con decisión, hacia él, haciéndome chocar con su pecho. Rodea mi cuerpo con sus brazos y me estrecha

con fuerza mientras yo intento revolverme y escapar. Durante un rato me retuerzo y lucho, hasta que me doy cuenta de que resulta un trabajo vano y dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—No quiero que te vayas de mi casa. De hecho, no quiero que te vayas de mi vida. Ahora que, aún no sé cómo, te he recuperado, no quiero perderte. Pero no quiero hacerlo a escondidas. No quiero que tengas que mentirle a nadie para poder estar juntos. Por eso quiero que vuelvas con tus padres e intentes arreglar las cosas con ellos. —Coge mi cara entre sus manos y me obliga a mirarle justo antes de seguir hablando—. Quiero que te sientas orgullosa de estar conmigo, Ava. Quiero poder cogerte de la mano y pasear frente a los demás. Y te prometo que yo también pondré de mi parte para lograrlo.

Sin soltarme, camina hasta su camioneta y abre la puerta del copiloto para invitarme a entrar. Sorprendida, me siento y me pongo el cinturón. Desde el mismo instante en el que se sienta frente al volante y arranca el motor, permanecemos en silencio: él, concentrado en la carretera de tierra, yo, sumida en mis pensamientos.

Cuando entramos en Asheville, me sorprendo al ver que no tiene intención de detener el coche. Le observo conducir algo nervioso, mirando alrededor constantemente, hasta detener el coche delante de la casa de mis padres. Giro la cabeza y fijo la mirada en la luz que escapa a través de las ventanas, y luego le vuelvo a mirar.

La puerta de la casa se abre de repente y mi padre sale al porche. Mira la camioneta fijamente, dudando si acercarse o mantenerse a una distancia prudente.

—No les hagas sufrir más. Ve.

—Dime que no te esfumarás.

—No lo haré —dice, negando a la vez con la cabeza—. Si tú no quieres que me vaya, no me iré. Tienes mi número, ¿no?

—¿Quiere decir eso que me escribirás?

—Lo haré. Lo prometo.

Le miro fijamente durante unos segundos antes de empezar a asentir yo también. Abro la puerta y me apeo lentamente, como si temiera perderle al hacerlo. Le miro durante unos segundos antes de darme la vuelta y empezar a alejarme. No escucho el motor de la camioneta, así que doy por hecho que sigue ahí parado, siguiéndome con la mirada.

Cuando llego a la puerta de entrada, mi padre me mira con gesto serio y luego pierde la vista más allá de mi espalda.

—Es él, ¿verdad? —me pregunta—. ¿Es Sam Wilkins?

Le esquivo y tiro de él para hacerle entrar. Cuando lo consigo, cierro la puerta a mi espalda y enseguida oigo el motor de la camioneta arrancar. Mantengo los ojos cerrados durante unos segundos, escuchando cómo se aleja hasta desaparecer por completo.

—¿Qué ha pasado, Ava? —oigo de nuevo la voz de mi padre.

Cuando abro los ojos, descubro a mi madre a su lado, mirándome decepcionada.

—No tengo por qué daros explicaciones de nada de lo que hago. Soy una mujer adulta capaz de tomar decisiones sin necesitar el beneplácito de nadie.

—Jackson vino buscándote. Nos contó que habías salido corriendo… Nos dijo que te habías molestado por algo relacionado con Wilkins… Parecía confuso y asustado. Se ofreció incluso a buscarte.

—Ese hombre solo te va a traer problemas, Ava —interviene entonces mi madre. La miro entornando los ojos y con los brazos cruzados sobre el pecho—. Jackson es un buen hombre, y tiene un trabajo fijo.

—Mamá, basta —la corto con tono muy brusco—. No necesito que me organices la vida. No te niego que Jackson es un buen tipo, pero no me gusta.

—¿Quieres decir que… te gusta… Sam Wilkins?

Pienso mi respuesta durante unos segundos. No porque no la sepa, sino más bien por lo contrario. La tengo tan clara que hasta a mí me asusta.

—Sí. Me gusta mucho. Desde siempre. —Como sospechaba, mi contundencia asusta a mi madre, pero no pienso echarme atrás—. Y a vosotros también os gustaría si le dierais una oportunidad, esa que nadie le ha dado nunca y que él mismo llegó a creer que no merecía.

—Pero tienes que reconocer que ese chico tiene un pasado turbio, cariño… —dice entonces mi padre—. Hace mucho que no aparece por el pueblo. Lo que pasó con su padre tiene que haberle marcado de alguna manera. ¿Dónde vive? ¿Cómo se gana la vida?

—Vive en… la montaña. En una pequeña cabaña que él mismo construyó… —Me quedo pensando en la respuesta a la siguiente pregunta, pero no puedo responderla porque no la sé. Es cierto que Sam es algo hermético, pero no puedo culparle por ello. Reconozco que los moratones que cubren su cuerpo me tienen algo preocupada, aunque no voy a juzgarle sin saber—. Y puede que sí sea algo… misterioso y cerrado, pero ¿quién no lo sería en su situación? Decidme, ¿en quién puede confiar? ¿Alguien le ha tendido alguna vez la mano?

—Cariño, estamos preocupados… Compréndenos —interviene mi madre, frotándose la frente con los dedos—. Solo queremos lo mejor para ti y para Logan.

—Lo sé, mamá. Pero os pido que lo intentéis con Sam. No le juzguéis sin conocerlo… —Ambos se muestran reticentes aún, así que busco argumentos a la desesperada—. Papá, ¿recuerdas aquel tipo que

me contaste que te ayudó en la tienda con aquellos jóvenes? Pues era Sam.

Él frunce el ceño, algo confundido, mientras mi madre le mira sorprendida.

—¿Era… él? No lo parecía… aunque tampoco le vi bien.

—Me lo contó el otro día —digo, e intento sonreír para acompañar con el gesto a mis palabras e intentar llevarle a mi terreno—. Él fue el que te ayudó, papá. Y se marchó sin mostrar su rostro, a pesar de que quizá, con ello, habría conseguido cambiar un poco tu opinión sobre él.

Los dos parecen pensativos, valorando mis palabras. Así que, ya que he cogido impulso, decido lanzarme al vacío y confesarles mi verdad.

—A veces, juzgamos a las personas sin saber nada de ellas, tanto para bien como para mal. A mí me pasó con el padre de Logan… — Los dos levantan la vista a la vez. La preocupación enseguida se instala en sus ojos y en sus gestos. Mi padre se acerca mientras que mi madre se frota las manos, nerviosa—. Sé que tenéis muchas preguntas porque nunca os di muchas explicaciones… y quería dároslas, pero no me atreví a hacerlo.

Y empiezo a narrarles mi historia con Eric desde el principio hasta llegar a la parte complicada…

—Pero, ¿cómo no nos dijiste nada? Podríamos haber… hecho algo… —dice mi padre con lágrimas en los ojos por primera vez en su vida.

—No quería preocuparos y me sentí tan mal… Yo, que siempre lo había tenido todo tan claro, que jamás me había dejado amedrentar por nadie… De repente me sentí totalmente engañada.

—Pero, mi vida…

Mi madre, hecha un mar de lágrimas, acaricia mis brazos una y otra vez, como si quisiera asegurarse de que estoy de una pieza.

—No os preocupéis. Fue más el dolor emocional que el físico. Realmente, no llegó a pasar nada y, afortunadamente, tampoco a Logan. Eric no sabe nada de él y quiero que siga siendo así. Por eso me marché de Nueva York. Necesito que mi hijo sea feliz y se sienta seguro, aunque eso signifique tirar por la borda mi carrera en la policía. No me da miedo empezar de nuevo. Eric, a simple vista, era perfecto. En el trabajo estaba muy bien considerado. A vista de todos, si le hubierais preguntado a cualquiera, os habrían hablado maravillas. ¿Entendéis lo que os quiero decir? Yo también me equivoqué, pero Sam jamás me ha hecho daño. Y lo que pasó con su padre os puedo asegurar que fue en defensa propia. Él soportó años de malos tratos repetidos. Yo los viví y era… horrible. —Sorbo por la nariz y me peino el pelo hacia atrás. Intento sonreír para transmitirles

el mensaje optimista de todo esto, aunque ahora cueste encontrarlo—. En cambio, Sam… Se lo conté todo, ¿sabéis? La psicóloga que me lleva siempre insistía en que se lo contara a alguien para intentar desahogarme. Alice sabe parte, aunque no toda la verdad… y cuando me enteré de que Sam estaba aquí, supe que él sería esa persona. Se lo conté todo y fue…

Cierro los ojos y se me dibuja la sonrisa más sincera hasta el momento. Recuerdo sus brazos rodeándome, su mirada preocupada, su gesto protector, la seguridad que me transmitía en todo momento…

—¿Y Logan…? ¿De qué conoce a Sam? —me pregunta entonces mi padre.

—Quise que le conociera, así que fuimos juntos de excursión. Y congeniaron enseguida. Estuvieron jugando en el lago de la cascada durante un buen rato, y Sam tuvo toda la paciencia del mundo para soportar las miles de preguntas que le hizo. —Me quedo pensativa durante un rato, al igual que mis padres, que parecen estar escuchándome atentamente—. Nos gustamos y es innegable que ambos queremos estar juntos, pero no sé qué esperar de esta relación. No hemos hablado de ello porque los dos sabemos que tenemos mucho que superar. Somos adultos como para hacer lo que nos apetezca, pero no quiero hacer nada a espaldas de nadie. Él mismo me dijo que no quiere que me esconda de vosotros para estar con él.

—Está bien. Pues tráele a casa —dice entonces mi padre—. Necesito comprobar con mis propios ojos que me he equivocado durante todos estos años.

Mi madre le mira muy sorprendida, aunque enseguida empieza a asentir con la cabeza. Gira la cabeza hacia mí y, cogiéndome las manos, sonríe con lágrimas en los ojos.

—Dile que venga a cenar mañana.

—¿Sí? ¿Seguro? —pregunto, realmente ilusionada.

—No quiero cometer más errores. Quiero que seas feliz y, si ese chico lo consigue, quiero conocerlo.

Sam

—Me parece que no lo has entendido… Nosotros somos los que decidiremos cuándo dejarás de trabajar para nosotros.

Dixon se pasea frente a mí mientras cuatro tipos esperan sus instrucciones a mi espalda. Fuera, el rugido del público es ensordecedor.

—Pero… no puedo seguir haciendo esto, ni… nada de lo otro. Tengo que… empezar a hacer las cosas bien…

Intento hablar con mucho cuidado, midiendo mis palabras para no

ofenderle. Sé que tiene toda la confianza de Byron y su permiso para hacer conmigo lo que él quiera y crea necesario.

—¿Las cosas bien…?

—Me han ofrecido un trabajo fijo… —miento, aunque mi intención era ir mañana mismo a preguntarle al señor Mackenzy si su ofrecimiento sigue en pie—. Algo que me da una estabilidad que ahora no tengo y…

—¿Sabes cuál es el problema? Que tu estabilidad a nosotros nos importa bien poco. Lo que nos interesa es el dinero que generamos gracias a tus peleas.

—Seguro que hay tipos mejores que yo y…

—Y creo que le debes mucho a Byron como para despreciarle de este modo…

—No le estoy despreciando. Realmente aprecio lo que hizo por mí. Me dio un trabajo cuando nadie confiaba en mí y… Os juro que estoy muy agradecido…

—Además, no podemos dejarte ir sin más. ¿Cómo nos aseguramos de que vas a mantener la boca cerrada?

Al instante veo cómo les hace una señal casi imperceptible con la cabeza. Me doy la vuelta, pero los tipos enseguida se abalanzan sobre mí y consiguen inmovilizarme. Me agarran entre dos mientras los otros dos parecen estar dispuestos a hacerme entender sus argumentos a la fuerza.

—Por favor, Dixon. No diré nada. Jamás lo he hecho. Yo solo… dejadme ir y no volveréis a saber de mí. Me lo debéis, por todo el dinero que os he hecho ganar durante todos estos años.

—No. Vuelves a entenderlo mal. —Dixon asiente una vez con la cabeza y uno de los tipos me asesta un puñetazo en el vientre. Me encojo al intuir el golpe, apretando los abdominales para amortiguarlo y que así haga el menor daño posible. Aun así, consigue cortarme la respiración durante unos segundos, y me veo obligado a abrir la boca para intentar coger aire. El tipo aprovecha entonces para asestarme otro puñetazo en el mentón—. Nosotros no te debemos nada. Eres tú el que nos lo debe.

—No quería decir eso… —consigo decir—. Os estoy pidiendo un favor. Puedo pelear esta noche. Incluso un par de combates más, pero quería avisaros con tiempo de que lo dejo para que podáis buscaros a otro…

Dixon sonríe de medio lado y me señala. El otro tipo vuelve a pegarme en la cara, girándomela hacia el otro lado. Esta vez, uno de los golpes ha sido entre la sien y el ojo, provocándome un mareo considerable, y otro en la boca. Enseguida escupo gran cantidad de sangre mientras hago un esfuerzo enorme para mantenerme consciente.

—Por favor —insisto con un hilo de voz—. Os lo ruego. Dejadme ir.

—Venga, me siento generoso. Voy a dejar que intentes convencerme. ¿Por qué quieres que te dejemos marchar?

Los tipos me lanzan un par de directos al vientre y entonces me sueltan. De rodillas en el suelo, encogido y con la cara pegada al cemento, trato de recuperar el aliento mientras escupo sangre y saliva. Haciendo acopio de todas mis fuerzas, me incorporo y, quedándome de rodillas, levanto la cabeza hasta encontrar la mirada de Dixon.

—¿Es por una mujer? —insiste. En seguida se le dibuja una sonrisa burlona y mira a los otros tipos—. ¡Se nos ha enamorado! ¡¿Qué os parece?!

Los cinco empiezan a carcajearse mientras yo no puedo hacer otra cosa que esperar a que se cansen de burlarse de mí. Asustado por lo que puedan llegar a hacer, decido no confirmarles nada.

Alguien debe haber avisado a Byron, que aparece en la habitación poco después. Dixon le habla al oído mientras ninguno de los dos me quitan los ojos de encima. Con su caminar elegante y su rostro inexpresivo, Byron se acerca hasta plantarse a escasos centímetros de mí. Me mira sin agacharse, haciéndome sentir diminuto e indefenso.

—¿Lo quieres dejar?

—Prometo que no voy a decir nada a nadie. Lo juro. Podéis fiaros de mí. No os he fallado en todos estos años… Por favor, Byron.

Me mira ladeando la cabeza, y durante unos segundos tengo la esperanza de estar convenciéndole, pero entonces saca una pistola y posa el cañón en mi frente. Sin mover la cabeza, miro alrededor. El mentón me tiembla de forma incontrolable mientras en mi cabeza no dejan de repetirse las mismas palabras: «ella no se merece esto».

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque, por una vez en la vida, tengo la oportunidad de hacer algo bueno. De vivir sin esconderme, de tener algo bonito y… mío. Quiero sentirme orgulloso de mí mismo… Necesito… —Chasco la lengua e intento controlar el temblor de mi cuerpo. Con la voz tomada y los latidos del corazón retumbando en mis oídos, trato de explicarle cómo me siento—: Yo siempre creí que mi futuro sería más o menos así, pero alguien me ayudó a verlo todo distinto… Y ahora tengo la oportunidad de recuperarla y…

Resignado, agacho la cabeza y hundo los hombros. Jamás podré salir de esto y no puedo permitir que nada de esto salpique a Ava y Logan. Si no puedo alejarme de esta vida, tendré que alejarme de ellos…

—Pero ella no encaja en esto —prosigo. Byron baja la pistola lentamente y les hace una señal a los tipos que me mantienen cogido para que me suelten. Aún con la cabeza agachada, veo cómo algunas

lágrimas caen desde mis ojos hasta el suelo de cemento—. No quiero… hacerle daño. Se merece que le pasen cosas buenas y… yo no puedo… No así.

La habitación se sume en un tenso silencio solo roto por mi respiración pesada.

—La pelea empieza en media hora. Acaba con él en un par de asaltos y te dejo ir. Pero te lo advierto, si alguna vez nos enteramos de que te has ido de la lengua, la mato. Y a su hijo también.

Al instante levanto la cabeza y le miro muy asustado. Está claro que Byron ha investigado a Ava y pretende amenazarme con ella. No me gusta nada que sepan de su existencia, pero es la única baza que tengo para conseguir salir de esto.

—Sí, señor. No les haga daño, por favor.

—Depende de ti.

En cuanto me dejan solo en la habitación, me arrastro hasta un rincón y me siento apoyando la espalda en la pared. Mientras intento recuperar el aliento, me toco la zona de las costillas. Al levantarme la camiseta, intuyo la zona en la que seguro que me saldrá un hematoma. También me toco la cara con cuidado. El ojo ya está algo hinchado y del labio sigue saliendo sangre.

No puedo permitir que Ava me vea así. No puedo relacionarla de ningún modo con este mundo oscuro y sucio. Ella ya ha sufrido demasiado, y no se lo merece.

Yo: *Ava, hoy no voy a poder ir a cenar a casa de tus padres…*

Mientras espero su respuesta, dejo caer la mano a un lado. Con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados, parpadeo para intentar calmar el picor que siento en los ojos. No tengo fuerzas ni para frotármelos, así que dejo que las lágrimas rueden por mis mejillas sin control.

Ava: *Oh, vaya. ¿Tienes que trabajar? ¿Te encuentras bien? Logan estaba muy ilusionado con lo de esta noche…*

Se me escapa un jadeo al leer su respuesta. Golpeo mi pecho con el teléfono mientras intento calmarme. Con dedos temblorosos, me resulta muy complicado escribir, así que me lleva un buen rato lograrlo.

Yo: *Sí, tengo que trabajar… Siento avisarte con tan poco tiempo de antelación.*

Ava: *No te preocupes. Lo entiendo. Otro día…*

Vuelvo a sufrir una pequeña arritmia en el corazón al leerla. Ese «otro día» implica un futuro inminente entre ambos que jamás había soñado y que, por fin, tengo al alcance de la mano.

Yo: *Ava, necesito hablar contigo… ¿Te parece bien si te llamo un día de estos y quedamos?*

Pero antes tengo que contárselo todo. Quiero dejar de esconderle

cosas. Necesito ser completamente sincero, como ella lo ha sido conmigo.

Ava: *En las películas, libros o series, esas palabras no auguran nada bueno… Es broma. Llámame cuando quieras*.

Acaricio la pantalla con los dedos cuando recibo otro mensaje.

Ava: *¿Seguro que estás bien?*

No me da tiempo a responderle porque llaman a la puerta con insistencia.

—Sal —me gritan.

Guardo el teléfono rápidamente dentro de la mochila y me pongo en pie con algo de dificultad. Cojo una toalla y arrastro los pies para salir de la habitación. Fuera, el ruido es ensordecedor. Parte del público grita a mi alrededor, unos animándome, otros no tanto, según lo que hayan apostado.

La cabeza empieza a darme vueltas y abro los ojos para intentar enfocar la vista, ya algo borrosa. Consigo llegar a la jaula y entrar en ella. En una de las esquinas, mi rival, que resulta ser bastante más grande y corpulento que yo, me mira fijamente. Miro alrededor en busca de Byron, al que descubro observándome fijamente.

En cuanto el árbitro sale de la jaula después de explicarnos las normas a ambos y la campana suena, me pongo en guardia. El tipo se acerca al centro del ring con paso decidido e intenta golpearme con el puño. Sus movimientos no son ágiles así que, aunque mis reflejos parecen estar mermados, consigo esquivarle con relativa facilidad y asestarle unos cuantos golpes.

A punto de finalizar el primer asalto, mientras realizo un movimiento para esquivarle de nuevo, se me nubla la vista, me mareo y tengo serios problemas para mantener la verticalidad. Mi contrincante parece darse cuenta, y enseguida se abalanza sobre mí. La lluvia de puñetazos y patadas es constante, hasta el punto de que llega un momento en el que solo puedo cubrirme la cabeza y desear que suene la campana.

Cuando lo hace, el tipo sigue golpeándome. No está permitido, pero nadie le detiene. Solo los gritos de parte del público lo consiguen, pero él, lejos de avergonzarse, levanta los brazos y se pavonea frente a todos.

Me arrastro hasta mi esquina e intento recuperar el aliento. Me limpio la sangre de la cara con la toalla, que queda totalmente manchada al instante. El sabor metálico está por toda mi boca, así que escupo y bebo un poco de agua para intentar librarme de él. Me miro las manos y las cierro. Siento los músculos entumecidos, pero lo que más me preocupa es la cabeza. El mareo y la visión borrosa no desaparecen por más que abra y cierre los ojos y me eche agua en la cabeza para espabilarme, pero no tengo tiempo para lamentos porque

la campana vuelve a sonar para dar comienzo al siguiente asalto.

El tipo se acerca a mí a grandes zancadas, así que me pongo en pie todo lo rápido que puedo y le esquivo agarrándome a la jaula. Para mi desgracia, se las apaña para darme una patada en la rodilla que me hace caer de bruces. Los puntapiés se siguen sucediendo a una velocidad de la que no le creí capaz mientras yo ruedo para huir. Al final, consigo agarrarle el pie, retorcérselo hasta hacerlo crujir y golpear su pierna de apoyo. Cuando cae aullando de dolor, le doy unos cuantos golpes en la zona de los riñones.

Me incorporo y me doy cuenta de que soy incapaz de apoyar el pie izquierdo en el suelo. No creo que sea nada grave, ya que el dolor no es insoportable. De todos modos, es una clara desventaja que me va a complicar mucho las cosas.

Me agarro de la jaula para intentar descargar el peso del cuerpo mientras le controlo por el rabillo del ojo. Le veo levantarse y acercarse renqueante. No parece que vaya a rendirse con facilidad.

Puede que él también tenga una buena razón para seguir levantándose una y otra vez, pienso mientras se abalanza sobre mí.

El tipo levanta un puño para intentar asestarme un golpe, pero parece demasiado exhausto como para conseguirlo, así que su brazo cae inerte a un lado de su cuerpo y él acaba colgado de mi cuello. Siento su aliento en mi oreja y sus jadeos consiguen erizar mi piel. Parece estar luchando con todas sus fuerzas, y su tenacidad consigue conmoverme hasta el punto de hacerme bajar la guardia durante unos segundos, el tiempo necesario para que saque una pequeña cuchilla de la venda que cubre su muñeca. Afortunadamente, sus reflejos también parecen estar muy mermados y, en vez de herirme con ella, esboza una sonrisa cansada que deja al descubierto sus dientes manchados de sangre.

El tipo parece convencido de haber ganado la pelea, pero no tiene ni idea de lo que soy capaz de hacer por Ava. No cuenta con ello. Él piensa que solo peleo por dinero, y quizá fuera así hasta hoy. En esta pelea me juego mucho más. Me juego mi futuro con ella, si es que me sigue aceptando cuando se lo cuente todo.

Movido por esa fuerza sobrehumana y repentina, consciente de que tengo que acabar con él en este asalto, le pego una patada en la mano y logro quitarle la pequeña cuchilla, que cae fuera de la jaula. El público asistente, a pesar de ser consciente de que esto vulnera las normas, parece estar sediento de sangre y grita a nuestro alrededor.

Me acerco al tipo con paso decidido y vuelvo a ensañarme con su pierna malherida. Cuando se rinde y cae al suelo, le agarro del pelo, cierro el puño y golpeo su rostro una y otra vez.

En mi cabeza no dejan de sucederse imágenes de Ava y Logan, imágenes que no quiero dejar de ver jamás. Necesito estar cerca de

ellos, pasar el resto de mi vida a su lado.

Abro los ojos cuando siento que alguien posa una mano en mi pecho. Entonces veo el rostro del árbitro a escasos centímetros de mí. Me habla pero no consigo entenderle. Por inercia, dejo de golpearle. Cuando me levanto, retrocedo unos pasos, hasta que mi espalda toca una de las paredes de la jaula. El público ruge a nuestro alrededor mientras yo busco a Byron. Le descubro muy serio, apretando los labios con fuerza y con los brazos cruzados sobre el pecho. El árbitro, tras comprobar las constantes vitales de mi rival, hace una señal a unos tipos para que le recojan.

Las rodillas empiezan a temblarme y me veo incapaz de mantenerme en pie, así que me dejo resbalar hasta quedar sentado en el suelo La cabeza me da vueltas, empiezo a sentir náuseas. Todo se vuelve borroso excepto una imagen en mi cabeza: la de Ava tumbada en mi cama, mirando a través de su ventana a las estrellas.

14

Ava

—¿Lo dices en serio, cariño?

—Sí. Tengo… algunas ideas para modernizar la tienda. Podría echarte un cable durante unos meses, y luego seguir yo con el negocio.

—Pero… no quiero atarte. Me sentiría muy responsable si decidieras hacerlo por hacerme un favor, ya que sé que no es el trabajo de tus sueños.

—Es cierto que no es donde me imaginé trabajando hace unos años, pero la vida me ha enseñado que, a veces, la felicidad está más cerca de lo que podemos ver a simple vista. —Mi padre es incapaz de ocultar su alegría, y mi madre, sentada a su lado, estruja el trapo de cocina que sostiene entre las manos, escondiendo a duras penas las lágrimas—. ¿Qué me decís?

Mamá, incapaz de contenerse durante más tiempo, se pone en pie y me estrecha entre sus brazos.

—¡No sabes lo feliz que me haces! —me grita al oído, emocionada —. Tener a mis dos hijas y a todos mis nietos cerca es el mejor regalo que podía esperar.

—Abuela, ¿me das una hoja de lechuga? —le pregunta Logan, que entra en la cocina en ese momento con las manos llenas de tierra. Al ver la escena, se queda parado y nos mira sorprendido—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estáis llorando?

—No pasa nada, cariño. Lloramos porque estamos muy contentos.

Logan frunce el ceño, aunque se olvida en cuanto mi madre abre el frigorífico y saca la lechuga para darle una de las hojas.

—¿Se puede saber qué llevas en las manos? —le pregunto, aunque sé que me voy a arrepentir.

—Gusanos —me contesta con una enorme sonrisa—. Quiero ver en qué se convierten si les doy de comer.

Mi padre se pone en pie y mira sus manos manchadas.

—Siento comunicarte que esos gusanos no tienen pinta de convertirse en nada. Son lombrices, y no comen lechuga, comen tierra.

—Pero si está asquerosa. Es mejor la lechuga.

—¿En serio? ¿Y por qué no la comes cuando la tienes en tu plato?

—Porque yo no tengo que elegir entre lechuga o tierra. La abuela cocina cosas buenas que me gustan más.

—¡Ay, mi niño! ¡Qué precioso es, por favor! —suelta mi madre, incapaz de contenerse de nuevo, estrujándole y dándole un sonoro beso en la mejilla—. Toma, ponlos aquí y lávate las manos.

—¿Has comprado botes nuevos? —le pregunta mi padre.

—Claro. No damos abasto con todos los animales que el niño encuentra y rescata.

Mientras resoplo desesperada, con los ojos en blanco, suena el timbre de la puerta. Logan se apresura a mojarse las manos y a cerrar el grifo.

—¿Será Sam? ¿Cuándo dijo que venía? —dice, ya bajándose del banquito y corriendo por el pasillo sin esperar respuesta.

Mi madre asoma la cabeza para ver quién es.

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás?

Reconozco la voz de Jackson en cuanto la oigo.

—¿Qué quieres? —le pregunta Logan de forma brusca.

—¿Está tu mamá?

—Sí, pero no va a ir contigo a ningún lado, ¿eh?

Me apresuro por el pasillo antes de que siga poniéndome en evidencia. Cuando llego, la expresión de Jackson es un poema. Rojo como un tomate, es incapaz de mirarme a la cara. Me sorprende verlo vestido con el uniforme de policía.

—Siento interrumpir… —susurra mientras mira a Logan.

—Cariño, ve a ver si los gusanos se están comiendo la lechuga. Corre —le digo, agachada a su lado. Después de fulminar de nuevo a Jackson con la mirada, sale corriendo por el pasillo—. Lo siento… Él no…

—No pasa nada. Escucha… tengo que decirte algo. Recibimos un aviso del hospital de Fairview… Hace un par de días que tienen allí a un paciente malherido. Hasta que no se despertó, no han podido identificarle porque no llevaba ninguna documentación encima. —Le escucho con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, sin entender muy bien qué tiene que ver eso conmigo. Al menos, hasta que Jackson se atreve a volver a hablar—: Es Sam Wilkins, Ava.

—¿Sam? ¿En el hospital? ¿Qué le ha pasado?

Nerviosa, me peino el pelo con las manos.

—No lo sabemos. Él tampoco ha hablado del tema. Los médicos de urgencias dicen que unas personas le encontraron inconsciente en un parque y llamaron a una ambulancia. En un principio creyeron que era un vagabundo, ya que no llevaba camiseta ni zapatos… Alguien le ha dado una fuerte paliza, pero no ha querido hablar de ello. No sabía

a quién avisar, así que… Tú lo conoces mejor que nadie…

Cuando me doy la vuelta, descubro a mis padres mirándome preocupados. No hace falta que les diga nada, así que cojo el bolso y me lo cuelgo al hombro. Mi padre coge las llaves de su coche y enseguida se planta a mi lado.

—Te llevo.

—¿Seguro?

—Vamos.

—Mamá, Logan…

—No te preocupes por nada. Ve. Y llamadme cuando sepáis algo.

Sentada en el asiento del copiloto, mantengo la vista en el paisaje que discurre a través de mi ventanilla, incapaz de hablar.

—Tardaremos media hora escasa en llegar. No hay mucho tráfico, así que no te preocupes… —dice mi padre, aunque yo me limito a asentir con la cabeza—. ¿Quieres que ponga algo de música? No tengo nada demasiado moderno, pero…

—No… —susurro.

—Cielo, tranquila…

—No puedo estar tranquila. No dejo de hacerme preguntas… ¿Una paliza? ¿Por qué? ¿Por eso no pudo venir a cenar? Hace varios días que está en el hospital, inconsciente. ¿Cómo debió ser, papá? ¿Por qué no dice qué le pasó? ¿No se acuerda o no lo quiere contar?

—Cariño, ahora mismo, todas son preguntas que no puedes responder, así que no te tortures.

—No puedo hacer otra cosa… No consigo quitármelo de la cabeza. ¿Y si todos teníais razón, papá? ¿Y si soy la única con una venda en los ojos?

—¿Y si no? —La respuesta de mi padre me deja sin habla. Que, a pesar de sus creencias y sus reticencias, apueste por estar a mi lado y seguir dándole un voto de confianza para animarme me emociona hasta provocarme las lágrimas—. No llores, cariño… Que sabes que soy un blando que llora hasta con las series que le gustan a tu madre.

Al instante me provoca la risa. Me siento como en una montaña rusa de sentimientos, llorando a moco tendido y riendo a carcajadas segundos después.

Afortunadamente, papá consigue distraerme hasta que aparca en el hospital y me acompaña al mostrador de información. Abro la boca, pero todo mi cuerpo tiembla sin control, así que se me adelanta.

—Buenas tardes, señorita —dice con mucha seguridad, apretando mi mano con fuerza—. Veníamos a ver a Samuel Wilkins. ¿Me puede decir en qué habitación está?

La chica que está detrás del mostrador consulta el ordenador y enseguida levanta la cabeza y nos sonríe.

—Habitación ochenta y tres. En la primera planta.

Me tiemblan las rodillas mientras subimos las escaleras. Afortunadamente, mi padre sigue tirando de mí con decisión hasta quedarnos plantados frente a la puerta de la habitación. Me hace una señal con la mano para que entre, pero me quedo completamente inmóvil.

—No creo que pueda verle… —susurro con la cabeza agachada.

—Por supuesto que podrás —dice él, tirando de mí.

Abre la puerta y camina con decisión hasta el interior. Sam está tumbado con los ojos cerrados. La sábana le tapa hasta el pecho, así que solo podemos verle la cabeza y los brazos. Tiene un aparatoso vendaje cubriéndole gran parte de la cara y un ojo, y uno de los brazos inmovilizado.

Se me escapa un sollozo y me llevo las dos manos a la boca. Mi padre me abraza y apoyo la cabeza en su hombro, llorando desconsoladamente.

—¿Ava…? ¿Qué…? ¿Cómo…?

Me giro lentamente, sin separarme del abrazo de mi padre. Él intenta incorporarse en la cama, aunque, con un solo brazo, le resulta complicado. Tanto mi padre como yo observamos su esfuerzo con el corazón encogido pero, mientras yo me quedo inmóvil, él enseguida se separa de mí y, agarrándole con cuidado, le ayuda a sentarse en la cama. También le coloca un cojín detrás de la cabeza. Todo bajo la atenta y sorprendida mirada de Sam.

—Muchas… gracias… —susurra con la voz tomada. Mi padre hace una tímida reverencia con la cabeza. Incapaz de mirarle durante más tiempo, vuelvo a taparme la cara con ambas manos y sollozo sin control—. No, por favor. Ava, no llores.

—Cariño, siéntate aquí —me pide mi padre, acercando una silla a la cama y, agarrándome del brazo, me ayuda a sentarme—. Os dejaré solos un rato. Estaré ahí fuera, ¿de acuerdo? Solo tienes que llamarme.

Oigo el ruido de la puerta al cerrarse, pero yo sigo con la vista clavada en el suelo. Siento la mano de Sam sobre la mía, pero se la aparto de malos modos con un movimiento brusco.

—Lo siento, Ava… No quería que…

—¡¿Qué?! ¡¿No querías que me enterara?! ¡¿No querías que te viera así?! ¡¿No querías contarme nada de esto?! —Sam agacha la cabeza y mira su regazo. Traga saliva y me mira de reojo—. ¡¿Por qué no quieres contarle a la policía qué pasó?! ¡Respóndeme!

—Es que… no sé a qué responderte primero… —susurra con miedo.

Chasco la lengua e intento calmarme, aunque no quiero que piense ni por un momento que me estoy ablandando porque, ahora mismo, estoy demasiado enfadada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

—Participé en una pelea…

Nervioso, mueve los ojos a un lado y a otro.

—¿Una pelea? ¿Dónde? ¿Qué pasó? Si alguien te ha hecho daño, deberías denunciarlo a la policía.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque yo consentí la pelea y…

—¡¿Qué?! ¿Dejaste que te pegaran…? ¿Por qué?

—Porque es lo que hacía. Porque me ganaba así la vida… —Frunzo el ceño y, de forma inconsciente, echo el cuerpo hacia atrás, alejándome de él—. Ava, prefiero que lo hablemos cuando salga… Te lo explicaré todo. Te lo prometo.

Empiezo a negar con la cabeza mientras me pongo en pie.

—No. No, no. No quiero. No quiero verte fuera.

—Ava, por favor. —Sam intenta echarse hacia delante y al instante se le forma una mueca de dolor. Agarrándose las costillas, me mira con el ojo sano lleno de lágrimas—. No me digas eso. Por favor. Lo he hecho por ti.

—¿Pegarte? ¿Te has pegado por mí?

—No. He dejado que me hicieran esto para estar contigo. No volverá a ocurrir.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡¿Te estás escuchando?! ¡Sam, te defendí delante de todos! ¡Me cabreé con todo el mundo cuando te criticaban! ¡He discutido incluso con mis padres por ti! ¡Yo te creía mientras todo el mundo me advertía que no me acercara a ti! ¡Dejé que te acercaras a mi hijo! —grito, totalmente fuera de mí—. ¡Soy una idiota! ¡Idiota! ¡Por creer en ti, por confiar en ti! ¡Por…! Enamorarme de ti…

En ese momento, alertada por los gritos, entra una enfermera en la habitación, seguida por mi padre. Los dos nos miran y nos descubren llorando.

—No pueden montar este escándalo. Señorita, el paciente tiene que descansar…

—No se preocupe, ya me iba.

—Ava, no. Por favor. Lo he dejado.

—Me da igual, Sam. —Agarrando la puerta con una mano, me doy la vuelta para mirarle por última vez—. Por favor. Déjanos en paz.

Sam

Recibí el alta una semana después de la visita de Ava y su padre. A pesar de la paliza que recibí, las únicas secuelas visibles son un esguince de rodilla que me impide caminar con normalidad, una muñeca rota y un feo hematoma en un ojo.

Le he escrito varios mensajes a Ava y la he llamado incontables veces, pero no he conseguido recibir ninguna respuesta. No quiero comportarme como el indeseable de su ex y acosarla como hizo él en su momento, pero necesito que me escuche. Sé que ahora puedo darle todo lo que necesita, que soy capaz de hacerla feliz.

Al principio pensé en ir a casa de sus padres, pero no quiero meter a Logan en esto. Tampoco quiero montar un espectáculo frente a su casa, pero necesitaba una medida desesperada, así que me he plantado frente a la tienda de su padre. Tengo la esperanza de que ella esté aquí, tal y como me contó que haría, y abordarla en cuanto salga.

Sentado en un banco, con una gorra cubriendo mi cabeza para así esconder mi maltrecho rostro, intento pasar desapercibido a ojos de todos. No creo que nadie me haya reconocido, aunque sí he llamado la atención de algunos de los que han pasado por delante de mí.

—No dude en llamarme si me necesita, señor Gibson.

—Lo haré, Jackson.

En cuanto oigo las voces, me pongo en pie de un salto. Los ojos del padre de Ava se posan en mí durante una fracción de segundo y su expresión se hace seria. Jackson se da la vuelta entonces y me mira entornando los ojos. Mientras empieza a caminar hacia mí yo agacho la cabeza.

—¿Sam? ¿Sam Wilkins? —me pregunta buscando mi mirada.

Al rato, levanto la cabeza e intento sonreír.

—Sí. Hola, Jackson.

Le tiendo la mano sana para estrecharla con la suya. Lo hace de inmediato, sin dejar de mirarme a los ojos y ejerciendo una fuerza excesiva en el apretón, que se alarga durante más tiempo del que marca el protocolo no escrito.

—¿Qué te trae por aquí? Tenía entendido que vivías por la zona, pero jamás has dado señales de vida… hasta ahora.

Noto cierto tono de resquemor en sus palabras, pero no tengo ninguna intención de entrar al trapo. En vez de eso, miro al padre de Ava, que parece captar de inmediato el mensaje.

—Gracias, Jackson. Te llamaré si te necesito.

—Está bien… —Jackson golpea la pequeña libreta que sostiene en una mano con un bolígrafo. Parece reticente a marcharse, pero el momento empieza a ser bastante incómodo—. Supongo que nos veremos por aquí…

—Supongo.

Jackson se despide con una mano en la visera de la gorra de su uniforme y camina hacia el coche patrulla aparcado al otro lado de la calle. Solo cuando le vemos meterse en él y arrancar el motor, nos atrevemos a movernos. El padre de Ava me mira fijamente, resoplando, y yo le hago una reverencia con la cabeza.

—Gracias —digo—. Por traerla al hospital y por… esto.

—No te equivoques. No pienso interceder entre vosotros. No voy a intentar convencer a mi hija para que haga algo que no quiere hacer. La conozco lo suficiente como para saber que jamás lo conseguiré. —No puedo evitar sonreír porque sé que tiene razón. Él, al verme hacerlo, suaviza el gesto—. Supongo que sabes de lo que te hablo.

Asiento con la cabeza y miro alrededor. No hay mucha gente, pero los pocos que pasean por la calle principal de Asheville nos miran con curiosidad.

—¿Ha pasado algo…? —le pregunto señalando a la tienda.

—Lo de siempre. Chavales que vienen a molestar de vez en cuando. Nada grave, pero yo soy demasiado viejo para enfrentarme a ellos. —Asiento con la cabeza, apretando los labios—. Gracias por lo de aquella vez, por cierto. Ava me contó que fuiste tú…

—No hay de qué. ¿Cómo está ella? —le pregunto aprovechando que la ha nombrado—. No sé nada de ella… aunque no la culpo.

—¿Cómo crees que está? —Agacho la cabeza, realmente preocupado—. Destrozada. Por tu culpa.

—Lo siento mucho… —Me humedezco los labios y abro y cierro la boca varias veces antes de elegir las palabras adecuadas—. Verá, señor Gibson. Yo… no intento llegar a Ava a través de usted. Solo quiero… explicarme. Sé lo que piensan de mí. Sé que mi pasado es… complicado y les influye. No los juzgo. Los entiendo, en realidad. No les he puesto las cosas fáciles para que piensen lo contrario. Así me ganaba la vida…

Abro los brazos y me quito la gorra para que pueda verme bien. Al principio parece asustado, pero luego me mira con cierta preocupación. Es la misma mirada de Ava.

—Cuando salí del centro de menores, estaba algo… perdido. Allí aprendí artes marciales y empecé a entrenar en un gimnasio. El dueño me dejaba vivir en el almacén y me entrenaba a cambio de que limpiara el lugar. Empecé a… pelear por dinero. Siempre he ganado, aunque no lo parezca. —Me señalo la cara, antes de continuar—. Era lo único que creía que se me daba bien hacer, pegar, y me reportaba mucho dinero. Pero su hija volvió a mi vida, y con ella, todos aquellos sueños que un día tuve junto a ella. Ava me hace soñar. Ella me hace creer que puedo tener algo bueno en la vida. Quiero que sepa que lo he dejado. Ya no volveré a pelear. De hecho, esta mañana hablé con el señor Mackenzy. Hace un tiempo me ofreció un trabajo y hoy he ido a preguntarle si la oferta seguía en pie. Comienzo en cuanto me recupere del todo.

Empiezo a estar algo cansado y busco un apoyo. El padre de Ava se da cuenta de ello y me ayuda a sentarme de nuevo en el banco, él lo hace a mi lado.

—Sé que no soy el tipo que querría al lado de su hija, que no tengo una buena reputación, que se cuentan muchas cosas de mí… Pero yo no soy como Frank. Yo quiero a su hija. Desde siempre. Desde el día que la conocí. Y jamás le haría daño. Ni a ella ni a Logan. —Hago una breve pausa para coger aire antes de continuar mi discurso—. Quiero que sepa que voy a seguir intentándolo, que necesito que me escuche y que sepa que lo daría todo por ella. No me voy a rendir. No quiero que interceda por mí. De hecho, no quiero que le cuente siquiera que hemos hablado. Lo único que pretendo es intentar que me vea de otra forma. Sé que Ava les… habló de mí, y quiero que vea que lo que le dijo es verdad. Voy a ser mejor, señor Gibson.

El padre de Ava asiente con la cabeza y mira alrededor.

—Debería… irme.

—Sí, claro. —Me pongo en pie rápidamente, quizá demasiado, así que me cuesta disimular la mueca de dolor—. Gracias por escucharme.

—¿Cómo has venido? ¿Puedes conducir?

Niego con la cabeza antes de contestar.

—He venido caminando.

—Te llevo entonces.

Al principio pienso en negarme, pero reconozco que me vendrá muy bien no forzar para poder recuperarme lo antes posible. Así que acepto el ofrecimiento con una inclinación de la cabeza y enseguida me encuentro sentado en el asiento del copiloto, indicándole el camino una vez salimos del pueblo.

—¿Y se puede saber cómo tienes pensado conseguir que Ava te escuche? —me pregunta sin perder de vista la pista de tierra.

—Buena pregunta… —Me froto la nuca mientras lo pienso—. No quiero seguir acosándola con llamadas y mensajes, así que puede que cambie de táctica. Necesito hacerle saber que sigo ahí, pero de una forma sutil.

Me mira sonriendo y asintiendo con la cabeza. Siento como si hubiéramos conectado de algún modo, y ya puedo imaginarme un futuro así, en el que pueda charlar de forma animada con él. Un futuro en el que pueda sentirse orgulloso del tipo que está perdidamente enamorado de su hija.

—Es por aquí —le indico con un dedo hacia la derecha cuando veo la desviación hacia el sendero que llega hasta mi casa.

En cuanto la cabaña aparece frente a nuestros ojos poco después, le miro de reojo para comprobar su reacción. Reconozco que verle con la boca y los ojos abiertos de par en par me enorgullece.

—La he… construido yo casi por completo. El señor Mackenzy me ayudó con algunas cosas, pero…

—Vaya…

—Es grande y espaciosa, y tiene mucho terreno alrededor. Además,

el lago está a poco más de cinco minutos a pie. —Parezco un agente inmobiliario y él asiste a mis explicaciones asintiendo con orgullo, así que, envalentonado, me atrevo a preguntarle—: ¿Quiere entrar a echarle un vistazo?

—Será mejor que no. Me tienes que seguir cayendo un poco mal durante más tiempo. Por mi hija, ya sabes…

—Es justo, sí. Es mejor que despliegue mis encantos con usted poco a poco.

Los dos sonreímos con sinceridad antes de que yo abra la puerta y salga. Me alejo de espaldas, levantando una mano para despedirme. Entonces le veo bajar la ventanilla y asomarse por ella.

—Oye, Sam… Pásate por la tienda alguna vez, ¿vale? Ava vendrá algunas tardes la semana que viene…

Me quedo inmóvil y con cara de bobo durante un rato, hasta que me guiña un ojo, sube la ventanilla y arranca el motor.

Ava

—Si ampliáramos la zona de atrás…

—Pero ahí está mi despacho.

—¿Y para qué necesitas un despacho?

—Para… los papeles y los libros de contabilidad, y…

—Papá, todo eso lo puedes tener almacenado en este portátil. —Me mira reticente, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras yo sigo introduciendo los productos en el programa que hemos comprado para informatizar el inventario. Ha sido mi primera acción para intentar darle un giro al negocio—. La tienda necesita clientes, y solo los conseguiremos si nos modernizamos. En todo. Tanto en el aspecto de la tienda como en los productos que vendemos. Siguiente, Logan. Esta mostaza de aquí. Cuenta los botes que hay.

Subido en una escalera, le veo mover la boca mientras pasa los dedos por encima de los tapones. No adelantamos demasiado cuando Logan está con nosotros e insiste en ayudarnos, pero así le tenemos entretenido y aprovecha para repasar los números antes de empezar el colegio.

—¿Qué tienen de malo los productos que vendo?

—¿Qué viene después del once, mamá?

—Doce.

—Pues esos hay. Doce.

—¿Hija? —insiste al ver que no le hago caso.

—Nada, papá, no tienen nada de malo, pero tienes que abrir tu mente a cosas nuevas. Comidas de otros países, comida preparada e instantánea… Más variedad en productos infantiles. Helados,

chucherías… —La expresión de mi padre va cambiando conforme me escucha, incapaz de evitar una mueca de desaprobación—. Renovarse o morir, papá.

—Chucherías. Sí —grita Logan, antes de centrarse en contar el siguiente producto de la estantería.

—Hazle caso a tu hija, Anthony.

Los tres nos giramos al oír la voz del cliente que se acerca a nosotros por uno de los pasillos

—Hola, señor Mackenzy —le saludo con una sonrisa—. ¿Cómo está?

—Viejo y anticuado, como esta tienda. —Al pasar junto a Logan le revuelve el pelo, y a mi padre le da una palmada en el hombro—. Menos mal que os pillo aún aquí. Vengo a por leche, que nos hemos quedado sin una gota.

—No sabía ni la hora que era. —Mi padre mira su reloj mientras habla—. Estos días andamos un poco liados y se nos echa el tiempo encima. Luego me llevo cada bronca de Muriel… Tengo entendido que tú también tienes relevo, ¿no? Ya tienes a alguien que te ayude, ¿verdad?

—Sí. Ya sabes que mis hijos no estaban por la labor de continuar el negocio familiar, pero me daba mucha pena cerrar después de tantos años. Qué te voy a contar que no sepas, ¿eh?

Con la botella de leche en la mano, camina hasta el mostrador junto a mi padre mientras charlan de forma animada. Después de pagar, antes de marcharse, levanta una mano y se despide de mí. Entonces mi padre vuelve a mi lado y me observa en silencio mientras yo sigo metiendo productos en el inventario.

—Es una suerte, ¿verdad? —dice.

—¿El qué?

—Que no tenga que cerrar el negocio…

—Sí, claro. —Mi padre me mira fijamente, con una sonrisa dibujada en los labios. Al notar sus ojos clavados en mí, giro la cabeza y, señalándole el portátil, digo—: ¿Seguimos? Logan. Cuenta los botes de salsa de tomate.

—Es Sam —suelta de golpe. Frunzo el ceño durante unos segundos, realmente confundida—. Ya sabes… El que va a echarle una mano a Mackenzy.

—¿Sam? ¿Qué Sam? ¿Ese Sam? —pregunta Logan.

—Pues muy bien. —Carraspeo y le doy la espalda, caminando hacia la parte de atrás de la tienda. Pronto oigo sus pasos detrás de mí —. ¿Nos vamos antes de que mamá ponga el grito en el cielo?

—¿Qué Sam, abuelo? —insiste Logan, corriendo detrás de nosotros.

—He pensado que podríamos pedirles ayuda cuando reformemos la

tienda —continúa mi padre sin hacer caso de mis palabras—. No quiero que pierda este aspecto rústico y me gustaría que conservara la madera… ¿Te parece bien?

Al verle buscar mi mirada con insistencia, chasco la lengua y decido responderle.

—¿Por qué me iba a parecer mal?

—Por Sam…

—Haz lo que quieras. Es tu tienda.

—Y también tuya…

Se coloca frente a mí, cortándome el paso. Resoplo agotada y cierro el portátil.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Qué quieres que te diga?

—Si te parece bien que Sam se encargue de parte de la reforma…

—¿Qué Sam? ¿Alguien me puede hacer caso?

—¿Por qué? ¿Por qué de repente este interés en él? ¿Por qué después de tantos años, cuando yo he pasado página y he abierto los ojos? —mascullo entre dientes para intentar que Logan no me entienda.

—Porque creo que los que estábamos equivocados éramos los demás. Y siento no haberme dado cuenta, cariño. Pero aún siento más que tú hayas… cambiado de opinión con respecto a él. Le dije que no intercedería por él, pero…

—Espera. ¿Le dijiste qué? —Mi padre abre la boca para responder, pero levanto una mano para cortarle—. No. No me respondas a eso. ¿Has hablado con él? ¿Cuándo? ¿Te pidió que hablaras conmigo? ¡Papá! ¡Di algo!

—Es que no me dejas, cariño… Hablas sin parar y no me haces caso.

—Como a mí. ¿Alguien me contesta?

—Cariño, estamos hablando los mayores. Recoge tus cosas, que nos iremos ya.

Resignado, Logan chasca la lengua y se aleja pisando con fuerza para que nos demos cuenta de su enfado.

—¡Sois un rollo! —grita mientras se aleja.

—¿Y bien? Habla —le pido a mi padre cuando me aseguro de que Logan ya no está cerca.

—Vino a la tienda la semana pasada. Me… estaba esperando fuera. Bueno, en realidad creo que esperaba verte a ti. Estuvimos charlando un poco y luego le llevé a su casa. No puede conducir aún, aunque parecía bastante recuperado.

—¿De qué… hablasteis?

—Pues me lo contó todo, cariño. Me contó lo de las peleas, del dinero fácil que ganaba. Me habló de que pensaba que era lo único que se le daba bien hacer… pero también me dijo que lo había dejado

y que le había pedido trabajo a Mackenzy. También me habló de ti y me di cuenta de lo que significas para él, aunque le advertí que no pensaba hablarte en su favor.

—Pues menos mal que no ibas a ayudarle…

—¿Sabes qué creo? Que, en el fondo, todos le convertimos en el que era. Le… empujamos a pensar que no era capaz de hacer nada bueno con su vida. Por eso acabó aceptando participar en esas peleas. Porque nadie confió en él. Todos creímos saber cómo era sin conocerle realmente. Todos menos tú, cariño. Y parecía hacerte feliz. Y es lo único que quiero en esta vida, que seáis felices.

—Pero me mintió, papá. Yo le abrí mi corazón y él…

—Lo sé.

—Tengo la sensación de que todo lo que rodea a Sam es… oscuro y triste… Creía que podría cambiarlo, ¿sabes? Pero puede que no sea posible. Ya me equivoqué una vez, papá. Y tengo miedo de volver a hacerlo.

Mi padre desvía la vista hacia el jarrón que reposa sobre el mostrador y luego me mira de nuevo. En él hay seis girasoles.

—¿Estás segura de que no le has cambiado un poco? —me pregunta.

Me acerco con paso lento y toco los pétalos con delicadeza. Cada mañana, cuando papá y yo llegamos a la tienda, encontramos un girasol en la puerta. Cuando apareció el primero, me quedé helada, con la boca abierta y el corazón en un puño. Enseguida supe quién lo había dejado. Mi padre también, y me lo tendió enseguida sin abrir la boca.

«Los girasoles siempre buscan la luz del sol, pero en días nublados se miran unos a otros, buscando la energía de cada uno». Recuerdo perfectamente esa conversación y la confesión a corazón abierto que vino después.

—No lo sé… —susurro casi como en un lamento, de repente muy triste—. Me gustaría que así fuera, ¿sabes? Me hice ilusiones… pero puede que solo fueran eso. Y como estas flores, se marchitarán tarde o temprano y todo quedará en nada. Puede que sea mejor así.

Me atrevo a mirar por fin a mi padre, el cual, apoyando la cadera en el mostrador, me observa con la cabeza ladeada. Chasca la lengua y se acerca a mí. Entonces me agarra por los hombros y me obliga a darme la vuelta para mirar hacia la puerta.

—¡Sam!

Logan aparece de repente y, nada más verle, corre hacia él y se abraza a sus piernas.

—Hola, colega —dice Sam con una sonrisa sincera en los labios.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño?

—Un poco.

—¿Por eso no has venido antes? —Sam asiente con la cabeza—. No te puedes bañar en el lago con eso, ¿a que no?

—No.

—¿Esa flor es para mamá? —Sam abre la boca para contestar y me mira con timidez, pero Logan no le da tiempo—. ¿Tú les has traído todas las flores?

Papá me da entonces un beso en la mejilla, coge sus cosas y sale del mostrador.

—Cierra tú, ¿vale? —me pide. Cuando pasa al lado de Sam, le da una palmada en el hombro e incluso se lo agarra con cierto gesto de cariño. Este asiente e intenta sonreír, pero parece muy nervioso—. Vámonos, Logan.

—No, yo me quiero quedar.

—Me temo que eso no es una opción.

—Pero hace mucho que no veo a Sam.

—Sam y mamá tienen que hablar a solas.

—No vale. Los mayores no hacéis más que querer hablar solos. ¿Y yo qué? Hacedme caso.

—Logan, por favor… —insiste mi padre al ver que yo soy incapaz de reaccionar.

—Logan, te prometo que otro día vengo a verte a ti y jugamos a lo que quieras.

—Pero a mí solo. A mamá, no.

—De acuerdo.

—Prométemelo —le pide Logan mostrándole el dedo meñique.

Sam deja el girasol en el suelo un momento y entrelaza su dedo con el de Logan, que enseguida le explica:

—Se hace así. No sueltes el dedo y levanta este. Así se promete y no se puede romper. Nunca.

—Te lo prometo.

Cuando mi padre por fin consigue despegar a Logan de Sam y nos quedamos solos, nos miramos sin abrir la boca. Él se humedece constantemente los labios y mira alrededor, hasta que por fin resopla y entra en la tienda cojeando.

—Siento no haberlo podido dejar esta mañana… —me dice justo después de alargar el brazo para dármelo. Ya en mi mano, miro la enorme flor y la acaricio con delicadeza—. En el vivero donde los he comprado hasta ahora se quedaron sin ninguno, así que tuve que hacer unos cuantos kilómetros más… Por si acaso, he comprado todos los que tenían.

Se me forma una sonrisa imposible de disimular.

—¿Para cuántos días tienes?

—Para catorce. Bueno, trece —apunta, señalando el girasol de mi mano—. Pero me han asegurado que tendrán más en breve…

—¿Tanto crees que me va a costar perdonarte?

Sam entorna los ojos hasta que parecen unas simples líneas en su rostro.

—En realidad, tengo la esperanza de que me perdones antes, pero lo que no quiero que olvides es que soy tu persona. Así que pienso traerte un girasol cada día hasta que te convenzas de ello. Siempre te cuidaré, Ava. Pase lo que pase. Siempre te cogeré la mano, no importa lo que digas o hagas.

Es cierto. No ha dejado de hacerlo. Siempre me ha cuidado y ha estado a mi lado, a pesar de que le conté mis secretos y mis miedos más íntimos.

Meto el girasol en el jarrón junto a los otros y camino lentamente para salir de detrás del mostrador hasta plantarme frente a él. Levanto las manos y, aunque no paran de temblar, las acerco a su cara. Acaricio el hematoma de su ojo con cuidado y luego miro su brazo inmovilizado. Agarro su mano y la aprieto con cuidado. Sin querer, se me escapan unas cuantas lágrimas que él se ocupa de secar con el pulgar. Rodeo su torso con mis brazos y apoyo la oreja en su pecho. Le escucho soltar un jadeo antes de que su voz resuene.

—Siento no habértelo contado antes. Supongo que pensé que… huirías. Tenía miedo. Y no quería perderte de nuevo, Ava. No ahora. No esperaba volver a verte, por eso mi vida me daba un poco igual. No me importaba vivir como vivía porque no tenía nada que demostrarle a nadie. Me servía con ser como todos creían que era. Darles la razón era lo… fácil, supongo. Pero volviste, y todo cambió. Lo he dejado, Ava. Te lo prometo. Y tengo un nuevo trabajo. Y voy a hacer las cosas bien.

—Lo sé —contesto por fin, sollozando.

—Quiero que sepas que he descubierto que sí tengo un sueño: hacerte feliz todos los días. Déjame cumplirlo, por favor.

Agarrada de su camiseta, trago saliva y asiento con la cabeza, primero con timidez, luego totalmente convencida. Incapaz de dejar de llorar, Sam parece haberse rendido y ha dejado de intentar secar mis lágrimas. En vez de eso, me mira sonriendo mientras acerca su boca lentamente a la mía. Veo sus ojos mirar alrededor para comprobar si alguien nos está viendo. Entonces, más segura que nunca, rodeo su cuello con mis brazos y le beso sin miedo. Me da igual lo que digan, lo que piensen o imaginen. Sam es mi persona. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Sam

—¿Y ahora qué? —me preguntó cuando nos separamos después de

darnos nuestro primer beso oficial como pareja.

—Ahora, lo que tú quieras —respondí—. Me gustaría hacer las cosas bien. Quiero… hablar con tu madre y… Que confiaran en mí sería increíble, ¿sabes? Me da igual lo que piensen los demás, pero no tus padres. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

—Pero primero tengo que hablar con otra personita a la que le he hecho una promesa. Así que, si estás de acuerdo, mañana volveré, pero solo para verle a él.

—Sí. Me parece estupendo —contestó con una enorme sonrisa y sus enormes ojos azules brillando de emoción—. ¿Me… acompañas hasta casa?

Y así, dimos nuestro primer paseo cogidos de la mano sin escondernos. Nos cruzamos con personas que nos miraban sorprendidas, pero nos dio igual. Y la acompañé hasta la puerta de su casa, nos dimos un beso corto y me quedé ahí plantado hasta que la vi entrar.

Y aquí estoy de nuevo, plantado frente a la puerta de la tienda con un girasol en la mano. Ava está detrás del mostrador y ya me ha visto, dedicándome la más bonita de las sonrisas.

—Hola… —susurro cuando me acerco al mostrador y le tiendo el girasol.

—Hola… —me responde en el mismo tono, sosteniendo la flor entre las manos, justo antes de meterla dentro del jarrón junto a las otras.

Nos damos un beso por encima del mostrador. Es un beso corto, aunque ninguno de los dos nos separamos cuando nuestros labios se despegan. Nos quedamos muy cerca, dejando que el aliento del otro se cuele en nuestras bocas.

—Te he echado de menos… —susurro.

—Y yo. Creo que le tengo un poco de envidia a Logan…

En cuanto escuchamos la voz del padre de Ava, nos separamos.

—A mí no me líes. Pregúntale a tu madre. Ava, habla con tu hijo, porque quiere… Ah, hola, Sam.

Al escuchar mi nombre, Logan corre hasta el mostrador.

—¡Sam! ¡Has venido!

—Por supuesto. Te hice una promesa, ¿no?

—¿En serio? ¿Vienes por mí? ¿Solo por mí? —Asiento sin poder esconder la sonrisa—. ¿No por mamá?

—Quiero pasar la tarde contigo. Si tú quieres.

—Sí. Sí, quiero.

—Había pensado que podríamos ir al lago un rato y luego, si quieres, te presento al gato que vive conmigo.

—¿En serio? ¿Tienes un gato? ¿Y tienes más animales?

—No, pero alrededor seguro que hay muchos.

Logan se gira muy ilusionado hacia Ava, que asiente con la cabeza.

—¡Vámonos! ¡Corre! —dice tirando de mi pantalón.

—Os lo llevaré luego a casa… —me da tiempo a decir antes de verme arrastrado hacia el exterior.

—¡Me encanta el lago! ¡Y me encantan los animales! ¡No sabía que tenías un gato! ¡Me encantan los gatos! —Mientras brinca a mi alrededor, le observo maravillado por su energía y vitalidad. Ava me contó que era un crío muy optimista y feliz, y no mentía en absoluto —. ¿Cómo se llama?

—No le he puesto nombre —contesto dándome cuenta de ello por primera vez.

—¿Y cómo le llamas?

—No sé… Gato.

—Gato. Gato —repite, hasta que empieza a reír a carcajadas—. Me encanta.

—Lo imaginaba —contesto, y Logan me mira durante unos segundos con sus enormes ojos azules, tan iguales a los de su madre.

Entonces levanta un brazo y se agarra de mi mano. La aprieto con suavidad, queriéndole demostrar que jamás se la soltaré, que siempre estaré ahí para él.

De pequeño soñaba con esto, con alguien que cogiera mi mano y me protegiera. Mi abuela lo intentó a su manera, pero ella trabajaba muchas horas para poder mantenerme, así que no estaba demasiado.

Cuando llegamos al lago nos entretenemos un rato tirando piedras al agua. Yo las hago rebotar en la superficie, haciendo las delicias de Logan, que trata de imitarme sin demasiado éxito.

—Ven —le pido al rato—. Quiero enseñarte una cosa…

Agarrándolo de la mano, caminamos por el embarcadero hasta llegar al final. Cuando llegamos a las maderas más nuevas, nos detenemos y se las señalo con un dedo.

—Son diferentes —dice, dándose cuenta al instante.

—Sí. Un día, una chica estaba algo enfadada y caminó por este embarcadero pisando con toda su fuerza. La madera se rompió bajo sus pies y cayó al agua. El chico que iba con ella saltó a rescatarla, aunque la chica sabía nadar perfectamente. Supongo que era su manera de intentar que ella lo perdonara. Como se sentían culpables por haberlas roto, el chico se pasó varios días buscando maderas, cogió unos clavos y herramientas de su padre y lo arregló con la ayuda de la chica. Y aquí siguen. ¿Y sabes qué? El chico y la chica se han hecho mayores, pero también siguen aquí. ¿Sabes quiénes son? —Logan, que ha estado atento durante toda la historia, mirándome con sus enormes ojos azules muy abiertos, niega con la cabeza—. La chica es tu mamá y el chico soy yo.

Logan mira entonces las tablas y se agacha para tocarlas con sus pequeñas manos. Al rato, se sienta sobre ellas con las piernas cruzadas como un indio y yo me siento a su lado, con las piernas colgando en el borde de la pasarela.

—Me encanta este sitio —dice entonces—. Mamá está más contenta y ríe más. Así que a ella también le encanta. Y a ti también, porque no te has ido. ¿A que sí?

—Ajá —contesto, y me tomo un tiempo para pensar en mis siguientes palabras—. Y tú también me encantas. Y tu mamá. Mucho.

No sé si entiende lo que le estoy intentando decir. Supongo que el tiempo lo dirá. Lo que sí parece haber entendido es que pretendo ser una constante en su vida.

—¿Tu casa es grande?

Le miro durante unos segundos hasta que acabo asintiendo con la cabeza.

—Más o menos…

—¿Cabemos mi mamá y yo?

Boquiabierto, intento controlar la explosión de emoción en mi interior. Puede que él no le esté dando la importancia que le doy yo, pero, para mí, esa pregunta significa un mundo.

—Sí. Sí, claro. Por supuesto que sí. —A pesar de ello, me doy cuenta de que tengo que medir mis palabras porque no es algo que podamos decidir él y yo—. Pero es tu madre la que tiene que decidirlo. A mí… me encantaría que vivierais conmigo.

—Luego le pregunto —dice sin más, poniéndose en pie. Coloca su dos manitas en mis mejillas y me mira sonriente—. ¿Me llevas a ver a Gato? Le tendré que preguntar si quiere que viva con él…

—De acuerdo. Vamos allá. Pero luego te tengo que llevar de vuelta a casa de tus abuelos, ¿eh?

—Si vivo en tu casa, ¿cada día caminaré por el bosque para ir al colegio?

—Sí —contesto encogiéndome de hombros.

—Genial. Quiero ir por el bosque. Quiero caminar por todo el bosque y buscar animales. Y hacerles fotos. Y quiero ir a la cascada muchas veces. ¿Me enseñarás a tirarme como tú?

Durante el corto trayecto a casa no ha dejado de hacerme preguntas, saltando a mi alrededor, rebosante de energía.

—Es aquí. ¿Qué te parece? —le pregunto cuando llegamos. Logan mira alrededor, dando vueltas sobre sí mismo. Levanta la cabeza para mirar al cielo y sonríe—. La construí yo.

—¿En serio? ¿Como el embarcadero?

—Más o menos —río mientras cojo su mano y subimos los escalones que llevan al porche.

Abro la puerta y le dejo entrar. Mira a un lado y a otro,

agachándose al caminar. El gato, alertado por el ruido, levanta la cabeza y entonces le vemos tumbado en el sofá. A Logan se le ilumina la cara y empieza a caminar hacia él.

—¡Gato! —grita.

El animal parece ponerse en guardia, aunque no sabe a qué atenerse. No está acostumbrado a que le cojan. Aun así, cuando Logan lo hace, no se resiste, aunque me mira como pidiendo auxilio.

—Ten cuidado, ¿vale? No sabemos si le gustan los abrazos.

—¿A quién no le gustan los abrazos? Además, mamá dice que doy los mejores abrazos del mundo. —Se sienta en el sofá, con el gato en el regazo, al que empieza a acariciar. Sorprendentemente, el animal parece haber entendido que no tiene escapatoria y que será mejor que se lleven bien desde un principio, porque aguanta estoicamente—. ¿Cómo estás? ¿Qué te gusta comer? Te puedo traer comida de la tienda de mi abuelo. ¿Te gustan los otros animales? ¿Sabes que a lo mejor viviré aquí?

Apoyado en la pared, le observo con cariño. Entonces Logan me mira y sonríe de oreja a oreja.

—Le caes bien —digo señalándolos. Logan asiente con la cabeza sin dejar de acariciar a Gato. Al rato empieza a bostezar—. ¿Estás cansado?

—Un poco. Hoy no he dormido después de comer…

—Pues vamos. Te llevo.

—No… Puedo un ratito más…

—Logan, Gato estará aquí esperándote y puedes venir siempre que quieras…

—¿Y no puede venir con nosotros? Es que he estado muy poco rato con él…

—No es un animal que esté acostumbrado a salir a pasear como un perro…

—¿Puedo tener un perro, Sam? En casa de los abuelos no puedo. A la abuela le dan miedo… ¿Podré tener un perro aquí cuando viva contigo?

—Sí, claro. Pero recuerda que eso lo tiene que decidir mamá.

—¿Y conejos? ¿Y gallinas? Me encantan las gallinas. —Sigue hablando mientras salimos. Levanta los brazos y me mira. Tardo un rato en entender qué quiere, hasta que le cojo en brazos y acurruca la cabeza en mi hombro—. ¿Y una vaca? Las vacas dan leche. Aquí hay mucho sitio.

—Ya veremos. Aunque no sé si podremos cuidar a tantos animales. Se quedarían solos cuando nosotros estemos trabajando y tú en el colegio.

Pensativo, Logan se queda callado durante unos segundos. Su respiración se va acompasando poco a poco, hasta que me doy cuenta

de que se ha quedado dormido.

Cojeando de forma ostensible aún, camino lentamente por las calles de Asheville con Logan durmiendo en mis brazos. Creo que, junto a la de ayer, son las únicas veces que lo hago con la cabeza alta y sin esconderme. Me da igual que la gente a mi alrededor me mire. A todos les saludo con un movimiento de cabeza y una sonrisa, a pesar de que alguno no puede disimular su cara de asombro o incluso de miedo. No me importa, porque la sensación cálida que siento dentro del pecho lo compensa todo.

Atravieso el precioso jardín delantero de la casa de los padres de Ava con el corazón bombeando a toda máquina. Llamo al timbre una sola vez, como con miedo, y doy un paso atrás. Carraspeo para aclararme la voz y lleno mis pulmones de aire para ir soltándolo poco a poco.

La puerta se abre con ímpetu y Ava aparece frente a mis ojos. Sonreímos a la vez como unos bobos, hasta que ella se fija en Logan, aún dormido en mis brazos.

—Pasa —me dice, apartándose a un lado para dejarme entrar.

Ella también parece nerviosa. Frota sus manos la una contra la otra y se coloca el pelo detrás de las orejas, incapaz de quedarse quieta.

Llegamos a lo que parece el salón y entonces veo a su padre, que levanta las cejas al verme.

—¿Has conseguido dormirle? —me pregunta mientras se acerca.

—No ha parado en toda la tarde… —susurro cuando veo entrar a la madre de Ava.

Me quedo muy quieto de golpe y la miro muy serio. Tragando saliva, la saludo con una inclinación de cabeza.

—Hola, señora Gibson. Encantado de conocerla… —digo con el tono más respetuoso que puedo entonar.

—En algún momento se le tiene que acabar la energía… —interviene de nuevo el padre de Ava, que me coge a Logan de los brazos y le tumba en el sofá.

Sin saber qué hacer ahora con mis manos, las froto contra el pantalón. Supongo que debería marcharme, así que señalo a mi espalda y empiezo a retroceder.

—Yo… debería… —balbuceo.

—Quédate a cenar —suelta de golpe la madre de Ava. La miro con la boca abierta, sin saber qué responder. Sus mejillas están teñidas de un color rosado y sus ojos brillan de emoción, hasta me sonríe—. ¿Te gustan las mazorcas de maíz? Las vamos a preparar en la barbacoa.

—Si no le gustaban, ahora le gustarán. No es por nada, pero mi dominio de la barbacoa no conoce rival.

—También he preparado puré de patata y tengo carne…

—Eh… Yo… —Miro a Ava sin saber qué hacer. Ella me sonríe

ilusionada, asintiendo con la cabeza, justo antes de agarrar mi brazo con las dos manos y apoyar la frente en él—. Está bien. Muchas gracias.

Su madre me sonríe antes de volver a la cocina. Alucinado, vuelvo a mirar a Ava, que parece igual de feliz que yo. Su padre me tiende un botellín de cerveza y trae otro para su hija.

—Ven, salgamos al jardín… —Ava tira de mí mientras yo aún intento recuperarme del shock. Echando rápidos vistazos hacia atrás, dejo que me guíe hacia fuera—. ¿Se ha portado bien? Ha hablado sin parar, ¿verdad?

Respondo a ambas preguntas asintiendo con la cabeza y riendo. Abro la boca pero lo único que sale es un jadeo, así que dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Estoy… bastante abrumado. No quiero… cagarla, ¿sabes? —digo, señalando hacia el interior de la casa—. Me siento como si me hubieran dado una oportunidad que no me merezco y…

Ava pone una mano sobre mi boca para obligarme a callar. Cuando lo hago, veo que mete la mano en el bolsillo del vaquero y saca el reproductor de música. Desenrolla los auriculares y coloca uno de ellos en mi oreja y otro en la suya. Le da al *play* y se cuelga de mi cuello. Mientras la música empieza a sonar, ella se pone de puntillas y me da un beso tímido en los labios justo antes de posar la cabeza en mi pecho y empezar a mecerse de un lado a otro.

Cierro los ojos y ahogo un sollozo mientras la estrecho con fuerza con el brazo sano. Con los dedos entre su pelo, apoyo la nariz e inspiro con fuerza hasta embriagarme de su olor. Ava levanta la cabeza, apoyando la barbilla en mi pecho, y me mira sonriendo.

—Te quiero.

No tenía planeado decírselo, pero lo he soltado sin pensar. Está claro que es lo que siento, aunque no tenía intención de decirlo tan pronto. Ella parece algo sorprendida. Abre y cierra la boca varias veces e incluso rehúye mi mirada. No la culpo. Vino huyendo de una relación, atormentada, con ganas de escapar y cambiar de aires, y se encontró conmigo. De repente, sin que ninguno de los dos lo planeáramos, nuestras vidas continuaron donde lo dejamos hace veintitrés años. Seguro que no entraba en sus planes salir con alguien tan pronto, así que dudo mucho que esté preparada para escuchar semejante declaración.

—¡Mamá! ¡Ya estoy despierto!

En cuanto oímos los gritos de Logan, giramos la cabeza a la vez en esa dirección y le descubrimos corriendo hacia nosotros. Sin duda, se ha convertido sin querer en mi salvador. Los padres de Ava también han salido ya al jardín y nos miran. No parecen molestos, sino al

contrario, aunque yo me separo un poco.

Logan se tira a los brazos de su madre.

—La abuela dice que vayamos, que la cena está casi lista y el abuelo ya ha encendido el fuego.

Mientras nos acercamos a la mesa de madera, sigue hablando sin parar, contándole a su madre todo lo que hemos hecho esta tarde.

Me acerco a la madre de Ava para echarle una mano. Dejo los platos y la ensaladera en el centro de la mesa mientras ella me observa inmóvil y con la boca abierta. Algo cohibido, sonrío sin despegar los labios y entonces ella posa su mano en mi antebrazo. Miro su mano y luego levanto la cabeza hasta encontrarme de nuevo con su mirada. Sin decir nada, se acerca y rodea mi torso con sus brazos. Con los brazos en alto, aguanto incluso la respiración sin saber bien qué hacer. Miro alrededor y veo que todos nos miran boquiabiertos.

—Lo siento… —susurra de forma casi inaudible mientras me da unos tímidas palmadas en el pecho y luego acaricia mi mejilla—. Siento mucho por todo lo que has pasado.

Incapaz de articular palabra, asiento con la cabeza varias veces con los ojos llenos de lágrimas. Avergonzado, trato de secarlas con algo de torpeza.

—Sam, toma. Prueba esto —dice el padre de Ava para intentar animar el ambiente. Me tiende un plato con un par de mazorcas que tienen muy buena pinta—. No te contaré el secreto hasta que esté a punto de morirme. No podría soportar que alguien me quitara el cetro del rey de las barbacoas.

—¿Existe ese premio? —pregunta Logan.

—Solo en esta casa, cariño —le contesta la abuela, resoplando resignada—. Solo en esta casa…

—Sam, si me voy a vivir a tu casa, ¿podré ser yo el rey de algo?

Todos clavan los ojos en mí y en Logan que, ajeno a la que ha liado, espera mi respuesta sin quitarme los ojos de encima.

—Yo… Él me preguntó y… —balbuceo palabras sin sentido durante un rato, frotándome la nuca—. Le dije que tenía que… Pero podéis…

—¿Me estás pidiendo que nos vayamos a vivir contigo? —me corta entonces Ava.

—Eh… —Pienso mi respuesta durante unos segundos, hasta que cierro los ojos y arrugo el gesto—. ¿Sí?

Ava se tapa la cara con ambas manos mientras sus hombros se mueven. Parece estar llorando, así que me acerco a ella y me agacho a su lado. Miro a sus padres, algo asustado. En ningún momento quiero hacerla sufrir, y no quiero que piense que la estoy presionando. De hecho, no tenía siquiera intención de proponérselo tan pronto, aunque

está claro que es algo con lo que siempre he soñado.

—Ava, no hace falta que sea ya mismo. No quiero que te veas forzada. Por supuesto que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Tengo ese sueño incluso cuando pensaba que era imposible porque estabas a miles de kilómetros de mí. Pero quiero darte todo el tiempo que necesites para…

Entonces ella se abalanza sobre mí y rodea mi cuello con sus brazos. Cerrando los ojos con fuerza, con las mejillas mojadas por las lágrimas, pega sus labios a los míos.

—Sí —dice al rato, asintiendo a la vez con la cabeza—. Sí. Nos iremos a vivir contigo.

—¡¿Sí?! ¡¿En serio?!

Se separa e, incapaz de dejar de sonreír ni de llorar, acaricia mi cara mientras me mira embelesada.

—Te quiero —me dice mirándome fijamente a los ojos—. Te quiero, Sam Wilkins. Hace veintitrés años que te quiero sin descanso, porque yo sabía que tú eras mi persona. El único capaz de conseguirme mi ventana a las estrellas.

Epílogo

Ava

En cuanto la puerta se abre, la señora Oliver nos sonríe afable. A pesar del paso del tiempo, detrás de esas arrugas marcadas, no me cuesta reconocer a la mujer que recordaba.

—Hola. Gracias por venir —nos dice mientras se aparta a un lado para dejarnos pasar.

—Era lo menos que podíamos hacer… Ambos tenemos un muy buen recuerdo del tiempo en que fue nuestro tutor. —Sam asiente con la cabeza aunque se muestra algo cohibido, quedándose a propósito en un segundo plano—. ¿Cómo está?

—Los médicos ya han hablado con nosotros para explicarnos que no le queda mucho tiempo. Hace ya unas semanas que tiene dificultad para tragar los alimentos y bebidas y, desde entonces, su deterioro ha ido mucho más rápido.

—Lo sentimos… —digo agachando la cabeza.

—Me temo que puede que no se acuerde de vosotros. Cada vez son menos frecuentes sus momentos de lucidez. Prácticamente no le quedan fuerzas ni para hablar.

—No importa. Solo queríamos venir a verle para darle las gracias por todo lo que hizo por nosotros.

Ella asiente emocionada y empieza a recorrer el pasillo haciéndonos una señal con las manos para que la sigamos hasta el salón. Allí, postrado en una cama articulada, con la cara girada hacia el jardín, encontramos el cuerpo frágil de un anciano.

—Decidimos trasladar la cama aquí abajo porque así, de vez en cuando, la cuidadora me ayuda a sentarle en la silla de ruedas y podemos sacarle al jardín. —La mujer se acerca hasta el borde de la cama. Coge un pañuelo de tela y le limpia la boca con mucho cuidado. Mientras tanto, Sam y yo nos quedamos quietos a una cierta distancia —. Cariño, han venido a verte.

Agarro la mano de Sam y nos acercamos a la cama.

—Hola, señor Oliver.

Cuando él gira la cabeza con esfuerzo, busco su mirada. A pesar del shock inicial, trato de sonreír. Al contrario que con su mujer, jamás hubiera reconocido a nuestro antiguo tutor con este aspecto tan decrépito. Está muy delgado, casi cadavérico, sin nada de pelo, y sus ojos prácticamente no tienen vida.

—Son Ava y Sam, cariño. Unos antiguos alumnos tuyos…

Sin mostrar ninguna reacción, vuelve a girar la cabeza hacia el jardín. Sam suelta mi mano y se acerca a la señora Oliver.

—Hace muy buen día. ¿Quiere que salgamos al jardín? —le pregunta—. Yo puedo hacerlo.

—Sería estupendo. Sí. Gracias.

Mientras yo acerco la silla, Sam atiende a sus indicaciones para no hacerle daño y poder sentarle en ella. Le coge en volandas sin ningún esfuerzo y con sumo cuidado. Mientras le lleva, el señor Oliver parece fijarse en él durante unos segundos. Luego, su mujer le tapa con una fina manta y vuelve a limpiar su boca, justo antes de abrir la enorme puerta corredera que da al jardín. A pesar del sol, no hace un calor excesivo e incluso corre una brisa agradable.

Sam empuja la silla lentamente, comprobando en todo momento no hacerla chocar con nada. Lo acerca hasta la mesa de madera y pone el freno en las ruedas. El señor Oliver cierra los ojos y levanta la cara, como si buscase los rayos del sol.

—¿Aquí está bien? —le pregunto a la señora Oliver, que asiente con una sonrisa.

—Os dejaré solos un momento. Voy a preparar unas limonadas.

Cuando ella entra, Sam y yo cogemos un par de sillas y nos sentamos cerca de él. Ninguno de los dos dice nada, aunque no hace falta. Nos entendemos solo con mirarnos. Ambos necesitábamos venir a verle y darle las gracias por todo lo que hizo por nosotros, y nos entristece no haber podido hacerlo antes.

—¿Aún lo tienes? —pregunta él con un hilo de voz.

Al instante, los dos le miramos. El señor Oliver me mira fijamente mientras se le dibuja una tímida sonrisa. Sé a qué se refiere, así que meto la mano dentro de mi bolso y lo saco.

—Sí —consigo articular a pesar de la emoción en mi voz. Abro la mano y le muestro el pequeño reproductor—. Lo tengo gracias a usted.

Entonces gira la cabeza hacia Sam, que le observa con la boca y los ojos abiertos como platos.

—Ahora, no la dejes escapar.

—No, señor. Jamás. —Sam sonríe y llora a la vez—. Gracias por lo que hizo. Por todo. Por confiar en mí.

—No me equivoqué.

En ese momento, la mujer del señor Oliver aparece en el jardín con

una bandeja con dos vasos de limonada. Al escucharle hablar, se queda inmóvil.

—Cariño… ¿Te acuerdas de Sam y de Ava? —le pregunta emocionada, aunque él no dice nada más y su mirada se vuelve a perder en el cielo—. ¿Os ha reconocido?

Asiento muy emocionada mientras ella se sienta a mi lado y agarra mis manos.

—Señora Oliver, necesitamos que sepa lo agradecidos que estamos a su marido. Él no solo fue nuestro tutor. Se convirtió en la única persona que nos apoyó en su momento.

—Estuvo tan afectado… Recuerdo perfectamente aquellos días. Recuerdo la preocupación en sus ojos y, aunque reconozco que yo temía que hiciera una locura, y le recomendé varias veces que se mantuviera al margen, agradezco que no me hiciera caso. —Mira a Sam antes de seguir hablando—. Movió cielo y tierra para ir a verte a menudo. Se preocupó por ti incluso cuando estabas internado. Y aquella noche, cuando te llevó de vuelta al centro y volvió a casa, no podía dejar de sonreír. Volvió empapado y, mientras yo le reprendía su imprudencia, él parecía exultante de felicidad.

—Aquello que hizo esa noche… Saber que alguien confiaba ciegamente en mí, que me ayudaba sin esperar nada a cambio, solo para que yo la viera y le diera eso… —Sam mira el reproductor en mi mano. Traga saliva y agacha la cabeza, frotándosela con ambas manos. Cuando la vuelve a levantar, se acerca a la silla y se agacha al lado—. Necesito que sepa lo agradecido que estoy. Lo que hizo conmigo, no solo aquella noche, sino desde que llegué a Asheville, me cambió la vida. Gracias por confiar en mí. Gracias por no tener en cuenta mi pasado. Gracias por no juzgarme. Gracias por escucharme. Gracias por hacer esto posible.

Sam agarra mi mano y entonces el señor Oliver parece volver a enfocar la vista. Sonríe tímidamente y asiente con la cabeza durante un par de segundos, justo antes de volver a perderse en su mundo.

Sam

Logan lleva nervioso todo el día, y nada más bajarse de la camioneta, corre hasta mí y me agarra de la mano.

—¿Vamos? —le pregunto.

Sin mirarme, asiente con la cabeza mientras veo que en la otra mano sostiene la correa que hemos comprado. Ava ríe tapándose la boca para que Logan no la vea.

—Gracias —me susurra emocionada, a lo que yo respondo negando con la cabeza.

No me cuesta nada hacerla feliz. Es más, lo he convertido en mi propósito: hacerles felices a ambos todos los días.

—¿Estás bien? —le pregunto agachándome a su lado.

—Estoy nervioso… —susurra en mi oreja con timidez, así que le cojo en brazos y camino hacia el interior.

Enseguida, una trabajadora de la protectora se acerca a nosotros.

—Hola. Tú debes de ser Logan —dice.

Logan desentierra la cara de mi cuello y asiente con la cabeza. Tiene los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—Está algo nervioso —le explica Ava—. Es la primera vez que va a tener un perro.

—Qué bien —dice la chica, dirigiéndose directamente a él—. Ella seguro que está también muy nerviosa por conocerte. Lleva toda la mañana esperándote, ¿sabes?

—¿Ha llorado? —le pregunta con gesto preocupado.

—No. No te preocupes —le tranquiliza ella.

Logan no parece convencido y agacha la cabeza. La chica me mira y nos hace señas para que la esperemos. Logan tiembla entre mis brazos hasta que oye el ruido de cuatro patas resbalando sobre el suelo. Me agacho para dejarle en el suelo y la perra enseguida se acerca y le empieza a lamer las piernas. Logan ríe aunque tiene la cara mojada por las lágrimas.

—Hola —dice—. Soy Logan.

Se sienta en el suelo y deja que le lama la cara mientras no deja de mover la cola.

—Le has caído muy bien… —dice la chica de la protectora. Logan la mira y asiente con la cabeza—. Se llama Babsy, pero puedes cambiarle el nombre si quieres…

—No. Babsy me gusta.

—¿Quieres ponerle el collar que le hemos comprado? —le pregunto.

—Sí.

En cuanto lo hacemos, Logan sonríe de oreja a oreja y empieza a caminar, paseándola arriba y abajo. Babsy parece encantada, y le sigue a todas partes.

—Es muy buena y obediente. No tendrán ningún problema con ella —nos explica la chica mientras observamos a Logan.

Entonces, Babsy parece querer llevar a Logan a algún sitio y tira de él. Los tres les seguimos hacia otra sala en la que hay un pequeño cachorro llorando. Ella se pone a lamerle mientras Logan se agacha al lado y le empieza a acariciar.

—¿Quién es? —pregunta.

—Nos lo han traído esta mañana. Lo encontraron cerca del lago, vagando solo. No tiene ninguna identificación… —Logan mira a la

chica con la boca abierta mientras el pequeño cachorro chupa los deditos de su mano—. Desde que llegó, Babsy no se ha separado de él.

Logan nos mira de inmediato, cogiendo al perrito en brazos. Me agacho a su lado y acaricio su pequeña cabeza.

—Parece que tuviste suerte encontrando una amiga, ¿verdad? Sé lo que es eso, colega… —Enseguida me lame e intenta subirse encima de mí. Miro a Ava, que nos observa mordiéndose el labio inferior. Los dos hemos encontrado el paralelismo entre su historia y la nuestra—. Logan… me parece que no podemos separarlos.

La chica del refugio nos mira incapaz de contener la emoción.

—¿En serio? ¿Nos lo quedamos también? —me pregunta Logan.

—Si podemos…

Los tres miramos a la chica, que se mueve nerviosa mientras empieza a dar palmadas.

—Sería estupendo. Le salváis la vida.

—Pues no se hable más.

—¿En serio, Sam? ¿Lo dices en serio? —me pregunta Logan, mirándome a escasos centímetros, aún con el cachorro en los brazos.

—En serio. Así que no llores más. Quiero que estés contento —le pido secándole las mejillas.

—Lo estoy, pero no puedo parar de llorar…

Algo avergonzado, esconde la cara en mi pecho mientras yo acaricio su cabeza y apoyo los labios en su pelo. Ava se arrodilla a mi espalda y me rodea con sus brazos.

—Gracias —susurra en mi oído.

—Jamás les podría separar. Ella es su única amiga.

Ava

—Gracias, cielo.

—A usted. Adiós.

Antes de cerrar la caja registradora, echo un vistazo a la cantidad de dinero que hay. Desde que reformamos la tienda hará unos meses, la clientela ha aumentado y, aunque aún hay mucha gente que sigue yendo a los grandes hipermercados de las grandes ciudades, empezamos a tener beneficios.

Mi padre, aunque ya me ha hecho el traspaso del negocio y yo he contratado a un chico que me echa un cable, sigue viniendo algunos días.

—¿Cerramos? —le pregunto sonriendo, después de que se acerque y me dé un cariñoso beso.

—Vete tú. Ya cierro yo.

—Pero…

Se pone un dedo en los labios y luego señala hacia fuera. Cuando me doy la vuelta, descubro a Sam y a Logan en la puerta. Este último me saluda efusivamente con una mano mientras que en la otra lleva un girasol.

Se ha convertido en una tradición que no hay día que no me saque una sonrisa. Ya sea dejándomela en la puerta o trayéndola en persona, Sam no falla ni un día a su promesa, ni siquiera aquella vez que una fuerte nevada nos dejó incomunicados y me dibujó uno precioso con los lápices de colores de Logan. Los viveros de la zona ya le conocen y procuran tener siempre disponibles.

—¡Qué sorpresa! —digo mientras Logan corre hacia mí y me tiende la flor, que enseguida meto en el jarrón, junto a las otras—. ¿Habéis venido a recogerme?

—No. Yo he venido a ayudar al abuelo a cerrar y tú te vas con Sam.

—¿Nos vamos? ¿A dónde? —les pregunto mirándolos a ambos.

Sam se acerca encogiéndose de hombros y me tiende una mano. Salgo de detrás del mostrador y se la cojo enseguida, aún algo sorprendida. Sin decirme nada, levanta una mano para despedirse de mi padre y de Logan mientras yo echo un vistazo hacia atrás. Ambos nos observan sonrientes mientras nos dicen adiós.

Sam abre la puerta de la camioneta y me ayuda a subirme a ella. Luego corre hasta sentarse frente al volante y arranca el motor. No parece que tenga intención de contarme sus planes, así que, simplemente, me dejo llevar. He aprendido a confiar de nuevo en la gente gracias a él. Sam ha hecho posible eso que una vez creí: el amor no tiene por qué ser complicado y no hace falta esforzarse para querer a alguien.

Sam detiene el coche a un lado de la carretera, baja y corre hasta mi puerta para abrirla. Me tiende una mano y tira de mí en cuanto poso mis dedos en su palma. Nos adentramos en el sendero que lleva al lago, así que empiezo a hacerme una idea de a dónde me lleva.

El lago aparece frente a nosotros, con la luna reflejándose en las tranquilas aguas. A nuestro alrededor, como siempre, no se oye nada a excepción de nuestra respiración. Entonces me fijo en el embarcadero. La vieja pasarela está iluminada por pequeñas luces.

Sam tira de mí sin dejar de mirarme. Cuando nos acercamos, veo que son pequeñas velas de aceite que enmarcan el camino hasta el final. Emocionada, me tapo la boca con la mano.

—¿Qué es…? —susurro.

Sam no me contesta hasta que llegamos a las maderas que nosotros pusimos. Allí, sobre un mantel, hay una pequeña cesta de mimbre.

—¿No sabes qué día es hoy? —me pregunta rodeando mi cintura con sus brazos. Incapaz de hablar, niego con la cabeza—. Hoy hace

justamente un año que volvimos a vernos. Justo aquí. En nuestro sitio.

Sorprendida, hago cálculos con la cabeza. No puedo creer que haya pasado ya un año. Doce meses llenos de reencuentros, de risas, de abrazos, de algunas lágrimas, de nuevas experiencias. En la vida, solo tenemos una oportunidad para algo por primera vez, y nos propusimos disfrutar al máximo de todas ellas. Siempre buscamos esa primera vez entre nosotros: la primera vez que paseamos de la mano por el pueblo, la primera vez que estuvo en casa de mis padres, la primera vez que cocinamos juntos, la primera vez que nos tumbamos en su cama a admirar las estrellas a través de mi ventana, la primera vez que hicimos el amor, la primera vez que jugamos con Logan en el lago, la primera vez que saltamos los tres de la cascada…

—Un año… —susurro mientras Sam asiente con la cabeza.

—Nuestro primer año, en el sitio donde nos dimos nuestro primer beso… O nuestros dos primeros besos, mejor dicho.

—¿Cuándo has preparado todo esto…? —le pregunto mirando alrededor.

—En realidad, lo llevo preparando en mi cabeza toda la vida —me contesta, y entonces le veo meter una mano en el bolsillo y sacar una pequeña caja de terciopelo.

Ahogo un grito cuando se arrodilla frente a mí y me muestra el anillo dentro de la caja.

—¿Qué…? Dios mío…

—Desde que te conocí, lo primero que quiero ver cada mañana es tu sonrisa y lo último que quiero hacer antes de cerrar los ojos es besarte. Y quiero hacerlo el resto de mi vida. Necesito ese papel que diga que soy tu persona de forma oficial. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo? —Le agarro de la camiseta y le obligo a ponerse en pie. Me cuelgo de su cuello y doy un salto para rodearle con mis piernas—. ¿Eso es un sí?

—Sí. Por supuesto que sí.

Le beso mientras él me sostiene. Cojo su cara entre mis manos y aprieto suavemente mis dedos contra su piel. Le obligo a echar la cabeza hacia atrás y dibujo un camino de besos por su cuello.

Con cuidado, se arrodilla y me tumba con suavidad sobre las maderas. Se separa de mí unos centímetros y me mira de arriba abajo durante unos segundos en los que parece que no existe nadie más en el mundo.

Sam

La luz de luna entra por la ventana e incide directamente sobre ella. Tumbado a su lado, soy incapaz de pegar ojo porque prefiero

verla dormir. Le aparto un mechón de la frente y lo acaricio entre mis dedos durante un rato. Sus labios, ligeramente separados, me tientan, así que acerco los míos y la beso con suavidad. Sonrío con picardía al verla removerse y cambiar de postura. Se coloca de lado, acurrucándose contra mi pecho, como si tuviera algo de frío, así que agarro la sábana y la cubro hasta los hombros con ella.

Entonces poso la mano en su vientre ya prominente. La doctora nos dijo en la última revisión que ya está encajada y que es cuestión de días, así que tenemos todo preparado. A un lado de nuestra habitación está la cuna que construí yo mismo con la ayuda de Logan. Él también se encargó de elegir el nombre de la que será su hermanita: Sky.

—¿No duermes? —La miro en cuanto oigo su voz. Acaricio su mejilla y niego con la cabeza, sonriendo—. ¿No tienes sueño? Te advierto que deberías hacerlo ahora que podemos, porque quién sabe cuándo podremos volver a hacerlo de un tirón.

—No puedo esperar.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de algo. Necesito mecerla en mis brazos, cuidarla… No puedo esperar a comprobar si hereda tus ojos y tu sonrisa. Quiero verla jugar con Logan en el bosque, y… enseñarle a nadar en el lago. Quiero ser un padre fantástico, ¿sabes? Para Logan también.

—Ya lo eres.

—No me has entendido. Quiero serlo de verdad. He pensado que podría…, solo si tú quieres y él está de acuerdo, adoptar a Logan. Tú ya tienes mi apellido, y Sky lo tendrá también. No quiero dejarle fuera de esto, porque le quiero como si fuera mi propio hijo. Y sé que no cambiará nada, pero me da cierta seguridad y… —Sin dejarme acabar la frase, Ava me agarra del mentón y me besa—. Tienes la manía de no responderme cuando te hago este tipo de preguntas. ¿Eso es un sí?

Entre risas y lágrimas, Ava asiente con la cabeza.

—Eres increíble, Sam. No sé si eres del todo consciente de ello, pero necesito que lo sepas. Gracias. Gracias. Gracias por regalarme las estrellas.

—Gracias a ti por dejarme admirarlas a tu lado.

Agradecimientos

Cada vez que escribo la palabra FIN lo hago con la misma mezcla de sensaciones: pena por soltarlos y dejarlos volar, alivio por salir de la cueva y volver a dormir un mínimo de horas prudente, nervios por conocer el veredicto de los lectores, algo de temor a no estar a la altura y, sobre todo, muchas ganas de dar las gracias a todos los que hacen esto posible.

Ante todo, GRACIAS a todo el equipo de HarperCollins Ibérica por volver a confiar en mí. En especial a Elisa, mi pedazo de editora. Qué fácil y bonito es trabajar a vuestro lado.

GRACIAS a mi familia por apoyarme siempre. Esta vez, mención especial a Carla por ser una fuente de inspiración perfecta con su desparpajo y su «lengua de trapo».

GRACIAS a mis Zapatillas, por estar siempre ahí a pesar de la distancia y de los malos ratos. No sabéis lo que reconforta saber que os tengo a un golpe de clic.

A Emma, Isa y Mayte, GRACIAS por soportar mis cabreos y mis audios de WhatsApp. Tenéis el cielo ganado. Os adoro.

GRACIAS a mis constantes, los que nunca me faltan. Esos con los que puedo contar siempre. Uno de ellos me regaló una frase hace poco: «la sangre te hace pariente, pero la lealtad te hace familia». Eso sois para mí: familia.

A mis chicas del «armario». Vosotras sabéis quiénes sois, así que no hace falta que huyáis. GRACIAS de corazón. Os prohíbo que me faltéis nunca. Es una orden.

Y GRACIAS a los tres hombres de mi vida, César, Dani y Nico por ponérmelo siempre tan fácil. Sois lo mejor de mi vida.

Connor, el que no entiende de distancia social y se cree chihuahua a pesar de sus cuarenta kilos, GRACIAS por no dejarme sola y vivir pegado a mí aunque estemos a treinta grados.